
Vidal

# Axxón 166, septiembre de 2006

# Editorial - Axxón 166

Todos podemos estar en Internet
por Eduardo J. Carletti, director de Axxón



Hoy voy a escribir un Editorial bien estándar, que trata sobre este número de la revista y luego algunas generalidades.

Tenemos un comienzo de número con autores de cuatro nacionalidades y de un lado y otro del océano. Tenemos material traducido. Lujos que nos damos.

¿Es cierto que al darle lugar a material traducido les quitamos espacio a quienes escriben en español y quieren publicar? No, claro que no. Si cada vez hay más sitios que publican cuentos de ciencia ficción y fantasía, ¿cómo se podrían quedar con las ganas de publicar los que escriben? Hay espacio para todos. Y hasta existe la opción de abrir su propio blog, algo que por ahora es gratuito y se puede tener en marcha en apenas minutos…

¿A dónde me lleva todo esto? A que gracias a Intenet estamos viviendo una explosión de lo literario y, como estamos dentro de ella, creo que no nos damos cuenta. Todo el mundo puede publicar. ¿No es excelente?

Hace pocos años me preguntaba si valía la pena tanto trabajo para que nos visitaran cincuenta personas por día. Hasta hicimos cálculos estadísticos, con un amigo que ya no está, para tratar de determinar si eran las mismas cincuenta personas que venían a ver el sitio todos los días o en realidad había muchas más.

Nunca lo supimos.

¡Y hoy nos visitan 14.000 por día!

Esto tiene que ver con que más y más gente ingresa a la Internet.

¿Quién iba a apostar por semejante crecimiento?

Es una suerte que se multipliquen las opciones para que todos los escritores puedan ver sus obras publicadas y evaluadas por los demás.

Ya no habrá gente frustrada, todos podrán publicar, en uno u otro lugar. ¡Internet es una maravilla! Sigamos aprovechándola…

Eduardo J. Carletti, 1 de septiembre de 2006
Mensajes al Director: ecarletti@axxon.com.ar

# Cartas axxónicas

Lo felicito por el sitio. Especialmente por la sección de noticias, que nos brinda lo más interesante de la ciencia para disparar la imaginación.

Un abrazo,
Matías

**Axxón: Muchas gracias por hacerme saber que la sección te resulta útil. Lo que describiste es exactamente lo que queremos lograr con este esfuerzo.**

Eduardo J. Carletti

# Como perros en la ciudad

## Antonio J. Cebrián

Mi nombre no importa. Sólo soy un ciudadano cualquiera que cumple su condena a mediocridad perpetua en una ciudad cualquiera de algún mediocre país desarrollado (bien mirado, un auténtico privilegio); pero esto tampoco importa.

En realidad, lo que voy a contar hace que casi todo lo hasta ahora relevante carezca ya de importancia.

Todo comenzó a raíz de un accidente de automóvil. Un fuerte golpe en la cabeza me hizo perder parte de mis facultades mentales. Durante varios meses anduve perdido en mi interior, desaparecido, mientras una persona diferente, formada por mi subconsciente y una pequeña parte de mi yo, gobernaban mi cuerpo. Tiempo después supe que aquello no era nada extraño, sino que era un proceso clínicamente conocido y relativamente habitual. Lo que sé acerca de ese periodo, registrado en mi memoria como una gran laguna negra, lo sé por terceros, por los amigos y familiares que cuidaron de mí. Según contaban, cambiaron mis gustos culinarios, aficionándome a comer lo que normalmente no me atraía; me hacían gracia las cosas más peregrinas e inesperadas y me dejaba guiar por los instintos sin la más mínima preocupación por los modales, normas o protocolos; circunstancia esta última que nos había deparado no pocos apuros y situaciones embarazosas a mí y mis acompañantes. De entre las historias y anécdotas que me relataron, destaca, por graciosa, aquella ocasión en la que, caminando por la calle, sopesé con ambas manos y sin miramientos el trasero de una chica que paseaba con su novio. Se puede uno imaginar cómo se las vio mi mejor amigo —que me acompañaba— para convencer al agraviado novio de que yo no estaba en mis cabales.

Pero, para mí, ahora, tiene un significado muy especial la ocasión en que alguien me sorprendió en mi cuarto hablando en un idioma desconocido y en una tensa actitud totalmente distinta de la languidez indiferente que me caracterizaba. El episodio llevó a varias personas a sospechar que mi comportamiento era fingido, que todo era una especie de fraude cuya finalidad no estaba clara, quizá conseguir una jubilación por incapacidad que me permitiera vivir sin dar golpe.

La sorpresa fue notable cuando volví en mí.

Conservo como algo muy valioso el recuerdo del preciso instante en que esto ocurrió. Recuerdo, surgiendo de las sombras el extraño razonamiento (o, debería decir, sensación) que irrumpió en mi mente: “esto tiene que ser… así. Sí, eso es…”. Y de nuevo era yo.

Todo había vuelto a la normalidad. Todo según lo esperado clínicamente. No parecía haber daños irreversibles ni relevantes.

¿Todo? Eso creí yo.

Comencé mi nueva vida, recuperé mi independencia y volví a trabajar, pero al poco tiempo empezaron a sucederme cosas extrañas. Uno de los hechos que más me alarmaron fue el despertar una mañana con la certeza absoluta de que esa noche me había levantado y había estado sentado en la silla de la habitación. Con qué finalidad o haciendo qué, no pude recordarlo, pero que era un hecho cierto lo pude comprobar posteriormente, cuando amaneció arrugado un folio de papel que coloqué sobre la silla antes de acostarme. Intenté restarle importancia, al fin y al cabo hay mucha gente sonámbula que se levanta por la noche y camina en sueños. Lo único reseñable es que no se suele recordar haberlo hecho.

El incidente en sí mismo hubiera carecido de importancia de no ser por otra serie de rarezas que fueron incorporándose a mi vida cotidiana. Lo primero en aparecer fueron las voces de los desconocidos. A veces me parecía oír conversaciones en algún idioma extraño, otras veces, al pasar junto a alguien, me volvía hacia él con la certeza de que me había dicho algo. En ocasiones despertaba el recelo de la gente, que aligeraba el paso mirándome de reojo. Luego la cosa cambió, porque las voces ya no parecían hablar en otra lengua, podía comprenderlas, o al menos intuir el contenido de la conversación. No es que ahora hablaran en mi idioma sino que, más bien, era yo el que entendía el suyo. Lo que expresaban no tenía demasiado sentido para mí, como aquel desconocido que pasaba de largo mientras decía que se alegraba de volver a verme y fijaba el lugar de la próxima cita en otra calle; o la conversación entre dos personas esperando para cruzar junto a un semáforo, acerca de un tal Oto Knur, sin mirarse, sin despegar los labios, mientras sujetaban la correa de sus respectivos perros. En ocasiones, tenía una sensación de familiaridad cuando veía aparecer a un desconocido que se colocaba junto a mí esperando para comprar el pan. Me alegraba de volver a verlo y sentía que tenía muchas cosas que decirle, y se las decía —o eso creo—, aunque no alcanzaba a descifrar el contenido de la conversación llena de sensaciones y referencias extrañas. Siempre sin despegar los labios, la gente se despedía de mí y entre ellos y continuaba su camino. Y de pronto tenía la certeza de que no estaba allí para comprar el pan,

que en realidad había acudido a una cita con toda aquella gente que esperaba turno; con todos aquellos desconocidos con los que hablaba sin mediar palabra.

Pero no siempre era así —quiero decir, sin hablar—; en ocasiones, cuando la gente me hablaba, podía entender en sus palabras algo completamente distinto a lo que decían, era como si cada palabra tuviera un significado distinto en el nuevo idioma, algo más rico, más extenso, plagado de connotaciones dependientes del contexto; era más bien como si el significado que nosotros les atribuimos fuera algo superficial, rudimentario, un simple envase para el auténtico sentido. Y permanecía allí, mirando fijamente a mi interlocutor mientras intentaba escuchar o comprender más allá de lo que me decían sus palabras. Frecuentemente, se interrumpían y me preguntaban:

—¿Te encuentras bien? Te has quedado “puesto”.

Aquella locura fue creciendo. Acentuándose día a día. Acudí al médico que me había tratado tras el accidente y se lo conté. Me dijo que no era del todo raro, que a veces quedaban secuelas psicológicas que desaparecían con el tiempo. Todo era debido a que se había abierto una brecha irregular de unión entre el consciente y el subconsciente, el cerebro por sí solo volvería a cerrarla y reorganizarse. Pero en cada palabra suya yo volvía a encontrar un sentido diferente. Mis propias respuestas parecían decir más cosas de las que decían. En realidad asistía a una conversación entre los dos completamente diferente. No estábamos allí hablando de mi problema, yo ni siquiera había ido allí por eso. El contenido real de la conversación se me escapaba. El nuevo lenguaje era demasiado complejo para mí. Las referencias a cosas que desconocía y lo que se daba por sabido, unido a la inmensa gama de acepciones y connotaciones de las palabras hacían que mi mente se saturase. No podía procesar todo aquello a la velocidad con que ocurría. El médico me había dicho que no me obsesionara, que relajara mi mente y que todo pasaría solo, aunque lo que sus palabras querían decir en realidad era que yo debía visitar a Oto Knur. Abandoné la consulta del médico sin saber muy bien de qué habíamos hablado ni qué era lo que tenía que hacer.

Aquel delirio alcanzó un máximo y creí enloquecer. Pero no fue así. Superado un cierto umbral y una vez que logré deshacerme del apego a mi propia forma de pensar, comencé a adentrarme en un nuevo mundo insólito donde las fronteras del propio yo parecían

diluirse, donde mis pensamientos ya no eran completamente míos. Era como compartir mi propia consciencia o, mejor dicho, ampliarla en alguna forma; como si al tirar una pared, uno descubriera, de pronto, un inmenso palacio deshabitado tras ella y que sólo hacía falta una pequeña puerta para acceder a él.

En esa existencia ajena, en ese caos incontrolable, alcancé una especie de plenitud. Empecé a captar ideas, a comprender y vivir con cierta intensidad algunos acontecimientos. Pude sentir cada célula de mi cuerpo, seguir cada uno de los complejos procesos que acompañan a la digestión de una manzana; comprender por qué a aquel hombre se le había caído de las manos la botella haciéndose trizas; supe por qué olvidamos determinadas cosas, por qué cometemos esos errores tan evidentes, por qué los golpes son siempre en la herida abierta, por qué mueren los suicidas, por qué gritan los locos y por qué alguien muere al volante sólo por intentar encender un cigarrillo.

Aquel maremagnum de insólitas revelaciones afloraba en mí en el idioma de los otros, en aquel sinsentido inmensurable oscilante entre el discurso infinito carente de contenido y el monosílabo que describe el Universo.

Era un mundo paralelo en el que la lógica se articula de formas insospechadas, del que apenas nos llegan minúsculos retazos cuando nos movemos en la frontera de los sueños, cuando la consciencia se diluye y las imágenes, sensaciones y recuerdos se organizan de forma diferente y se asocian entre sí en combinaciones inverosímiles que nos resultan extravagantes y absurdas cuando por alguna anómala circunstancia, despertamos y quedan atrapadas en nuestro recuerdo.

Aprisionado entre esos dos mundos inconexos, apenas distinguía ya el significado normal de las conversaciones del significado nuevo —o de la pequeña parte que alcanzaba a comprender—. No estoy seguro, pero creo que, a veces, formaba frases incoherentes, producto de la mezcla de acepciones de algunas palabras en ambos idiomas. No sabía bien qué quería decir, ni cómo hacerlo para que la frase tuviera sentido simultáneamente en ambos. Los demás lo habían notado y trataban de ayudarme. Un conductor exaltado me espetó varios vituperios en los que me explicaba donde encontrar a Oto Knur. Se lo agradecí profundamente con dos palabras de múltiples y desiguales significados: “Tu padre”.

El mundo era una farsa. Nada era lo que parecía. En realidad, las cosas sucedían a otro nivel. Un nivel extraño y complejo en el que habitaban seres desconocidos cuya procedencia era, para mí, un

enigma.

Vagué por las calles del nuevo mundo, cuya forma y aspecto eran idénticos en ambos, pero cuyo origen y razón de ser eran completamente diferentes y sorprendentemente nuevos para mí. Saludé y conversé con todos aquellos desconocidos cuya existencia daba sentido a mi vida; asistí a inmensas reuniones en las que se debatían capitales cuestiones, focalizadas y, de alguna incomprensible forma, representadas por las más peregrinas e insignificantes actividades de carácter social o deportivo; escuché miles de palabras altisonantes carentes de contenido y asistí al auténtico gobierno del Mundo entre cajas de cartón, viejas hojas de periódico y botellas de vidrio vacías.

Hasta que un día lo comprendí todo.

No sé si quien lo entendió fue mi yo habitual o el ente que sin duda me habitaba a mí también —como a todos—, o probablemente, los dos a un tiempo. Ocurrió mientras leía un artículo sobre psicología en una revista de divulgación. Entre los múltiples significados que se desprendían de lo que leía, se hablaba del subconsciente, se afirmaba que ésta parte de nuestra mente era mucho mayor y más compleja que nuestra parte consciente y que las imbricadas relaciones entre ambos condicionaban notoriamente nuestro comportamiento. Comprendí entonces, con dolorosa clarividencia, que esos otros entes eran, en realidad, nuestros subconscientes; esa parte de nosotros mismos que normalmente nos es inaccesible. Ellos son en realidad los que viven nuestras vidas, los que actúan y toman las decisiones. Esa otra parte que llamamos "consciente" no es sino un resultado de sus actos, una especie de residuo generado en el proceso. Nuestro libre albedrío es una ilusión y nuestras grandes motivaciones, un "*déjà vu*", un recuerdo falso de algo que nunca llegó a existir.

Nuestra sociedad no nos pertenece. Deambulamos por ella como lo hacen los perros en la ciudad, sujetos por una correa entre amos invisibles, ladrando y meneando el rabo entusiasmados cuando a lo lejos ven uno de su especie, como si no hubiera nada más en el mundo…

He encontrado a Oto Knur. Era un anciano elegante que portaba un

ridículo sombrero y un ramo de flores. Hemos coincidido en un ascensor y, a la vez que me preguntaba por el piso al que iba, me ha dicho que me ayudaría. Cuando se marchaba, por primera vez en mucho tiempo, sus últimas palabras sólo han significado una cosa para mí: “*hasta luego*“.

Estoy curado.

Un extraño silencio se ha hecho a mi alrededor. Me había acostumbrado de tal modo a las voces, a mi propia voz, a mi nuevo pensamiento, que su ausencia se me hace insoportable. Las conversaciones vuelven a tener un solo sentido —o como mucho, un par de sentidos en bocas insolentes—. Todo es tan sencillo —o quizá debería decir: tan simple— que me sabe a poco. Me encuentro vacío. Nada de lo que hago tiene para mí la más mínima relevancia. La vida ha perdido el color y la luz. Nada será ya como antes. El médico estaba muy satisfecho, “*una pequeña depresión postraumática perfectamente normal. Mejorará con una medicación adecuada…*“. Ningún fármaco podrá devolverme lo que he perdido.



***Ilustración: Dino Masiero Sauber***

Sé que le he dado las gracias a Oto. Lo sé porque vi al hombre del sombrero junto a un escaparate y pasé junto a él. Aunque no pude oír nada, estoy seguro de que mantuvimos alguna breve conversación.

Ahora, cada vez que me cruzo con alguien, cada vez que espero en un paso de peatones junto a otra gente, me pregunto de

qué estaremos hablando. Cuando le pido la cuenta al dependiente, me intriga lo que en realidad le estoy diciendo, y escruto inútilmente en su mirada para averiguar lo que significa esa única palabra que acompaña al cambio: "*gracias*". Me abruma la inquietud porque no sé para qué me he reunido con todas esas personas en la cola del banco…

Mi vida está vacía. No sé qué voy a hacer ahora que lo sé todo. A veces me sorprendo intentando, a punto de dormir, encontrar un punto de conexión con ese mundo perdido. Las hojas de papel amanecen inmaculadas sobre la silla… y sobre la cama, encima de la mesa, en el suelo… Todas las pequeñas trampas que me pongo permanecen intactas. Me consuelo pensando que quizá las esquivo porque en el fondo sé de su existencia. No sé qué importancia podría tener que me levantara en sueños, pero me sentiría reconfortado si supiera que en algún momento regresé allí en alguna forma.

He llegado a pensar en golpearme nuevamente la cabeza —al fin y al cabo, así empezó todo—, pero no se me ocurre cómo hacerlo en la correcta medida para provocar el efecto sin llegar a matarme…

Y sin embargo, cada día que pasa, me refugio con mayor convicción en la cálida y reconfortante posibilidad de que todo haya sido debido simplemente —como se indica en el informe médico— a los delirios de un trastorno postraumático transitorio.

**Cuando presentamos "El discípulo" de Antonio Cebrián en Axxón N° 152, comentamos que este promisorio escritor español había sido finalista del concurso Pablo Rido, que ganó el I Concurso Vórtice de Ciencia Ficción y que su relato "Como perros en la ciudad" apareció en Visiones 2004. Aquí lo tienen.**

# La rojez

## Nikola Stjelja

La tierra estaba roja, siempre roja. Los viejos hablaban del tiempo cuando el sol piadosamente paraba su fulgor y cuando Santo Dios daba la sombra a sus hijos en la tierra y cuando los monstruos de la niebla no asolaban en enjambres el mundo humano. Esos pensamientos me parecían como un sueño. Mi ropa estaba empapada en sudor. Un collar con el Cristo crucificado me colgaba del cuello, saltando con cada paso y golpeándome en el pecho. Pero no se me ocurría deshacerme de él, por mucho que me hubiera hecho sentir mejor. Este collar era el signo de mi posición y la fuente de mi magia. Sin él no podía proteger a la congregación de la fiera y tampoco podía caminar sin límites por las regiones de Istria.

Tenía que darme prisa. Las fieras eran peligrosas por la noche. Si no llegaba a Muzinic antes del anochecer, mi cuerpo probablemente sería desgarrado por ellas, si tenía suerte, y los niños de la aldea, que me necesitaban para que los hechizara con el encantamiento del bautismo, estarían condenados a pisar la tierra sin la protección de Nuestro Señor.

La aldea no podía estar lejos. Un poco más, detrás de esta colina. Pasé por este camino varias veces durante los últimos cinco años de mi misión como servidor de Dios, y lo conocí bien. El calor era insoportable, el sudor se derramaba por mi frente y empapaba mi camisa. Los vaqueros, que eran la única ropa lo bastante resistente como para soportar mis viajes, me sofocaban con su peso.

Oí un zumbido detrás de la colina. De inmediato olvidé el calor. Me corrió un sudor frío. Agucé el oído y dejé que mis sentidos rondaran libremente.

Tomé el fusil de mi hombro y lo aferré con fuerza entre las manos. Con su ayuda y la ayuda del crucifijo, podría aguantar todo.

El zumbido empezó a amplificarse. Me espanté cuando las primeras moscas salieron de atrás de la colina. Sus cuerpos estaban hinchados, con los pelos negros flotando en el aire mientras volaban distancias irregulares agitando sus alas repugnantes. Tenían el tamaño de la cabeza de un niño y eran casi completamente ciegas durante el día. Me agaché y empecé a mirarlas con atención. Si permanecía tranquilo no me harían daño. Pero si me veían, sus larvas crecerían pronto en mi cuerpo.

No tardó en llegar todo el enjambre. Su vuelo era confuso y caótico. Los cuerpos hinchados y gordos chocaban y se rompían en el aire. Las moscas caían sobre la tierra y algunas veces parecían saltar, remontando vuelo con dificultad. El enjambre permaneció encima de la colina durante unos minutos que fueron muy difíciles para mí. El aire estaba lleno de polvo rojo que las moscas agitaban con sus alas. Me estaba ahogando, pero no me atrevía a toser. Una mosca saltó fuera del enjambre y cayó directamente delante de mí. Me morí de miedo al ver ese cuerpo repulsivo. Pensé que todo el enjambre iba a perseguirme. Pero tuve suerte. La mosca escaló el aire y voló hacia las demás. El enjambre no tardó en partir en otra dirección.

Esperé un momento más, escuchando cómo se alejaban, y cuando no oí más aquel ominoso zumbido di gracias a Dios que está en el Cielo y partí hacia Muzinic.

La aldea era de piedra y muy vieja. Sus habitantes caminaban con la mirada perdida en los ojos, adustos y pasmados. Mi llegada fue recibida con moderada alegría. El caudillo de la aldea, un hombrón llamado Iván, me ofreció agua y comida. Acepté lo poco que tenían. Me alojé en su casa. Cuando hube comido, le dije a Iván que llevara a todos los niños a la vieja iglesia de piedra para el bautismo. Iván vaciló y por primera vez perdí esa confianza en mí mismo que hasta entonces había llevado como un manto.

Miré sus ojos estupefactos y esperé apenado lo que tenía que decirme.

—Padre, aquí hay una muchacha. Es que… desde hace unos días ella porta la semilla del demonio. La cosa es que las moscas la picaron y pronto va a… ya sabe…

Ya sabía. Incliné la cabeza indicándole que le entendía. Iván pareció aliviado. Continuó en un tono más tranquilo.

—Es que, sabiendo que estaba por llegar a nuestro pueblo… —Dio vuelta y me señaló el antiguo receptor de radio con el que la aldea se comunicaba con el resto del mundo, luego continuó:— Pensamos que un hombre sagrado como usted, protegido por la magia y la fe, podría destruir al demonio que habita entre nosotros.

De vez en cuando odiaba mi trabajo. Tendría que matar a esta muchacha inocente. Pero eso es parte del oficio de un sacerdote. No iba a ser la primera vez. Si no lo hacía, su espíritu vagaría por el mundo, inhabilitado para entrar en el Reino de los

Cielos.

Le dije a Iván: —No te preocupes. Lo haré—. Vi que el hombre se sentía aliviado.

Me levanté de la mesa y empecé a preparar la misa. Iván se quedó afuera, como correspondía a un hombre simple como él. Le oí llamar a las madres para que trajeran a sus hijos.

Pronto la iglesia estuvo llena de aldeanos. Algunos se quedaron afuera para vigilar, pero la mayoría ingresó. Las madres formaron una fila con sus hijos. Yo pronunciaba las palabras de la misa y los aldeanos las repetían. Todas esas palabras empezaron a tejer la magia del bautismo en el aire. La temperatura disminuyó, pero yo no sentía temor. Llamé a las madres una por una para que trajeran a sus hijos. Pude ver como temblaban y como sus ojos vacíos me miraban con sumo respeto.

Bauticé a todos los niños. Algunos tenían sólo unas semanas de edad y otros tenían casi un año.

Cuando terminé, bajé del altar. Tomé mi fusil y dije las primeras palabras mágicas de absolución sobre él. Iván se fue de la iglesia.

Balbuceaba las palabras mágicas como lo había hecho ya tantas veces. Pero no me sentía aliviado.

Iván regresó con dos campesinos que traían a la muchacha a la rastra. Ella gemía y suplicaba que la dejaran. En su cara se podían ver la desesperanza y el temor.

Y yo supe por qué.

De su espalda, visible a través del vestido rasgado, colgaba un enorme quiste palpitante. Las venas hinchadas bombeaban sangre al interior de esa masa blanca. Era evidente que las moscas habían dejado su huella en la aldea.

Les dije a los aldeanos: —Déjenla delante de mí y muévanse.

Me obedecieron.

La soltaron sin ceremonia alguna a mis pies y se alejaron rápidamente. La muchacha lloraba y ya no hablaba. Sabía muy bien qué destino le aguardaba. No podía imaginar el terror que había sufrido durante las últimas semanas.

Puse mi mano sobre su frente y la tranquilicé diciendo: —Todo estará bien, hija mía.

Por supuesto, no se aplacó sino que, por el contrario, empezó a llorar más fuerte. Me sentí mal. Miré a los aldeanos. Seguramente la muchacha era pariente de algunos de ellos. Nadie se sentía bien.

Apunté el fusil a su cabeza. Se produjo eso tan especial en mí, que me permite no sentir nada, y apreté el gatillo.

Su cabeza reventó y salpicó a todos con la sangre. Quedé cubierto de líquido rojo que se mezcló con el polvo en mi ropa.

El suelo de la iglesia también estaba cubierto de sangre. El quiste en su espalda empezó a temblar con fuerza. Parecía como si fuera a estallar de un momento a otro. Amartillé mi fusil y le disparé al quiste. Sólo quedó un gran orificio en la espalda de la muchacha.

Los niños empezaron a llorar, pero los demás estaban quietos. Nadie sollozaba porque sabían que el espíritu de la muchacha ahora estaba con San Pedro ante la puerta del Cielo y nosotros debíamos quedarnos aquí, en la tierra roja, entre los enjambres de fieras.



***Ilustración: Pedro Belushi***

Nadie lamentó mi partida. Me dieron un poco de agua y comida y se despidieron de mí. Cuando termino mi faena a nadie le gusta tenerme cerca.

Las absoluciones siempre me molestaron. Los viejos contaban historias de otros tiempos, cuando los sacerdotes eran conocidos como portadores de paz y seguridad. Del tiempo cuando no teníamos que matar a los miembros de nuestra congregación. Los sueños, sólo los sueños de hechos vacíos. Vivimos en tiempos polvorientos, debajo del sol feroz, día tras día escondiéndonos de los monstruos que nos acosan.

No oí el zumbido hasta que fue demasiado tarde. Me atacaron como una jauría de perros rabiosos. Chocaban contra mí mientras volaban ferozmente, picándome donde fuera. Les

disparaba, pero sólo logré matar a unos pocos.

Me dejaron en tierra, herido y sangrante. Casi enseguida me empezó a escocer donde me picaron las moscas y supe que ya estaban empezando a formarse los pequeños quistes. En la primera etapa las larvas crecen muy rápidamente.

Empecé a llorar. El polvo me raspaba los ojos y se pegaba a mis heridas. No me preocupaba la infección porque ya sabía cual era mi destino. La muerte estaba garantizada. La pregunta era cómo moriría.

Estaba rodeado de tierra roja; de repente empecé a desear su abrazo. Tomé el fusil en mis manos y agradecí exaltado que me quedara una bala. Pronuncié las primeras palabras mágicas de absolución sobre él, como lo había hecho ya tantas veces.

Traducción del croata: Irena Raseta. Título original: “Crvenilo”

**Nikola Stjelja nació el 12 de enero de 1981 en Koper, Istria, una ciudad de la ex república yugoslava de Eslovenia. Finalizó sus estudios en 1999 y desde entonces vive en Umag, Croacia, donde trabaja en una empresa de seguros mientras asiste a sus clases en la Universidad. Le gusta jugar rol, escribe poesía y cuentos cortos. Sus trabajos han sido publicados en Matica Hrvatska, NOSF, Via Galactica, International Literaly Institue of Zagreb, Serbian “Treci Trg”, en la revista Libra Libera y en Bosnian Album.**

# La trampa

## Fernando José Cots

# I

El General observaba con atención una de las dos pantallas en compañía de su Estado Mayor. En la otra pantalla, el rostro del Coronel Baker mantenía la actitud reservada del caso.

La primera pantalla mostraba una carta escrita en correcto inglés. Un inglés académico, propio de quien no nació hablándolo.

***Al General Sir Lionel Bors***

***Comandante en Jefe de las***

***Tropas Británicas de Ocupación:***

*Posiblemente le sorprenda esta carta de su enemigo, sobre todo de un enemigo que está a punto de ser derrotado; no obstante, consideré necesaria esta comunicación.*

*Usted es comandante de la tropa de lo que fue un Imperio, pero que ha podido, con cierta dignidad, conservar la sombra de sus glorias pasadas.*

*Hoy se presenta como "aliado" —una forma elegante de decirlo— de una horda analfabeta y sanguinaria comandada por sus primos, que los mantienen a su lado tal vez con el afán de dar cierta respetabilidad a sus actos.*

*Pero bien sabemos que sus aliados han cometido crímenes atroces, cuya sola mención empalidecería los crímenes de los legendarios Nazis de hace casi cien años.*

*Le confieso, General Bors, que no estamos en condiciones de ganar la guerra, si se puede llamar guerra a esta ocupación infame que sus primos han hecho de mi querido país. Esperamos ser derrotados, pero no vencidos; aniquilados, pero no prisioneros.*

*No somos suicidas. Nuestro último acto de resistencia, que estamos preparando para lanzar en breve tiempo, causará un daño grande en la cabeza de nuestros invasores. Aunque el sacrificio sea grande.*

*No impedirá eso, por supuesto, que las maquinarias de sus empresas saqueen sin piedad nuestro territorio. No nos necesitan ni siquiera como esclavos, así que nada tenemos que perder.*

*Pero no somos dementes.*

*Hay, entre nosotros, un grupo de niños. El mayor tiene doce años y otros apenas caminan. Los cuida un escaso grupo de mujeres, algunas de edad avanzada. En conjunto, no llegan a un centenar de personas. Ninguno de ellos merece morir.*

*Por eso apelo a usted, General Bors. Dentro de la horda que nos ocupa, ustedes los ingleses son un poco más confiables que los demás; creemos que conservan aún cierto sentido de civilización.*

*Este grupo, desarmado e indefenso, se entregará a usted mañana en la localidad de San Julián, cerca de la costa, donde ha anclado su flota.*

*Les pedimos que los protejan, si es que todavía tienen algo de poder.*

*Se despide de usted para siempre,*

Nahuel Milla
***Presidente del Consejo de Resistencia.***

El General terminó la lectura y volvió a mirar la imagen del Coronel Baker en la pantalla.

—Interesante. Muy interesante.

—General Dougherty, espero sus órdenes para saber si debo dejar que esta comunicación llegue al comandante inglés, o no. Estamos en el límite de la demora. Si la recibe tarde, sospechará.

—Usted es de Inteligencia, Coronel Baker. ¿Qué sugiere?

—Sugiero que la dejemos llegar, General. Y que el inglés decida qué hacer.

—¿Y si decide aceptar?

—Vigilaremos el encuentro por satélite. Si descubrimos de

dónde viene el grupo, podremos descubrir el centro de operaciones del enemigo. No obstante…

—¿No obstante?

—Es posible que el movimiento haya sido coordinado. Que los refugiados ya estén esperando una señal, pero que sus jefes no estén con ellos.

—Está bien. Dejaremos que el encuentro se haga. Prepare una bomba para destruir San Julián.

—Estarán también los ingleses, señor.

—Yo respondo sólo ante el Presidente. Él hablará con John Bull y… creo que estarán contentos de verse libres de Bors. De todas formas, estos parientes resultan ya molestos.

# II

Al día siguiente, el General Dougherty mandó llamar al Coronel Baker. Estaban solos en una habitación a prueba de toda detección e interferencia. Dougherty miraba con severidad a Baker, quien permanecía firme, impertérrito.

—Descanse, Coronel.

Baker obedeció la orden dentro de lo estrictamente reglamentario.

—Coronel, me ha decepcionado. ¿A qué se debió esa orden demencial que dio usted hace una hora, abortando la operación?

—Orden que, para nuestra desgracia, no fue obedecida, señor.

Dougherty golpeó la mesa con furia.

—¡Aquí yo doy las órdenes! ¡Y por encima de mí sólo está el Presidente!

—Y yo soy oficial de Inteligencia, señor. Pensé que sería comprendido y obedecido. Ahora ya es tarde.

—Será mejor que se explique antes de que lo degrade a cabo y lo envíe al Antártico.

—Puedo explicarlo, señor —respondió Baker, al tiempo que sacaba un archivo digital de su bolsillo. Colocó el archivo en el deck correspondiente y presionó los comandos. Una pantalla se iluminó. En ella se veía la imagen satelital de la costa.

—Esto es San Julián, antes de la bomba, antes del encuentro.

Baker señaló unas formas mar adentro.

—Aquí está la flota británica, señor.

—¿Qué hacían tan lejos?

—Se retiraban, señor. Con Bors y su Estado Mayor a bordo.

Dougherty miró a Baker con alarma.

—¿Escaparon?

—Dijeron haber detectado actividad enemiga… Sólo dejaron la fragata médica y dos destructores pequeños. Para cien refugiados era suficiente. Pero eso no es todo.

El coronel disminuyó la escala de la imagen satelital y la desplazó tierra adentro. Sobre la costa se veían unos puntos de color perfectamente delineados. Hacia el interior, nada.

—Esos puntos son los ingleses, que estaban esperando contactar a los refugiados. Observe lo que sucederá a continuación.

De pronto, comenzaron a aparecer más puntos, dispuestos en abanico alrededor de San Julián. Los puntos emprendieron una lenta marcha hacia la zona donde se encontraban los ingleses.

—Ésos eran los refugiados, señor. Avanzaban a pie hacia San Julián, como surgidos de la nada. Hubieran llegado en menos de una hora.

La imagen se aproximó a tal velocidad que, aún cuando Dougherty sabía que era una ilusión, sintió contraerse su estómago. Los puntos se habían transformado en personas vistas desde arriba. Eran, indudablemente, muchos niños y algunas mujeres. Un pequeño tropezó y cayó, lo que permitió verlo con detalle. Una mujer retrocedió a la carrera, lo levantó en brazos y continuó la marcha.

—Pero ¿de dónde demonios salieron, Baker?

—No lo sabemos, señor. Envié varios equipos al lugar para que investiguen, pero aún no han enviado informes. Los efectos de la bomba no les han permitido comenzar a trabajar en la zona.

—¿Refugios subterráneos?

Baker negó con la cabeza. —Nuestros satélites los habrían detectado, General. Excepto que hubieran estado a más de quinientos pies bajo tierra, donde no llegan nuestros sensores. Pero si hubiesen tenido refugios allí, no los habríamos visto aparecer en forma tan abrupta. Habríamos captado las puertas que se abrían.

—¿Cómo burlaron nuestros sistemas, entonces?

—Lo ignoramos, señor. Si hubiésemos detenido la bomba, tal vez lo habríamos averiguado.

Dougherty quedó pensativo unos instantes, luego volvió a mirar a Baker.

—¿Qué tan fiable es esto? ¿No podría ser una ilusión de los instrumentos?

Por toda respuesta, Baker accionó unos comandos y la pantalla se dividió en seis partes. Todas las imágenes mostraban, desde distintos ángulos, una instalación militar sanitaria de emergencia. Había tropas, pero también médicos, personal de enfermería y varias cocinas de campaña en plena función. En tres de las pantallas se podía ver el mástil con la bandera británica ondeando ante el intenso viento.

—Ésa era la base inglesa, momentos antes de la llegada de los refugiados. Esta imagen es confiable. Vea, allí comienzan a llegar. Aquí fue donde intenté detener nuestra operación.

Por un recodo del camino aparecieron los primeros niños acompañados por una mujer. Las cámaras los mostraron en primer plano. Ella era joven, pero avejentada, escuálida y desgarbada. Los niños tampoco evidenciaban salud. Todos tenían una luz fantasmal de miedo y odio en la mirada. El pequeño grupo ganó el centro del campamento, al tiempo que otros se iban acercando.

—Vea su aspecto. No hemos estado tanto tiempo en guerra como para que se encontraran en ese estado. Lo que vemos aquí es el resultado de nuestras armas biológicas. Esos refugiados ya estaban condenados a muerte para cuando llegaron a la base.

Súbitamente, las imágenes desaparecieron en medio de un fogonazo.

—Y ésa fue nuestra bomba, General. Observe el área de impacto.

La nueva imagen satelital mostraba la zona donde antes había estado San Julián. Ahora sólo quedaba un inmenso agujero que estaba siendo invadido por el mar.

—La radioactividad alcanzó a la flota inglesa, aunque bien sabemos que nada podía hacerles. En este momento, Bors está hablando con su gobierno… y el Primer Ministro está hablando con el Presidente. No me extrañaría que en poco tiempo el Presidente lo llame a usted, señor.



***Ilustración: Guillermo Vidal***

Dougherty miró a Baker con un dejo de temor, aunque no quería demostrarlo.

—Aún no comprendo lo que quiere decir, Baker. ¿Por qué intentó detener la bomba?

—El hecho de que la flota inglesa se alejara ya era sospechoso. Pero que los refugiados aparecieran como por arte de magia… Era necesario interrogarlos. Si hubiésemos detenido la bomba, todavía habríamos podido salvar nuestra posición.

—¿De qué está hablando?

—General, todavía debo confirmarlo. Pero supongo que los ingleses ya sabían que interceptábamos sus comunicaciones y que las demorábamos. Imagino que los rebeldes sospechaban algo parecido.

—Abrevie, Baker.

—Los rebeldes se comunicaron con Bors de una forma que desconocemos. Le propusieron una operación en la que nada tenía que perder y mucho para ganar. Querían demostrarles a los ingleses cuánto podían confiar en nosotros. Si la bomba no hubiese estallado, la estrategia enemiga habría fracasado. Ahora…

Dougherty parecía golpeado, pero intentaba buscar una solución.

—Ahora no sólo los ingleses… los otros aliados… ¡Pero todavía podemos salvar nuestra reputación! ¡Habíamos previsto una excusa de fuego amigo!

—Tal vez funcione, señor. Pero también estaba previsto que Bors y su Estado Mayor murieran. Ahora que han sobrevivido, ahora que no sólo han enviado mensajes al Primer Ministro, sino al Rey, al Parlamento y al Comando Unificado… y a los muchos amigos que tiene…

—¿No interceptó usted esos mensajes?

—Supongo que los tenían preparados y los enviaron por una línea segura que desconocemos… Creo que en cualquier momento

recibirá una llamada del Presidente, señor.

Dougherty se tomó la cabeza.

—No... no estamos listos... no para dominar a todo el mundo... no para tener al resto del mundo de enemigo... ¡Y todavía esos malditos rebeldes que preparan una operación para dañarnos!

—General... creo que ya la hicieron.

Aún dentro de su marcialidad, Baker tenía una leve y amarga sonrisa de triste ironía.

La línea de emergencia comenzó a sonar. En otra pantalla apareció el rostro del Presidente Bolander, con una expresión que presagiaba un negro futuro.

**Fernando José Cots ha acompañado la evolución de la ciencia ficción argentina desde los tiempos de Sinergia, cuando su relato “Apashanka” se publicó en el N° 8 de la revista. Fernando vive en Córdoba, tiene 54 años y sigue escribiendo con gran entusiasmo. Sus trabajos publicados en Axxón, con éste, suman siete: “Quilino” (119), “Caracoles” (123), “El día de la rata” (137), “Rechazo” (146), “Obertura Para dioses locos” (147) y “Procónsul” (160).**

# Ángela

## Antonio Bellomi

*Día primero - Domingo*

—No oigo a Ángela —dijo Bruno mientras ayudaba a Silvia, su esposa, a ordenar por enésima vez la biblioteca, repleta de libros y discos compactos. Era raro que Ángela estuviera tan extraordinariamente callada. Solía ser el pequeño volcán de la casa.

—Está mirando la televisión. Hay un nuevo programa sobre animales. Escenas de circo, creo.

Bruno fue a espiar en el cuarto de su hija. Ángela estaba sentada en el suelo, cruzada de piernas, y mantenía los ojos clavados sobre la pantalla donde, en una jaula de hierro, un domador armado con su látigo dominaba a un león.

—¿No piensas salir a jugar, Ángela? Es un espléndido día de sol.

Ángela no despegó los ojos de la pantalla.

—No, papi. Prefiero mirar la televisión.

Bruno agitó la cabeza. Demasiada televisión. Observó la pantalla. No le gustó la forma en que el domador blandía el látigo sobre el pobre león. Deberían prohibir ciertos espectáculos poco educativos.

Regresó a la sala.

—¿No crees que deberíamos limitarle la televisión a Ángela? —preguntó a su mujer—. Haría mejor yéndose a jugar afuera. Una niña de cinco años no debería pasarse el día pegada a la televisión. Sobre todo frente a ciertos programas.

Silvia se secó el sudor del rostro con la manga.

—Si te arriesgas… no tengo ganas de soportar llantos y caprichos.

—Y entonces dejemos que haga su voluntad —refunfuñó Bruno.

Esa noche, en la mesa, Ángela parecía adormilada. Tenía la mirada ausente.

—¿Algo anda mal? —preguntó su madre.

—No, nada —respondió Ángela—. No tengo ganas de comer.

Dejó por la mitad lo que tenía en el plato y escapó a su cuarto.

—De nuevo la televisión —exclamó Bruno—. Ya es suficiente.

Se levantó y fue al cuarto de Ángela. Pero Ángela no estaba mirando la televisión. Yacía vestida sobre la cama, mirando insistentemente el techo. Sus ojos tenían una fijeza preocupante.

Bruno se sentó a su lado. —¿Qué le pasa a mi ángel rubio? —le preguntó acariciándole el pelo.

Ángela no respondió. Rechazó la mano y siguió mirando el techo. Bruno suspiró. Al rato se levantó y salió del cuarto. Si no tuviera seis años pensaría que está enamorada, se dijo. ¿Quién entiende a los niños de hoy?

*Día segundo - Lunes*

Silvia vio llegar a Ángela por el sendero de casa, seguida por otras dos niñas de su edad. Las conocía de vista porque eran compañeras de Ángela en el colegio.

Por lo menos no está sola, pensó aliviada. Es preferible jugar con las muñecas que ver siempre la televisión.

Ángela entró seguida por sus amigas y se dirigió directamente a su cuarto.

—Buenos días, señora —la saludaron a coro ambas niñas. También eran rubias y delgadas como Ángela. Dos ángeles rubios, pensó Silvia con ternura. Muy bien educadas.

—Les prepararé helado, chicas —dijo Silvia. Pero las tres niñas ya habían desaparecido en el cuarto de Ángela.

Al entrar con los helados, Silvia esperaba ver a las niñas ocupadas en algún juego; sin embargo las tres estaban sentadas en el suelo con las piernas cruzadas y los ojos fijos en la televisión.

—¡Helado, chicas! —anunció Silvia.

Ángela ni siquiera volvió la cabeza. —Gracias, mamá.

—Gracias, señora —contestaron Vanessa y Pamela a coro. Ahora sí recordaba sus nombres.

El domador de la pantalla parecía más salvaje que nunca y maltrataba al pobre león, quien se quedaba quieto, muy quieto. Tal vez lo habían atiborrado de sedantes.

Pero qué programas hacen para los niños…, pensó Silvia indignada. No se puede maltratar así a los animales. No, la televisión ya no es educativa, si es que alguna vez lo fue. *Esta noche hablaré con Ángela y le prohibiré mirar la tele*.

—¿Por qué no van a jugar afuera? —propuso tímidamente. Pero como ninguna de las tres respondió, se encogió de hombros y salió. Sí, era momento de echarle un buen discurso a su hija.

## *Día tercero - Martes*

En esta oportunidad, junto con Vanessa y Pamela también llegaron dos chicos, Riky y Diego. Entraron en la casa como un pelotón de marines y apuntaron directamente hacia el cuarto de Ángela.

—Buenos días, señora.

Eh, no, se dijo Silvia. Es demasiado. Esta casa parece haberse convertido en un cine público. Marchó con paso decidido hacia el cuarto de Ángela, pero cuando estaba delante de la puerta dudó. Quizás no fuera momento de montar una escena delante de todos.

Por los sonidos que venían del cuarto era evidente que la televisión estaba encendida y que los chicos miraban el típico programa de la tarde, el del domador con el león. ¿Es que no se cansaban de verlo?

Regresó a la cocina más decidida que nunca a hablar con Ángela. La tarde anterior no pudo hacerlo porque había tenido una emergencia con el lavarropas automático, que arrojaba agua por todas partes, pero esta noche lo hablarían… oh, lo habrían hecho, si Bruno le hubiese echado una mano en lugar de refugiarse tras el suplemento deportivo. Sólo actuaba de la boca para fuera, pensó ella. Como todos los maridos.

Ángela apareció en el sendero, seguida por cuatro niñas y tres niños, y cuatro de ellos seguían siendo Vanessa, Pamela, Riky y Diego. Todos tenían semblantes muy serios, y cuando entraron en la casa apenas la saludaron, antes de meterse en el cuarto de Ángela.

Silvia suspiró. ¿Por qué no se había atrevido a hablar con Ángela la tarde anterior? Pensó que quizá hubiese podido sabotear el televisor. Sí, se dijo sonriendo, podría haberlo hecho. Habría bastado con desconectar algún cable interno mientras Ángela estaba en la escuela; al retornar, su hija habría encontrado la televisión inservible. Tal vez de esa manera se hubiese evitado los llantos.

Más calmada, preparó helado para todos. Afortunadamente había hecho las compras, porque la tribu parecía aumentar día tras día.

Cuando entró en el cuarto de Ángela vio que todos los niños se habían sentado en el suelo y miraban la televisión con expresión intensa, sin desviar un segundo la mirada de la pantalla. Ninguno hablaba. Era una atmósfera surrealista. ¿Dónde estaban los gritos desenfrenados, el caos y la confusión que formaban parte del comportamiento de una banda de enérgicos angelitos?

—Los helados —dijo Silvia, pero nadie le prestó atención y volvió a la cocina con el postre. Se pasó una mano por la frente. No, no era posible. Estaba soñando. Los muchachos estaban hipnotizados por esa pantalla. ¡Incluso habían rechazado el helado!

Era inquietante. Adictos a la televisión. Y por ese domador… deberían prohibir ciertos programas.

De repente, del cuarto de Ángela surgió un grito colectivo, y un momento después los ocho niños salían al corredor.

—Adiós, Ángela, nos vemos mañana en la escuela.

—Adiós, adiós, adiós…

Silvia los escuchó salir tranquilamente. Consultó el reloj y descubrió que era más temprano que de costumbre. Ángela entró en la cocina con una extraña expresión en el rostro. —¿Todavía hay helado? —preguntó con una sonrisa.

Silvia lo sirvió sobre la mesa.

—Aquí tienes —miraba a su hija con curiosidad—. ¿El programa ya terminó? —Quizá esta vez pudiese decirle lo que había estado postergando durante tanto tiempo.

—Lo han interrumpido —respondió Ángela. Y hundió la cuchara en el tazón de helado de chocolate—. Está rico —dijo, alzando sus ojos azules hacia su madre.

Silvia se armó de valor.

—Escucha, Ángela, me parece que miras demasiada televisión. Y ese programa del domador… —dudó mientras buscaba las palabras—. No me agrada la forma en que trata a los animales. No deberían permitir ciertas cosas.

Ángela alzó la mirada hacia ella.

—Tienes razón, mami, ese domador realmente era… —se interrumpió para buscar la palabra correcta, pero no tuvo éxito y simplemente dijo—: era malo. Merecía ser castigado.

Silvia soltó un suspiro de alivio. Ahora se sentía más tranquila. Había sido muy simple.

—Ángela, prométeme que no volverás a mirar ese programa, es un programa… malo.

Ángela la miró por sobre el helado. Una llamativa mancha de cacao le adornaba la barbilla. Agitó su cabecita rubia.

—No te preocupes, mamá, ya no me interesa. —Se levantó y corrió hacia la puerta—. Me voy a jugar.

Esa tarde Bruno volvió antes de lo acostumbrado. Corría por el sendero de entrada con un periódico en la mano.

—Silvia, lee esto —dijo sin aliento, extendiendo el periódico vespertino.

Había un titular en primera plana.

DOMADOR DESCUARTIZADO POR LEÓN

—Incomprensible agresión de un león. El animal era considerado manso e inofensivo —leyó Silvia. Alzó sus espantados ojos hacia su marido—. ¿Se trata del programa que siempre mira Ángela?



***Ilustración: Fraga***

Bruno asintió.

—Sí, interrumpieron la transmisión enseguida, pero los espectadores alcanzaron a ver que el león se abalanzaba sobre el domador.

Silvia asintió.

—Es horrible. Y los niños han visto todo…

Sin embargo, pensó, lo extraño es que cuando los niños salieron del cuarto de Ángela parecían muy tranquilos y relajados. Quizá la escena del ataque se había interrumpido al primer salto del león, antes que atacara a muerte al domador. Se estremeció. Si los niños hubiesen visto toda esa sangre… ciertas monstruosidades no eran para ellos.

*Día quinto - Jueves*

Silvia miraba por la ventana. Gracias a Dios, Ángela parecía haber olvidado la televisión. Hoy había estado jugando fuera, en el jardín, con Vanessa, Pamela, Riky, Diego y los demás, sus compañeros de colegio. ¿Pero adónde se habían ido? Antes escuchaba sus gritos de alegría. Ahora estaban muy silenciosos.

Entonces los vio. Formados en línea, se apoyaban sobre la cerca que separaba su jardín del vecino, observando en silencio y con intensidad al viejo Jarak, un borrachín al que todos evitaban porque apestaba siempre a vino y tenía fama de violento.

En ese momento el viejo Jarak tenía en sus manos un bastón nudoso, con el que golpeaba salvajemente a su pitbull encadenado. El perro gruñía con furia y tensaba la cadena, pero el viejo se mantenía a distancia segura. Algunos decían que los pitbull eran más mansos que sus dueños…

Los niños tenían los ojos fijos en la escena. En silencio, tan concentrados como cuando miraban al domador de la televisión. Había algo en ellos que hizo estremecer a Silvia.

Entonces se oyó el chasquido seco de la cadena al romperse.

Traducción del italiano: Fabio Ferreras. Título original: “Angela”

**Antonio Bellomi nació en Milán en 1945. A partir de 1962, cuando se publicó su cuento “Un piano perfetto” en *Oltre il Cielo*, ha trabajado en todas las zonas, planos y campos de la ciencia ficción, ya sea como escritor, traductor, agente, editor y compilador de antologías. De las muchas colecciones que dirigió —Spazio 2.000, Il meglio della fantascienza, Galaxis, Solaris, Star trek, Altair, I libri di Solaris, Gemini—, la de mayor suceso fue la versión italiana de la serie alemana “Perry Rhodan”, que se prolongó a lo largo de 66 números. Como escritor no sólo ha sido publicado durante más de cuarenta años en todas las revistas italianas importantes del género como Urania, Nova Sf, Futuro, Mystero, sino también en numerosas revistas externas al mismo. Muchos de sus cuentos han sido traducidos a otros idiomas y aparecieron en los Estados Unidos, Hungría, Francia y Alemania. Particular éxito han tenido su novela *L’impero dei Mizar* (1991) y recientemente la colección de relatos *Con lo sguardo rivolto alla stelle*.**

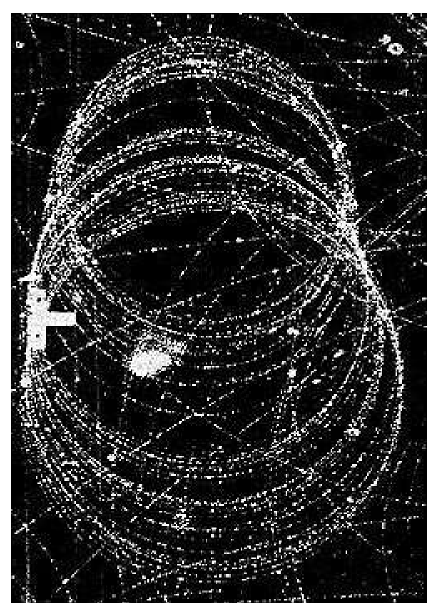
# El Universo… ¿se está desmoronando?

**Marcelo Dos Santos**

Todos conocemos (o creemos conocer) lo que es un electrón, pero poco sabemos acerca de su descubrimiento.

En 1864, el físico irlandés George Johnstone Stoney declaró, en un congreso científico en Belfast, que la electricidad no era en realidad una entidad continua (una "onda") como se creía hasta ese momento siguiendo los postulados de la física clásica, sino una sucesión de "paquetes" o cargas discretas. Este enorme avance cristalizó en el desarrollo de un concepto con nombre, cuando, en 1891, el mismo Johnston llamó a estas partículas "electrones".

La existencia de los electrones explicaba numerosos fenómenos eléctricos que no podían comprenderse si la electricidad era una onda continua, pero permaneció como teoría hasta que seis años después el inglés Joseph John Thomson descubrió efectivamente unas pequeñas partículas con carga eléctrica negativa a las que identificó de inmediato con los electrones de Johnstone. Admirador del trabajo de Maxwell y estimulado por el descubrimiento de los rayos X, Thomson estaba estudiando los rayos catódicos cuando comprendió que algunos efectos producidos en el interior del tubo se debían a la existencia de un flujo de partículas cargadas negativamente. El hijo de Joseph, George Thomson, recibió el Premio Nobel de Física al demostrar que los electrones, si bien eran partículas como Johnstone había postulado y como su padre había descubierto, "ondulaban" a su vez como si fuesen una onda, por lo que certificó la existencia de la dualidad onda-partícula de estas entidades.



**Una imagen que hubiera hecho las delicias de Thomson: fotografía de la trayectoria espiral de un único electrón desviado por un campo magnético**

La contrapartida positiva del electrón, llamada protón, debió esperar unos años más para ser descubierta. En 1918 el físico neocelandés Ernest Rutherford (que diez años antes había ganado un Premio Nobel al descubrir las partículas alfa y beta y demostrar que la radioactividad siempre iba acompañada de la desintegración de un núcleo atómico) observó que si bombardeaba nitrógeno con partículas alfa (que, aunque él no lo sabía aún, no son más que núcleos de helio, es decir, dos protones y dos neutrones), sus detectores mostraban el impacto **de un solo protón**. ¿Cómo era posible esto? Rutherford identificó correctamente a este protón como un núcleo de hidrógeno ionizado, y, como en el tubo sólo existían el nitrógeno y las partículas alfa, dedujo con preclara intuición que el protón que golpeaba el detector sólo podía haber provenido de los núcleos de nitrógeno. A continuación, dedujo que, puesto que esta partícula formaba parte del núcleo, era una de las entidades fundamentales de la materia y la bautizó “protón” (en griego, “el primero”).

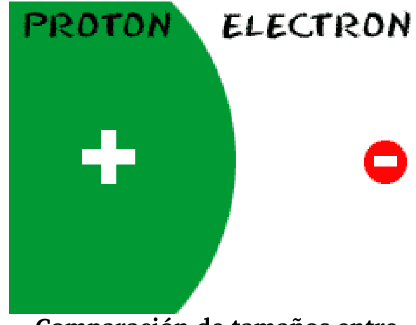
La cuestión es que, finalmente, el físico danés Niels Böhr relacionó el descubrimiento de Rutherford con el de Johnstone y Thomson, y unió a ambos para elaborar su modelo atómico, en el cual cada

átomo está compuesto por un protón (o varios) como núcleo y un electrón (o varios) que giran en torno a él, a la manera de un pequeño sistema solar en miniatura. La Era Atómica había comenzado.

El protón y el electrón, como se comprenderá, guardan un perfecto equilibrio eléctrico dentro del átomo que los albergan. Si esto no fuese así, las cargas opuestas (protones positivos y electrones negativos) se atraerían entre sí y la materia como la conocemos sería incapaz de existir. En efecto, la carga eléctrica de un protón es exactamente de 1,602 x $10^{-19}$ coulombs, **precisamente igual a la del electrón**, pero por supuesto con signo contrario. Esto en cuanto a la carga. ¿Y respecto de la masa?

La masa del electrón es bastante pequeña: aproximadamente $9.11 \times 10^{-31}$ kg. El sentido común nos dice que, si las cargas son iguales, la masa del protón también debiera ser igual. **Nada más lejos de la realidad**. La masa del protón no es de $9.11 \times 10^{-31}$ kilos, sino de 1,6726 x $10^{-27}$ kg, lo cual, así escrito, puede parecer semejante, **pero que en realidad es 1836 veces más grande**. El protón es 1836 veces más grande que un electrón, sí, señores. Para que el lector se dé una idea, el planeta Júpiter tiene solamente 310 veces más masa que la Tierra. Cuesta imaginar un átomo donde el núcleo es 1836 veces más masivo que los electrones… pero así es. ¿Por qué? ¿Cuál es la razón de esta igualdad de cargas y de esta desigualdad de masas y tamaños? Nadie lo sabe, y lo interesante es que no parece haber ninguna razón particular para ello. Sin embargo, es así. En todo el universo.

La relación de masas entre el protón y el electrón (1836 a 1) es una de las constantes fundamentales del universo. Es constante en el sentido de que se considera que no se modifica, y fundamental porque todo el universo está constituido de la misma forma.




**Comparación de tamaños entre**

**protón y electrón**

Se “considera” que no se modifica… ¿Es esto verdad ineluctable?

Parece ser que no. Como hemos visto en un Zapping hace un año (http://axxon.com.ar/zap/281/c-Zapping0281.htm), es posible (más que posible, muuuuy probable) que **otra** de las constantes básicas del universo, llamada “alfa” o “constante de estructura fina” esté cambiando de valor. Este es un descubrimiento perturbador, porque los alcances de una variación de los valores de estas leyes fundamentales son verdaderamente impredecibles. Hasta puede ser que la realidad como la conocemos deje de existir en cierto punto.

Las piedras de la discordia, en este como en otros casos en que la ciencia se enfrenta a nuevos descubrimientos que ponen en tela de juicio verdades aceptadas como auto de fe hasta el momento, son los cuásares.

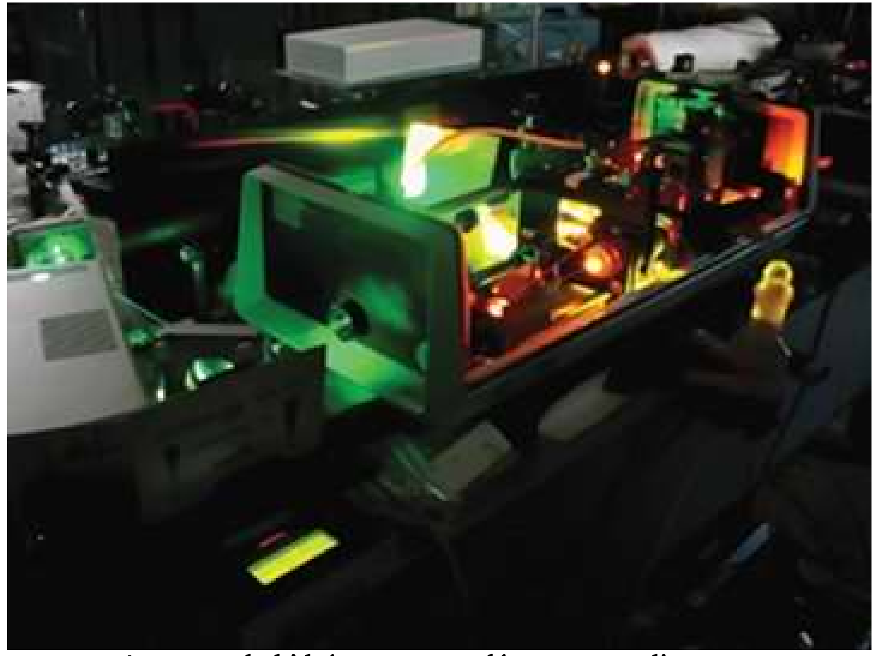
Un cuásar es una estrella vieja, viejísima, que manifiesta un increíble corrimiento hacia el rojo, lo que significa que es muy lejana y se está alejando de nosotros a velocidades gigantescas. En verdad, cuando observamos un cuásar, estamos observando los primeros instantes del universo. Un cuásar suele obtener su energía de un agujero negro, y su luz proviene de tan lejos que nos permite observar todo lo que ocurre entre él y nosotros estudiando sus propiedades. La luz de un cuásar se comporta de distintos modos de acuerdo al tipo de materiales que haya atravesado para llegar a nosotrso: no es igual si vino a través del vacío, si pasó por una nube de gas caliente o cualquier otra circunstancia que le haya tocado en suerte. De ese modo, analizando la susodicha luz, podemos saber a ciencia cierta los avatares por lo que pasó en su largo periplo de millones de años.

**Allá lejos y hace tiempo: visión**

**artística de un cuásar habitado, hace miles de millones de años**

Fue así que los científicos estaban estudiando la luz de dos cuásares muy lejanos. Como sabemos, mirara **muy lejos** equivale a mirar lo que ocurrió **hace mucho**. Los astrónomos observaron que la luz de los dos cuásares en cuestión habían atravesado, al comienzo de su recorrido —esto es, menos de 2 mil millones de años después del Big Bang, o sea, hace unos 13 mil millones—, una nube de gas hidrógeno helado. Midiendo cuidadosamente las longitudes de onda de esta luz, aprovecharon para estudiar las características de estos átomos de hidrógeno que habían sido "iluminados" por los cuásares, allá lejos y hace tiempo. En otras palabras: la luz del cuásar nos trae datos del hidrógeno "fósil" como fue hace 13 mil millones de años, algo que nunca podríamos estudiar observando el hidrógeno "moderno" que nos rodea en el espacio cercano. La pregunta era: ¿sería igual al hidrógeno de hoy en día? En caso negativo, ¿en qué aspectos podría haber cambiado?

Lo que hicieron los expertos fue una simple (aunque inimaginablemente precisa) comparación: atravesaron en el laboratorio una masa de hidrógeno con la luz de un láser, y luego compararon los resultados con los comportamientos de la luz del cuásar que había atravesado el hidrógeno de hace 13 mil millones de años. Como el lector inteligente habrá adivinado, los resultados entre el láser de hoy y el cuásar de hace mucho fueron ligeramente distintos. No algo monumentalmente, grandiosamente, radicalmente distinto. Una pequeñísima, debilísima, casi despreciable diferencia. Pero diferencia al fin.



**Atravesando hidrógeno con un láser para medir su mu**

La luz es luz, siempre fue luz y seguirá siendo luz hasta el final de los tiempos. Por lo tanto, la diferencia sólo podía estar **en los átomos de hidrógeno que los dos rayos de luz atravesaron**. Y aquí retornamos al tema con que abrimos este artículo: la relación de masas entre protones y electrones.

Ese número (1:1.836, en realidad 1.836,153 en la actualidad) se descubrió, precisamente, **observando los patrones de absorción de la luz por parte de los átomos de hidrógeno**. Para decirlo de manera simple: la forma en que el hidrógeno absorbe la luz **depende de este valor**. Llamamos a este número m ("mu", la letra griega), y siempre lo consideramos, como queda dicho, una constante. Para más datos, **una de las constantes fundamentales del universo**.

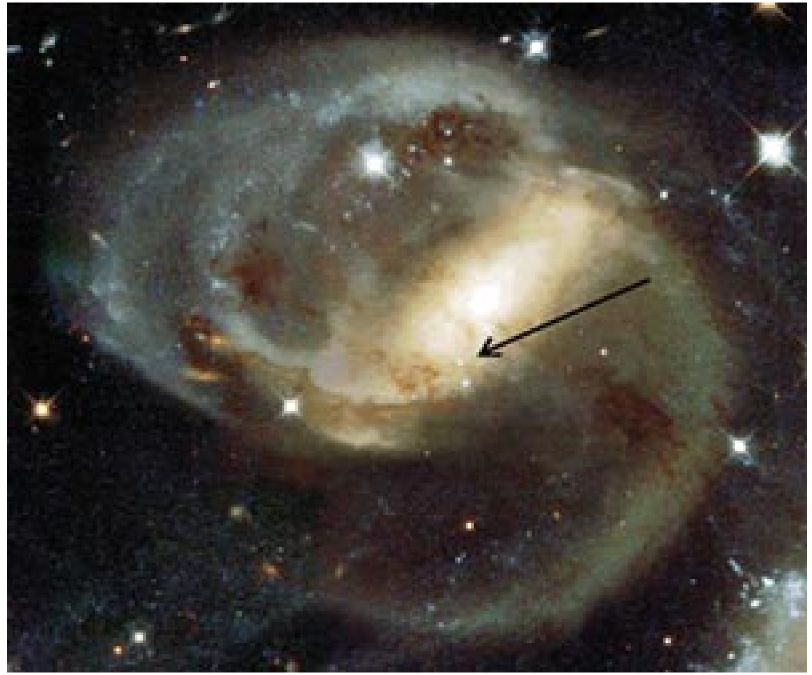
Sin embargo, así como parece haber evidencia de que la constante de estructura fina ha cambiado, en apariencia tenemos hoy una **pequeña** evidencia de que, hace 13.700 millones de años, mu era ligeramente diferente. Mu tenía otro valor o, lo que es lo mismo, la relación de masas entre los protones y los electrones de aquella época no era la misma que hoy. O el protón era más grande, o el electrón más chico, o el electrón más grande, o el protón más chico,

o ambas, o cualquiera de todas las combinaciones intermedias, o bien existía un fenómeno desconocido y hoy desaparecido que cambiaba en pequeña proporción el valor de mu… La verdad es que no lo sabemos.

La variación de mu —como la variación de alfa— pueden significar que el universo está evolucionando de un modo que no podemos imaginar, y que tal vez otras constantes que consideramos absolutas, inmutables y eternas (como por ejemplo la velocidad de la luz) pueden estar modificándose también. Estos nuevos enigmas podrían, a su vez, prestar apoyo a nuevas teorías como la Teoría de las Cuerdas que postulan la existencia de numerosas dimensiones espaciotemporales más allá de las tres (cuatro si contamos el tiempo) que estamos habituados a observar.

La variación de mu no ha sido grande: aproximadamente dos milésimas partes de un uno por ciento en un lapso de más de 13.000 millones de años. Es casi nada, no es significativa, **pero, de ser cierta, comprobaría que nos equivocamos al creer que mu era una constante.** Como alfa.

Victor Flambaum, uno de los descubridores de la variación de alfa, manifestó al enterarse de la supuesta variación de mu: “Si estos resultados son correctos, serán revolucionarios. No importa que la variación sea pequeña. **Si mu está cambiando, necesitaremos otra física teórica y una nueva cosmología**“.



**Señalado con la flecha, un cuásar lejano de alto corrimiento al rojo, en la galaxia NGC7319**

El pequeño cambio del 0,002% en el valor de mu no debe descartarse como una variación mínima. Del mismo modo en que alfa gobierna el modo en que interactúan los átomos con la luz, **mu determina la fuerza nuclear fuerte, que mantiene unidos a los protones y a los neutrones en el interior de los núcleos atómicos**. El numerito en cuestión impide que las fuerzas repulsivas entre los neutrones (todos ellos con la mima carga positiva) provoque que los núcleos se desintegren casi antes de formarse. Otra de las "minucias" que dependen de mu es nada menos que **la cohesión de los quarks en el interior de las partículas subatómicas**. Así que no deberíamos preocuparnos de los átomos. Si el valor de mu fuese diferente, ni siquiera los protones o neutrones podrían existir. Mu es responsable de mantener la existencia de la realidad. Conserva a los átomos formados, hace girar los cielos sobre nuestras cabezas, las estrellas, galaxias y planetas existen gracias a ella. Sostiene el entramado de la materia.

Pero parece estar cambiando de valor, o haberlo hecho en el remoto pasado. ¿Cómo? ¿Por qué? No lo sabemos. ¿Sigue cambiando actualmente? ¿A qué ritmo? ¿Lo seguirá haciendo en el futuro? ¿Cuáles serán las consecuencias? No lo sabemos.

Antes de alarmarnos por la posible y próxima desaparición de la realidad, conviene recordar que la variación de mu deriva **únicamente de la observación de la luz de dos cuásares**, siendo que la variación de alfa fue estudiada en 143. Y ni siquiera ella está libre de controversias al día de hoy. Existen resultados que dicen que alfa no ha cambiado, y que todo se debe a errores de observación o a datos malinterpretados.

Es posible que con mu pase lo mismo. El tiempo lo dirá.

Mientras tanto, asistimos con asombro a esta especie de juicio sumario en que algunos científicos "acusan" a las constantes de ser variables bien disfrazadas y nada más.

¿Se demostrarán mu y alfa culpables o inocentes? Esperemos que el tribunal decida pronto, porque la materia y la energía, el mundo y nosotros mismos dependemos de ellas. Si no, exclamaremos —como el célebre personaje de "Fundación"—: "¡El universo se está desmoronando!".

# Nuestra tumba

## Gustavo Fernández Riva

Cada tantos años volvía a la casa en donde recordaba haber visto la luz por primera vez cuando resucité, en donde había reaprendido las cosas básicas de la vida. Lo hacía por miedo a terminar olvidando. A que me sucediese como a tantos otros que andan por ahí como si tuviesen algo roto.

Uno siempre debe volver solo a su primer hogar, sin familia y sin amigos. Es una peregrinación esquiva, una búsqueda de recobrar algo que nunca podemos tener del todo. Hay que verlo sin intromisiones de nuestra nueva vida, hay que sentirlo como al principio, cuando casi nada existía. Ahora había una estación de tren en el pueblo que me dejaba a unos pocos kilómetros. Tenía bastante con cargar mi valija, así que no me aprovisioné cuando llegué. Mientras llenaba el formulario para usufructuar una bicicleta dejé el equipaje en el suelo. Un esclavo pasó y la tomó por instinto, tuve que arrebatársela de la mano. Me miró un segundo, parpadeando sin sentido y luego siguió con su antiguo rumbo.

El recorrido en bicicleta fue apacible. Era un día soleado pero aún había signos de una tormenta reciente: los caminos de piedras enormes estaban lavados por el agua que goteaba desde los sauces. Sobre las montañas se percibía una pequeña ciudad, y en algún punto vi los progresos de un tendido de electricidad, una nueva central generadora de energía y alguna pequeña plantación rodeada y custodiada por árboles.

Pero en la propiedad de mi familia, del otro lado del portón, encerrado por la cerca de piedras y barro, todo seguía intocado por la mano de los mortales, sólo acariciado hasta la herrumbre por el tiempo.

Dejé la bicicleta en el antiguo galpón de chapas agujereadas. Aún quedaban familiares por venir, o ya habrían derribado ese edificio, construido hace incontables años por gente que resucitó antes que nadie en mi familia. En el aire de media mañana todo parecía de colores suaves y con olor a humedad limpia. En el cementerio, en cambio, la humedad no tenía ese mismo aroma, se presentía el descuido, el musgo y los hongos alimentándose. Fue el primer lugar que visité. Estaba a unos cincuenta metros de la casa, rodeado por su pequeño muro de piedras y cubierto por sus doce tumbas colocadas en tres hileras de cuatro, todas a una distancia

equidistante entre sí y con respecto a la pared. Me sorprendió que tres aún brillasen, que las pequeñas esferas que las coronaban aún mostrasen el constante fluir violáceo. Una era la de mi padre. Pero la de mi hermano ya estaba como muerta: un cristal transparente e inamovible deformaba la luz del sol que lo atravesaba y la tierra a sus pies estaba removida.

Traté de recordar la última vez que vi a mi hermano. No pude. De chicos éramos unidos, pero eso implicaba un fuerte lazo no sólo de cariño, sino principalmente de aversión. Él siempre había sido egoísta. Cuando salíamos con amigos él se sentía un tanto amenazado y celoso, así que trataba de hacerme quedar mal a mí. Igual eso hubiese sido soportable de no ser porque lo hacía con *mis*amigos. A él parecía costarle conseguir los suyos, no sé por qué, supongo que era una cuestión de suerte, o de falta de empeño de su parte. El problema era que entonces recurría a robármelos a mí. Como yo era un desastre en los deportes, no me gustaban, él llamaba a mis amigos para ir a jugar al fútbol o al básquet, sabiendo que yo no querría ir, y de hacerlo podría burlarse a placer.

Nunca entendí esa terquedad por seguir mis pasos. Él podría haber intentado encontrar su propio camino, sin tener que estancarse conmigo. Trató de estudiar ingeniería como yo y abandonó, escuchaba mi música favorita pero no la entendía, quería opinar sobre política, pero no conocía lo suficiente. Siempre que me compraba algo, él tenía que compensar adquiriendo una cosa análoga, de ser posible mejor que la mía.

Pero además de eso era soberbio. Y sus actitudes de mierda nunca abandonaron su carácter. Siempre que podía trataba de joderme para demostrar que era mejor que yo o algo por el estilo, aunque nunca lo admitiera o siquiera lo supiese. Cuando hubo que dividir la herencia de un tío fue cuando decidí terminar con él. Yo estaba pasando por un momento desastroso, se acercaba el fin de siglo y necesitaba hacer algo de dinero para una tumba. Pero él luchó contra mí hasta el final, tratando de quedarse con todo. Lo último que recuerdo ocurrió en los tribunales, mientras nuestros abogados trataban de arreglar con palabras racionales nuestro odio fraternal. De regreso a mi departamento derruido había jurado matarlo de una buena vez. Sería irónico ver cómo yo heredaba la plata a su muerte porque era su familiar más directo. Luego salí del pozo financiero y olvidé mis planes fraticidas, porque no tenía que soportarlo y no me molestaba.

Entré en la casa. Parecía mucho más luminosa de lo que recordaba. Calculé que era porque las ventanas estaban en su mayoría rotas y había un par de grietas considerables en las

paredes. Reencontré mi antigua habitación llena de objetos. Estuve cerca de una hora ordenándola. Pensé que sería mejor arreglar todo ese día y comenzar a rememorar al siguiente. Bajé para buscar el almuerzo que había traído y dejado sobre la mesa del comedor. En la escalera de madera había huellas de barro. Primero supuse que yo las había dejado al subir, pero en la planta baja comprobé que no correspondían con el diseño de mis zapatillas, incluso parecían zapatos de resucitado.

Revisé toda la construcción, los pasillos que daban vuelta sobre sí mismos, los armarios podridos y las habitaciones vacías. Antes de que me diera cuenta la tarde comenzó a pasar, así que tuve que ir hasta la ciudad más cercana a buscar provisiones para pasar el par de días de rememoración. En el pueblo me reconocieron. No pude explicar cómo.

—Estoy parando en la casa Denegri —informé en la proveeduría.

—Sí, ya sabemos. Ya lo hemos visto. Usted es el ingeniero.

No les dije que me estaban describiendo a la perfección, pero no hablaban de mí, porque yo no había pasado por allí.

Regresé cuando ya era de noche. Cené y me fui a acostar en mi antigua habitación. Me desperté a mitad de la noche, algo asfixiado dentro del cuarto cegado y enviciado. Había dejado la ventana cerrada por alguna razón que no se me ocurría. La abrí y miré el aire violáceo casi palpable que fluía sobre el cementerio. Y vi a la figura pálida que estaba postrada frente a la tumba de mi hermano, conectado a ella.

Mi hermano se había levantado de su tumba y seguía acá, dando vueltas. Yo regresaba a declarar mis dominios sobre esas ruinas y él tenía que llegar a estropearlo. No sería peor si lo hubiese hecho a propósito, de alguna manera siempre tenía que arrebatarme las pocas experiencias que eran mías y reclamarlas para sí. Pensé que tal vez ahora tendría una segunda oportunidad para eliminarlo.

Me senté en la parte de arriba de la escalera, esperando verlo entrar. Eso recién ocurrió cerca del amanecer. Caminaba de a tramos, con los brazos cruzados debajo de una frazada que le tapaba todo el cuerpo. Cada un par de pasos cerraba los ojos. Ni siquiera notó mi presencia. Entró directamente al baño, así que bajé las escaleras ruidosas y me paré a observarlo a través de la puerta entreabierta. Se miraba, una ruina en el espejo arruinado, con los párpados a punto de caerse y el blanco de los ojos lleno de venas. Pero no parecía registrar nada.

Generó un terrible odio en mí el darme cuenta de que yo

había hecho eso mismo una de las primeras noches después de revivir, y su expresión era tan similar a la mía que parecía una parodia. Estaba decidido a no dejar nada, quería apoderarse de todo. De pronto sacudió la cabeza al notar mi presencia, pero no se asustó. Se dio vuelta y me sonrió y se acercó a saludarme y me invitó a tomar asiento en las sillas oxidadas al lado de la mesa.

—Es usted la primera persona que veo desde que resucité —dijo—. Discúlpeme si estoy algo confundido, pero aún no termino de rememorar todo.

—¿No me reconocés? —Trató de despabilarse y mirarme un poco mejor antes de responder.

—No, lo siento. ¿Debería?

Algo me hizo seguir la situación con prudencia, manteniendo en secreto la mayor cantidad de cosas que fuera posible. Aunque sospeché que mentía y me reconocía a la perfección.

—Sos del equipo de rescate, ¿no? Se suponía que alguien iba a venir —continuó él.

—Sí, soy del equipo.

—¿En qué año estamos?

—En el 225 desde que despertaron los primeros.

—¿Y qué tal ha ido?

—Bastante bien. La Tierra ya es un lugar habitable. No tenemos todo lo que teníamos, pero estamos vivos. Hay energía eléctrica, comida.

—Bueno, supongo que desperté en buen momento. Esquivé el trabajo más duro.

No le mentí directamente. Pero evité decirle que en realidad las cosas eran bastante diferentes. Los primeros años fueron difíciles y no podía haber contemplaciones, había que sobrevivir como fuese, incluso robando y asesinando a los otros. Como estábamos sectorizados, revivíamos y teníamos un grupo instantáneo, era cuestión de prosperar con los demás o a costa de ellos.

La vida se había militarizado por completo; todos éramos guerreros permanentemente, siempre armados y preparados para matar. No sé si esto ocurrió porque muchos de los que resucitaron eran antiguos soldados, o si fue la forma que parecía más práctica, en esas circunstancias. Yo no resucité como mi hermano, no me recibió un extraño generoso como yo. Se me aparecieron dos tipos que me subieron a una camioneta y me llevaron a una base para que empezara a trabajar por techo y comida de cuartel. Me habían

enseñado a disparar, a tener un rango y a respetar a mis superiores.

—Siempre quedan cosas por hacer —le dije—. Me gustaría quedarme acá para guiarte hasta completes la rememoración. ¿Cómo te sentís hasta ahora? ¿Retenés la información?

—Sí, aunque pierdo mucha, no sé si es por falta de concentración o por otro motivo.

—No, desgraciadamente es todo biológico. No se puede hacer nada para controlarlo. A medida que pasen los años vas a ir olvidando también, al azar. A veces cosas importantes.

Pareció desilusionado. Por lo menos lo sabía temprano; yo tardé mucho en enterarme, y me angustiaba cuando era consciente de los recuerdos que olvidaba, cuando descubría que había conocido algo, pero no podía recordar qué.

—¿Queda algo del mundo de antes? —preguntó.

—Lo esencial. Nos encaminamos a que esté todo como antes.

—¿Hay naciones? ¿Hay capitalismo?

—Sí.

—¿Hay algún problema en esta zona, residuos radiactivos o algo así?

—No, ¿por qué?

—Ayer salí de los límites de esta propiedad. Fui hasta quedar cerca de la ciudad que está de camino a las montañas. La vi llena de hombres vestidos con uniformes militares o batas blancas y otros con uniformes naranjas. Y además está ese edificio piramidal que se ve a lo lejos. Entiendo que quieras reducir el trauma del cambio, pero espero que hoy durante la cena puedas decirme la verdad.

Luego dijo que estaba cansado y lo dejé ir a dormir. Me resultaba extraño que mi hermano hablara así. Si supiese que reaccionaría como yo le escupiría la verdad, para que sufriera. Me acuerdo de las primeras noches, con hambre, en una cabaña junto a una veintena de hombres y mujeres. Todos éramos profesionales o expertos en algún oficio. Nos fueron derivando a donde nos necesitaban. Nuestras condiciones de vida eran desastrosas, pero sentimos un alivio un tanto chocante al conocer a los esclavos y compararnos con ellos. Al final nos dijimos que el mundo era una mierda, pero estábamos vivos y hacíamos lo que nos parecía mejor para la humanidad en general.

Es obvio que ya antes de que nos metiéramos en nuestras tumbas y refugios a sobrevivir al bombardeo solar se sabía lo que iba a pasar. Los recién resucitados buscan como zombies un lugar

donde conectar el cable de su columna para volver a llenar su mente. Siempre ven el de su tumba y allí lo enchufan y recuperan sus recuerdos. Pero hubo alguien que antes del cataclismo diseñó y guardó para el futuro un dispositivo al que se conectaban estos recién resucitados para convertirlos en esclavos sin voluntad. Todos los que no tenían un conocimiento útil pasaban a la gran masa de esclavos. Se calculaba el tiempo que una persona demoraría en resucitar y se la sometía a ese tratamiento antes de que se conectara a su tumba. Mi hermano había zafado de alguna manera.

Esa tarde pasó un jeep y se detuvo en nuestro terreno. Mi hermano dormía. Les dije a los soldados que tenía dos semanas de permiso para ir a rememorar. Tenía que hacerlo para mantener mis conocimientos de ingeniería intactos.

Cuando subí a verlo seguía dormido, sin enterarse de nada. Noté que dormía con un brazo pasado sobre la cabeza, como si se estuviese cubriendo. Nunca lo había visto así, pero era uno de mis hábitos y me causaba un fuerte dolor en el brazo que notaba al despertar.

Sentí un odio terrible. ¿Qué sería peor: dejarlo salir al mundo que nos había tocado o matarlo ahora mismo? Quería hacerle lo peor.

Se despertó moviendo el brazo tieso y se sorprendió al verme observándolo. Ninguno dijo nada.

—Estuvimos hablando toda la mañana y no nos presentamos —dijo él para romper el momento incómodo—. Yo soy Federico Denegri, pero supongo que ya lo sabías.

Había algo en la forma en que lo dijo que hizo que su inocencia pareciera falsa, que se colara un poco de malicia, como si en realidad él me estuviera engañando a mí. Pensé que a pesar de los años debería reconocerme. Estaba jugando conmigo: se presentaba con mi nombre.

—No, no lo sabía. Pero había algo que me lo hacía suponer.

La conversación no tenía mucho sentido, pero nosotros entendíamos que la simulación fallaba, que nuestras máscaras estaban cayendo aunque desde el principio habían estado sujetas por un hilo muy fino.

—¿Y tu nombre? —me interrogó. Le sonreí sarcásticamente.

—Ya tenés suficientes cosas para rememorar; no te hace falta incorporar nueva información. Cuando hayas terminado, te voy a llevar al pueblo a festejar y a aprender sobre el nuevo mundo. Por ahora, limitate a recordar el viejo.

Asintió sentado en la cama. Lo miraba desde el umbral.

—Bueno, si quiero aprovechar la tarde voy a seguir rememorando —dijo.

Salí de la habitación para que se cambiara. Quince minutos después él entraba en el cementerio y se conectaba a la parte visible de la tumba que lo había protegido del bombardeo solar para poder revivir amnésico mil años después. Entré en su habitación y la revisé. Reconocí mi letra en una lista de compras escrita por él. Supe que la había dejado allí a propósito para que yo la encontrara. Tenía que terminarlo ya y dejarme de dar vueltas.

Agarré el arma que escondía bajo mi bata, comprobé que estuviera cargada y le saqué el seguro. Bajé empuñándola, con cuidado. Miré por la ventana y vi que no había ninguna figura humana bajo la luz violácea del cementerio. Me fui acercando al cobertizo con cuidado, moviéndome contra la pared de la casa, tratando de distinguir a alguien acechando desde algún rincón. En el cobertizo descubrí que la bicicleta había desaparecido.

Unos soldados pasaron por el camino frente a la propiedad. Guardé el arma y les pedí que se detuvieran. Tuvieron la gentileza de llevarme al poblado. Pensé que tal vez encontraríamos a mi hermano en el camino, tratando de huir, porque no tenía mucha ventaja, pero no fue así. Los soldados me dejaron en el centro. Los edificios de la administración estaban por cerrar a esa hora, pero los esclavos seguían trabajando: lejos, en las fábricas y centrales de energía; cerca, arreglado una calle, con la mirada sin deseo.

Primero pasé por el andén del ferrocarril. Pedí en la boletería que me informaran si habían pedido un pasaje a nombre mío. Me dijeron que no. Bien, eso eliminaba una posibilidad pero abría varias otras. Tal vez mi hermano estaba tratando de huir en la bicicleta a campo traviesa. Como el próximo pueblo estaba lejos no llegaría antes de dos días. Podía ser que aún estuviera en los alrededores del pueblo, y se pondría en evidencia en las próximas horas. Y no había que descartar que permaneciera escondido en la propiedad.

Ante eso decidí revisar el pueblo. Fui a la proveeduría y pedí que me dieran un detalle de todas mis compras. Dos días antes de mi llegada había comprado comida, tintura para el cabello, ropa y un revólver. Cuando volviera a mi puesto regular de trabajo tendría que dar cuenta de todos esos gastos. Me guardé el detalle de mis compras en el bolsillo y me di cuenta de que mi hermano no me había cargado a mí todas esas compras. Se las había puesto a su propio crédito, bajo mi nombre. Porque él quería volver a mi puesto

de trabajo, dar cuenta de esos gastos, vivir en mi habitación, dormir con mi esposa y criar a mis hijos. Me pregunté si sería posible que nadie lo reconociera como distinto a mí. Yo había cambiado y él también, pero tendrían que darse cuenta, a pesar de todo. No bastaba el pelo teñido y un par de expresiones.

Entonces fue obvio que no había intentado huir, que aún permanecía en la propiedad, esperándome, tendiéndome una trampa. El juego no podía mantenerse eternamente; al final tendría que quedar sólo uno de los dos. Todo había sido un engaño, me había reconocido desde el principio. Todo para tratar de atacarme mejor. No me pareció una buena estrategia, por lo que supuse que había improvisado bastante, aunque no pude saber bien qué cosas eran fingidas y cuáles reales.

Era momento de terminar con la farsa. O él se apoderaba de mis dominios o yo los mantenía. Ahora, mil doscientos sesenta años después de ser enterrados íbamos a definir todas nuestras disputas de la vida anterior. Ahora no había nada que se interpusiera entre nosotros y evitara el final. Sólo uno de nosotros podría reclamar su lugar en esta civilización aberrante. Me acordaba que en las películas (que yo no había visto desde que resucité, pero que se habían conservado en algún lado) solían decir “el mundo es demasiado grande para los dos”. El mundo es, sin duda, demasiado grande para dos que pretenden ser el mismo.

Volví a la propiedad caminando, a la madrugada. Me había traído todo lo que se me ocurrió que podía resultar útil. Encontré una buena posición en una colina cercana y observé la oscuridad con un par de binoculares. Había algunas velas encendidas dentro de la casa, y detrás de ella se adivinaba el habitual aura violácea. Pero no había ningún movimiento, ninguna señal de actividad.

Seguramente me habría tendido una trampa en alguna parte; es lo que yo mismo hubiese hecho. Darme cuenta de que podía predecir sus movimientos me infundió ánimo hasta que recapacité y supe que él podía prever los míos. De todas formas yo había pasado por muchas más cosas que él desde que resucitara; en el fondo no me conocía.

Entré saltando la pared, por la parte de atrás. Me pareció que hice tanto ruido que era imposible no haberlo alertado. Me apresuré a esconderme detrás de un árbol, preguntándome si estaría adentro de la casa, tal vez en el altillo, esperando verme abajo y disparar. Decidí confiar en su mala puntería, llegar hasta la construcción y entrar por alguna ventana, pues la puerta principal quedaba descartada. Corrí agachado, con la noche nublada velando mis movimientos. Miré por el hueco de una antigua ventana que daba a

una habitación oscura. Entré. Me acurruqué en un rincón y escuche los crujidos de la noche. Esperé. Tuve paciencia y percibí unos pasos que intentaban ser sigilosos.

La habitación daba a un profundo vacío negro que, según calculé, debía ser la sala de estar. Me acerqué al umbral y palpé la pared a mi izquierda hasta tocar el interruptor de la luz. Escuché el crujido inconfundible de las escaleras de madera, y me resistí a moverme a pesar de saber que él estaba allí, a pocos metros de mí, empuñando un arma, confiando en la noche. Cuando el sonido más firme me indicó que había hecho pie en el cemento presioné el interruptor y disparé, en medio de la ceguera de la luz repentina, contra la sombra que distinguía al pie de la escalera. Fallé, pero empezaba a ver un poco mejor. Él estaba aún más desorientado que yo, así que para el segundo disparo pude acercarme y apuntar. Apreté el gatillo del rifle cuando él recién levantaba el cañón de su revólver hacia mí. Cayó y me acerqué apuntándole al rostro. Lo miré, tendido con los ojos abiertos y un poco desilusionados. Vi que ese rostro no era el mío, pero percibí una expresión que me causó un cierto malestar y me obligó a soltar el rifle y tirarme al suelo temblando. Más tarde pude comprender que esa era la mirada de mi muerte. Había enfrentado mi muerte cara a cara y uno nunca puede recuperarse de eso.

Alguien a lo lejos habría escuchado disparos. No sabrían de dónde, porque estaba todo bastante alejado, pero era seguro que preguntarían si yo también los había oído. Enterré a mi hermano dentro de la casa, lejos del cementerio. No sospecharían de mí, porque en sentido estricto no había víctima. Según todos sabían, estos días estuve solo en la propiedad, no hubo más que un Federico Denegri que rememoró y fue al pueblo.

Al segundo día después de la muerte de mi hermano me conecté a mi tumba y comencé a rememorar. Me sentí ridículo al haber olvidado cosas obvias, cosas que podrían haber hecho todo mucho más simple. Pero por lo menos comprendía y no muchas veces sucede que algo nos aclara todo de una manera tan completa.

Había olvidado mucho de los días en que el Apocalipsis era inminente y todos se desesperaban por conseguir un refugio para salvarse. Ninguno en la familia lo había conseguido privadamente, pero papá consiguió por sobornos y amigos la posibilidad de hacer uno para todos. Cada cual tendría su propia tumba que mantendría el cuerpo con vida aprovechando la misma radiación que de otra manera nos mataría. Cuando los niveles radiactivos hicieran que la tumba dejase de funcionar, el refugio se abriría y uno podría salir. Claro que cada tumba tendría su propio tiempo dependiendo de la

energía recolectada.

Así que la última vez que vi a mi hermano fue en esos días. Yo era ingeniero y me capacitaron para programar tumbas así que, además de otras, me encargué de las de toda mi familia. Me acuerdo que teníamos dos policías estables en la casa por si alguien intentaba robárnoslas. Los enterramos con nosotros y creo que luego resucitaron y se convirtieron en esclavos.

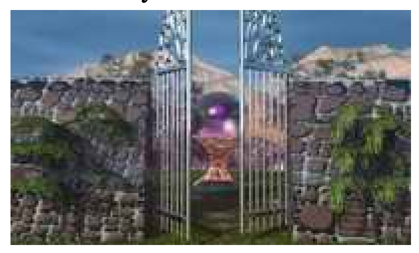


***Ilustración: Kristel Regina Sitz***

Mi hermano estaba insoportable por tener que aceptar que yo tenía mayor autoridad que él, ya que era responsable de la supervivencia de todos. Pensé que al resucitar tendríamos que organizarnos en la precariedad junto a él. Lo vi como un asunto racional, lo que sería mejor para toda la familia en un futuro sin tantos lujos. No activé correctamente el módulo encargado de ir grabando sus recuerdos a medida que los fuese perdiendo en su sueño milenario. Me imaginé que obtendríamos un zombi con la mente en blanco.

En ese momento no capté las consecuencias. Al resucitar uno viene programado para ser una especie de autómata sin pensamientos. Los músculos se mueven para conectar el enchufe que sale de la nuca. Los ojos identifican la ranura, los brazos se mueven y realizan la operación correspondiente. No hay razón ni conciencia de por medio. Al resucitar, mi hermano hizo eso, pero no encontró nada dentro de su tumba. Así que su cuerpo siguió moviéndose hasta encontrar la tumba más cercana que sí satisfizo su necesidad de memoria y conciencia.

Traté de imaginarme cómo reaccionaría yo ante una situación como ésa. Porque en realidad me había pasado a mí, porque la mente que pasó a ocupar su cuerpo era la mía. Me imaginé dándome cuenta de que estaba en el cuerpo de mi hermano, a quien tanto odiaba. Y era mi culpa y de nadie más. ¿Qué podía hacer sino reclamar el lugar que me pertenecía como consciencia, sin importar el envase?

Primero sentí una culpa tremenda frente al asesinato cometido, pero supe que mi víctima comprendería lo que había hecho, porque ella se hubiera defendido igual que yo. Éramos

enemigos por nuestra propia culpa, y sólo quedaría uno, era un pacto implícito, era el precio a pagar por nuestro error.

También rememoré los días en que papá nos llevaba de paseo, días que había olvidado casi por completo. Una vez mi hermano se fascinó ante la vista de un chico de su misma edad que repartía estampitas en el subte. Papá explicó que ese chico era pobre, y que la mitad del país era como él y vivía en la miseria, y que uno podía caer en ella en cualquier momento. Yo pregunté por qué eran pobres. Papá dijo que porque había otros que eran muy ricos y se quedaban con lo que les correspondía a ellos.

Algunos días después mi hermano y yo íbamos a comprarnos un helado cuando pasamos frente a una Iglesia donde una vieja pedía limosna. Yo me acordaba de lo que decía papá de que alguien le había robado así que me acerqué y le di las monedas que tenía para el helado. Mi hermano me miró sin entender y se compró un helado y no lo quiso compartir. Terminamos peleando y creo que se lo arrojé a la calle y luego en casa seguimos arrojándonos cosas.

Sin embargo, en el transcurso de una pelea posterior, mamá me mostró que él había escrito para la escuela que yo era su héroe, porque siempre ayudaba a los demás y que tendría que haber más gente como yo que les devuelva a los pobres lo que les habían robado, y el mundo sería un lugar mejor. Pero él jamás trató de imitarme, siguió siendo egoísta, siempre. Me robaba las cosas que yo deseaba y jamás intentó imitarme en lo que él creía más importante. Tal vez sentía que primero debía estar en buenas condiciones y contento consigo mismo antes de ayudar a los demás, que debía tener todos los beneficios que yo tenía como primogénito, antes de parecerse en verdad a mí.

Reflexionaba sobre todo esto mientras volvía en tren a casa y veía a los esclavos tendiendo el cableado de electricidad al costado de las vías.

**Este es el segundo cuento de Gustavo Fernández Riva en Axxón. El primero se llama “En esta cara de la Luna” y apareció en el N° 155. Gustavo tiene 21 años, estudia Letras y participa activamente en el Taller 7. “Nuestra tumba” es producto de una de las consignas del taller, en este caso la que propone construir una ficción a partir de una ilustración preexistente. Y la sinergia derivada de esto es por lo menos curiosa, ya que la ilustradora, Kristel Regina Sitz, que nació en Estonia y no lee español, no podría haber ilustrado el cuento sin una traducción de por medio.**

# La carga

## Sue Giacoman Vargas

—¡Qué desastre!—sentenció el Supervisor General Kurev Danma.

Lo exasperó ver el carguero destrozado, flotando a la deriva. El askalena líquido se deslizaba suavemente al vacío, dejando un camino multicolor que marcaba su trayectoria.

Otras naves llegaban para ponerle remedio, recoger los restos desperdigados y recuperar la sustancia.

Kurev estudió el casco destrozado en el centro. El emblema, antes legible desde mucha distancia, era un rompecabezas indescifrable.

Miró con dureza a Lusio, el Vigía-9 de turno. Calculó que tendría poco más de veintitrés vueltas, así que de seguro era su primer trabajo. El joven se mordió el labio.

—Diga de una vez qué pasó —ordenó Kurev.

—Bueno. —Lusio se aclaró la garganta antes de seguir con voz temblorosa—. Yo estaba aquí, igual que siempre, vigilando el tráfico espacial del sector, y entonces vi el carguero. La velocidad que registraba me pareció más lenta de lo habitual. Intenté comunicarme varias veces con la mente de la nave, pero no obtuve respuesta. Me levanté un instante para pedir un refrigerio a la proporcionadora. ¡Le juro que tardé un minuto! Y entonces sonó la alarma. Las lecturas del carguero indicaban que algo terrible le había sucedido. Entonces noté la presencia de un caza de origen mazutense en el sector. Lo mandé capturar de inmediato. Al piloto lo hemos encerrado y el vehículo está en el hangar. Se lo mostraré.

El joven subvocalizó una orden y el pequeño caza se desplegó ante sus ojos. Kurev lo analizó con cuidado. Observó los dos cañones de bajo poder en los flancos, y la cabina de pilotaje justo en el centro.

—¿Identificaron ya al mazutense?

—Sí. Su nombre es Vulgho…ronok…

—Vulghoronoksavait.—Lusio lo miró con la boca abierta—. Ese tipo tiene historial criminal —terminó Kurev, como contestando a la pregunta no realizada.

—La mente maestra no arrojó ningún dato…

—Bueno, dentro del Imperio no es más que un extranjero. Pero afuera es muy famoso, de buena y mala manera. —Kurev se acarició el mentón—. Llévame con él ahora mismo.

Vulgho yacía en un camastro mientras miraba el techo con somnolencia. Se había quitado el traje espacial, por lo que su piel escamosa y brillante estaba expuesta debajo del protector térmico translúcido. Se podría decir que estaba desnudo, pero los mazutenses no acostumbraban vestirse, sólo lo hacían por no molestar a otras culturas. Pero aunque no fuese así, pensó Kurev, seguro a Vulgho le hubiera importado un liko estar en pelotas. Era un korga despreocupado y cínico.

El mazutense cabeceó al verlo llegar.

—Vulgho, "el cien vidas", adornando una cárcel zargonesa. ¿En qué estás metido esta vez, ekroroga de mazut? —le dijo Kurev con sorna.

—¡Kurev, misereveitedac! Yo no hice nada —contestó Vulgho, hablando el idioma con acento extraño. Las palabras salían de su boca de reptil con mucha rapidez. Dobló una de sus piernas y cruzó la otra encima—. Mira, estimado veremeridicté, fue mala suerte… Lugar y tiempo equivocado.

Kurev se sentó y cruzó los brazos sin retirarle la vista al recluso.

—Bueno, dime ¿qué pasó?

—Yo no hice nada.

Kurev lo miró con desconfianza.

—Vamos, Vulgho, te conozco de sobra.

—Yetervishidamaidocov… —murmuró Vulgho y la línea negra que dividía sus ojos amarillos se adelgazó—. ¿Qué voy a saber yo? La nave ya estaba hecha virimericios cuando llegué al sector. ¿No pensarás que soy tan imbécil como para atacar uno de sus cargueros? ¡Y menos uno con una V-5032 en el casco! ¡Sería un suicidio!

Kurev recapacitó un instante.

—Tranquilo, te creo.

Vulgho se incorporó.

—¿Qué…? Entonces… ¿no piensas que yo lo hice?

—¿Con esa chatarra a la que llamas nave? ¡Por favor! Los cañones de tu caza no podrían rasguñar el casco, menos aún partirlo en dos.

—¡Pues díselo al idiota de tu subalterno! Aclarado el asunto supongo que puedo irme…

—No hay nada que quisiera más. Pero, Vulgho, tú eres mi único testigo. No puedo dejarte ir.

—Yo no soy testigo de nada.

—Ah, ¿no? ¿Y cómo supiste el nombre del carguero? La destrucción hizo ilegibles los rótulos.

—Conozco sus naves, pasan por aquí todo el tiempo.

—Esta no. Era su primera travesía.

Vulgho se quedó en silencio un par de segundos, pensativo.

—De acuerdo, sí. Yo vi como se partió en dos… ¡Pero no soy responsable, lo juro!

—Tranquilízate, Vulgho. Sólo trata de describirme lo que viste. Es lo único que quiero.

El mazutense abrió un poco sus escamas y exhaló vapor que se condensó contra el protector térmico. Sus ojos amarillos de pupilas delgadas y negras se clavaron en el suelo.

—No estaba muy cerca y pasó muy rápido. Antes me había llamado la atención la lentitud con la que avanzaba. Por un momento creí incluso que iba a la deriva. Entonces sucedió… de alguna manera se agrietó, se rompió en pedazos. En un momento estaba entero y al siguiente —Vulgho hizo una seña con sus manos, acompañando la explicación.

—¿No viste algo extraño? ¿Algo que pudiera habérsele escapado a los aparatos?

—El espacio estaba desierto… y… es todo lo que sé. ¿Me dejarás ir ahora?

—No.

—¿No? Pero… ¡Soy inocente!

—Lo eres, sí, mas alguien tiene que pagar el itrium roto…

—¡Oye! ¿Serías capaz…?

—Se me ocurre que tal vez tú lo planeaste todo para robar la mercancía. Saboteaste la nave de alguna manera y esperabas hacerte del botín con ayuda de cómplices a los que no pudimos atrapar…

—Aaaaarg —gruñó Vulgho y su ágil lengua de reptil declamó un montón de palabras incomprensibles para Kurev—. ¿Qué quieres de mí?

—Conoces muy bien este sector. Tengo entendido que es tu “área de trabajo”. Yo tengo que descubrir qué pasó con ese carguero, ¿captas la idea?

—¡Repugnante korga oshiverectemisdamurk…!

Kurev sonrió con malicia y presionó con cuidado el comunicador implantado en el lóbulo mientras Vulgho seguía con su pequeña rabieta.

—Prepara un vehículo de reconocimiento, dos robots navegantes y una gargantilla para el prisionero —le ordenó a Lusio.

La nave de reconocimiento era pequeña. Un modelo viejo, pensó Kurev, ya que no poseía simulador de gravedad. Los robots, Vulgho y él se mantenían sujetos a las paredes, con el fin de ocupar el menor lugar posible mientras el piloto guiaba la nave.

Vulgho se tocó con cuidado la protuberancia en su cuello que hacía que sus escamas se curvaran un poco. Cualquiera diría que era parte de su esqueleto, a no ser por el botón en la nuca que mantenía su carne abierta y sujeta al aparato.

—Ya te dije que no lo toques —dijo Kurev y meneó la cabeza con reprobación—, terminarás haciendo que te explote encima.

—Maldito sádico ¿por qué tenías que ponérmela? Me da comezón.

—¿Y arriesgarme a una de tus jugarretas?

—¡Ah! ¡Cuánto rencor! Eran sólo unas cuantas toneladas de legumbres, ¿quién las va a extrañar?

—Te robaste el cargamento vitamínico de Zargon-3.

—Si la memoria no me falla, tú mismo me autorizaste.

—¡Porque te hiciste pasar por aduanero, hijo de korga! —explotó Kurev. Luego se aclaró la garganta, intentando recobrar la compostura.

—No lloriquees, zargonés, supiste tapar bien el hoyo. ¿Qué redactaste en la versión oficial?

Una descarga en el cuello le impidió seguir. Vulgho manoteó y se torció con los ojos cerrados, mientras sentía que la médula le

temblaba. Luego percibió sus músculos molidos. A punto de la inconsciencia la tortura cesó. El mazutense respiró hondo sin levantar la cabeza.

—No me fastidies —dijo Kurev.

Vulgho alcanzó a ver el dedo pulgar de su carcelero alejándose lentamente del botón rojo del remoto.

Kurev y Vulgho dejaron la nave de reconocimiento junto a los robots unidos a sus espaldas. Encendieron sus pequeños motores de impulso y los robots extendieron sus múltiples brazos para guiarse entre los restos flotantes.

El área había sido asegurada con visores y los vehículos se encargaban de la recolección de escombros.

Kurev ordenó a los robots que los llevaran hasta la parte media del carguero, donde éste se había partido en dos.

—¿Qué transportaba? —preguntó Vulgho desde el comunicador del traje, con la vista clavada en las sustancias multicolores que dibujaban un río espacial amorfo y cambiante.

—Askalena, entre otras cosas.

—¿La droga de la eterna juventud?

—Conque así le dicen fuera del Imperio.

—¿Se te ocurre un apodo mejor?

—El askalena no nos mantiene jóvenes, sino esclavizados. El retiro de la droga de nuestros organismos nos causa una muerte segura después de una vuelta, tras un deterioro acelerado del cuerpo.

—Pero les funciona mientras tanto, ¿no? Tengo entendido que magnifica sus capacidades físicas y mentales. Yo soy adicto a un montón de porquerías que no mejoran ni la digestión.

Llegaron al sitio. Parecía increíble que un casco de dos metros de grosor pudiera ser rasgado así. Ningún circuito quemado, ningún objeto carbonizado, víctima de un incendio fuera de control, nada.

Unas extrañas manchas, semejantes a moho impregnaban el interior de la nave, y se condensaban en los sitios donde se había dado la rotura.

—No puede ser —susurró Vulgho.

—¿Sabes lo que es?

—Sí… es decir, no estoy seguro.

—Mandaré analizarlo.

Kurev tomó un recipiente de su cinturón y recolectó una muestra.

—¿Cuántas áreas de carga tenía el V-5032? —preguntó Vulgho.

—Nueve. Dos están a la vista. Aún no se revisan las otras. —En ese instante, Kurev recibió una llamada de Lusio.

—Estamos listos para remolcar los restos. El V-5013 está por llegar.

Vulgho sacudió la cabeza negativamente.

—Aún no —dijo Kurev al ver el gesto del mazutense—. Espera mi orden.

Los cortes transversales mostraban las diferentes secciones de la nave, como si fuera el juguete desarmable de un gigante. Los robots recogían en ese instante los cadáveres de los tripulantes, guardados aún en sus cápsulas de hibernación. Kurev sintió un escalofrío. En todas partes encontraban pequeños asentamientos del moho.

—¿Y la mente de la nave qué dice? —preguntó Vulgho.

—Nada. Parece ser que falló mucho antes de que el carguero se destrozara. La tripulación murió por su culpa. Los sistemas colapsaron y dejaron de suministrarle oxígeno a las cápsulas.

Siguieron investigando. Una de las paredes del área de carga ostentaba un extraño y enorme agujero. Se acercaron. Kurev observó que el askalena había manchado el suelo.

—Esto significa que había gravedad —dijo Vulgho—, los sistemas estaban en orden cuando el askalena se derramó.

Kurev asintió.

El líquido se desprendía a gotas y flotaba alrededor. Un par de contenedores abiertos y vacíos les pasaron cerca, antes de que los robots recolectores se apresuraran por ellos y se los llevaran hasta la malla donde eran apilados. Había corrosión y desgaste en la mayoría de los contenedores, así como pequeñas cantidades de moho. Kurev también notó dos incisiones, como de pinzas.

Dentro de la nave de reconocimiento, Kurev puso a analizar el moho y ordenó que un grupo de visores preprogramados penetraran las secciones posteriores del carguero, donde se guardaba la mayor parte de la mercancía.

Vulgho, mientras tanto, parecía ansioso. Se impulsaba de un lado a otro de la cabina como si imitara con esto la acción de caminar en círculos.

—Deja de moverte, korga insufrible.

—Misereveitedac, preferiría estar allá afuera a la deriva.

—Desconocía que fueras claustrofóbico.

—No lo soy.

Los visores ingresaron en las áreas de carga y Kurev se concentró en los hologramas proyectados. El askalena fungía como una densa niebla multicolor que entorpecía la visión. La transmisión comenzó a fallar, hasta que se esfumó sin previo aviso.

—El área seis —dijo Kurev.

Vulgho cruzó los brazos, visiblemente más nervioso que antes, titubeó, abrió la boca y su lengua bífida asomó, lamiéndose los labios escamosos. En ese instante la mente de la nave anunció que el análisis de la muestra estaba listo. Kurev lo leyó en voz alta, con rapidez, saltándose algunos pedazos.

—Es un organismo dimórfico; heterótrofo… Se alimenta a través de la absorción; el componente principal de sus paredes celulares es la quitina… El talo es filamentoso, está constituido por hifas, éstas presentan crecimiento apical integrando en conjunto un micelio…

Vulgho miró la lectura.

—A mí me parece un hongo bastante común.

—Primero, el V-5032 nunca estuvo en un medio orgánico. Segundo; tenemos procedimientos asépticos muy cuidadosos. Y el área de carga es sometida a descontaminación todo el tiempo. Este hongo puede parecer común, pero su presencia es extraordinaria.

—El hecho de que la nave no haya estado nunca en un medio orgánico no hace imposible la existencia de esa cosa. Están las moléculas espaciales transportadas por los vientos radioactivos.

Kurev lo miró con los ojos muy abiertos.

—Para eso la carga tendría que haber sido expuesta al espacio.

—En Boca de Blac pasa a cada rato. Intercambian mercancía antes de llegar, o después de dejar la estación.

—¿Y por qué habrían…?

Vulgho aguzó la mirada y Kurev encontró la respuesta él mismo. Se sintió ingenuo.

—Negociaciones clandestinas.

—Sin retenes, cateos, multas y todas esas porquerías del comercio legal. Seguro notaste las grietas que tenían los contenedores. Esas marcas son provocadas por los robots. No están hechos para esa tarea pero los capitanes de los navíos los usan igual. Por eso se maltratan.

Kurev apretó la quijada. Era una lástima que la tripulación estuviera muerta, de lo contrario los mandaría juzgar por traición y los mataría a todos. Volvió su atención al moho y agregó:

—Las moléculas espaciales difícilmente pueden presumirse con vida. Están a millones de vueltas de evolución de una simple célula, y lo que tenemos aquí es un hongo.

—El askalena estaba a un paso. Bastaba con que un contenedor tuviese una pequeña fisura. Dentro encontraría los nutrientes y la humedad necesaria para sobrevivir y desarrollarse.

—Ahora resulta que eres astrobiólogo y que puedes predecir la reacción que tendría la molécula expuesta al askalena.

—No necesito predecir nada, humano inepto, es un simple ejercicio de lógica.

—¡Estás diciendo tonterías!

Kurev se mordió el labio mientras su mente hacía conjeturas oscuras. Volvió su vista hacia las mitades del carguero.

—Mejor manda destruir esa chatarra —dijo Vulgho—, no sabemos qué tan lejos pudo llegar el organismo…

—¡Cállate! ¡Es sólo moho!

—No seas imbécil. ¿El moho partió el navío en dos y provocó la falla del sistema? Hay algo más grande y más peligroso metido en el área de carga, hartándose de askalena.

—Ese carguero y lo que contiene vale millones de números para el Imperio. No pienso sacrificarlo a la ligera.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Viste lo que le pasó a los visores que mandaste? No entiendes a lo que te enfrentas…

—Nada es inmortal en el universo. Sólo hay que entrar y destruir ese… lo que sea que se haya creado a expensas de nuestra bioingeniería.

—Ajá, ¿y quién lo va a hacer? ¿Tú?

—No —La mirada de Kurev se tornó siniestra—. Tú.

—Traidor, malnacido, oshiverectemisdamurk… me vengaré por esto…

—Ya, Vulgho. ¿No te llaman el cien vidas? Tendrás una anécdota más que contar en las tabernas de Boca de Blac. Si todo sale bien, claro.

Kurev le dio dos esqetas de alto poder, un desintegrador y un casco de guerrero.

—Reza para que no salga con vida —gruño el mazutense.

Kurev se rió a pulmón.

—Soy zargonés, Vulgho. Yo no rezo.

Le dio un par de palmadas en el pecho, donde el traje había sido reforzado con un peto de defensa. El robot navegante se asió a la espalda de Vulgho y Kurev lo arrojó al espacio a empujones.

Un poco más resignado, el mazutense preparó su mente para lo que encontraría en las ruinas. Aún se consideraba capaz de enfrentar desafíos, pero sabía que su cuerpo ya no era el de antes. Sus escamas estaban viejas, cuarteadas. Por primera vez sopesó la idea de que tal vez ésta sería la última aventura; que encontraría la muerte en los restos de ese carguero.

Maldijo por lo bajo. No era el final que merecía un guerrero como él.

—Relájate —escuchó a Kurev por el comunicador del traje—. Tus signos vitales están al tope.

—¡Y cómo quieres que estén korga imbécil!

—Vamos, eres una leyenda viviente. ¿No te enfrentaste una vez a todo un escuadrón zargonés? Esto no puede ser peor. Además, estás armado con lo mejor que el Imperio tiene. Observa a tu alrededor.

Vulgho obedeció. Siete robots de combate lo acompañaban.

—Toda la galaxia sabe que tus droides son una mierda.

—Pues más te convendría no creerlo, mazutense. En gran medida tu vida dependerá de las máquinas que desprecias. Y no tengo que recordarte que aún traes la gargantilla ¿verdad? Si intentas cualquier cosa…

—¿Y qué podría hacer en esta situación?

El mazutense exhaló mientras el robot lo transportaba lentamente hacia la parte trasera del carguero. Sintió algo de frío, pero no supo si era su nerviosismo o el traje térmico que fallaba.

Uno de los robots se apresuró a abrir la primera puerta. Lo hizo con cuidado de no forzarla. Cuando estuvieron adentro, el robot volvió a cerrarla.

*Nadie desea que la criatura escape,* pensó. En el peor de los casos, si su incursión era desafortunada, se mandaría destruir lo que quedara. A Vulgho no le cabía duda de que era víctima de una venganza, a la que Kurev deseaba sacarle algún provecho.

Avanzó a través de las áreas de carga repletas de escombros flotantes. En la penumbra, el casco lo proveyó de visión infrarroja, proyectando información sobre el sitio. Por momentos se sentía en un mar hecho de askalena. Un paraíso para un organismo en evolución. Se lamió las escamas: señal de que estaba nervioso. Pasó del área tres a la cuatro sin sobresaltos.

En el área cinco encontró los mismos escombros, pero muy poco askalena flotando, tan sólo unos charcos amorfos en las esquinas y algunas gotas dispersas.

—Parece que se dio un banquete —escuchó decir a Kurev.

Vulgho tomó con fuerza el desintegrador y apretó las esqetas contra los puños.

Mientras el robot hacía lo necesario para abrir la compuerta, Vulgho ordenó un plano del área seis y se concentró en memorizarlo. Observó que al fondo había dos puertas más, la del lado derecho era un acceso para cargar mercancía, así que era más grande, y daba hacia la cola de la nave. La segunda del lado izquierdo conducía al hangar, donde había montacargas, maquinaria de desembarco y pequeños vehículos espaciales para traslados cortos. A medida que pasaba el tiempo, notó que perdía comunicación con el exterior. Los diagramas desaparecieron poco a poco. Escuchó que Kurev deseaba decirle algo, pero la estática lo ensordecía.

*Sólo esto faltaba*. Apagó los aparatos. La puerta del área seis lo esperaba.

Tras un leve titubeo, entró.

Como antes, apenas los otros droides pasaron el umbral, la puerta fue sellada.

Los mazutenses eran famosos por su sentido de orientación, y su capacidad para “oler” el peligro. Vulgho percibió un hedor insoportable que lo atacaba con fuerza, causándole escalofríos

constantes.

Intentó mantener la mente despejada. Los robots se separaron, asegurando un perímetro. Todo parecía inerte, tranquilo. Vulgho sintió un tacto en la espalda. Viró despacio y por primera vez, logró distinguir la presencia del musgo adherido a la pared y al techo, que de pronto comenzó a moverse, hasta que se transformó en una masa amorfa y oscura que los enfrentaba.

—Así que en esto se transforma una molécula espacial alimentada con askalena —murmuró Vulgho y tragó el equivalente a saliva.

La criatura, aunque distinta a todo lo que había visto, le recordó un animal de su planeta natal. Decidió deshacerse de las esqetas; presentía que los disparos no le servirían de nada. El musgo flotante fue juntándose, rodeando a los robots. Cuando los tuvo aprisionados, les escupió una sustancia extraña, viscosa. Observó que las armaduras de los droides se derretían al contacto, poco a poco, como grasa expuesta al calor. Los robots dispararon en todas direcciones.

Vulgho tuvo que huir del fuego “amigo”, un disparo impactó delante de él y otro más encima de su cabeza. Para colmo, los embates de los robots eran inútiles; la criatura cambiaba de forma rápida y constantemente; si algún disparo le alcanzaba, el hueco se reconstruía al momento.

Mientras los droides luchaban, Vulgho se impulsó al otro extremo, donde se hallaba la salida al hangar. Una parte de la criatura le cerró el paso y le escupió la misma sustancia con la que había atacado a los droides. Vulgho dio una voltereta y disparó el desintegrador hasta que la solución quedó hecha rocío y cayó en su casco. Al momento, éste comenzó a romperse. No lo pensó dos veces. Esperaba que hubiera oxígeno, pero no quería arriesgarse a respirar en ese ambiente. Cerró sus escamas, como si estuviera sumergido en agua, se quitó el casco y lo lanzó contra los droides. La criatura siguió el recorrido del objeto, antes de que fuera destruido por los disparos de los robots. La armadura de éstos ya no existía.

Vulgho abrió la puerta del hangar, sintió que algo se le pegaba a la nuca, y un ardor espantoso lo invadió, quemándole las escamas. Un pedazo de la criatura se le había adherido al cuello.

—¡Oshiverectemisdamurk, no irás conmigo!

Entre forcejeos percibió con pánico que su enemigo encontraba el agujero dejado por el circuito de la gargantilla, la pequeña rendija que conducía al interior de su cuerpo. Con los

segundos en contra y los robots dando señales de colapso, Vulgho corrió hacia el hangar, aguantando el suplicio que le recorría la médula. Apenas logró cerrar la puerta tras él, la criatura se le introdujo de lleno. Gritó desesperado e impotente, sacudiéndose de un lado a otro. Con las manos tensas intentó tocarse la nuca. Algo luchaba por salir: ¡la gargantilla!



***Ilustración: Jorge Omar Rodríguez***

La gargantilla fue expulsada de su cuerpo. Tuvo un par de convulsiones, mientras su carne se abría, se liberaba del metal, y se cerraba de nuevo. Unos segundos después vio la gargantilla pasar frente a él, manchada aún con coágulos de sangre. En ese instante la explosión de los robots sacudió las ruinas, y la onda de choque lo lanzó contra las paredes, lastimándolo gravemente.

Flotó a la deriva, agotado y dolorido. Le pareció que tenía algunos huesos rotos, y era incapaz de moverse. Sus escamas se abrían y cerraban, al ritmo de los latidos de su corazón. Se sentía al borde de la muerte…

Lo reanimó un latigazo, que nacía y se esparcía por todo su ser. Se tensó, con la espalda arqueada, un grito de horror le lijó la garganta.

Conocía ese dolor.

La piel comenzó a desprendérsele a pedazos, y en su lugar, una nueva capa de escamas fue reconstruyéndose. Los mazutenses mudaban de piel tres veces en su vida, y Vulgho ya había agotado sus posibilidades de rejuvenecimiento. Lo que estaba pasando estaba fuera de lugar.

Pero eso no era todo.

Sorprendido, percibió que algo similar le sucedía en el resto del cuerpo. Sintió que sus huesos destrozados se recuperaban, y las extremidades se le llenaban. Cuando todo hubo terminado, permaneció quieto, con los ojos abiertos, disfrutando cómo incluso su visión había mejorado.

—Hola —dijo algo en su interior.

—Hola —respondió él con el pensamiento.

Su espalda tocó contra una de las naves. La miró un segundo y se lamió los labios.

Kurev Danma estaba satisfecho. La pérdida de mercancía se había reducido al mínimo.

Del área seis no había quedado nada tras el estallido, y el lugar fue declarado seguro luego de ser descontaminado.

En ese instante remolcaban las ruinas del carguero y la nave sustituta estaba lista para zarpar.

—La búsqueda ha sido por completo infructuosa, señor. El cadáver del mazutense no está. La mente de la nave determinó total desintegración —dijo Lusio desde el comunicador.

—Está bien, Vigía-9, lo veo en un momento.

Kurev se quitó el comunicador de la oreja con un sabor agridulce en la boca.

—Cien vidas —murmuró para sí.

**Sue Giacoman Vargas nació el 22 de julio de 1977, vive en Torreón, Coahuila, México. Es diseñadora grafica, aunque también se dedica a la ilustración y a las artes plásticas. Ha participado activamente en el Taller 7, demostrando una creciente capacidad de observación y una firme voluntad para analizar conceptualmente las ficciones y corregir los errores. Este es el primer cuento que publica.**

# La segunda piel

Gary Daher Canedo

Algunos amigos, después de su muerte, concluyeron que estaba loco. ¡Qué apresurados, juzgar de esa manera a una persona que apenas se conoce! Me admira cómo gente con tanta información y supuesta capacidad para interpretar los hechos ha podido llegar a esa definición en forma tan ligera. Me parece estar observando su mirada inteligente, siempre atenta a todo lo que se mencionaba. Curiosamente lo recuerdo en silencio, mientras bebía con premura uno tras otro sus infaltables vasos de agua natural que él mismo se proveía desde una de sus alforjas de compras. Daba la impresión de cierto sufrimiento que yo atribuía a su soledad, y en las contadas oportunidades en que pudimos conversar, Antonio Toro se me reveló hombre de una gran imaginación. Sus ensoñaciones estaban dirigidas hacia el futuro como si quisiera escudriñar con un ojo adicional las cosas que se sucederán al paso de los años. No se vaya a creer que Antonio haya sido un escritor. No lo era, acaso porque no le quedaba tiempo en casa, al regresar de su empleo de cortador de prendas en la fábrica de blusas, cuando se sumergía en sus juegos preferidos: Age of Empires, Roma y Stronghold2, en los que se perdía durante horas para luego dedicarse a reproducir películas en la misma máquina. Solamente los sábados, cuando salía a aprovisionarse de alimentos, cargado de un par de bolsas del mercado, llegaba hasta el café para escuchar la retahíla de teorías, historias y anécdotas del ambiente político e intelectual que los parroquianos no se cansan de sacar a la palestra. Llevándolo a un aparte, siempre que podía, trataba de inducirlo a desarrollar alguna plática haciendo memoria de nuestros años del colegio, de nuestros maestros, los curas, las perversas reglas que regían y su infiernillo local, pero él tenazmente se mantenía hermético.

El sábado anterior a las elecciones ocurrió lo contrario. Al parecer nuestros amigos se atrasaron, de modo que solamente aparecimos los dos en la mesa.

—¿Te imaginas un mundo en el que las personas se vean obligadas desde que nacen a morar dentro de una cápsula? —empezó como si alguien le hubiera tocado el tema—. Yo supongo —

prosiguió—, que más allá, por el siglo XXIV, la atmósfera contaminada, los rayos que arriban sin amortiguación, la proliferación de virus, bacterias, y otras unidades minúsculas de vida, generarán tal posibilidad de infecciones, contagios y daños que la única solución será una cápsula. Sí, no te asombres, una cápsula, una especie de traje espacial hecho de una sola pieza, o si se quiere una placenta, adentro de la cual permanezca protegido este frágil organismo vivo —dijo haciendo un gesto protector sobre el pecho sin tocarlo, cruzando una mano sobre la otra—. Dicha cápsula debería ser implantada al nacer (los seres humanos dejarían de salir del vientre de la madre, pues todo será *in vitro*) y debería ir creciendo con la persona. No me preguntes cómo, la solución la deberían dar las materias orgánicas con textura de plástico duro e inviolable, controladas genéticamente. En su interior, la cápsula, además de resguardo, proporcionaría una temperatura adecuada, limpieza del cuerpo, ejercicio muscular, presión atmosférica uniforme, evacuación, además de contar con una computadora cuyo visor sustituiría la mirada para convertirse en una cámara que mostraría no solamente el derredor al que ahora estamos acostumbrados, sino ampliados puntos de vista del escenario. Asimismo un sistema de proyección virtual permitiría que los demás seres humanos nos vieran libres de la cápsula, con vestimentas también virtuales elegidas de nuestra biblioteca, adornando rostros y cuerpos detenidos en imagen en un máximo de treinta años. Así lo que tenga que ver con el tacto estaría supeditado a un proceso de información tal que los sentidos se procesarían a través de los pliegues internos de la cápsula, los que transmitirían las texturas, temperatura y otras complejas sensaciones como lo fresco, la sensación de brisa o la humedad; pero al tratarse de procesos reproducidos mecánicamente y bajo un sistema de control, serán dependientes de la decisión propia de recibirlas o no. Este mundo artificial al que estaría sujeto el cuerpo sería una segunda capa. Nadie pondría entonces en duda que el hombre habría adquirido por desarrollo tecnológico una segunda piel.

Aquella alucinación de ciencia ficción me dejó anonadado y azuzó mi curiosidad, de manera que me animé a visitarlo en su casa. Y aunque suene extraño, era la primera vez que lo hacía desde que se había mudado de la casa de la calle Ingavi donde vivía con sus padres. Antonio residía ahora en el último piso de uno de los nuevos edificios que se levantan entre el Primer y Segundo Anillo de la ciudad. En su pequeño apartamento, lo primero que resaltaba era el

comedor transformado en una sala de audición donde mantenía sin paz un poderoso equipo electrónico computarizado y al menos una decena de parlantes. Allí pude reconocer a David Gilmour interpretando High Hopes, me parece, con la orquesta de cámara que organizó el 2002.

—Es un sistema Home Theater, puedes sentir el sonido como en un cine con Sony Dynamic Digital Sound de ocho canales —dijo al advertir mi fascinación—. Pero cualquier tecnología moderna será nada al lado de lo que vendrá —sentenció como si deseara contarme algo más. Yo lo apremié a que lo hiciera, ante lo cual se quedó en silencio como de costumbre. Acercó una botella de vino Concepción Cepa de los Andes y lo sirvió largamente en dos copas. Mientras saboreaba la suya.

—Se trata de Ángela Vintes —me lanzó de repente, callando un poco, dejando invadir la canción que se reproducía con su breves campanadas—, porque en realidad tú no me conoces, no soy el que tú crees —afirmó al sentir mi extrañeza. No supe qué decir.

—Mi nombre real no es Antonio Toro. Soy Tadeo Galer, viajero del futuro. Creo que puedo confiártelo, creo que debo hacerlo urgentemente —dijo frunciendo el ceño mientras se zampaba una copa entera de vino—. Estoy abatido —continuó—, pues tengo la impresión que he sido abandonado. Fue en uno de los viajes a la provincia que el Instituto de Regulación Telegenética suele despachar cuando conocí a Ángela Vintes —agregó como si yo supiese de lo que estaba hablando; curiosamente no pensé que estuviera desvariando sino que por alguna razón desconocida sentía que me decía la verdad—. Una mujer en la que además de su hermosa mirada no podía dejarse de observar la quijada levemente abultada y los dientes un poco más grandes de lo normal, atrayente imagen e intensa. Como era vísperas del Año Nuevo todo el hotel estaba algo agitado y se preparaban para el festejo. Vino de acerola y Tío Nuevo se anunciaban para el brindis de medianoche. Las ubicaciones del comedor estaban vacías. Solamente los dos en cada uno de los extremos, conectados a los sistemas de alimentación. A los postres decidí comunicarme por el hologramático y entablar conversación. La imagen de su holograma se me presentó más placentera que lo que pude advertir a través de las cabinas individuales.

“Así fue como me enteré que a unas cinco gilas de Anserví vivía el maestro Divardo Lurcena, experto en viajes al pasado. Y que a pesar de las severas prohibiciones, la experiencia era ofrecida y realizada, siempre y cuando los clientes lograran reunir diez mil cirtes en conexión comprobada. Expuse que a pesar de mis veinte

años en el ejercicio de la profesión jamás había visto un caso como ése, develando que inclusive dentro del Instituto la idea del viaje al pasado se consideraba una mentira, y que la ley que la prohibía era más un arrebato del primer dictador, asustado con la proliferación de científicos locos que haciendo alarde de malabarismos técnicos habían desgraciado la ciencia de la genética y de las artes telepáticas creando monstruos y otros seres amenazantes que pretendían controlar, situación por la cual se habían establecido los Institutos de Regulación para los diferentes sectores del universo conocido.

“Durante el festejo nos volvimos a encontrar, y esta vez su holograma se presentó más atractivo que en la mañana. A la hora en que irradiando luces y centellas izaron el globo con el rótulo del año 2337 que nacía, nos tomamos las manos virtuales y ella sonrió de tal manera que no pude evitar un afecto especial.

“Divardo Lucerna nos recibió con cara de pocos amigos, pero Ángela le hizo recuerdo de la relación que mantuvo con un conserjo de su padre cuando trabajaban en la frontera, en el desierto de azufre, recopilando muestras de vida mineral. Entonces Lucerna fue más amigable y nos introdujo a su laboratorio. Un intrincado haz de aparatos instalados en una sala con una única y larga mesa central que poseía cuatro espacios para cápsulas. Nos invitó a encostar y así lo hicimos, conectándonos luego a las mangueras y tubos que la mesa generosamente ofrecía. Por los alimentadores llegaron jugos de naranjas sintéticas y caricias plásticas. El profesor Lucerna explicó con tono neutro las bondades de su invento.

“Mientras hablaba, yo proyecté mi mano para tocar su mano. Ángela devolvió el acto tomándola suavemente y sentí deslizarse mis dedos por su holograma. La exposición de Lucerna, tratándose de la máquina del tiempo, versaba sobre el mundo antiguo, gente que transitaba sin la cápsula, expuestos e inermes al universo de las bacterias y la polución, respirando todo menos oxígeno. Revisé por instinto los controles virtuales de la pantalla de mi cápsula; es decir, presión, oxígeno, nivel de purificación, alimentación, evacuación, viabilidad del control: todo en orden. Era difícil comprender un mundo sin la cápsula, sin esto que es ahora parte de nuestro cuerpo desde que nacemos, y crece con nosotros. ¿No podíamos acaso, gracias a la realidad virtual, tocar, sentir las texturas y calidez de los objetos y la piel de los otros? ¿No nos permitía el sistema hologramático estar todo lo cerca que se desea del otro?

No volví a reportarme al Instituto; la atracción por Ángela y la curiosidad habían vencido. Tomamos el curso de entrenamiento. Unos cuantos meses después, gracias a los encuentros diarios

programados, me había enamorado de Ángela Vintes, cuya pasión estaba dirigida a viajar al pasado. Así que transferí veinte mil cirtes de mi sistema de desarrollo evolutivo con el fin de realizar el viaje conjunto, que yo hacía por seguirla en su locura.

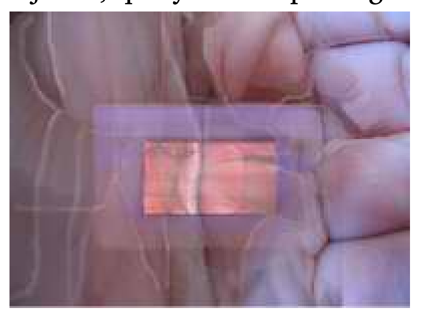


***Ilustración: Liliana Beatriz García Nudelman***

"El invento consistía en que gracias a una máquina que proyectaba nuestra energía interior podíamos ser transferidos al cuerpo de un hombre del pasado, pero de alguien que estaba agonizando, en los últimos momentos de su vida. Con la información de la enfermedad la transferencia incluía la cura del sujeto a través de la remodificación de sus códigos genéticos, de manera que uno era enviado al pasado dentro del cuerpo de otro.

"Algún tiempo después el viaje estaba preparado. A mí se me asignó el cuerpo de un tal Antonio Toro; es decir, éste. Ángela fue programada para transferirse al de una maestra de escuela que vivía en la misma ciudad de Antonio, solamente que ella, por las circunstancias del mapa de viaje, aparecería un año antes.

"En mi caso resultó tal cual estaba planeado. Sin embargo, cuando fui a buscar a la profesora, no respondió al nombre de Ángela. Alegó llamarse Margarita Fuentes, dijo ser feliz con su marido, y que todas las lluvias ácidas que puedan ocurrir no se comparaban a la intensidad del amor en sus brazos. No sé qué pudo haber pasado, y tampoco sé por qué no activan los sistemas para regresarme, pues se ha cumplido el tiempo suficiente y convenido para el viaje.

"Además esta experiencia ya es lo bastante atroz como para que desee quedarme. No puedo entender tu época y lo que he sufrido ya lo toleré. ¿Sabes lo que es penetrar un cuerpo que se está entumeciendo por los estertores de la muerte, sentir que todavía está ocupado por una energía que se une débilmente, pero unida al fin, acomodándose dos almas en un espacio terriblemente reducido. Tratar de abrir los ojos cuando el otro los quiere cerrados, sentir el último aliento del que se va y comenzar a respirar por fin solo. Sentirse inerme y expuesto a un ambiente donde se carece de la

cápsula, sentirse al medio de personas incomprensibles. Llegar al infierno del pasado. Necesito de Ángela, necesito de aquella segunda piel, única manera de tenerla”.

No supe que decir, traté de recordar a Antonio Toro en el colegio. Lo recuerdo un buen jugador de fulbito, seguro de sí mismo. ¿En qué momento se transformó en esta persona diferente?, pensé. ¿Habría enloquecido? Me acerqué y quise tomarlo del brazo, en ese acto fraternal que se tiene cuando no se puede declarar nada y se quiere transmitir que estamos juntos, pero retrocedió espantado. Entonces tomé conciencia de que hacía mucho que no tenía contacto físico con él, ni siquiera para darle la mano. No tuve tiempo de recriminarle, pues se estremeció totalmente y vi como volcaba los ojos, mostrándome su cornea blanca. Una mueca espantosa le cruzó la cara.

—¡Ay, Dios! —alcanzó a murmurar mientras caía al piso—. ¡Creo que regreso!

Me aproximé para auxiliarlo.

—Ángela —repitió—, nadie ha sufrido tanto por alguien. Te he esperado a sabiendas de que has sido feliz en otros brazos gracias a tu piel interior, así haya sido la de otra. He soportado el que me niegues —lo oí toser—. Necesito regresar y ya es la hora. Finalmente voy a ti, y vale el infierno. Sí, definitivamente, voy hacia ti como las sombras…

Levantó el rostro en un último estertor y expiró cayendo la cabeza sobre el piso. Luego del aturdimiento inicial y la inutilidad de reanimarlo, llamé al 119 y al Canal Unitel de noticias, las que se ocupan de los muertos cotidianos. Todavía dentro del departamento, y con el cadáver aún caliente de Antonio, como única compañía, pensé por un momento si dentro de tres siglos se cumpliría el encuentro de Antonio, o Tadeo —como sea que se llamara— y Ángela, amándose a través de su segunda piel; pero espanté esas ideas como a molestosas moscas que invaden el verano; y, conmovido, luego de atender a los policías y paramédicos, preferí regresar a mi cómoda cotidianidad, hecha de aquellas interminables charlas en el Café Victory, donde desaprovechamos día tras día nuestra primera piel como unos tontos.

**Gary Daher Canedo es boliviano y está a punto de cumplir cincuenta años. Ha producido una importante obra poética y tres trabajos en prosa: *Tamil* (1994), *El olor de las llaves* (1999) y *El huésped* (2004). Es con este último que se ha vinculado de un modo contundente con el género fantástico, demostrando que es posible escribir ficción especulativa perfectamente válida sin necesidad de recurrir a la tecnología ni a los**

**clichés que el Primer Mundo parece exigir. En Axxón publicamos su relato “La biblia de Maltavos (153).**

# La hélice

## José Altamirano

Paredes de veinte metros de hormigón, emplacado cada pocos centímetros con planchas de aleaciones aislantes, conformaban el formidable “bunker” que resguardaba a los mejores científicos sobrevivientes de las razas humanas de un exterior convulsionado por la guerra de exterminio. Afuera, vientos huracanados barrían planicies desoladas y un cielo ominoso, techado con densas nubes negras, descargaba sobre el muerto paisaje la furia de apocalípticas tormentas electromagnéticas. Ríos y lagos eran meras depresiones calcinadas y los océanos hervían en un burbujeo constante y maloliente.

El profesor Stiko, de la Universidad Submarina de Roelios paseó la dolida mirada de sus ojos redondos, sin párpados ni pestañas, por la escasa veintena de asistentes a la reunión.

—Somos pocos —dijo apesadumbrado y su voz se expandió a través del traductor adosado a su estanque de agua salada con un tono metálico—. Somos muy pocos, y sin embargo, los aquí presentes debemos encarar el mayor desafío que se ha presentado alguna vez a las razas humanas dominantes de la Tierra.

Su introducción produjo un incómodo momento en la reunión y no precisamente por sus palabras. A pesar del entrenamiento científico que los llevaba a apreciar méritos más allá de las diferencias morfológicas, el estar sentado codo a codo con el hasta ayer irreconciliable enemigo producía, amén de la sensación de peligro inminente, un sentimiento de estar traicionando de alguna manera a su especie.

Claro que ya no existían especies a las cuales traicionar, y por mucho que algunos de ellos hicieran en el pasado lo imposible por destruir la raza humana anfibia, no dejaban de reconocer que el profesor Stiko era la máxima autoridad mundial en genética. Sus trabajos en el genoma humano a fines de producir soldados capaces de accionar no sólo en las profundidades, sino también en la tierra y en el aire, habían llevado a los anfibios casi a ganar la guerra. No sucedió gracias a la acción de militares ensoberbecidos por un nacionalismo suicida que los llevó a desatar la guerra de exterminio total antes que aceptar una rendición honrosa.

—Profesor —intervino el doctor Qratos, de los Praderas, acomodando en el asiento su armonioso cuerpo flexible de suave

pelambre anaranjada—: todos los aquí presentes estamos al tanto de sus logros y trabajos y, cual más, cual menos, nos hacemos una idea de lo que usted tiene para decirnos. Somos conscientes de que no hay muchas soluciones al alcance de las manos y la que usted propondrá seguramente va a ser drástica. La pregunta es: ¿la aceptarán nuestros militares?

De haber estado diseñada para sonreír, la boca del profesor Stiko se habría abierto en una amplia demostración.

—Oh… despreocúpese usted. Le aseguro que ya no tienen opción.

La bioquímica Yodato, de los Arbóreos, levantó la mano para intervenir. Tuvo que aclararse un par de veces la voz, ya que estar sentada al lado de un Praderas no era tranquilizador, precisamente. Durante la larga noche evolutiva éstos habían sido depredadores naturales de los Arbóreos y el terror y la desconfianza surgía desde el arcano, especialmente cuando un Praderas abría la boca para hablar, descubriendo sus aún temibles y puntiagudos colmillos al hacerlo.

—¿Sí, doctora Yodato?

—A pesar de su despreocupado optimismo por la reacción de los militares, yo no estaría tan confiada. Al contrario, creo que cualesquiera sea la posible solución que usted exponga aquí y ahora, no será aceptada por ellos, salvo el exterminio total de todas las razas humanas excepto, claro está, la propia. Y cada uno de los jefes exigirá que la raza sobreviviente sea la de él.

—Usted ha definido precisa y concisamente la mentalidad de nuestros militares, doctora. Por eso la solución la discutiremos entre nosotros, los científicos sobrevivientes del holocausto. Le aseguro que ningún general estará en condiciones de oponérsenos.

—¿Cómo puede ofrecer tal seguridad?

El anfibio paseó nuevamente la mirada por la concurrencia. A pesar de su rostro inexpresivo, conocía el valor de la pausa como galvanizadora del momento.

—Verán ustedes —continuó al fin—. Como buen conocedor de la idiosincrasia militar, dejarlos fuera de esta discusión era prioritario.

Indicó con el gesto de un tentáculo la pared a la derecha del salón.

—Detrás de esta pared hay un salón algo más pequeño que este. Esta pared es peculiar, ya que se puede ver a través de ella en ambas direcciones, aunque no en las dos a la misma vez. Les hice

creer que en esta sala, hoy, se gestaría un movimiento de científicos que tenían como común denominador la traición a las razas humanas y los invité a que cada uno presenciara y escuchara personalmente lo que aquí se diría y haría.

Un movimiento de terror onduló por la asamblea. Se escucharon exclamaciones ahogadas y alguien elevó el tono de voz en una airada protesta. El doctor Stiko los calmó con un ademán perentorio, al tiempo que accionaba un dispositivo y la pared se transformaba en pulido cristal que permitía ver perfectamente al otro lado. La escena que se presentó a los ojos de los científicos los hizo caer en un silencio atónito.

—Por supuesto —dijo el anfibio con voz sin emoción—, ninguno declinó la invitación a saber cuál científico se inclinaba por la traición y cuál no. Así que cuando estuvieron todos adentro, sellé la puerta del salón y los asesiné con gas.

La pared tornó a su cualidad de tal, ocultando la dantesca visión de cuerpos retorcidos en las mil artísticas posiciones que adopta la muerte.

—Y ahora, vayamos a lo nuestro… A nadie escapa que la devastación provocada por la guerra de exterminio total se debe a profundas y jamás resueltas diferencias entre las múltiples razas humanas. En nuestra prehistoria nos cazábamos y comíamos mutuamente. Lo hacíamos sin odio y en un todo de acuerdo a las leyes naturales, pero en nuestros genes jamás se borró la información de que debíamos depredar para no ser depredados. Durante toda nuestra evolución hacia un estadio inteligente, esa información subsistió haciendo imposible la convivencia pacífica. ¿Cómo hacerlo, si hace apenas 10.000 años nuestro vecino de ahora nos perseguía para comernos? En cuanto seres pensantes, jamás pudimos interactuar para crear una raza única: un anfibio no puede acoplarse con un alado y un praderas no puede tener descendencia con un arbóreo. Esa dificultad ya no existe; hace tiempo que desciframos el plano del genoma humano y los avances sobre modificaciones a la hélice de ADN tampoco es cosa nueva. Y aquí no voy a cometer el error de pecar por modesto; creo que todos saben que soy el científico que más ha experimentado en la materia.



***Ilustración: Daniel Erazo***

El doctor Stiko hizo una pausa para permitir algún comentario disidente. Como no los hubo, tras la pausa continuó:

—Doctores; estoy en condiciones de informarles que podemos diseñar artificialmente una nueva hélice de ADN y confeccionar un mapa inédito del genoma humano.

—Crear una raza nueva —susurró con voz aflautada un genetista alado.

—Sí, doctor, crear una raza nueva con particularidades de cada una de las razas existentes. Una raza artificial que se adapte a las nuevas condiciones que imperarán en el planeta una vez que la naturaleza haya tenido el tiempo suficiente para lamerse las heridas. Piensen en una raza única, mínimamente diferenciados sus exponentes por la herencia recibida de las razas madres. Una raza pensante que pueda acoplarse entre sí y tener descendencia a pesar de esas inevitables diferencias de escasa importancia. Una raza de tal característica no carecería de la propensión a la violencia, implícita en nuestros genes; pero jamás podrán ver al vecino pensante como descendiente de sus antiguos depredadores porque la información sería cuidadosamente borrada.

—¿Y qué pasará con nuestras razas? —preguntó la doctora Yodato.

—Esa es la parte más penosa. Y la que nos exigirá un sacrificio que sólo nosotros, humanos unidos más por el amor a la ciencia que por el nacionalismo, podemos imponernos e imponérselos al resto de los humanos que hayan podido sobrevivir.

—¿Un gen recesivo? —afirmó más que preguntó el genetista alado. El silencio del anfibio fue más elocuente que cualquier respuesta.

—Nos pide usted más que el sacrificio personal, doctor Stiko —dijo con amargura un Pradera sentado en la última fila—. Nos

pide el sacrificio de la raza; nos pide hasta la renuncia de la memoria de lo aquí decidido. En una palabra, nos pide usted que involucionemos a la categoría de nuestros animales. Volver a la práctica de devorarnos mutuamente, transformarnos en mascotas del nuevo humano único, en su ganado, en trabajadores forzados que recibirán alimentos y mínimos cuidados a cambio.

El doctor Stiko giró lentamente en su contenedor líquido hasta fijar su mirada sin expresión en el Pradera que había hablado. Y cuando le contestó, hasta la fría máquina que traducía sus palabras pareció dotarse de una inédita emoción:

—Está equivocado, doctor, muy equivocado. La nueva raza por nosotros creada llevará en sí misma toda la información de lo que hagamos. Llegará el día en que habrá evolucionado lo suficiente como para descubrir y descifrar el mapa de su genoma. Y lo que allí va a encontrar despertará su curiosidad, pues entonces descubrirá la singularidad de no descender de ninguna especie en particular, sino de una suma. Ello lo impulsará a estudiar la información grabada y oculta en la hélice de su ADN y allí nos encontrará. Se conocerá como raza creada artificialmente y sabrá de nosotros como sus Creadores. Y entonces, tal vez, si hicimos bien nuestro trabajo, despertará en su conciencia un sentimiento de agradecimiento y respeto. Y mirarán y tratarán a nuestros descendientes, sus mascotas, su ganado y a sus trabajadores forzados con la ternura y la misericordia que se merecen los dioses creadores que expresan su divinidad modelando desde el barro… patético resto producto de sus grandes errores.

El silencio dominó al austero salón. Después, cada uno a su manera, los científicos sobrevivientes de la Tierra dieron su consentimiento al proyecto.

**Hablar de José Altamirano aquí es innecesario: ya hemos dicho que José estuvo en el número cero y que ahora está en el 166, cuando Axxón cumple 17 años… Números… Otros números. En Axxón se publicaron, con éste, veintiún cuentos de Altamirano: "Por la puerta de atrás del paraíso" (0), "Cuaderno de sobreviviente" (14), "Ezequiel según Melissa" (39), "La real existencia del terror" (58), "El vuelo del cóndor" (71), "Las estrellas no están tan lejos" (88), "Al tiempo del retiro" (88), "La umita" (88), "Los guerreros de Urachk" (88), "Cyborg se necesita" (88), "Elefante" (88), "Tienda de antigüedades" (88), "Los que vibran en Acuario" (100), "Concepción" (106), "Comé sandía" (107), "El clon que contó la historia" (110), "Tango cósmico" (147), "Abierto las 24 horas" (148), "Un planeta camino a Aldahir" (160) y "Los colmillos de la serpiente" (165). ¿Hace falta agregar algo más?**

# La bala que falta

## Pedro Félix Novoa Castillo

*"Las órdenes se cumplen,*
*sin dudas ni murmuraciones".*
*Lema militar*

Borges lo dijo, y creo que sería una crueldad innecesaria repetirlo: los militares que comienzan a pensar, están dejando de ser militares. Pero no lo he dicho. Lo he pensado mecánica, libre, pérfida y hasta criminalmente. ¿Cómo una bala perdida? No sé, creo que podría ser así o algo peor que eso. El soldado Eléspuru acarició su FAL con un amor enfermo, de esos perturbados que nacen del odio, de la desesperación, del desconcierto. Su puesto de guardia estaba incrustado en un pequeño morro; parecía una especie de asteroide escupido con asco desde el cielo, y que se había enroscado tercamente en la punta de una protuberancia geográfica. ¡Qué estupidez! Los morros son los primeros blancos que se tumban, renegó recordando las clases de ataque israelita cuando estaba en la escuela de infantería de marina. Buscó un cigarrillo; el fusil al hombro era una carga acostumbrada, un compañero silencioso que estaba allí para cualquier cosa. Para la defensa, la destrucción y también para la autodestrucción, si razonable o absurdamente fuera necesario. El viento traspasó el pasamontañas y trajo consigo el recuerdo de esa docena de sondas que alguna vez determinaron que sería un eficiente soldado *mechanic*para siempre. ¿Para siempre? Eso es mucho tiempo, je, soy como un fusil, pensó. Estoy aquí para matar, para que otra mente —necesariamente un *electronic*— me diga hacia dónde apuntar y disparar. No importa la forma, ni siquiera el fondo. Importa lo que tengas o aún tengas en la cabeza. Esas cosas explosivas que siempre suelen quedar en algún lugar de nuestras mentes como la sombra de algo bello que duró mucho o poco, o que simplemente estuvo allí por descubrirse y que por no llamarlas de algún modo, terminamos negando o simplemente olvidando y sólo las volvemos a tener cuando ya no se pueden evitar: indóciles, salvajes, subversivas. Entonces se destruye un espacio, un tiempo y luego la nada envuelta en humo, en ruido. Un ruido blanco que nos estira hasta reventarnos como en el primer orgasmo. Y todo, absolutamente todo, explota. El recuerdo se disipa y sus esquirlas de acero nos hieren detrás de los ojos, del pasado. Y sin ser fusiles FAL,

conservamos cosas maravillosas en nuestras recámaras además de proyectiles atascados. Aspiró del cigarrillo e imaginariamente detonó una bala al lado derecho de la sien. El tabaco era malo, pero era mejor que nada a esas horas: tres de la madrugada, en el puesto numero siete, el más puerco de la base naval de Arica.

Mientras el proyectil entraba, pensó en Yolanda, en las mentiras que le había dicho tan sólo para llevarla a la cama. Lamentó que el recuerdo y el humo del cigarro sean tan nocivos para un *mechanic* en estas circunstancias, en realidad en cualquier circunstancia. Tenía la imagen de los ojos tristes de ella; su piel cobriza, el cabello semiondulado. Era casi negra, prieta. Amaba a esa mujer, sus enormes caderas y ese trasero que la volvían sencillamente eterna para sus manos, para sus ojos, y para todo lo que había por debajo y encima de su memoria. Recordó cuando le dijo algo que ahora resultaría menos que irónico: seré del lugar donde estén tus ojos. La vida le había hecho una emboscada por el lado más vulnerable de su existencia: se la habían llevado hasta la capital del Imperio. Es que tú no quieres ser nada en la vida, había dicho. ¿Quieres quedarte para siempre en la infantería de marina como *mechanic*, ganando la quinta parte de lo que gana un basurero en la Metrópoli? Sí, sé que no es sólo el dinero. Son las oportunidades. ¡Las miserables oportunidades que puedan presentarse a un *mechanic*! A lo lejos, la patrulla de cambio de guardia llegaba arrastrándose como un viejo saurio en el desierto.

El teniente era un *electronic*como todos los tenientes de cualquier ejército del Imperio. Tenía un emblema dorado en el pecho. Era un sol radiante. En las solapas, dos cordones púrpuras indicaban su grado. El soldado Elèspuru arrojó de inmediato el cigarrillo a medio consumir y acomodó como pudo un destartalado saludo militar que se le estaba cayendo del rostro. El teniente llegaba acompañado de cinco *mechanic:* tres fusileros, un granadero y un radio transmisor. Soldado, dijo sin emoción contestando el saludo con un flácido movimiento, entregue las consignas y las novedades. Lo miró con ojos entre severos y aburridos. Sin novedad, mi teniente, respondió el soldado Elèspuru aún acabando su saludo inicial. Desenroscó una sonrisa que en vano buscó respuesta. Continúe en su puesto de guardia, y deje de fumar soldado.

La patrulla continuó su recorrido reptil hacia el siguiente puesto de guardia. El soldado Eléspuru siguió encima del morro, resignado al destino de las siguientes tres últimas horas de guardia. Buscó lo que quedaba del cigarrillo. Lo rearmó con la convicción de adicto consumado y lo volvió a encender. Aspiró hondo, contuvo el humo y lo paseó por el techo de la garganta. Sus fosas nasales bailaron dentro de ese sahumerio de tabaco. Logró reanimarse un poco. Tuvo el atrevimiento de sonreír. Sabía que los enemigos no irían a venir a estas horas, ni siquiera la patrulla. Decidió recostarse, y buscó algo blando para usarlo como almohada. Se acostó. Buscó el sueño y el sueño lo encontró a él, en una posición fácil. Lo acribilló en medio de la frente y fue la ficción lo único que quedó en su mundo.

Eran dos seres. Uno de oreja puntiaguda, visión concentrada y una especie de monitor de computadora como cabeza. Carecía de pupilas y esto agregaba a su mirada un tono de ausencia perversa. Los músculos del rostro eran rígidos y en su conjunto parecía muy avejentado. En la pantalla de la computadora estaba la imagen de una zanahoria. Representaba la vida sana, dentro de un cerebro robusto que parasita el resto del cuerpo que aprisiona: con su peso, con su importancia. El rostro de aquel ser adoptó las fisonomías de todos los *electronic*que se le habían aparecido en su vida. El carrusel de rostros se detuvo en el de su actual teniente.

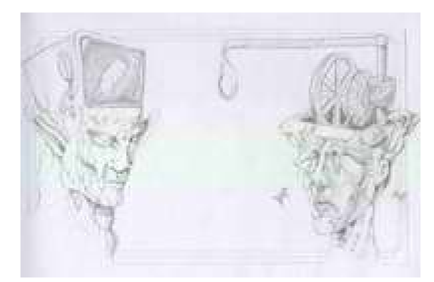


***Ilustración: Germán Amatto***

El otro tenía los ojos clausurados, quizá reventados a golpes por lo inflados que estaban. No tenía propiamente una cabeza, sino una especie de engranaje mecánico, movido por dos ruedas: una grande y la otra pequeña. Este mecanismo hacía funcionar un soporte en forma de palo de horca, con el cual se podía coger todo tipo de cosas y llevarlas de un lugar a otro. Los rostros también variaron, pero de una manera sutil, casi imperceptible. Las imágenes que aparecían eran en realidad las mismas. Al igual que el anterior ser, éste también parasitaba el resto del cuerpo. Pero lo hacía de una manera infeliz, lamentable. Sufriente. El soldado Elèspuru

pensó: todos los *mechanic*tenemos el mismo rostro por dentro. El pellejo que está encima es un camuflaje mal llevado que no representa nada.

Despertó. Tenía al frente la silueta de algo que crecía en contrapicado. No pudo verle el rostro, porque un inesperado y furioso sol lo opacaba a contraluz. ¡Levántate, pedazo de mierda!, ordenó. Reconoció la voz familiar del teniente y una bota que se le hundió en las costillas. No gimió, logró negar el dolor y se incorporó. Descompuso su rostro con un bostezo. Disculpe, me había quedado dormido, logró decir. Entregó el fusil. El teniente lo revisó cuidadosamente. Falta una bala, advirtió. El soldado Eléspuru puso cara de desconcierto. Revisó una y otra vez sus bolsillos. ¿No habrá visto mal?, dijo como quien da su primer paso en un campo minado y se aferró a esta posibilidad para no explotar de un momento a otro. Sin saber por qué, se sintió desolado. Sintió que había fallado como soldado, que, irresponsablemente, había soñado.

El teniente hablaba con su acostumbrada voz desprovista de emoción. El sol atrás de él le seguía desdibujando el rostro. ¿La bala que falta, no habrá sido la que le ha destrozado la cabeza a ese pobre infeliz? El soldado Eléspuru miró hacia donde, efectivamente, había un hombre reventado. En vez de sesos, una especie de engranaje mecánico y dos ruedas de distinto tamaño se desparramaban por el suelo.

**Pedro Félix Novoa, un peruano de 32 años que nació en Lima y ha publicado en su país, Chile y España. Fue finalista del Concurso Internacional de Cuentos de Ciencia Ficción del Fanzine Fobos con dos cuentos que se publicaron en Púlsares 2004. En Axxón N° 159 apareció su relato “Lápices lacrimales”.**

# Cama familiar

## Kit Reed

—¡Tenemos que irnos!

Como un ratón cuando el gato está afuera agazapado, esperando, mi hermana se arrebuja más. Tiene aliento a cacao.

—¿Por qué, si está tan lindo?

—Lo digo en serio, Beth. —Hundo el dedo en su flanco regordete—. Somos demasiado grandes para estar aquí dentro. Francamente, hay migas.

—Liiiindo. —Bethany, a quien mamá le puso ese nombre por algo que no sé, se sumerge en el sueño como una roca en la laguna.

Oh, claro que aquí está lindo. Demasiado lindo. Suave y tibio y seductor.

—Mamá, los otros chicos no se van a la cama a las…

—Shh, Sarah. —¿Puede una persona susurrar con voz de trueno? Mamá puede—. Nosotros somos los Dermott. Esto es lo que somos.

Los seis estamos, digamos, atrapados dentro de una idea que ella tuvo. Antes éramos siete, pero una noche Darryl salió y eso es todo lo que sé. Papá dice que Darryl está peleando por nuestro país en el Líbano.

—¿Sarah? —masculla el único hermano que me queda—. Cúbreme, compañera.

Mi corazón pega un brinco.

—Bill, no te…

Me tapa la boca con la mano.

Pero la palabra sale igual, con un pequeño resoplido:

— …vayas.

Pero sí se irá. Bill acomoda las almohadas hasta darles forma de cuerpo, mientras mamá cierra el libro y apaga la luz con ese chasquido odioso, como si estuviera cerrando una tapa sobre nosotros. Durante el ritual de las buenas noches, Bill se escabulle como un hurón; afuera lo espera un coche: cinco chicos atractivos, riendo y susurrando, rumbo al centro comercial. Le agarro la mano.

—No vayas.

—¡Niños! —El siseo de mamá rompe la conexión entre nosotros. ¿Soy la única que oye a Bill serpentear por la alfombra? Afuera, el coche arranca y mi corazón va tras él. En el centro comercial hay muchachos, tipos apuestos y música fuerte. Azuzo a Bethany.

—No podemos seguir así.

Pero seguimos. ¿Nos ves en TV, nos ves en las revistas, los felices Dermott, sonriendo, sonriendo, sonriendo, y piensas “qué maravilloso, qué familia tan dulce, todos juntos, ahí en la oscuridad, qué vínculo tan cercano”?

Bueno, escucha.

Aquí, en la oscuridad.

¿Comprendes?

Las luces se apagan después del cacao de la noche, o sea, tengas o no tengas sueño. Nada de música a la hora de dormir, nada de I-Pod, nada de susurros; nada de retorcerse ni de tararear, por favor… me altera los nervios, ¿sabes? Nada de Gameboy, niños, y nada de TV, especialmente ahora, y definitivamente nada de charla después de la media hora destinada oficialmente para conversar, en la cual cada uno de nosotros tiene que decir algo bochornoso para lograr que se acabe, y en cuanto a llamadas por celular o mensajes instantáneos, olvídalo. Te castigan, o peor.

—¡Mamá, apenas son las nueve!

—Termina tu cacao. Son las nueve —dice con un tono de noticiero del Canal Cinco. Implacable, agrega lo que ya conozco de memoria— y sé dónde están mis hijos. Buenas noches, niños. Besos para todos. Mmm, ahora para ti. Mmmmm. Y para ti. Y para ti. —¿Nos está contando?—. Que duerman bien.

*¡Mamá, tengo dieciséis años!*

Qué hermoso, pensarás tú, pero sólo porque mi madre te ha lavado el cerebro. Tenemos la madre perfecta. Es lo que dicen todos por TV. Somos un fenómeno mediático: revistas, folletos de supermercado. *Qué perfecto*, piensas tú cuando ella se pone demasiado efusiva con los asuntos familiares, cosa que hace en todos los programas de aquí a la China. *Ojalá nosotros fuéramos tan unidos. Acurrucados como conejitos en su madriguera.*

¿Escuchas lo que estás diciendo?

—Unión familiar —dice mamá con esa sonrisa presuntuosa, perfecta, mientras papá asiente gravemente, mirando a la cámara que sea, siiiii, siiiiii—. Este es nuestro momento privado y especial.

¡Mamá, todos los que me interesan están en el centro comercial!

Pero tengo incrustadas rodillas, y codos, y talones de papel de lija en la cama grande y especial que papá hizo construir para nosotros cuando la súper grande nos quedó chica, seis Dermotts encerrados toda la noche. Juntos. Otra vez. Bueno, todos menos uno, y eso es lo que todos ellos ignoran, o sea: al abrigo de la oscuridad, el único hermano mayor que me queda ha escapado.

Todavía extraño a Darryl. Quiero a Billy y tengo miedo por él, bueno, un poco. Pero también estoy enojada. ¿Por qué tiene que acaparar toda la diversión? Va al centro comercial con la putita de Jacie Peterson; por lo que sé, van a tener sexo. ¿Y yo? Amo a Tommy. ¿Por qué no puedo…? Es por su propio bien, creo, pero me estoy mintiendo a mí misma.

—Mamá.

—Shhh shhh, Sarah, buenas noches.

—¡Mamáaa!

Ella posiblemente ya lo sabe. Se lo quitará de encima, igual que hace con todo lo demás que no encaja en su cuadro reluciente, es decir, fingirá que no está sucediendo. Cuando le agarro el dedo del pie, dice:

—Howard…

Papá planta un pie sobre mi hombro.

—Sarah, ya es suficiente.

—¡Pero papá! Bill está… —Sólo Dios sabe qué está haciendo y eso me está matando—. ¡Mamá, se fue!

—Querida, probablemente tenía que… —Pausa embarazosa —. Ya sabes.

—¿Hacer pis? Eso es pura mierda y tú lo sabes. Él está…

—¡El vocabulario!

De todos modos, continúo:

—…en el centro comercial.

Así que ella tiene que enfrentar la verdad.

—No por mucho tiempo. ¡Howard!

Papá bosteza.

—No te preocupes, querida, volverá. Que duermas bien.

—¡Howard, dije! —Cuando usa ese tono me hace cagar de miedo.

—¡Mamá, estaba bromeando! —*¿Qué te he hecho, Billy?*

Papá emerge en medio de un penacho de mantas, como Moby Dick lanzando agua.

—¡Está bien, está bien!

Al minuto de haberlo hecho me siento mal. Es después de Apagar la Luz, así que no vemos a mi padre vestirse. No vemos lo que saca del cajón y abrocha a su cinturón, y en realidad no sabemos qué hará cuando atrape a Bill; solamente sabemos que ya ha ocurrido antes, y que Bill vuelve a la cama alterado pero no cambiado. Ocurre y nunca hablamos de ello. Nunca hablamos de nada malo. Echaría a perder el show. Papá se calza las botas: *tum.*

Salto de la cama.

—Papi, voy contigo. —Tengo que salvar a Bill de alguna manera.

Mamá me arrastra hacia atrás tirándome del pelo.

—Afuera es una jungla.

—¡Pero tengo que colaborar!

—No es seguro.

—¡Mamá! —Quiero pegarle o gritarle que son mentiras, pero en nuestra familia no se grita ni se pega. No nos dejan lloriquear—. Todos los demás chicos…

—Acuéstate. Como premio especial, leeré otro capítulo.

El mes pasado fueron *El Progreso del Peregrino* y *Moby Dick.* Tiene una voz grandiosa para leer, pero los cuestionarios que vienen después son difíciles. Esta noche es *Don Quijote*, luego de lo cual reitera las buenas noches y apaga la luz, luego de lo cual se espera que nos quedemos acostados y quietos hasta que el sueño venga a rescatarnos, al menos por ahora.

Como si una persona pudiera dormir con Bill desaparecido y papá allá afuera, armado con Dios sabe qué. Además, Beth me está clavando el codo en la teta izquierda y papá me raspó el cuello con la uña del pie cuando salía. Mamá cambia las sábanas todos los días, así que nunca hay manchas de cacao, pero sigue habiendo migas. Probablemente, esto de la cama era lindo cuando éramos bebés, pero… ¡mamá! Para peor, tú y papá acaparan las almohadas, con el bebé, Ronnie, metido en el medio. Sólo Dios sabe cuándo tuvieron sexo ustedes dos.

Por el bien de mi madre, dormimos en el vientre de la bestia. ¿Y a cambio de nuestra libertad? Somos famosos en la TV.

Mañana, Vandella LeSpire grabará el programa *Dentro de*

*Todo* desde nuestra cama. Para prepararse, mamá se encrema la cara hasta las orejas y se peina con apretadas hileras de trenzas, cuyos abalorios y adornos, si me permites decirlo, son bastante poco originales. O sea, se le ve el cuero cabelludo y su pelo está gastado de tanto teñirlo de rubio. Se supone que las trenzas son para demostrar que lo que estamos haciendo es muy de avanzada, o sea: en esto de la Cama Familiar no hay nada retro. Mamá quiere que la gente nos vea por TV y diga "qué maravilla". Qué buena madre es, hacer eso por sus hijos. Mira qué protegidos y felices están, estrechando lazos en la Cama Familiar.

¿Ya mencioné que es así como la llama? Cama Familiar. También conocida como Sueño Compartido. Cualquier cosa con tal de usar un eufemismo para esta cárcel mullida. ¿Y te estás preguntando cómo puede ser que una alumna de décimo grado como yo conozca palabras grandes, largas y arcanas como "arcanas" y "eufemismo"? Mañana oirás a mamá explayarse (¡otra palabra, y otra más!), enfrentando la cámara solemnemente, con esas trenzas tirantes que ejercen el efecto de un *mini-lifting* que supuestamente la hace parecer más joven: "La Cama Familiar es un magnífico constructor de vocabulario", dirá, cuenta con eso. "Además de la sensación de seguridad. Mis hijos nunca dudan de ser amados".

Luego citará la Biblia. Yo he leído y leído a ese San Lucas y todavía no lo entiendo: *Y entonces el que está dentro responde: "No me molestes. La puerta ya está cerrada, y mis hijos y yo estamos acostados. No puedo levantarme a darte nada".*

A mí me suena bastante egoísta.

Mamá dirá que nosotros, los Dermott, le debemos nuestros cálidos corazones y nuestro fantástico vocabulario al execrable tiempo íntimo, el que nos cambia la vida, que pasamos en este paradigma, mi prisión: la Cama Familiar.

¿He mencionado los pedos y los raspones, el nerviosismo que surge cuando estás acurrucado con tu papá y tus hermanos y alguien desaparece? ¿Dónde está Darryl, a todo esto? Para no hablar de las migas. Puede parecerte superficial, pero… santa Cremora, cuando se pinte el último cuadro de la Tierra, habrá migas.

Más tarde. Papá arroja a Bill a la cama con un empujón. Escucho sollozos comprimidos. Le toco el hombro y se sobresalta. ¿Es sangre seca? Espero hasta que estén dormidos. Luego murmuro:

—Billy, *perdona*.

—¿Sabes lo que me hiciste? —Su voz es un ronquido seco.

—Oh, Dios, Bill. No sabía que él iba a…

Entonces me asusta:

—Darryl no fue el primero, sabes.

—*¿Qué?*

—Eras muy pequeña para recordarlo. Howie —dice—. Howard Junior. No sigas pensando que él fue el primero.

—¿El primer qué, Billy? ¿El primer qué?

Pero mamá está inquietándose y él me tapa la boca.

—Esta noche me dieron el ultimátum —dice en tono normal, porque ya no le importa lo que suceda. Entonces papá se aclara la garganta y, en vez de terminar, Bill rueda hacia un lado con un pequeño gemido; me da la espalda y allí termina todo. Pero dice, como si quisiera que ellos lo escucharan—: Sólo me tienen aquí por el programa.

Es tan raro estar aquí sentada, en pijama, bebiendo cacao a mitad del día.

—Comenzó —le está diciendo mamá a Vandella LeSpire— cuando Bill era chiquitín. —¿Vandella no está sorprendida de encontrarnos a todos metidos en la cama en pleno día, sólo para grabar este programa? ¿Esta mujer no ve lo *rara* que es la sonrisa de mamá?—. Me encantan los bebés, son tan pequeñitos e indefensos, y adoro tenerlos cerca. —La voz de mamá es suave y acogedora, como si ya fuera hora de irse a dormir—. Billy es mi hijo mayor, como usted sabe.

Espera un minuto. ¿Y Darryl? A los chicos no nos permiten hablar por TV. Hay cosas que no he contado, como por ejemplo que no nos dejan acercarnos al sótano, lo cual, a decir verdad, no tengo para nada en claro, o que cuando amaneció vi que Bill tenía marcas de azotes en la espalda.

—Siempre será mi bebé —dice mamá, mientras, a mi lado, Billy rechina los dientes hasta que se le parten los molares—. ¿No somos todos bebés indefensos en este mundo? Mi chiquito y dulce Billy, solo en una cuna enorme y oscura… claro que lloraba, ¿no lloraría usted? —La voz de mamá es profunda y suave—. Lo traje a la cama con nosotros y fue hermoso. Así que, como ve, ese fue el principio. Cuatro hijos hermosos, todos dormimos juntos, y eso es lo que nos mantiene unidos.

Mascullo:

—¿Y Darryl, mamá? Pero…

Peor aún, Billy gruñe:

—*¿Y Howie y ellos?*

Mamá nos empuja hacia abajo. Luego le dedica a Vandella esa sonrisa de madre, falsa, luminosa.

—¡Amo tanto a mis bebés!

Vandella piensa antes de preguntar:

—¿Qué sucede cuando crecen, Sra. Dermott?

Mamá es como un faro que irradia amor resplandeciente.

—Siempre serán mis bebés, no importa lo que pase. —Pellizca a Bill en la mejilla. Es obsceno—. Tan chiquitines, indefensos y dulces.

Escudados con rimmel de calidad profesional, los ojos de Vandella se humedecen con la idea. Todas ustedes, pobres mujeres con bebés, ven a mi madre y se sienten inadecuadas. ¿Y nosotros? No pregunten.

—Este es nuestro momento crucial de unión —le dice mamá a Vandella con ese tono dulce y uniforme que significa "compra esto o morirás" —. A las malas madres no les importa lo que les ocurra a sus hijos siempre y cuando estén callados. Las buenas madres cobijan a sus hijos en la Cama Familiar.

Fenómenos. Nos ha convertido en fenómenos.

En la escuela, al día siguiente de uno de estos programas, viene el ritual de esquivarnos. Para Bethy y Ronnie (¿ya dije que el "bebé" Ronnie está en primer grado?) también está el ritual de ponerles apodos, seguido del ritual de pegar goma de mascar en el pelo de ella. Las madres pueden creerse toda esta mierda porque la maternidad hace que las mujeres se sientan ansiosas e inadecuadas, pero los chicos… los chicos ven las ojeras oscuras que tienes en los ojos y lo saben. Reconocen la mirada asustadiza y la palidez de frustración que ocasiona el tiempo pasado en la Cama Familiar, donde no hay discusiones y nadie tiene la noche libre. "¡Si papá y yo tenemos que quedarnos aquí todas las noches," nos dice mamá, y yo siento el borde afilado de su resentimiento, "lo menos que pueden hacer ustedes es quedarse aquí y estar contentos!".

Pero nada de esto se transmite a Vandella, que no puede ver más allá de las sonrisas forzadas de nuestras caras relucientes, y nada de esto se filtra al interior de la niebla rosada que ocluye las mentes de las madres novatas, que tienen tantas ansias de hacer todo bien que harían cualquier cosa, incluido algo tan monstruosamente erróneo como esto.

Cuando tenga edad para ir al psiquiatra, tendré una cosa que agradecerle a mi madre: suficientes palabras para expresar lo que nos ha hecho. Es decir, si vivo lo suficiente para conseguirme un

psiquiatra.

Entonces mi hermano Bill se apoya sobre los codos, haciendo muecas para atraer la atención de Vandella. Papá ya tiene un codo enganchado alrededor de su cuello, así que solamente escucho lo que sale:

—Pregúntele de los otros.

Y, más rápido de lo que puedo contarlo, Bill desaparece. Fingiendo que están enlazados en un abrazo padre-hijo, papá lo empuja bajo el acolchado de duvet gigante que nos cubre a todos. Vandella es extremadamente cortés. Promete sacarlo de la grabación en la edición, antes de que salga al aire, pero tengo mis sospechas. ¿Esta gente no miente a veces, para conseguir la historia que quiere? Vandella nos agradece y dice que regresará el jueves para terminar en vivo, en su programa de la mañana temprano, entrevistando a los felices Dermott mientras van saliendo de casa. Mamá ya ha seleccionado nuestro vestuario para el programa.

Billy se fue. Cuando nos despertamos, no estaba. Hoy mis hermanas y yo tuvimos que ponernos e-pulseras de rastreo para ir a la escuela, con calcetines de angora estirados hasta arriba para esconder el bulto: un paso en falso y el chillido de dolor podría reventarle los oídos a un león de piedra. Cuando esta noche nos fuimos a la cama, nadie nos los quitó. Billy se fue y mamá está embarazada otra vez. O lo está pensando. Los oigo hablar por la noche. Cuando me levanto a hacer pis, golpeo algo afilado.

—¡Arrrggg!

—¿Qué pasa, Sarah?

—¡Estaba yendo al baño! —Alambre cortante rodeando la cama.

—Papá te llevará —dice mamá. Usa su voz especial, la que hace pudrir el acero inoxidable—. ¡Howard!

—Primero Bill y ahora alambre cortante. ¿Dónde está Billy, además?

Mamá jadea como si le hubiera preguntado dónde están los extraterrestres del espacio.

—¿Quién?

Dejo que papá me lleve por una abertura en el alambre y me acompañe al baño. Intercambio buenas noches adicionales para

demostrar que he regresado a la Cama Familiar, pero estoy pensando. Estoy pensando intensamente.

Billy está en algún lugar de la casa, lo sé. Esta mañana, cuando me levanté, descubrí uno de sus zapatos espaciales hiperbólicos debajo de la cama, y no estoy tan segura de mamá y papá, pero conozco a mi único hermano mayor. Billy no sale de casa sin sus zapatos espaciales hiperbólicos. Un mensaje para mí, pienso cuando lo encuentro. Es un mensaje para mí. Dentro hay un pedazo de papel. Letras de molde, escritas con el rotulador amarillo de Billy. NO LO BEBAS.

Tengo miedo, pero estoy entusiasmada. Billy puede haberse ido de la Cama Familiar, pero sé que está en algún lugar de la casa. Lo han puesto en el Solitario o algo así, y lo único que debo hacer es descubrir dónde. Lo liberaré y escaparemos juntos, él y yo.

A todo esto, ese chico de la escuela, Tommy, del que estoy enamorada… también me ama. Lo que yo soy en Arte, él lo es en Oficios, lo que significa que es un genio de la electrónica. Desactiva mi e-pulsera con su PDA. Todavía la llevo puesta, o sea que cuando me presento en la Cama Familiar prontamente, a las 8:30 de la noche, nadie se da cuenta de que ya no funciona. Finjo pedir el teléfono y luego le dedico a mamá un gratificante chillido para demostrar que ella me ha puesto en mi lugar. Esquivo diplomáticamente el cacao y trato de no quedarme dormida durante *Don Quijote*. Me acurruco con Beth y Ronnie, al que han trasladado a los pies de la cama para hacer espacio para el nuevo bebé por venir.

—Buenas noches. —Mamá está más rosada que una gruta llena de Vírgenes. ¿Ya está embarazada? Está dulce, más dulce que nunca—. Ahora, que duerman bien. Quiero que mañana se vean de lo mejor. Recuerden, vamos a estar en el programa de Vandella.

Nos va a entrevistar a los seis… eh… a los cinco, a los felices Dermott, bajo el brillante sol, aunque yo ya sé que nosotros, los chicos, nunca podemos hablar. ¿Y Billy? Está peleando por nuestro país en Irán.

*Los amo más cuando todavía son bebés,* dice mamá, *tan pequeñitos, indefensos y dulces.*

Va a ser una noche muy larga.

Antes de que papá se duerma, lo hago llevarme al baño de nuevo. He visto la abertura en el alambre cortante a la luz del día, pero necesito saber cómo navegar por allí en la oscuridad. Realmente no necesito hacer pis. En vez de eso, meto la cabeza debajo del lavabo. Muy silenciosamente, golpeteo los caños del

baño. Clinki, clink. Aguanto la respiración. Entonces lo sé. Lo único que debo hacer es seguir la cañería hasta el sótano. Ese es Bill, respondiéndome desde alguna parte de las profundidades, debajo de la casa: clinki, clink.

Dejo que papá me lleve de vuelta a la cama. Luego espero. Hay algunos movimientos debajo de las mantas: mamá. Hay algunas quejas: papá. Ella debe estar ansiosa por conseguirse ese lindo bebé nuevo.

Puajjj. Quiere que él lo Haga con ella esta noche, aquí mismo.

—Esta noche no —dice papá. —Después usa la voz motivadora—. Quieres estar bonita para el público de mañana, ¿verdad? Piénsalo: *Dentro de Todo*. Nosotros, en vivo, TV global.

Horrible lo que le dice ella a continuación. Me meto *Kleenex* en las orejas y espero a que los padres se callen. En realidad, no es difícil salir de la cama una vez que te decides a hacerlo; ese no es el problema. Es muy difícil lo que tengo que hacer después.

Tengo que forzar la puerta del sótano. Está claro que es allí donde lo tienen, porque es la única parte de la casa, aparte de la sala (¿ya mencioné la alfombra blanca de pared a pared o las fundas de plástico transparente de los muebles blancos?) donde los chicos tenemos prohibido ir.

Por la noche, la cocina es un sitio tenebroso. Haces de luz de luna lustran el suelo inmaculado de mamá. Naturalmente, supongo que la puerta del sótano estará con llave, pero, sorpresa, no está muy cerrada, sólo está cerrada como para “abrirla con tu tarjeta de crédito”. Hago eso con la tarjeta *Discover* descartada de papá. Cuando mamá decidió que estábamos gastando mucho se la quitó y yo, de casualidad, vi dónde la ponía. La saco de abajo del paño *Rubbermaid* que está en el cajón de los cubiertos de la cocina, que también es donde mamá guarda su linterna *Maglite*. Qué bueno.

Cuando deslizo la tarjeta *Discover* por la puerta y ésta se abre, estoy esperando que el sótano huela mal, no sé por qué, sólo por la impresión que causaría, supongo, todo eso. *No bajen allí, chicos, de lo contrario…*

En cambio, el aire huele a flores. A flores y, según resulta, al sudor de mi hermano. Apunto la *Maglite* a todos lados; aquí abajo el lugar es más grande de lo que pensé. Al final de la escalera, susurro:

—¿Bill?

Lo localizo por el sonido. Es el sonido que uno hace cuando tiene la boca tapada con cinta adhesiva.

—Dios mío, Billy, ¿qué te han hecho?

Lo encuentro en la entrada de la cámara que está debajo de nuestra sala; lo han atado a un poste con cinta. Está amarrado al poste, y en la habitación del sótano que está detrás de él hay una cama que se parece mucho a la nuestra y la luz de mi *Maglite* es tenue, pero puedo discernir que hay figuras en la cama y que están sonriendo, sonriendo, parecen réplicas de cera de… ¡Darryl!… ¡Darryl!… y dos personas que no reconozco.

—¿Billy, qué pasó?

Hace una mueca. Le arranco la cinta de la boca y jadea.

—Pensé que nunca vendrías.

Lo más rápido que puedo, comienzo a desatarlo, caminando y caminando a su alrededor mientras la cinta se separa de su cuello, de sus hombros. Cuando sus brazos quedan libres, me detengo.

—¿Qué está ocurriendo? ¿Qué es eso? —Estoy mirando a la cama.

—Ah, eso —Me dedica una sonrisa extraña—. Se ven perfectos, ¿no?

—¿Qué son? ¿Por qué estás aquí?

Bill sonríe con su cálida sonrisa de Billy:

—Todavía no me hicieron nada.

—Pero te ves terrible.

—Cuando lo hagan —dice, y me aterra— me veré como ellos.

Echo un vistazo al trío de estatuas o lo que sean. Tan bonitas, acostadas en la cama, tan quietas.

—¿Qué, Bill? ¿Qué?

—Ya te lo dije, todavía no me hicieron nada.

Ahora que lo pienso, las figuras de la cama no parecen estatuas, se parecen más a mi abuela en su ataúd. Perfectas. Brillantes. Limpias. Me muerdo la muñeca.

—Oh, Dios mío. ¿Qué vamos a hacer?

—No te preocupes —dice mi hermano Bill, el valiente Billy —. Sabía que pasaría esto. Tengo un plan.

Escucho ruidos en otro lugar de la casa, o pienso que los escucho. Imagino a mamá tanteando para encontrarme con sus pies callosos, imagino su pie derecho dibujando una línea en la sábana vacía, en mi sector de la cama. Podría jurar que la oigo gruñir *Howard*… espero el ruido aterrador de papá poniéndose las botas.

Lo imagino cruzando el dormitorio ahora, sacando el pistola aturdidora de la cómoda; pienso que lo oigo bajar ruidosamente las escaleras… y después de que me encuentre, ¿qué sucederá? Mi cara se pone blanca hasta los nudillos; te aseguro que me estoy volviendo loca.

—¿Qué vamos a hacer?

—Cálmate —dice él. Los brazos de Bill están libres y él continúa desatándose, pero no puede agacharse lo suficiente para liberarse las piernas y pies—. Primero tienes que bajarme.

A pesar de que estoy cagada de miedo de que nos descubran, hago lo que él dice. Enciendo la lámpara del techo y, como me indicó, desato la cinta adhesiva. Como me indicó, comienzo por los pies. Deben haber usado como cuatro kilos. Estoy tardando una eternidad de desenrollarla, y cada vez que paso por detrás del poste tengo que mirar a la cama y a los tres no sé qué que están allí acostados, en perfecta paz, y tengo tanto miedo que mi murmullo suena más como una respiración dificultosa:

—Ya vienen, lo sé, van a atraparnos, y cuando nos atrapen nos pondrán en esa cama con el pobre Darryl y… ¿quiénes son los otros dos?

—Howie, creo. —Estábamos susurrando, pero de repente Bill está hablando en tono normal—. Y Duane. ¿Sabías que teníamos otro hermano mayor?

—Shh, ¡te oirán!

Demasiado fuerte. Está hablando demasiado fuerte.

—Creo que el tercero es Duane.

Estoy temblando, frenética.

—Billy, cállate, nos oirán. ¡Apúrate, ya vienen!

Pero, con esa sonrisa suya, mi hermano simplemente sigue despegando la cinta.

—No —dice—. No, no vienen.

—¿Cómo lo sabes?

La sonrisa se transforma en una mueca asombrosa, alegre.

—¿No bebiste el cacao, verdad?

El inteligente Bill. Mi hermano, el genio.

—¿Cómo…?

—Te dije que sabía que pasaría eso. Ayer, antes de que ellos se levantaran, adulteré la mezcla de cacao.

—Billy, no los habrás *matado* ni nada de eso…

—¿Quién, yo? —Mi hermano sonríe, sonríe; no puede parar —. Diablos, no. Son mi *familia.* Están durmiendo como conejitos, o ratoncitos, en su dulce nidito. Ahora apúrate —dice—. Tenemos mucho que hacer antes de que llegue el personal de Vandella a disponer todo para la filmación.



***Ilustración: Pedro Belushi***

Así que tenemos mucho que hacer, pero gracias al horario de acostarse de las 9 de mamá, tenemos mucho tiempo para hacerlo. Cuando Billy y yo subimos a la cocina apenas es medianoche. Es que el tiempo pasa tan mortalmente lento cuando estás acostado y despierto en la oscuridad… Lo primero que hacemos es tirar el resto de cacao en polvo en el Desechador y encender todas las luces de la casa… bueno, salvo la del dormitorio, donde los cuatro felices Dermott disfrutan de un sueño profundo y drogado. Por la mañana tenemos que arrastrar a nuestra familia dormida al piso de abajo y afuera, a través de las puertas francesas de la sala, y luego trasladar lo que yo supongo que son los restos de nuestros tres hermanos mayores, —¡Duane, apenas te conocimos!— desde el sótano y acostarlos junto a los otros en el césped, pero antes de hacer todo eso, sacaremos todas las sábanas y mantas de la cama súper-grande que papá nos hizo construir especialmente, porque el colchón es demasiado pesado y no podemos moverlo. Extenderemos las sábanas y mantas en el jardín del frente para hacer un simulacro —¡te debe encantar este vocabulario!— de la cama. Allí es donde la gente de la TV encontrará a mamá y a sus “siempre serán mis bebés”, todos ellos dulces y limpios y dormidos, abrigados bajo el duvet, con las cabezas sobre las mullidas almohadas, afuera, a plena luz del día, justo delante de la casa. Cuando Vandella venga para la transmisión en vivo, tendrá tantas preguntas para hacerle a mamá sobre los tres

hermanos mayores o lo que queda de ellos, tendrá tantas preguntas sobre lo que mamá y papá les hicieron a Howie, Darryl y Duane y sobre cómo los procesaron para mantenerlos dormidos como bebés, que no advertirá la ausencia de dos niños Dermott vivos. O sea, una vez que terminemos de acomodar todo, Bill y yo escaparemos con la tarjeta *Discover* de papá.

Saldremos de este paradigma, de nuestra prisión, de esta gran institución norteamericana que las madres de todo el mundo temen y admiran, y que —en el transcurso de una sola transmisión— llegarán a execrar. No saldrán a buscarnos a Billy y a mí. Menos después de que vean a esta herramienta ostensiblemente maravillosa de la maternidad expuesta como lo que es. Mamá acostada a plena luz del día con papá y sus bebés, exactamente como ella los quiere. Inertes.

Seguros y obedientes. Acurrucados en la Cama Familiar.

Título original: “Family Bed”


**Kit Reed nació en California, Estados Unidos de Norteamérica, y vivió en London, Connecticut, Washington D.C., St. Petersburg, New Haven, Middletown y varios otros lugares. Los lectores hispanos la identifican como cuentista, ya que casi toda su ficción corta que se publicó en nuestro idioma entra de lleno en esa categoría. “La espera” (1958), “El tigre automático” (1964), “En la colonia de huérfanos” (1964), “La parra” (1967), “Winston” (1969), “Los días del perro” (1971), “Shan” (1978), “El perro de la verdad” (1986) son excelentes muestras de los relatos que escribe. Lamentablemente están dispersos en revistas y antologías y tampoco han sido publicadas en castellano sus novelas, una docena. No obstante, está a punto de aparecer en España la última que escribió, *The Baby Merchant* (2006), por lo que esa omisión comenzará a ser reparada. La prosa de Kit Reed es incisiva, sus relatos sombríos; parece preferir la descripción de los horrores que se agazapan detrás de apariencias inocentes a las acuarelas frívolas y conformistas. Es, en síntesis, una escritora dura.**

# Declaran extinto al Homo sapiens

## Bruce Sterling

2380 d.C.: Tras una esmerada búsqueda de diez años, desde las tierras altas tibetanas hasta las selvas tropicales brasileñas, ya es oficial: no quedan más seres humanos.

“Supongo que tendré que considerar esto un fracaso personal”, dijo la doctora Marcia Raymo, antropóloga del Instituto de Estudios Retrógrados de Berlín. “Por supuesto que en el laboratorio seguimos teniendo tejido humano y que podemos clonar tantos especímenes de Homo Sapiens como queramos. Pero a esa especie siempre se la conoció principalmente por su actividad cultural única”.

“No entiendo a qué viene tanto escándalo”, declaró Rita “Mimos” Srinivasan, actriz, símbolo sexual y periférico de computadora. “Las Inteligencias Artificiales adoran personificarse en formas humanas como la mía, para regodearse en el sexo y la comida. Soy buena para montones de cosas humanas: rascarse, dormir, estornudar, lo que quieran. Mientras las IA hagan honor a sus orígenes, verán a muchas inteligencias incorpóreas con formas humanas recorriendo los barrios bajos. Ahí es donde está la diversión, se los aseguro… créanme”.

La IA que actualmente patrocina a la actriz añade, a través de telepatía inalámbrica, que los ocasionales brazos o cabezas adicionales de la Srta. Srinivasan deben considerarse un signo de “brío creativo” y no una violación de “alguna forma humana obsoleta y supuestamente estandarizada”.

Un estudio mundial de los contenidos cerebrales en abril de 2379 reveló que no había ningún ciudadano vivo con menos de un 35 por

ciento de gelcerebral cultivado. “Eso pone un punto final al asunto”, declaró el estadista Piers Euler, identidad frontal de una mente grupal cooperativa de matemáticos de la Academia Bourbaki de París. “No veo cómo puede declararse `humana´ a una entidad cuando su cerebro es un enrejado gelatinoso y cada célula de su cuerpo contiene extensas cadenas adicionales de ADN reforzado industrialmente. No es sólo que la humanidad se haya extinguido, sino que también, estrictamente hablando, hoy en día prácticamente cada persona viva debería ser clasificada como una especie singular, post-natural y única en su tipo”.

“Nací humano”, admitió el músico clásico Soon Yi, de 380 años, hablando desde su tanque de soporte vital en Shanghai. “Crecí como un ser humano. Parecía lo normal entonces. Durante cientos de años en el circuito de conciertos financiado por el estado, me promoví como `humanista´, apoyando y promocionando la cultura humana de alto vuelo. Pero a estas alturas debo ser honesto: esa fue siempre una pose para el escenario. Admitámoslo: el gelcerebral es una sustancia infinitamente superior a aquellas grises, mantecosas y deficientes neuronas humanas. No se puede ser un artista profesional serio usando nada más que el tejido animal totalmente natural de la cabeza. ¡Es simplemente absurdo!”.

Mientras ventilaba suavemente sus tejidos arrugados con cálidas corrientes de líquido de soporte vital, el anciano gran hombre de la música continuó: “Wolfgang Mozart era una criatura de lo más sosa para los estándares modernos, pero gracias al gelcerebral yo puedo insuflar algo de vida en sus primitivas composiciones. Sigo considerando valioso a Bach, incluso en el ultracivilizado ambiente actual donde la conciencia individual y la subjetividad creativa tienden a ser escasas o completamente inexistentes”.

No se pudo acceder al grupo científicamente más avanzado de la Posthumanidad, los pioneros Bañistas Sangrientos de los vastos castillos cristalinos de la Nube de Oort, para recabar sus comentarios.



***Ilustración: Fraga***

"¿Por qué importunar a los enormemente prestigiosos Bañistas Sangrientos con una cuestión insignificante de la lejana Tierra?", reclamó el Presidente del Consejo Antisubjetivista Mundial, Amo Hopmeier. "Los Bañistas Sangrientos están muy ocupados investigando novedosos campos de organización compleja que están más allá de la mera `inteligencia´. Deberíamos sentirnos formidablemente honrados de que sigan tomándose la molestia de compartir los resultados de sus experiencias de laboratorio con criaturas como nosotros. Sólo lograríamos fastidiar a Sus Despellejadas Eminencias si les pidiéramos que se ocuparan de una raza extinta de bípedos sin plumas".

Para conmemorar la extinción oficial de la humanidad, se ha declarado un Día de Duelo Circunsolar, pero hay un consenso generalizado de que los estallidos de entusiasmo público descontrolado estropearán los funerales.

"Cuando uno recapitula", reflexionó la Entidad Orbital Ankh/Ghih/9819, "es difícil percibir este suceso largamente esperado como una tragedia. Las bestias, los pájaros, las mariposas, incluso hasta las mismísimas rocas y ríos, deben de estar regocijándose al ver que los humanos por fin han desaparecido. Deberíamos tratar de comportarnos como adultos: deberíamos inspirar profundamente, girar el rostro hacia la luz del futuro y continuar con la tarea de

vivir”.

“Ya que se me ha pedido un epitafio”, continuó el ampliamente distribuido poetaware”, creo que deberíamos reacomodar la Gran Muralla China para escribir con ella (en chino, por supuesto, ya que la mayoría siempre fue china): ERAN MUY, MUY CURIOSOS, PERO SIN VISIÓN DE FUTURO.

“Este momento histórico es una ocasión seria que requiere un gran sentido de la dignidad pública. Mi perro, por ejemplo, dice que realmente echará de menos a la humanidad. Pero, claro, mi perro dice muchas cosas”.

Título original: “Homo Sapiens declared extinct”


**Bruce Sterling nació en Browsville, Texas, Estados Unidos de Norteamérica el 4 de abril de 1954. Ha sido uno de los escritores decisivos en la evolución del género en los últimos treinta años a partir de sus aportes teóricos, las antologías que compiló y sus propias obras de ficción. Entre los libros más significativos de Sterling se pueden mencionar *El chico artificial*(1980), *Cismatrix*(1985), *Crystal Express*(1989), *El Fuego Sagrado*(1996), *Islas en la red*(1988) y *Distracción*(2001). De su actividad como antólogo merece destacarse la recopilación de cuentos *Mirrorshades: una antología ciberpunk*(1986) y el ensayo *The Hacker Crackdown*.**

# Elegía

## Ugo Malaguti

Fue así como un día, al fin del tiempo, cuando la tarde caía, se encontraron el papa, el gran rabino y el gurú a orillas del Ganges.

El cielo ya se había puesto violeta, el aire era claro y cristalino y las primeras estrellas guiñaban allá arriba, hacia donde las astronaves alienígenas habían partido con sus alas desplegadas, como halcones presurosos, después de haber esterilizado la Tierra.

Blanco de piel y de cabellos, el papa vestía de blanco, e iba de negro el rabino de la barba flameante y los largos cabellos trenzados. Los colores del crepúsculo parecían arder todavía, arrancando reflejos purpúreos y anaranjados del gran manto del gurú, sobre la túnica roja, bajo la gran cabellera rojiza que le caía por la espalda.

Habían encendido una fogata, un pequeño fuego chispeante que reverberaba sobre las cercanas aguas fangosas, en las que hojas y ramas avanzaban en una lenta procesión por la corriente, bajando de lejanas cumbres nevadas, desde las montañas más altas y solitarias del mundo.

Ninguno de los tres hablaba, cada uno pensaba y soñaba. Sus pensamientos discurrían lentos como las aguas del río antiguo, como las alas de las naves alienígenas que habían bajado del cielo meses antes, inesperadas e indeseadas. Ya casi todas se habían ido, después de acabar su obra.

Hubo un movimiento en los matorrales que ondeaban en la orilla, un movimiento lento y pacífico, y una oveja se adelantó, blanca y ensortijada, mirando por un momento a su alrededor con sus grandes ojos dulces, y luego acercándose sin vacilar a la figura blanca de blancas vestiduras que miraba al cielo donde titilaban las estrellas.

—Es tarde —dijo la oveja, mansamente—. Veo al fuego encendido, los veo a ustedes alrededor del fuego y me pregunto si no me necesitarán.

Era una oveja gentil, servicial y dócil, y el papa, bajando su mirada del cielo la miró a los ojos.

—El cordero de Dios —murmuró para sí—, que viene a quitar los pecados del mundo. Que seas bienvenida.

—No creo que sea así, santidad —dijo el rabino con voz ausente, como si hubiese retomado un discurso viejo, muy viejo—. Sin duda es el chivo expiatorio, para celebrar el holocausto. No cabe duda de que lo envió el Ángel del Eterno en el momento justo.

Sólo callaba el gurú, que seguía mirando las aguas del río sagrado y movía los labios sin emitir sonido alguno, aparentemente abstraído de todas las cosas terrenas.

—Pido humildemente disculpas —insistió la oveja—. Pensaba que sería útil. Se me ocurrió que tendrían hambre.

Al escuchar estas palabras, tanto el rabino como el papa sacudieron la cabeza.

—Nosotros no tenemos hambre —dijo el papa—. Nunca tenemos hambre de cosas terrenas, sino sólo de las cosas del espíritu.

—Cada palabra que sale de la boca del Eterno trae saciedad y delicia a mi alma —le hizo eco el rabino—. Como el néctar de los cedros del Líbano, como la leche y la miel que fluyen en los arroyos de Sión, alabado sea el Eterno.

El gurú callaba, mirando las aguas del Ganges.

—Si es así —dijo la oveja—, seguiré mi camino. Quizás encuentre alguien que tenga hambre.

—No queda nadie. —El gurú habló por primera vez, y su voz pareció nacer del aire, no de sus labios inmóviles—. Puedes vagar lejos y por muchos caminos, pero no encontrarás a nadie.

La oveja parecía confundida, y percibiendo quizás la autoridad se dirigió sólo al gurú, olvidándose por un momento del papa blanco y del rabino negro.

—Quizás tú podrás ayudarme —dijo—. Hace muchos días que ando por los caminos, y no veo a nadie, sólo otros animales extraviados como yo. No siento que me requieran en ninguna parte, y esto es malo, porque satisfacer a los hombres es mi instinto y mi deber, y nadie necesita leche, ni lana, ni mucho menos carne. Me he encontrado con otros animales que también están tristes. Algunos han formado manadas y se dirigen al Este, donde siempre hubo mucha necesidad y mucho hambre. Vi el fuego, vi a tres hombres, y vine, esperando que hiciera falta, pero ustedes dicen que no me necesitan, y ya no sé que pensar.

—No hay más hombres —dijo el gurú—. Ya no hay necesidad, no hay más hambre, ya no hace falta vestirse y beber leche. Sólo estamos nosotros, y hemos venido aquí para esperar la última revelación, aquella para la cual hemos sido creados y hemos

aguardado tanto tiempo.

—Armagedón —dijo el rabino—. Cuando acabe esta noche, mañana seguramente descenderá el Eterno a revelarnos las cosas que fueron y que serán y tendremos nuestra recompensa, porque hemos trabajado bien y hemos sido fieles por mucho tiempo.

—Tú lo has dicho —asintió el papa—. Aunque esas palabras quizás escondan un pecado de presunción, en verdad yo también creo que Nuestro Señor Jesucristo bajará a esta orilla y a esta tierra mañana, para dar comienzo al Juicio, y muchos serán los elegidos, y muchos otros serán quemados como la cizaña. En verdad, el Ángel ya ha abierto el último sello, y nosotros estamos aquí a la espera de nuestra recompensa.

La oveja pareció reflexionar sobre estas palabras. Sus ojos dulces miraron primero al papa, luego al rabino, y por fin se volvieron hacia el gurú.

—Maestro —dijo la oveja, usando la vieja fórmula prescripta para dirigirse a quien tiene la autoridad y el saber—. Todo esto es por cierto muy bello, pero yo soy una oveja, y como tal tengo que seguir a mi naturaleza, y las cosas que ustedes dicen están muy alejadas de mi naturaleza. Si ya no hay nadie que tenga hambre y sed y necesidad de vestirse, ¿qué debo hacer?

—Seguir a tu espíritu —dijo el gurú—. Buscar tu camino. Descubrir tu fuerza.

—Pero yo no tengo ese espíritu de que hablas —baló la oveja —, ni conozco el camino, ni poseo la fuerza. ¿Qué debo hacer?

—Fue la ciencia quien imprimió estas cosas en ti —dijo el gurú—. Yo nunca aprobé esas prácticas, porque no reconocí que fueran útiles. La ciencia quiso ser más fuerte que el espíritu, ¿pero para qué sirvió la ciencia, cuando otra ciencia más fuerte se abatió sobre nuestro mundo?

Ante estas palabras, el rabino se enojó.

—¡Tú dices esto! —exclamó—. ¿Tú, que has predicado a las multitudes, con palabras de sumisión, mansedumbre y no violencia, y las multitudes se han volcado por millones en las llanura, rezando y cantando, de manera que los alienígenas pudieron pasar entre ellas y exterminarlas sin encontrar ninguna resistencia?

—En verdad —observó tranquilamente el gurú—. No parece que la guerra santa que al fin proclamaste haya dado mejores frutos que la Nueva Cruzada que pregonó nuestro común amigo.

—Yo he proclamado la Cruzada en acuerdo con la congregación apostólica, y sólo después de haber constatado que los

alienígenas no obedecían a la ley de Cristo, ni apreciaban las virtudes de resignación cristiana y de hermandad con las cuales al principio los habíamos saludado.

—En definitiva —observó el rabino—, la única victoria que obtuvimos fue la de los misiles lanzados desde los satélites de Nueva Sión inmediatamente después del primer ataque, y esos misiles habían sido creados por científicos de mi pueblo. Si entonces los católicos y los budistas nos hubieran ayudado, quizás no hubiera sido demasiado tarde.

—Esas son palabras que no entiendo —intervino mansamente la oveja—. No se olviden de mí. Todavía no sé qué hacer.

Los tres, el rabino, el gurú y el papa volvieron a fijarse en el animal.

—Debes tener fe —dijo el papa.

—Ora y sigue los mandamientos del Eterno —dijo el rabino.

—Ve en paz y escucha la voz de tu espíritu —dijo el gurú.

La oveja los miró un rato largo, después sacudió su cabeza lanuda y baló desconsolada.

—Ustedes hablan bien —dijo, dándose vuelta—, pero me parece que no saben qué les estoy pidiendo, y si no hay otros a quienes pueda hacer la misma pregunta, yo también tendré que irme hacia el Este.

—Pero en el Este no encontrarás a nadie.

—Quizás sea así —dijo la oveja, yendo hacia la vegetación cercana—, pero por lo menos tendré algo qué hacer.

Ahora las estrellas habían llenado el cielo, la noche había caído, el fuego estaba muriendo, y había un gran silencio en torno.

Soñaba el papa en la noche, acurrucado junto a las brasas de la fogata, bajo el cielo colmado de estrellas. Soñaba como no había soñado por mucho tiempo, quizás diez, veinte, treinta siglos o más aún. Soñaba en el porqué de su nombre, en su significado simbólico y por qué se lo habían puesto. Soñaba en Cristo y Dios Padre Omnipotente y el Espíritu Santo y el Día del Juicio, soñaba con todo eso porque sabía que ya era cuestión de horas o minutos, y la larga espera acabaría y llegaría el premio.

Soñaba con el día en que había salido de los laboratorios del Vaticano, el día en que el cardenal Agnostopoulos, el humilde y

afable estudioso de la física molecular, se había inclinado ante él y había besado su anillo.

Soñaba en todas las cosas que había aprendido en ese momento, en todas las cosas que iban a guiar su vida por los diez, veinte o treinta siglos venideros, y acariciaba el pensamiento de esas certezas, y de esa certeza mayor, esa que lo había acompañado desde el primer momento, la certeza de saber con certeza el motivo de esa certeza.

Soñaba cerca del fuego apagado, y aunque el recuerdo de las multitudes reunidas orando en San Pedro el último día, cuando la nave descendió ligera sobre la cúpula y los alienígenas salieron para completar su obra, todavía le provocaba dolor y turbación, se consolaba al pensar que en ese mismo momento, en medio de ellos, los había absuelto a todos y cada uno de cualquier pecado, y les había impartido su bendición, y todas esas almas ahora estaban salvadas, y al día siguiente, el Día del Juicio, como el buen ladrón gozarían con él de las delicias del paraíso.

Soñaba, el papa que había recibido el nombre de Pedro II y había reinado sobre la iglesia de Cristo diez, cien o mil veces más de cuantos habían seguido a su homónimo, el pescador, desde que Nuestro Señor le había entregado las llaves del paraíso. Soñaba, junto a las brasas ya apagadas, bajo las estrellas. Eso era muy singular, porque no recordaba haber jamás soñado —¿o quizás sí, pero cuándo?— pero no podía haber nada más extraño y distinto que esa noche, aún más grande que la noche de Belén, porque dentro de pocos minutos o pocas horas la Gran Promesa se habría cumplido.

Junto a él descansaba el gran rabino, envuelto en una frazada. Aunque eso también era extraño, porque su cuerpo no sentía ni frío ni calor, no sentía el llamado del hambre y de la sed, era indestructible e inmortal, en la medida en que el hombre pudiera acercarse a la potencia del Eterno.

No soñaba el rabino, ni dormía de verdad, pero sus pensamientos se movían lentos y perezosos, inmersos en ese estado de duermevela en que se manifiestan a los hombres las grandes ilusiones, las grandes revelaciones y los grandes terrores. Reflexionaba sobre su pueblo, ese pueblo elegido y antiguo que había sabido sobrevivir cien mil años y cien mil más, combatiendo a sus enemigos, defendiéndose de mil persecuciones, devolviendo

golpe a golpe, lágrima por lágrima, dolor por dolor, al odio, a la violencia y a la estupidez que por tanto tiempo, demasiado, lo había rodeado.

¿Quizás se había sentido así alguno de sus predecesores en el día de la deportación a Babilonia, llorando por la hierba, el cielo y las casas perdidas de Sión, y sobre la multitud esclavizada y dispersa que había sido una gran nación? *Oh, Israel, Israel*, decía una voz lenta en la mente del rabino. *Esta vez nadie vendrá a liberarte del exilio, esta vez los granos de arena prometidos a Abrahán hay sido barridos por el mar, y nadie podrá ya reclamarlos desde los cuatro rincones de la tierra, nadie podrá venir a rescatarte de tus cenizas.*

Los muros del templo habían caído, no los de piedra, de canto, de arcilla y mármol que innúmeras veces habían caído y vuelto a levantar en el curso de los siglos, sino las del espíritu que vivían en su raza, en el Pueblo. Recordaba, el gran rabino, el día que había abierto por primera vez sus ojos, en la aséptica perfección de las Centrales de Nueva Jerusalén, con los técnicos y los científicos vestidos de blanco, y la mano de obra árabe que se movía silenciosa y respetuosamente, muda ante la grandeza del prodigio científico que iba a realizarse, incrédula pero anonadada ante el gran evento que se iba a producir.

Su pueblo, su gente. ¡Cuánto había amado a su pueblo! Su corazón había estado henchido de amor desde el primer momento, unido a maravillosa comprensión del diseño del Eterno, que se había revelado en las Escrituras y había culminado en ese momento, en ese gran evento. Una guía para su pueblo, el triunfo final de la tradición… un símbolo viviente y casi inmortal de todo aquello que había sido, era y sería, al fin inmutable, finalmente sustraído a las debilidades, a los errores y a la juventud de los hombres.

Él había sido fiel a su misión, había sido el intérprete justo y severo de la Ley, y a su alrededor su pueblo había crecido, se había fortalecido, había superado y vencido otras persecuciones, otras pruebas y otras lágrimas, y al fin, en ese último mes de miedo, incertidumbres y porqués, había sido el primero en combatir y el último en rendirse.

Esto lo movía a sentir orgullo, porque también eso formaba parte de su naturaleza, el orgullo de ser parte de su pueblo y saber que su pueblo se identificaba con él. Era un orgullo vano quizás, pero bueno, profundamente bueno. Cuando las grandes astronaves de los alienígenas, tan parecidas a una bandada de pájaros volando en la inmensidad de los espacios siderales, se habían acercado a la órbita de Marte y habían atacado sin ningún aviso a los *kibbutz* en la superficie reformada de la superficie del planeta rojo, las estaciones

espaciales habían respondido el fuego con todas las armas de que disponían. Muchas astronaves alienígenas habían sido destruidas en esa primera y única batalla, mientras en el Vaticano se discutía la paz, mientras que las naciones católicas trataban de establecer un contacto con los recién llegados, para entablar tratativas y asegurarse las ventajas de una improbable alianza contra las demás naciones, mientras que las grandes masas orientales oraban, cantaban y no hacían nada para defender a la Tierra del inopinado ataque.

Su pueblo había pagado un precio duro, muy duro, por ese éxito inicial. Cuando las naciones de la Tierra habían decidido intentar un contacto, sin responder a los pedidos de ayuda e intervención, la tecnología alienígena, repuesta tras la primera sorpresa, había actuado de manera fulmínea y despiadada. Las estaciones espaciales habían sido destruidas, la superficie de Marte había sufrido un baño de fuego y el planeta era ahora una masa de cenizas resecas en la fría inmensidad de los espacios.

Nueva Sión había quedado destruida y sólo él, sólo él había sobrevivido a todo su pueblo. Y cuando había comprendido que llegaba el día del Armagedón, de todos modos no había pensado en la resignación sino en la lucha. Pero sus palabras no habían sido escuchadas y cuando el papa había llamado a los cristianos a la cruzada contra las fuerzas del Maligno, sabía que la recompensa estaba cerca, y lloraba lágrimas tibias y saladas sobre la Nueva Sión que, cubierta de cenizas, rodaba en la inmensidad del infinito.

El gurú le estaba enseñando a un conejo, sentado a orillas del Ganges, calmo y alerta como siempre había estado y como siempre estaría, lejos del papa y del rabino, inmersos en sus sueños y sus pensamientos junto a lo que quedaba del inútil fuego que había calentado más su espíritu y su fe que sus cuerpos. Le gustaban los conejos, entre todos los animales, porque eran inteligentes y atentos, respetuosos y serenos. Lo que no comprendían no lo rechazaban ni lo combatían como otros animales, los carnívoros por ejemplo; se limitaban a constatarlo asumiendo no sólo su incapacidad de comprender sino también la esperanza de llegar a comprenderlo algún día, en una, cien o mil generaciones. Los conejos se reproducían y adelantaban rápidamente, y el gurú tenía el pensamiento lejano, poco más que una intuición, de que si hubiesen contado con el tiempo necesario, una sana filosofía y una buena ética en que basarse, su especie habría sido quien heredara la Tierra del

hombre.

—¿De modo que tú dices, Maestro, que los alienígenas no eran del todo malos? —preguntaba el conejo, un bello conejo blanco de largas orejas, de hocico vibrante e inteligente—. ¿Aun cuando mataron a todos los hombres y todas las mujeres?

—¿Quién puede decir qué pasaba por sus mentes, ni qué motivos los impulsaron a hacerlo? —respondió el gurú con otra pregunta—. No olvidemos el detalle de que se limitaron a exterminar a todos los hombres y a todas las mujeres del planeta, pero preservaron las cosas, todas las cosas, y usaron el fuego y la destrucción sólo cuando fueron atacados.

—Pero destruyeron Marte —objetó el conejo.

—Porque desde Marte usaron misiles y armas atómicas contra ellos. Pero cuando se acercaron a la Tierra, se limitaron a bloquear todos los satélites y todos los mecanismos, se rodearon de un escudo de invulnerabilidad, para que las armas que aún tenían los hombres no actuaran sobre ellos, y pasaron por todas partes con su vibración que sólo actuaba sobre los seres humanos y preservaba lo demás… edificios y templos, hierbas y árboles, animales, pájaros y peces de las aguas. Su acción puede parecernos terrible y malvada, ¿pero acaso los hombres no han actuado de ese modo mil y mil veces, exterminando los parásitos de las plantas, los insectos, los propios microbios que creó la naturaleza, y atacaron con todos los medios los científicos humanos?

—Maestro, yo no creo —objetó el conejo—, que pueda seguir tu filosofía. Me parece que exterminar a toda una especie de gran inteligencia es un acto terrible.

—Es terrible, es cierto —dijo el gurú—. Es la especie que me ha dado la vida, que ha hecho de mí lo que soy, que me ha dado la misión de conservar y defender esa filosofía que ahora me obliga no a justificar, pero sí a no condenar a los alienígenas sin conocer sus motivaciones. Una especie de gran espíritu, que a menudo sofocó la grandeza de ese espíritu eligiendo otras cosas, perdiendo contacto con el Todo que está a punto de envolvernos de nuevo, ahora que la rueda se detuvo, que todos los molinos se hundieron y la luz y las tinieblas, el calor y el frío, el día y la noche, el amor y el odio, la vida y la muerte se han hecho uno.

—Eso es lo que yo digo —observó el conejo pensativo, moviendo las grandes orejas—. Es la especie que nos ha dado la palabra, que nos ha mutado para que siguiésemos nuestra inteligencia y pudiéramos comunicarnos entre nosotros y con los humanos. Una gran especie.

—Grande, sí —meditó el gurú—. Pero lo que te ha hecho a ti y a los que son como tú no ha sido un don desinteresado. Durante milenios los animales pensaron, se reprodujeron, y se ofrecieron espontáneamente a los hombres para saciar su hambre. Darles inteligencia a los animales para que se organizaran inteligentemente para servir a una especie y darle de comer no me parece un don tan generoso. Mi blanco y sabio maestro —se dio vuelta para mirar la figura inmóvil del papa, y una media sonrisa le arqueó los labios—, la definiría como una caridad interesada.

El conejo quedó en silencio, evidentemente inmerso en sus propios pensamientos. El gurú se hundía en la contemplación, y la contemplación llevaba a la introspección, y la introspección evocaba el recuerdo. El recuerdo del día que había abierto los ojos por primera vez, en la inmensa Fundación de Nueva Delhi, y había comprendido inmediatamente que aquello que para muchos era un proyecto romántico e inútil se había convertido en algo grande e importante para toda la humanidad. Había sido el irónico don que los más grandes científicos de aquella tierra hicieron a las ambiciones del poder, ese poder que quería hacer bombas y también alimentos para dar de comer a las multitudes y grandes estaciones en el espacio, y programar por fin la propia mente del pueblo, para hacer de él un súbdito seguro y digno de crédito y no una masa informe, poco confiable y caprichosa.

Sonreía el gurú, pensando en los tesoros de tolerancia, mansedumbre y comprensión que habían volcado en él esos científicos, sabios e irónicos. El gran Concilio Ecuménico que había reunido a todas las religiones del mundo para crear ese ambicioso, estupendo proyecto… encarnar lo mejor de cada una de las grandes religiones en alguien que fuera capaz de escapar a los lazos del tiempo y de la muerte, de las pasiones y las mudanzas políticas… no había sido comprendido, al comienzo, en su tierra y en las demás tierras orientales, así como él lo había comprendido desde el mismo momento en que abriera los ojos, aquel día tan lejano.

Él había transformado su tierra, y las tierras que la rodeaban. Sonriendo, pensó en lo que quedaba de aquellos ambiciosos gobernantes que habían creado los grandes laboratorios y los grandes proyectos. Habían buscado bombas y satélites, gases letales y misiles invencibles, y habían encontrado hermandad, amor, comprensión, resignación, filosofía, mansedumbre y no violencia. El oleaje de los siglos los había barrido.

Había sido justo reunirse en las grandes llanuras, orar, cantar y esperar el momento. Por un momento, el gurú se sintió inquieto, porque el deslizarse en la inexistencia de miles de millones de

personas vivas, inteligentes, reales, era motivo de dolor y lo llevaba por un instante a preguntarse qué justicia habría en todo eso, qué sentido habría tenido el gran ciclo de la Tierra para terminar de ese modo, sin una razón aparente, sin un verdadero porqué.

Pero así había ocurrido, así debía ser. Si de todas las multitudes sólo habían quedado ellos, era porque algo grande, algo inmenso, estaba por ocurrir. Esa era la noche que precedía al día previsto por todas las religiones, por todos los grandes sabios, por todos los hombres inspirados, desde las épocas más antiguas. Lo que iba a venir sería el día de la Gran Respuesta, y deseaba en su corazón que el papa y el rabino hallaran lo que esperaban, con su fe y su certeza. Apartó delicadamente un insecto que estaba trepando por su cabellera, lo puso a un costado, cuidando de no hacerle daño, y siguió enseñándole al conejo de grandes ojos atentos, hablándole de cosas que en esa noche parecían tener un valor extraordinario, una consistencia más grande y más inmanente que en todas las otras noches.

Los primeros rayos del sol arrancaban destellos de las turbias aguas del Ganges y el fuego se había apagado. El papa, el rabino y el gurú estaban cumpliendo los rituales de la mañana, rogando o meditando, según su naturaleza. A diferencia de cualquier otro día de todos los días que habían transcurrido, que no habían sido ni pocos ni breves, una excitación diferente y extraña se había apoderado de ellos. Hasta el gurú percibía ese sentimiento de espera que bajaba de lo alto y se propagaba a todas las cosas. Las hojas se movían vibrando con la energía que encerraban, los escasos animales que se movían en la lejanía y no osaban acercarse a aquellas tres figuras que también estaban aguardando, en el aire más fresco y en los claros rayos solares del día más esperado por todos y cada uno.

Cuando concluyeron sus devociones, los tres vistieron sus mejores hábitos, el papa según los requerimientos de su rango, el rabino según las tradiciones de su pueblo, el gurú según los ropajes de aquellos que eran como él. De común acuerdo, decidieron renunciar a cualquier ritual, a cualquier invocación, a cualquier plegaria; para que ninguno ofendiera las convicciones de los otros, pero también por otros motivos.

—El Señor Jesús lee en lo más profundo de los corazones —había dicho el papa—. Él conoce todas las cosas y se manifestará según Su voluntad. Lo he invocado cada minuto de cada día de mi vida. Ahora está por llegar. Él sabe que mi corazón no espera otra

cosa que Su venida.

—Esos son mis sentimientos hacia el Eterno —había asentido el rabino—. En otros tiempos le hablaba a mi pueblo, hablaba desde la zarza ardiente y hacía oír su poderosa voz en el trueno y en la tempestad. Ahora, después de tanto, tanto tiempo, se manifestará ante su humilde siervo como ya lo hizo con Moisés en el monte Sinaí. Él me dará una respuesta, por más indigno que sea de recibirla, y podré saber.

—Mi espíritu aguarda muchas respuestas —había dicho el gurú—. Me siento sucio e indigno por las muchas preguntas que se agolpan en mi mente, pero todo se ha cumplido, la rueda está por volver a girar, y yo les deseo a ustedes, hermanos, que encuentren lo que están buscando, en sabiduría y verdad.

Y fue así como esperaron. El sol se elevaba hacia el mediodía, el aire resplandecía de calor, las aguas se escurrían lentamente. Un gran manto de silencio parecía vibrar sobre la orilla del río viejo, muy viejo, donde tantas cosas habían comenzado, y donde podía decirse que ninguna de las muchas cosas iniciadas estaba realmente acabada.

Los tres, el papa, el gurú y el rabino, esperaban en silencio, con infinita perseverancia, con fe imperturbable, con confiada paciencia.

El sol alcanzó el cenit al mediodía y el calor se hizo sentir, cuando de improviso algo comenzó a ocurrir. En el momento más cálido y luminoso del día, repentinamente oscureció como si fuera medianoche, se levantó un viento frío que sacudía todas las cosas, y un gran borboteo empezó a sacudir las vísceras de la tierra. El suelo comenzó a temblar, un trueno profundo partió del cielo, y hubo una gran tempestad, porque el viento soplaba frío y terrible, como si las lejanísimas cumbres de las montañas de donde baja el río se hubiesen acercado bruscamente.

Cada uno de los tres, como imponía su naturaleza, o a pesar de ella, comenzó a temblar y cayó de rodillas. El trueno sacudía el aire, enormes grietas se abrían en el suelo y el sol ya no daba calor aun cuando su pálido fantasma había vuelto a aparecer en un cielo que de improviso se había llenado de estrellas.

De pronto, recortándose contra aquel disco grande, enfermizo y privado de calor, más pálido que la luna más pálida en una noche de niebla, una forma se recortó en el cielo, una forma pequeña, que se hizo cada vez más grande, negra como la noche, una forma alada que bajaba majestuosamente desde lo alto, moviendo sus grandes alas con un ritmo lánguido, lento y seguro, desentendiéndose del

gran terremoto, del viento y del trueno que barrían la tierra.

Y en la orilla del Ganges, delante de las tres pequeñas figuras… la blanca, la carmesí y la negra… arrodilladas y angustiadas, se posó sin ruido, con infinita levedad, como una delicada y poderosa criatura viva, la más grande, la más negra y la más silenciosa de las naves alienígenas que habían borrado de la superficie de la Tierra a la especie que hasta un mes antes había sido la más numerosa, la más poderosa y la más orgullosa de ese rincón del universo.

El extraño era antiguo. La sensación de antigüedad se desprendía de su figura, de sus movimientos, de la lentitud infinita con que bajaba de la nave inmóvil que con las grandes alas replegadas estaba quieta en el llano a orillas del Ganges. Era una corriente de sensaciones, una impresión difusa que no se podía relacionar con el aspecto físico de la criatura, tan distinta de cualquier cosa conocida en la Tierra al punto de hacerse imposible de describir. El hombre estaba acostumbrado a describir según figuras geométricas, curvas, ángulos, rombos, cuadrados, o según formas físicas como alas, cuernos, piernas, brazos, tentáculos, ojos, pelos, pero nada de eso se aplicaba al extraño; su figura, o mejor, las sensaciones que irradiaba su *presencia* y evocaba la idea de una figura, pertenecían a espacios distintos, a geometrías distintas, a una manera distinta, quizás, de concebir la propagación de la luz y del sonido, la irradiación del calor y del frío, la propia existencia de una atmósfera, gaseosa o líquida, o por lo menos clasificable entre las cosas que los hombres y sus máquinas podían medir, conjeturar, sondear, configurar.

Pero aun en esta completa sensación de extrañeza, de ajenidad para el mundo que había sido de los hombres, el sentido de las cosas antiguas, de eones incalculables transcurridos en rincones desconocidos del universo, de distancias incalculables recorridas con finalidad y propósito, no de modo inorgánico e inseguro, se desprendía intenso, como un perfume, una música, un color que cada uno de los tres arrodillados en la orilla reconocía y percibía sin posibilidad de error, sabiendo sin comprender, comprendiendo sin saber.

El extraño los estaba observando. Por lo menos eso era lo que ellos percibían, aunque no había ojos para ver, pupilas que sondear, antenas vibrátiles que reconocer, o cualquier otro órgano que pudiera identificarse como tal. El extraño los observaba, los comprendía y entendía quienes eran. Sin intercambiar un sonido,

una palabra o una comunicación mental, los tres lo supieron, sin duda alguna, sin posibilidad de error.

Esta sensación los envolvió, y los tres, mentalmente, se hicieron una pregunta, la pregunta más grande, más terrible y más estremecedora que seres como ellos pudieran plantearse, después de tantos años de fe, de espera y de esperanza que, si bien programadas en su ser desde el comienzo por científicos y máquinas, había crecido y madurado en un tiempo tan largo, y se había hecho parte de ellos como seres humanos.

*No*.

La negación era neta, clara e inequívoca. No era una palabra, era una repulsa, una rebelión total, una mezcla de incredulidad, de escarnio y de rechazo, y quizás también de miedo, miedo hacia algo que la enorme antigüedad no había hecho más cercano, no había negado ni confirmado, algo jamás encontrado, pero quizás a veces rozado, en las inmensidades de universo demasiado grande, demasiado vivo y demasiado silencioso.

No era Dios aquello que se erguía delante de ellos. Tampoco era un emisario suyo, ni el temido Adversario. Era un ser antiguo, que había descendido de su órbita cósmica lejana para observarlos por última vez.

Esto lo entendieron los tres. También entendieron otras cosas, intuidas con la misma indefinible certidumbre que había acompañado esas sensaciones. El extraño no era ni bueno ni malvado, y tampoco indiferente. Era simplemente antiguo, tan antiguo como debía ser antigua su especie. Ese momento, y momentos como ese no eran por cierto los primeros ni los últimos que él y su gente… si se podía definirlos como gente… había vivido o viviría.

*¿Por qué*?, fue el grito mudo de los tres seres ante el extraño a orillas del Ganges, una violencia emotiva, una sensación desgarradora, un grito que no habían brotado ni siquiera en el momento en que habían visto exterminar sus ovejas, su rebaño, las almas que habían cuidado durante cien, o mil o diez mil años.

Esta vez advirtieron algo que no lograban identificar… algo inmenso y pequeño a un tiempo, grandioso y mezquino, ineluctable y previsible como las estaciones, las estrellas, la luna y las aves del cielo. El extraño no estaba dándoles una respuesta, *era* la respuesta, la respuesta a todas las preguntas, y ellos no lograban aprehender, no alcanzaban a interpretar correctamente cuál era la verdad. O mejor… una sensación más profunda e inquietante, porque cada uno de ellos, los tres, comprendió de improviso que esa verdad, aun

cuando hubiesen sido capaces de comprenderla, no hubiera sido la Verdad con mayúscula, esa que cada uno de ellos había tenazmente perseguido y conservado durante todo el tiempo, sino solo un aspecto de la múltiple verdad que ni siquiera el extraño conocía, a pesar de su inconmensurable antigüedad, a pesar de que quizás en su errar por la inmensidad de los espacios, él y los que eran como él la hubiesen perseguido y buscado con la misma dolorosa intensidad que en ese momento trastornaban al papa, al rabino y al gurú, por primera vez en su larguísima existencia, con una intensidad pareja a la sostenida certeza, multiplicada por todas las preguntas, las dudas y los pecados que habían sido antes de ellos, y que después de ellos ya no serían.

Pasó un minuto, quizás una hora, o quizás muchos días, porque era imposible calcular el paso del tiempo en la oscuridad de la noche que ni siquiera avivaba el disco apagado del sol, sacudida por el temblor de la tierra y el rebote del trueno desde cumbres remotas e invisibles. El extraño estaba inmóvil, con una inmovilidad que cambiaba a cada instante; cambiaba de forma, de consistencia, de perspectiva y de percepción, frente a los tres, el papa, el rabino y el gurú, arrodillados en espera.

Entonces fue el gurú quien se movió. Lentamente, muy lentamente, abandonó su postura de adoración y espera y se puso de pie. Vacilante, inseguro, el papa también se levantó. El rabino permaneció uno momento con la cabeza inclinada, y en sus ojos ardían las llamas de la zarza ardiente y los rayos del Eterno, pero cuando se levantó lo hizo con seguridad, lentamente pero con cierto orgullo, el orgullo que se desprendía de su negra figura.

Así, de pie, uno al lado del otro, los tres enfrentaron al extraño que los escrutaba de manera incomprensible; y trataron de entender, y no entendieron, pero lograron intuir que ese ser los reconocía por lo que eran. Ellos habían sido preservados porque no habían nacido como los demás hombres, porque los alienígenas sólo habían venido a extirpar de la Tierra la especie dominante, pero ellos, los tres, eran criaturas hechas por el hombre, no nacidas, y como tales eran como las plantas y los animales, como los templos y los palacios, como todas las cosas de la Tierra que habían sido preservadas porque no estaba en el orden de las cosas que fueran destruidas.

También comprendieron que el extraño, a su modo, reconocía en ellos una antigüedad por cierto no comparable con la suya, y había venido… no a complacer su espera ni a ofrecerles una respuesta, quizás ni siquiera movido por la curiosidad, sino porque esa confrontación le había parecido una forma de controlar que el

trabajo de su gente había concluido, como en una casa que acaba ser desocupada se baja la llave de la luz antes de irse, por costumbre o prudencia y quizás sólo porque se trata de uno de esos gestos que se hacen sin conocer la razón, precisamente porque están en el orden de las cosas naturales, como la explosión de las galaxias y la dispersión de la entropía.

Después el extraño se alejó, como si fuera disolviéndose o apagándose, o amortiguando ese sonido inaudible que era su esencia; la nave negra desplegó las grandes alas, y levantó vuelo, como un ave inmensa cuyo cielo eran las espacios entre las estrellas, cuyo nido se encontraba en la inmensidad resplandeciente de los soles, cuya presa era incomprensible porque no había una verdadera razón, o quizás porque aquella razón era tan grande, tan importante, que borraba también la necesidad de explicarla.

El trueno murió a lo lejos, la tierra se calmó luego de las últimas sacudidas, las estrellas titilaron y empalidecieron, subyugadas por los cálidos rayos del sol que brillaba de nuevo sobre las lentas aguas del gran río, sobre las cabezas descubiertas de las tres figuras que se alzaban junto a la orilla.

Armagedón había llegado, y había pasado, pero las armadas divinas y las luciferinas no habían combatido ni vencido. Jesucristo se había sentado en su trono para juzgar a la entera humanidad, pero el juicio no había sido celebrado, y quién sabe cuánto tiempo tendrían que esperar las almas. La gran rueda había dado otra vuelta, pero aquello que había sido, y lo que iba a ser, nadie lo había comprendido, ni podía imaginarlo.

El fuego ardía arriba, en la orilla del río antiguo, y arrojaba extrañas luces y sombras sobre los rostros de los tres que estaban sentados el uno junto al otro, hermanados por una nueva e inexplicable sensación. Con los ojos puestos en las antiguas llamas, cada cual seguía sus pensamientos, sus certezas y sus esperanzas. El papa veía una cruz en lo alto de un montículo, y se preguntaba si en el mediodía de aquel día la oscuridad habría sido igual, y también el trueno y el temblor de la Tierra. Un gran resplandor brillaba, en lugar de las llamas en los ojos del rabino, el resplandor con el cual la piedra había sido tallada para formular una Ley de la cual ahora advertía la necesidad, la desesperada urgencia, junto a la nostalgia y el lamento por el orgullo que lo había unido a su pueblo.

El gurú fue quien habló primero, en el silencio que sólo

rompían el chisporroteo del fuego y el murmullo de las aguas que corrían a pocos pasos de ellos.

—Estaban convencidos —dijo—. Estaban tan seguros de que haciéndonos tales como somos, no seguían su voluntad ni sustituían a la Causa Primera, sino se limitaban a ser sus instrumentos para seguir sus diseños inescrutables.

—Quizás lo sabían —murmuró el rabino, con voz apagada—. Quizás siempre lo supieron. Quizás habían comprendido que tenían necesidad de nosotros, no por Su voluntad, sino por la de ellos.

—Nosotros los amamos porque Él nos había dicho de amarlos —meditó el papa, mirando las llamas—. Hubiéramos tenido que amarlos, quizás, porque eran lo que eran; no por nuestra voluntad y nuestra gratitud, sino porque eso formaba parte de nuestra naturaleza.

Tras estas consideraciones, quedaron por un rato en silencio. Sólo el papa se movió, por un momento, porque las llamas comenzaban a bajar, el aire se ponía frío, la leña estaba fuera del círculo de las llamas, y alguien tenía que atizar el fuego.

En el límite de la zona iluminada, Pedro, el segundo y el eterno, se detuvo. Los otros también se dieron cuenta de su vacilación y de su asombro, y ambos se levantaron para seguirlo.

En la oscuridad, a su alrededor, había un gran brillar de ojos. Ojos luminosos y atentos, inmóviles y serenos, grandes y pequeños, húmedos y brillantes. Sin que ellos se hubieran dado cuenta, muchos animales se habían reunido en ese lugar, atraídos por el fuego o por la presencia de alguien o quién sabe qué instinto o necesidad vital. Había ovejas y caballos, perros y gatos, ratones y bueyes, gorriones y alondras. Había formas agachadas y formas erguidas, formas encaramadas en las ramas de los arbustos. Hasta había, más lejos, grandes siluetas de elefantes, que se mantenían alejados por temor de hacer daño a las criaturas más pequeñas que se apretujaban adelante. Todos esos ojos, decenas y decenas, centenares y centenares, estaban fijos, atentos, dispuestos y en espera. Delante de todos estaban los conejos, temblorosos y con sus hocicos húmedos, con una expresión grave y atenta, como si percibieran que ese era un momento importante, y estuvieron dispuestos a grandes revelaciones y a descubrir cosas que quizás no hubieran podido entender entonces.



***Ilustración: Guillermo Vidal***

Los tres se miraron, las tres figuras de pie ante el fuego, a quienes el juego de luces y sombras empequeñecía por momentos y hacía más grandes en otros. Se miraron, y durante algunos instantes permanecieron inmersos en sus pensamientos. Cada uno suspiró, pensando en siglos de certeza y de espera, de fe y de esperanza, de calmo amor y de serena incomprensión.

Después, como de común acuerdo, dos de ellos se sentaron, la figura escarlata y la blanca, y sólo quedó en pie la figura negra y severa, frente a la muchedumbre de ojos que esperaban la noche, con el viento que jugaba un poco con las llamas y otro poco con los hábitos y con el follaje.

—Vinieron aquí a escuchar y aprender —dijo el rabino—. No será algo breve ni fácil, pero tenemos mucho, mucho tiempo a nuestra disposición.

No hubo repuesta alguna, sólo un movimiento general, como un acurrucarse o un distenderse para una larga espera, un agudizarse de la atención, un renacer de la esperanza.

El gurú cerró los ojos por un momento, sabiendo lo que estaba por ocurrir. Por un momento se estremeció, y una duda agitó su espíritu. *Estamos por volver a empezar*, dijo para sí. *¿No fue suficiente la lección que Ellos tuvieron?* Por un momento se interrogó sobre el futuro, vaciló ante la idea de lo que podría ser, pero entendió que ya era irrevocable, que habían tomado su decisión, que habían cambiado mucho más de lo que podía imaginarse en pocos minutos, y que ya en sus pensamientos había aludido a Ellos con mayúscula, así como era y podía y debía ser.

—No les hablaré de Su divinidad —continuaba el rabino—. Ni de Su fe, porque en verdad quizás eso fuera el fruto de Su amor y de Su búsqueda. —Mientras tanto el gurú cerraba los ojos, dejándose invadir por una dulcísima sensación que borraba todas sus dudas, porque había necesidad de creer, necesidad de esperar, necesidad de aferrarse a alguna certidumbre cuando todas las certidumbres parecían haber estallado. Oyó a lo lejos la voz solemne del rabino que proseguía—. Ellos nos han creado, en Su sabiduría, y

debemos adorarLos y cultivar Su recuerdo. Nos han dado la vida y la palabra, para servirLos, como era justo, pero no hemos sido capaces de defenderlos, y ese pecado recaerá siempre sobre nosotros, hasta que nos levantemos de la Tierra que era de Ellos y llevemos Su venganza hasta las estrellas lejanas. En verdad les digo, hermanos, que esta tarde cada uno de nosotros ha encontrado un objetivo para la propia vida…



**Ugo Malaguti nació en Bologna, Italia, en 1945. Es una de las figuras míticas de la ciencia ficción italiana, ya que su labor abarca la crítica, el ensayo, la edición y la narrativa. Logró notoriedad como escritor en la década de 1960 gracias a sus novelas *Il sistema del benessere* (1965), *Satana dei miracoli* (1966) e *Il palazzo nel cielo* (1970). Inclinado a la vertiente “social” de la ciencia ficción, Malaguti presentó escenarios satíricos y corrosivos, rebosantes de publicidad intrusiva, consumismo y corrupción política derivados del poder desmesurado de las empresas multinacionales. Luego de un largo silencio como narrador, en parte motivado por su aplicación a todas las otras actividades mencionadas, regresó presentando un volumen de cuentos titulado *Storie d’ordinario infinito*, del que tomamos este relato tan especial, realzado por la magnífica traducción del profesor Pablo Capanna. Agregamos, porque nos parece sugestiva, la reflexión que nos envió Guillermo Vidal junto con la ilustración: “Aunque el desenlace parece que va a una conclusión moral, gira con inteligencia a un esquema inevitable de repetición trágica, que le da un tono mas intenso y sobre todo desafiante aunque sea desesperado”.**

# El lado oscuro

## Guy Hasson

***El temor al más allá [...] intriga a los sentidos y nos hace soportar los males que tenemos, antes que huir hacia otros que ignoramos.***
**—Hamlet, Príncipe de Dinamarca; Shakespeare.**

# 1

Mi memoria ya no es lo que era.

No es que no recuerde lo suficiente. Es que recuerdo demasiado.

Este momento presente es un ejemplo: estoy en mi apartamento, sentado en un costado de la cama, y junto a mí duerme una mujer desnuda. Ahora bien, la pregunta que me viene a la mente es: ¿cómo llegó ella aquí?

Recuerdo que anoche golpearon a mi puerta. La abrí y era ella, vendiendo seguros de vida. La hice pasar. Hablamos. Le dije la verdad. Me dijo que yo era un suicida, un riesgo demasiado alto, que no accederían a asegurarme. Pero toda esa charla sobre la muerte la excitó. Terminamos en la cama. Terminé aquí, observándola.

Tiene sentido. El recuerdo es muy vívido. El problema es que también recuerdo otra cosa.

Anoche yo tenía hambre. El refrigerador estaba vacío. Bajé al *Seven-Eleven*local, a cinco minutos de caminata, a comprar comida. Cuando entraba, ella estaba saliendo. Apenas la vi, le dije:

—Te verías genial dentro de un ataúd.

Simplemente lo dije, no pensé en nada y entré.

Por algún motivo, ella retrocedió y me siguió hasta el interior de la tienda. Inició una conversación. Yo le gustaba. La primera persona en mucho tiempo que no se volvía loca después de conversar cinco minutos conmigo. Me gustaba. Mucho. Ella aceptó ir a mi apartamento. Sólo unos minutos, dijo. Al final se quedó toda la noche.

Este recuerdo es tan claro como el primero. Recuerdo nuestra charla en la tienda, palabra por palabra. Recuerdo la conversación en mi sala, la conversación sobre el seguro de vida, con la misma

exactitud.

También recuerdo algo completamente distinto.

El refrigerador no estaba totalmente vacío. Había suficiente para una última comida. Sin doble sentido. Comí frente al televisor. De pronto, la imagen vaciló. Levanté la vista. Y allí estaba ella, atravesando la pared y deteniéndose delante del aparato. Lo admito, me sorprendí un poco. Pero, en fin, si sucedió, sucedió. Mientras sea la realidad, es real, ¿verdad?

Ella quería comida. La compartimos. Hablamos. Dijo que normalmente no atravesaba las paredes, pero que yo le gustaba. A mí me gustaba ella. Terminamos en la cama mucho más rápido que las otras dos veces. Me quedé dormido inmediatamente después. Desperté y ella todavía estaba aquí.

Muy bien, se supone que la gente no puede atravesar las paredes. Pero este recuerdo me parece tan real como los otros dos. Una de las versiones del pasado posiblemente es la verdadera. Quizás todas lo sean. Quizás ninguna. Realmente no lo sé. Todas ellas parecen igualmente reales.

Aunque recuerdo más detalles de los que acostumbraba, mi memoria se ha vuelto menos confiable. He aprendido a no creer nunca en ella, incluso aunque me diga la verdad.

Así que vuelvo a mi pregunta original. ¿Cómo llegó ella aquí?

Ni siquiera recuerdo su nombre. Es decir, recuerdo tres nombres diferentes.

Esperaré a que despierte y se lo preguntaré.

Por un lado, tal vez no recuerde haber pensado en esto. Tal vez no recuerde estar confundido. Tal vez me olvide de preguntárselo. Tal vez nunca haya tenido todos estos pensamientos. Tal vez este es uno de mis recuerdos falsos. Tal vez no hay nadie en mi cama. Tal vez lo mejor será que la despierte y se lo pregunte ahora, antes de que me olvide de las distintas maneras en que puede haber llegado a mi cama.

Pero, por otra parte, si me olvido de preguntárselo, no me enojaré conmigo por olvidarlo, porque habré olvidado que lo olvidé.

¿En qué estaba pensando? Me olvidé.

La dejaré dormir.

**2**

Tengo un cuchillo en la mano. Estoy parado frente al espejo del baño con un cuchillo en la mano. No recuerdo cómo llegué aquí, no recuerdo qué día es. En este mismo segundo, ni siquiera recuerdo mi nombre. Pero no importa. Si me acordara, no me creería. Lo único que importa es el presente. Lo único que importa es lo que tengo delante.

Delante está mi imagen del espejo. Necesito afeitarme. Debe ser de mañana. No importa.

Tengo un cuchillo en la mano. Creo que no vine aquí para afeitarme. Aprieto el cuchillo contra mi garganta. Muy afilado. Un corte rápido y se termina todo.

¿Podría ser? ¿Realmente es el momento de hacerlo, de dejar este mundo y pasar al otro lado? Debo haber hecho todos los preparativos y lo he olvidado. Hay una multitud de miles dentro de mi cabeza, clamando: "¡Hazlo! ¡Hazlo! ¡Hazlo!". Oh, lo haré, no se preocupen por eso.

Me pongo el cuchillo en la garganta. La multitud ruge.

Pero… ¿y si no estoy listo? ¿Y si el motivo por el que no recuerdo haber hecho los preparativos es que no los hice? ¿Y entonces por qué estoy aquí con un cuchillo? ¿De dónde saqué el cuchillo, en todo caso? Por una vez, ni un solo recuerdo acude a mi mente.

Tendría que hacerlo. Tendría que hacerlo y punto. Estoy planeando esto desde hace más de un año. Es hora. Lo siento. Lo sé.

Clavo la vista en el espejo. Ese es el lugar donde hay que cortar, justo allí. Moriré desangrado, tirado en el suelo. En cuestión de minutos, estaré casi completamente vacío de sangre. Suena divertido.

Comienzo a cortar. Duele. Vaya sorpresa.

Me detengo. Apenas un rasguño, todavía.

¿Por qué tanto remilgo?

Algo anda mal. ¿Por qué no puedo recordar cómo llegué aquí? ¿Por qué ni uno solo de mis recuerdos me está diciendo que hice todos los preparativos que corresponden? ¿Tal vez ya hice todos los experimentos, tal vez ya no quedan preparativos por hacer, tal vez ya sé lo que hay del otro lado porque ya estuve allí? ¿Quizás esta vez me quedaré allí en forma permanente?

No lo sé. No me acuerdo.

No importa. Obviamente, vine aquí para hacerlo. Tengo que confiar en mi buen juicio, incluso aunque no recuerde. Además, si

hice o no los preparativos, igual voy a ver lo que hay del otro lado. En el peor de los casos, no regresaré para contárselo a nadie. ¿Qué tiene eso de malo?

Me preparo para cortar otra vez.

¿De dónde saqué este cuchillo? No importa.

La multitud me alienta. Me tiembla la mano. Esto es ridículo. No puedo tenerle miedo a la muerte.

Vamos, compórtate como un hombre. ¿Tienes agallas? Sí, te dolerá, ¿y qué? Sabes que quieres hacerlo.

Mi mano sigue sin moverse.

No. Hoy no. Hoy no. Me niego a hacerlo sin saber qué estoy haciendo y por qué lo estoy haciendo. La multitud me abuchea. Créanme, amigos, yo soy el que está más decepcionado.

Bajo el cuchillo. No me hice daño. La muerte seguirá estando aquí mañana. Y pasado mañana, y pasado. Me mataré cuando recupere la memoria.

Mi cabeza se golpea contra un objeto duro. ¡Ay, me dolió! Estoy en el suelo. Debo haberme caído por algún motivo. Me levanto y miro alrededor. Estoy en el dormitorio. Hay una mujer desnuda en mi cama. ¿Qué está haciendo en mi cama? Ah, sí, atravesó la pared o vino a venderme un seguro de vida o la conocí en el *Seven-Eleven*… o algo así.

Debo haberme quedado dormido. Todo eso del cuchillo debe haber sido un sueño. En tal caso, soy un imbécil de primer orden. No soy capaz de matarme ni en sueños.

Sin embargo, quizás aquella era la realidad, y esto el sueño. Se sienten exactamente igual. Pero ahora estoy aquí, así que debo considerar que esto es la realidad.

La miro. No me había dado cuenta, pero ella se ve increíble.

Dios, espero que sea la que atravesó la pared. Me encantaría ver eso de nuevo.

# 3

Ella se mueve.

Abre los ojos y me mira. Sonríe. Oh, morir, morir, cortarte absolutamente las muñecas y morir, morir.

—Buenos días —dice ella. Tiene una voz magnífica—. Ven aquí.

Voy. Me acerco a ella y me besa. Pero hay algo en sus ojos. Sus pensamientos están en otro lado. Me aparto. Quiero preguntarle qué es lo que anda mal.

De pronto, saca un cuchillo de oculto tras su espalda y se abalanza sobre mí, hundiéndolo en mi pecho. Grito, primero de sorpresa, luego de dolor. Salto hacia atrás. El cuchillo está alojado en mis costillas. La sangre sale a borbotones de la herida. Me duele respirar. No estoy preparado. Así no es como yo quería morir. ¡Mi corazón! ¡Me duele el corazón! Miro hacia abajo…

No hay ningún cuchillo. Estoy parado, jadeando. No hay cuchillo, ni agujero en el pecho, ni sangre en ninguna parte. La miro. Ella duerme o finge dormir. Se mueve ligeramente, probablemente por el ruido que hice, pero sigue durmiendo.

No sé qué fue esto, pero no fue un sueño. Estoy de pie. Yo no sueño parado. Grité y ella me oyó. El dolor era real, aunque ahora haya desaparecido.

Es probable que ella todavía tenga el cuchillo.

Retiro las mantas y busco un cuchillo. No hay ninguna clase de arma en ningún sitio. O lo escondió o fue uno de mis recuerdos falsos. Todavía me cuesta respirar. Ella sigue durmiendo.

Vuelvo a sentarme y me digo que no importa. Hace mucho renuncié a intentar entender lo que en verdad está ocurriendo. El pasado nunca tiene sentido. Siguen sucediendo cosas raras. A veces se resuelven, a veces se de-suelven.

Me pregunto si ella estará aquí de verdad.

Está dormida. Esperaré. Quizás desaparezca.

# 4

No desaparece.

Vuelve a despertarse. Ha pasado una hora desde que trató de apuñalarme.

Me mira y sonríe. ¡Ah, qué hermosa sonrisa!

—Buenos días —dice. Su voz sigue siendo magnífica.

—Buenos días —digo. Por muy peligrosa que sea, no puedo

evitar devolverle la sonrisa.

Se despereza. Mi corazón pega un brinco. Pero no me atrevo a acercarme demasiado. Aprendo de la experiencia.

—¿Trataste de apuñalarme?

Se le arruga la frente y entrecierra levemente los ojos. Pero sigue con esa sonrisa.

—No —me dice con sencillez.

Podría estar mintiendo. Opto por creerle.

—¿Atraviesas las paredes?

Se ríe. —No.

Maldición.

—¿Vendes seguros de vida?

Pestañea. —No.

—Entonces debes haber dejado tus víveres en el coche.

—Brillante deducción, Holmes. —Y vuelve a sonreír. Lo interpreto como un sí.

Entonces… la mujer que conocí en la tienda se llamaba Sharon. Me pregunto de dónde habrán salido los otros recuerdos. ¿Tuve a otras mujeres aquí? ¿Y por qué todas se parecían a ella? No importa. El pasado nunca tiene sentido. Sólo importa el presente. Y en el presente hay una hermosa mujer desnuda que está sentada en mi cama y que muy probablemente no trató de matarme.

—¿Te gustaría desayunar, Sharon?

—Claro. Pero primero quiero el postre. —Hace ademán de que me acerque. Me subo a la cama. Nos besamos—. Estoy decepcionada —dice ella, mientras mis besos se encaminan al sur.

Me aparto. —¿Por qué?

—No hay ataúdes. Por lo que me dijiste, pensé que dormías dentro de uno.

—Admito —le digo— que estar muerto y dentro de un ataúd es la ambición de toda mi vida. Pero por lo general se necesitan años de duro trabajo y dedicación para lograr tus objetivos.

Me mira de forma extraña. He visto esa mirada otras veces, en muchos rostros diferentes. Es la mirada que la gente me lanza cuando no sabe qué pensar de mí. Pero pasa muy rápido, y ella se ríe.

—Estás muuuy del otro lado, Joel —dice, y se inclina para besarme el pecho.

En realidad, estoy muy de este lado. Dentro de mi cabeza. Mis tres yo.

Hacemos el amor. Y la multitud nos aclama.

# 5

—¿Y qué haces —le pregunto— cuando no estás vendiendo seguros?

Estamos sentados a la mesa de la cocina. Preparé unos huevos. O ella preparó unos huevos. O alguien preparó unos huevos antes de que llegáramos a la cocina. En todo caso, estamos comiendo huevos.

—Como nunca vendo seguros, hago de todo.

—Lo diré de otra forma. ¿Qué haces en lugar de vender seguros?

—Vender seguros nunca fue una opción, así que no hago nada en lugar de eso.

—Último intento. —Ella hace un gesto de “por favor” —. ¿Cómo te ganas la vida?

—Oh, ¿era eso lo que querías saber? —Me gusta. No me tiene miedo. No me deja salirme con la mía en nada—. Levanto cajas en el puerto.

—¿En serio? Pensé que no tenías suficiente músculo.

—¿Para la publicidad?

—¿Publicidad? Creí que me habías dicho que levantas cajas en el puerto.

Ella deja de masticar y me mira.

—¿Hablas en serio?

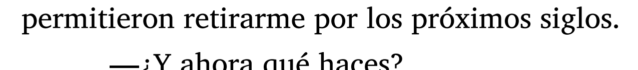
Me encojo de hombros. —Es lo que escuché.

—¡Ni siquiera suena parecido! —Vuelvo a alzar los hombros. Ella parece cavilar algo, luego sigue masticando—. ¿Y qué haces tú cuando no miras ataúdes?

—En realidad, eso es básicamente lo que hago todo el día. Te sorprendería saber las variedades que hay en…

—Lo diré de otra forma. ¿Cómo te ganas la vida?

—No hago nada. Ya me gané la vida. Acostumbraba… hacer distintas cosas con aparatos. Patenté un par de inventos que me



permitieron retirarme por los próximos siglos.

—¿Y ahora qué haces?

—Doy vueltas por la casa. Y pienso.

—¿Piensas? ¿En qué piensas?

—En la vida, la muerte, esas cosas.

—¿En ataúdes?

—También.

—¿No se vuelve agotador después de un tiempo? ¿Sólo tú y tus pensamientos?

—En realidad, las horas del día no me alcanzan para ocuparme de todos mis pensamientos.

—Mmm… —Ella toma otro bocado y se pone a reflexionar en algo—. ¿También estás trabajando en algo ahora? Es decir, inventando algo nuevo.

—En realidad… —comienzo, pero entonces me pregunto cuánto debo decirle. No todo. Aún no—. Digamos que estoy trabajando en un nuevo campo de investigación. Todavía estoy… en la etapa de sólo pensar en el tema.

—¿De qué se trata?

Abro la boca; luego me detengo.

—La próxima vez. Si es que hay próxima vez.

—Tienes razón. Tengo que irme. No quiero llegar tarde al trabajo, ¿verdad? —Me mira y sonríe—. Si llego tarde, ¿quién va a levantar todas esas cajas?

No digo nada. O escuché mal, o ahora escuché bien y antes escuché mal cuando ella dijo que trabajaba en publicidad. O me hizo una broma. O algo así.

—Y en cuanto a regresar… puedes estar seguro. Me gusta dormir con muertos que caminan.

—¿O sea que eres necrofílica?

—Oh, absolutamente. —Y me besa en la mejilla.

—Bien. Yo también.

Ella comienza a sonreír; luego la mitad de su sonrisa se cae y la otra mitad se congela. No está segura de que haya sido un chiste, pero yo no me acuerdo de lo que le dije.

# 6

Cierro la puerta tras ella. Miro por la ventana hasta que la veo entrar en el coche y alejarse.

Ahora estoy solo. Y comienzo a pensar: ¿alguna vez estuvo aquí? Y lo cierto es que no lo sé.

Cuando estaba aquí, la sentí real. Pero ahora es ahora y ahora ella no está, y lo único que tengo es un recuerdo. Y no puedo confiar en mis recuerdos. Lo único que tengo ahora es la maravillosa sensación de haber pasado una noche y una mañana con la mujer más increíble que he conocido. No significa que haya sucedido de verdad.

Si aparece de nuevo, significará que ha estado aquí antes. A menos, por supuesto, que su reaparición sea también un recuerdo falso. Pero aunque venga otra vez, tendrá que irse en algún momento. Y me quedaré solo conmigo y mis pensamientos y mis dudas. El único instante en que ocurre algo real, algo de lo que puedo depender genuinamente, es cuando estoy solo. Mis pensamientos son reales, ya sean recuerdos falsos o no. Mis sentimientos son reales, ya sea que la gente por la que tengo esos sentimientos exista o no.

Los demás siempre se van y se vuelven parte del pasado. Yo siempre soy el único que está constantemente aquí, en el presente. Y el presente es lo único en que puedo confiar. Ese es el remate final: siempre estoy solo. Yo y mis pensamientos.

¿Pero dónde habré puesto ese cuchillo?

# 7

Nunca me agradó el concepto de la vida después de la muerte. Parece ridículo. Puesto que la muerte sigue a la vida, no podemos esperar que contenga vida, porque es lo que viene después de nuestra vida. Si hubiera vida en la muerte, la muerte sería la vida, y no sería la muerte, ¿verdad? La cuestión no es si hay vida después de la muerte, sino si la muerte no es la nada.

Esa pregunta me ha intrigado desde que tengo memoria. Y cuando morí se hizo aún más intrigante.

Tenía siete años cuando me ahogué en la piscina. El guardavidas me resucitó. Pero por un rato no tuve pulso y no respiré. Recuerdo que de pronto ya no estaba en la piscina. Estaba en mi casa. Mi mamá también estaba, y lloraba y me decía que papá estaba muerto. Y también recuerdo que había una mujer en la ventana, mirándonos, curiosa, divertida. Pero entonces recuerdo que pensé: no estoy en casa, estoy en la calle. Y estaba en la calle, y había un Volkswagen azul que frenaba derrapando justo cuando yo —un yo mayor, adolescente— cruzaba la calle. El coche se detenía a un centímetro de mi pierna adolescente. Y entonces, de repente, estaba de vuelta en la piscina, tosiendo desde el fondo de las tripas.

Tengo un solo recuerdo de mi muerte y de todo lo que ocurrió durante ésta. Todo lo anterior a eso también tiene una sola versión. Pero después de ese incidente, de pronto comenzó mi problema de memoria triple. Los médicos dijeron que se debía a la privación de oxígeno, que yo sufría una especie de daño cerebral extraño e irreversible. Es decir, puedo hablar y pensar y escribir, pero… no puedo confiar en mi memoria.

También dijeron que mi experiencia extracorpórea había sido una ilusión. Yo les creí, obviamente. Pero siete años después me di cuenta de que no había sido así.

Casi me atropelló un coche. Un Volkswagen azul. Exactamente en la misma esquina, exactamente en el mismo lugar que había visto durante mi experiencia de muerte cercana. El VW se detuvo a un centímetro de mi pierna.

Regresé a casa, conmocionado, y miré el diario que los psicólogos me habían hecho escribir hacía siete años. Y allí estaba. Exactamente el mismo incidente, relatado en detalle, ¡hasta con exactamente el mismo número de placa del VW!

Cuando estuve muerto, de algún modo había atisbado el futuro. Al menos la mitad del futuro era exacto: esa parte sobre el VW. La parte sobre la muerte de mi padre era falsa. Mi madre murió hace apenas un par de años y mi padre sigue vivo. Otras personas han informado de experiencias extracorpóreas, de haber oído y visto cosas que de ningún modo podrían haber oído o visto. Tal vez parte de ello se debe a que el cerebro nos juega una mala pasada. Pero yo tuve una prueba concluyente, al menos desde mi punto de vista, de que algunos de esos incidentes —el mío, sin duda— son reales. Hay algo después de la muerte. Hay algo. No es vida. Pero tampoco es la nada.

Algo sucede después de morir. Y pronto sabré de qué se trata.

# 8

Estoy parado en el tejado. A diez pisos de altura. Sharon me acompaña.

—Yo primero —dice.

—Adelante.

Me besa y luego se suelta de la barandilla y salta.

Navega por el aire y aterriza de cara sobre el pavimento. Rebota una vez.

Está allí tirada y hay pedazos de ella por todas partes; su cuerpo probablemente no es más que pulpa. Alguien tendrá que pelarla.

Ahora sabe lo que hay del otro lado. Sabe toda la verdad. Estoy celoso.

Nada de vacilación esta vez, nada de miedo. Ni siquiera pienso en mi experimento; me dejo ir. La gravedad toma el control y caigo por el aire. Esto es más lento de lo que pensaba. Me estrello contra unas ramas. ¡Oh, no, por favor, que no frenen mi caída! Las ramas se quiebran, mi caída no. Aquí viene el suelo…

Me siento. La tenue luz del amanecer entra por mi ventana. Estoy en mi cama. Sharon, junto a mí, levanta la vista.

—¿Qué pasa? —dice, con los ojos nublados de sueño—. Gritaste.

—¿Grité? ¿De veras?

—¿Qué soñabas? —Me apoya la mano en la mejilla. Por algún motivo, se siente erróneo, irreal. Quizás no fue un sueño. Quizás fue real y esta es la vida después de la muerte. O quizás todavía estoy soñando…

Me siento. La tenue luz del amanecer entra por los agujeros de mi ventana. Estoy en mi cama. Sharon, junto a mí, levanta la vista.

—¿Qué pasa? —dice, con los ojos nublados de sueño—. Gritaste.

—Tuve un sueño extraño.

—¿Cómo era? —Me apoya la mano en el pecho, acariciándome con afecto.

—Sólo… —Su mano se siente errónea. ¿Todavía estaré

soñando? No puede ser. Ya me desperté dos veces. Sharon me mira, preguntándose por qué me callé. ¿Y si trato de despertarme? ¿Y si…?

Me siento. Es de noche. Estoy en mi cama. Sharon no está. Oh, Dios, qué pesadilla.

Me levanto, voy al refrigerador y busco algo para comer. Después de esta clase de sueño no voy a dormirme de nuevo. Hago un sándwich y me acomodo frente al televisor.

En el Canal de la Naturaleza dan algo sobre las larvas. Qué bueno.

Le doy un mordisco al sándwich. El sabor es erróneo. Oh, no. No, no. ¡Vamos! ¡Ya han pasado diez minutos! ¡No puede haber algo más real que esto! No puedo estar soñando…

Me siento. Otra vez en la cama. Sharon está de nuevo aquí. Esta vez no grité. Tengo náuseas.

Me despierto veinte veces más antes de decidir que ya ha sido suficiente. Sea lo que sea, sea cual sea este estado presente en el que estoy, me niego a despertarme de él. Para mí, desde este momento en adelante, esta es la realidad.

No me despierto más.

# 9

—La primera vez que vi una persona muerta fue cuando tenía cinco años —me cuenta Sharon. Estamos abrazados en mi cama—. Regresaba a casa del jardín de infantes con mi madre. Estábamos esperando en la intersección a que la luz se pusiera verde. Del otro lado de la calle había un hombre joven, muy hermoso, de cabellera negra y con uno de los rostros más extraños que he visto. Cambió la luz, los coches se detuvieron y él avanzó por la intersección. De pronto, ya sabes, sin ningún motivo, uno de los coches comenzó a moverse. El conductor debe haber pisado el acelerador por accidente o algo así, y el coche arrolló al hombre de rostro extraño.

»Mi madre se tapó los ojos. Pero la imagen de ese hombre allí tirado, muerto, en el medio de la calle, en el medio de la intersección, con una pierna doblada un poco a un costado… Estaba allí tirado y parecía normal. Pero ahora estaba muerto.

»Y recuerdo que pensé: ¿adónde se fue? Hace un momento

era una persona, caminaba, hablaba, se movía, respiraba, tenía pensamientos. Y ahora estaba allí tirado, con la misma apariencia de siempre. Pero dentro de él ya no había un “él”. La diferencia entre la cáscara vacía del hombre y la “cáscara llena”, cuando hay un “él” dentro. Era aterrador. Era hermoso. Esa delgada línea entre los vivos y los muertos, la persona y la no-persona. No tenemos una palabra para definirla. No entendemos lo que es. En este instante, el hombre frente a mí es una persona; al instante siguiente…

»Es algo que nunca olvidé. Incluso… —Aparta mis brazos de ella, se sienta, se acomoda para quedar frente a mí. Su expresión es muy seria. Me mira directamente a los ojos—. Voy a contarte algo. Si alguien tiene la oportunidad de entenderlo, eres tú. Pero tienes que prometerme por anticipado que no me abandonarás por esto.

Asiento.

—Muy bien, es… es un poco raro. Pero hace un tiempo me di cuenta de que todos mis… eh, mis novios anteriores, digámoslo así, o amantes, o lo que sean, todos se parecían un poco a él. Cuanto más se parecían a aquel joven que había caído muerto en la calle frente a mí, más atractivos me resultaban.

—¿Y yo? —le pregunto.

—Tú eres su doble.

Sonrío. Un muerto me hace la competencia. Ella me devuelve la sonrisa.

Acomodo dos de mis dedos en una pistola y se la apoyo en las costillas.

—¡Pum! —digo suavemente.

Ella cae hacia atrás, sobre el colchón, y no se mueve. Levanto uno de sus brazos y lo suelto. Cae, sin vida. Vuelvo a levantarlo y lo empujo a un costado. Ninguna reacción. Acaricio el cuerpo de Sharon, luego lo desvisto lentamente. Hago lo que hago. Ella no se mueve. Está muerta.

Más tarde será mi turno.

# 10

Falta un minuto.

Son las seis cuarenta y cuatro de la tarde y en la mano tengo dos píldoras que me provocarán la muerte. No se pueden comprar.

Tuve que hacerlas yo mismo. La pregunta es: ¿Sharon estará aquí cuando muera? Recuerdo que la hice prometer que estaría aquí exactamente a las siete. En punto. Y que usaría su llave. Pero es sólo un recuerdo.

Voy hacia el tablero que colgué del otro lado de la puerta principal. Pongo las manos en los bolsillos, asegurándome de no tocarlo. Las notas siguen allí… cositas autoadhesivas especiales que se pueden comprar en el centro de la ciudad, pero no cerca de aquí, del reducido radio de mi existencia. Recuerdo que le pedí a ella que las comprara. El hecho de que estén aquí no significa que lo haya hecho.

Cada una de las notas está firmada en lo que yo recuerdo que es su caligrafía. Claramente, no es la mía. Le hice poner una nota cada vez que venía. Es lo más cercano a tener una prueba de que estuvo aquí. Pero me interesa la última nota. Escudriño más cerca, manteniendo las manos apartadas. Dice que ella vendrá hoy, a las siete en punto.

Miro el reloj. Acaba de marcar las seis cuarenta y cinco.

Me trago las píldoras.

¡Un momento! ¿Sharon va a venir? ¿Qué día es hoy?

# 11

Me duele el pecho. No puedo respirar sin sentir dolor.

Me duele el brazo izquierdo. Tomaste unas píldoras para provocarte un ataque cardíaco, idiota. No creí que me dolería tanto. Oh, maldición, oh, maldición, el mundo se está derritiendo y hay tanto dolor…

Suena el timbre. Espero que sea Sharon, del otro lado de la puerta. Espero que haya traído la llave que le hice, porque no puedo llegar tan lejos. En dos de cada tres recuerdos, me olvido de decirle que la traiga. Si ella no está aquí cuando me muera…

El ruido de una llave que gira. La puerta se está convirtiendo en un borrón. Hay cabellos flotando hacia mí.

—¿Joel? —Es su voz, flotando hacia mí—. ¿Estás bien?

—Hola. —Es mi voz, creo. Oh, mi dios, ella es gigantesca. Cada porción de ella tiene dos pisos de altura.

Hola, Sharon. ¿Lo dije o lo pensé? No importa.

Hola, Sharon. ¿Lo dije? ¿Lo dije?

¿Lo dije?

Vaya. Nunca me había dado cuenta, pero ella se ve increíb…

Negro.

Bang.

Pum.

Adiós.

# 12

Ay.

Me duele el corazón.

Abro los ojos, dándome cuenta a medias de que todavía tengo ojos. Pero entonces registro la imagen del techo de mi sala y todas las esperanzas de comprender la vida después de la muerte se desvanecen. Oh, maldición. ¿El ataque cardíaco no fue más que otro recuerdo falso? ¿Me lo imaginé todo?

¿Qué hora es? Quizás todavía pueda ocurrir. Demasiado mareado para levantarme, miro a los costados, miro el reloj. Son las siete y cinco minutos. ¿Pero entonces por qué no estoy muerto? ¿Dónde está Sharon? ¿Fue a llamar a los paramédicos? ¿Pero por qué iba a hacerlo si yo me encuentro bien? Tal vez no tomé las píldoras. Pero entonces ella debería estar aquí, deberíamos estar juntos aquí. ¿Por qué en todos mis recuerdos ella llega a la hora indicada?

Suspiro. Sea esto lo que sea, es la realidad.

Me levanto lentamente. El cuerpo me duele, pero funciona.

Algo me llama la atención. Algo relacionado con esta habitación.

¿Qué? Se ve exactamente como en… bajo la vista y advierto que no estoy solo. Hay alguien tirado a mis pies.

Tardo un segundo en reconocer la cara y el cuerpo. ¡Soy yo! ¡Es mi cuerpo!

# 13

Bueno, esto sí que es nuevo.

# 14

Estoy —él está— más blanco que nunca. Su nuca —mi nuca— descansa sobre el suelo, exactamente sobre el lugar donde me duele.

Pensé que la continua incongruencia de la realidad me había preparado para cualquier cosa. Pero no para esto.

Tardo un minuto en acostumbrarme a la situación. Sin embargo, es la realidad. Acéptala. ¿Qué tenemos? Muy bien, estoy aquí parado. Muy bien, estoy aquí tirado. Parece que el yo que está en el suelo es el que tomó el medicamento. ¿Pero entonces dónde está Sharon? Si yo —él— sigo/sigue así tirado, nadie me/lo va a resucitar. No regresaré para poder terminar mi investigación.

¿Y qué soy yo? ¿Un fantasma? ¿Estoy/está muerto ya? ¿Esto es todo? ¿Los cuentos de fantasmas son verdaderos? ¿Vagaré por mi casa o algo así hasta el fin de los tiempos? No lo acepto. No sé si soy un fantasma, lo único que sé es que hay otro yo tirado allí en el suelo, sin respirar.

Me inclino y le tomo el pulso… reparando en que soy tan tangible como él. No me hablen de fantasmas etéreos. No tiene pulso. Bajo su —mi— mano. Esto no me gusta. Me niego a ser como todos los demás. Me niego a descubrir los secretos del otro lado únicamente después de estar completamente muerto.

Levanto el teléfono y marco el 911. Les digo que soy un vecino. Es mejor que decirles que soy el cadáver. Vienen hacia aquí.

Debería hacerle resucitación. Me arrodillo, le giro la cabeza, la acomodo para despejar el pasaje de aire. Justo cuando me inclino para poner la boca sobre la de él, su mano, con un espasmo, se cierra en mi cuello.

Antes de entender lo que está ocurriendo, me lanza contra el suelo y se echa encima de mí, apretándome el cuello con mano de hierro, estrujándolo, rompiéndolo. Ya empiezo a ver manchas y en medio de ellas está mi propio rostro, con los labios apretados de malicia.

—¿Te gusta estar muerto? —me dice, y su voz es ronca, violenta. Nunca he odiado como odia él. Nunca he sido tan fuerte como él. Me aprieta el pecho con todo su peso. No puedo pensar. Tengo que respirar. Oh, maldición, maldición, maldición—. ¿Te

gustaría morir otra vez? —Y me aprieta y… ¡agh!… siento y oigo que se me parte la tráquea. Mi cuello es una explosión de dolor y fluidos y siento que mis pulmones…

# 15

Abro los ojos. A mi alrededor hay gente con ropa de médico. Un techo asquerosamente blanco. Huele a remedios. El hospital. Me han traído. Estoy vivo. Estoy respirando. Estoy exhausto.

—Estará bien —dice una voz de hombre.

Sharon se abre paso hasta delante.

—¿Te sientes bien? ¿Está bien? —Pestañeo para indicarle que la reconozco. Me golpea el brazo—. ¡Idiota! ¡No sabes el susto que me diste! ¡Estuviste clínicamente muerto por unos segundos!

—Shh, déjelo tranquilo. Déjelo descansar.

—Tuvo usted mucha suerte —la voz masculina otra vez—. Si su amiga lo hubiese encontrado un minuto después, no habríamos podido traerlo de vuelta.

Vaya. Qué coincidencia.

# 16

Me ponen en lo que puede considerarse una habitación de hospital. Se supone que debo dormir. Es cierto que estoy cansado y que me cuerpo está exhausto, pero primero tengo que organizar mis pensamientos, mientras los recuerdos todavía son frescos y despejados. Porque ese “otro yo” que me estaba estrangulando es un solo recuerdo.

Tengo otro.

Estaba otra vez en la escuela. Tenía diez años. O estaba mirando al que era cuando tenía diez años. No estoy seguro. A veces parecía ser uno, a veces el otro. A veces parecía ser los dos.

En todo caso, era un recreo. Yo estaba con Sam, el chico más estúpido de mi clase, que siempre tenía burbujas de moco en el orificio nasal izquierdo. Nos rodeaban unos treinta chicos más.

—Lámeme el zapato —le dije. Y recuerdo que pensé lo poco típico de mí que era esto.

—Vamos —gimió él.

—¡Lámeme! ¡¡El!! ¡¡¡Zapato!!!

Y recuerdo que pensé, sintiéndome ajeno por un momento, que yo nunca hacía estas cosas, que esto no era un recuerdo. Y al mismo tiempo recordé por qué Sam no se iba. Porque había hecho una apuesta conmigo, y había prometido humillarme si yo perdía, y porque estaba tan seguro del resultado que si perdía haría cualquier cosa que yo dijera.

Sam se frotó las manos en los pantalones y me miró con ojos desesperados.

—Vamos, elige otra cosa —dijo de nuevo.

Me estaba enojando con él. Y sí, recordaba ese enojo. Lo recordaba claramente.

—Lámeme. El. Zapato.

—Por favor. Vamos. Pídeme otra cosa. Pídeme algo normal.

—Sam, no te estoy forzando a nada. Fuiste tú el que quiso que aceptara la apuesta. Fuiste tú el que dijo que haría cualquier cosa. Fuiste tú el que me dio su palabra. Fuiste tú el que dijo que me humillarías si yo perdía.

—No me obligues.

—¿Sabes qué? —Levanté los brazos en señal de resignación —. No te obligaré. Saquemos esto de mis manos. Hagámoslo democráticamente. Votemos. —Hice un gesto a la gente, volviéndome para encararlos—. ¿Qué dicen? —Y mientras hablaba volví a mirar a Sam y luego a los demás—. Los que piensen que debe lamerme el zapato que levanten la mano. —Y sentí alegría y satisfacción ante la tormenta de manos levantadas—. Muy bien. —Hice ademán de que bajaran las manos—. Ahora, los que piensen que no debe lamerme el zapato que levanten la mano. —Miré a todos lados. No había ninguna mano en alto.

Me di vuelta y miré a Sam.

—Lámeme el zapato —dije con sencillez.

—Por favor, por favor —murmuró él.

—El pueblo lo ha decidido. —Hice un gesto de indefensión—. Hazlo ahora.

Sam, con una lágrima en el ojo, se arrodilló frente a mí. Levantó la vista.

—Por favor.

—Hazlo.

Y lo hizo. Yo observaba de soslayo, con disgusto, mientras el niño me lamía el zapato. Este no soy yo. Yo no soy así.

Sam se detuvo y levantó la vista.

—¿Ya está bien? —preguntó.

—Hay partes que todavía están sucias —le dije—. Hazlo de nuevo.

Y entonces estaba otra vez en el hospital, vuelto de la muerte, mirando a los médicos que se inclinaban sobre mí. Vuelto de la muerte. O de lo que fuera.

# 17

Tengo otro recuerdo, un tercer recuerdo.

Estaba con Sharon. Los dos parecíamos levemente mayores. Probablemente, era dentro de dos o tres años. Estábamos en mi casa, sentados en el suelo, a medio desvestir. Sharon estaba sujetando una pistola abierta en una mano y una bala en la otra.

Sharon me miró y dijo:

—Una bala.

La colocó dentro del cilindro.

—Ahora hazlo girar —le dije. Ella puso el cilindro en su sitio y lo hizo girar—. Apúntame —le dije.

Vaciló y luego apuntó más o menos hacia mí, con el dedo fuera del gatillo. Puse mis manos alrededor de la suya y apunté el cañón a mi pecho.

—El dedo en el gatillo —le dije.

Hizo lo que le decía.

—Fuego —dije.

Me miró.

—¿Estás seguro? —Tenía miedo, pero le gustaba. Había excitación en su mirada.

Le toqué la rodilla sin mover el pecho.

—Hazlo. Hazlo. —Cerró los ojos—. Abre los ojos y hazlo.

Apretó el gatillo. Mis pulsaciones cardíacas subieron a las nubes, pero la pistola no se disparó. Ella suspiró. Nos besamos. El beso más apasionado que yo haya sentido. Por un momento, pensé: espera, ¿soy el observador o el observado?

Tomé la pistola e hice girar el cilindro. Por largo rato, ella la miró sin decir nada.

—Dímelo —le dije—. Esto no funciona a menos que me lo digas.

Ella me miró fijamente a los ojos un largo rato.

—Apúntame a mí —dijo por fin.

Apunté a su pecho. Ella sostuvo el cañón con la mano y lentamente lo movió hacia abajo, para que apuntara a la parte superior del muslo.

—El dedo en el gatillo —dijo.

Puse el dedo en el gatillo.

Ninguno de los dos respiraba.

—¿Estás segura? —le pregunté.

Había lágrimas en sus ojos. Casi me responde que no, lo juro. Pero dijo:

—Hazlo.

—¿Estás segura?

Con más fuerza:

—¡Hazlo!

Apreté el gatillo y su pierna explotó ante mis ojos. Su alarido me heló la sangre. Tendría que haberle apuntado al pecho. ¡Tendría que haberle apuntado al pecho! Ella seguía gritando, retorciéndose sobre la alfombra, cuando de pronto desapareció, reemplazada por la esterilidad del hospital. Yo había vuelto de la muerte. Donde quiera que se encuentre.

# 18

Este es mi problema.

Mis recuerdos son siempre divergentes. Por lo cual no son confiables. Pero siempre resulta que al menos uno de ellos se fundamenta en los hechos. Al menos uno de ellos es siempre

"verdadero" según las normas del resto de la gente.

Pero me enfrento con tres recuerdos, ninguno de los cuales puede ser real. El otro yo que se levantó de entre los muertos y quiso matarme después de que ya me había muerto. El recuerdo de un incidente que nunca ocurrió. El recuerdo de un futuro que sé que nunca sucederá.

En alguna parte está la verdad. En alguna parte está la respuesta a la pregunta: ¿qué ocurre después de que morimos? Lo único que tengo que hacer es encontrarla.

Si vuelvo a morir, podría comparar estos tres recuerdos con los siguientes tres recuerdos. Si hay dos que concuerden… si hay una continuidad… sabré que cuál es el verdadero.

# 19

Un día y medio después, los médicos me dan de alta. Sharon me lleva a casa.

—Siéntate —dice cuando entramos.

Me siento.

—¿Tenías todo planeado, verdad? —Me apunta con un dedo —. Tomaste una droga o algo así. Lo planeaste segundo a segundo, ¿no? Planeaste estar muerto para la hora en que yo llegara, y te aseguraste de que yo llegara puntualmente, con el tiempo suficiente para salvarte. Por eso te aseguraste de que yo no llegara ni un minuto tarde. Tengo razón, ¿verdad?

—Sí —le digo suavemente.

Cierra los ojos y se los cubre con los dedos.

—¿Por qué? —dice—. ¿Por qué hiciste eso?

Tomo su mano entre las mías.

—Del otro lado hay algo, Sharon. Lo sé.

Abre los ojos; el dolor ha dado paso a la confusión.

—¡¿Qué?!

—Hay algo después de la muerte. No es el paraíso, no son fantasmas y tampoco es una luz blanca. No es nada de eso. Pero tampoco es la negrura ni la nada. Lo sé.

Ella menea la cabeza.

—¿De qué estás hablando?

—Mi fascinación con la muerte es científica. Quiero entender qué es. Quiero determinar de una vez por todas qué es este fenómeno.

—¿O sea que quieres morir?

La miro a los ojos.

—Sí.

Se cubre la boca con la mano. Espero, pero ella no dice nada.

—La muerte es la muerte —dice finalmente—. Es la nada. Es menos que la nada. Cuando morimos, cesamos. Eso es todo, Joel. Es todo.

—No. —Mi voz sigue siendo suave—. Es algo de lo que no sabemos nada, pero es algo. Yo vi cosas. —Y veo en su rostro la expresión que he visto en otros, pero que había esperado nunca verle a ella. Está intentando no decirlo, pero me doy cuenta de que lo está pensando: "Estás loco" —. Sharon, ya me morí una vez. Antes de esto. Estuve clínicamente muerto. Tuve una experiencia extracorpórea.

—Trucos de la mente —sisea.

—Eso pensaba yo. Pero… lo que vi fue algo de mi futuro. Y siete años después, ocurrió. Ocurrió, Sharon, igual que como lo había visto. Hasta el último detalle. Y no fue mi imaginación. Quiero explorar la muerte. Necesito explorarla. Quiero morir y ser el primer hombre que regrese y presente un informe, después de haber explorado el fenómeno. Es un experimento científico.

—¿O sea que planeas hacerlo otra vez?

—Sí.

—¿Y otra vez?

—Sí. Y otra. Hasta que sepa qué hay del otro lado. Y cuando tenga toda la información, decidiré si quiero quedarme allí permanentemente ahora o si debo esperar un tiempo.

Ella sacude la cabeza.

—No… no… no puedo manejar esto.

Me siento, cansado.

—No puedo evitarlo.

—Joel —dice—, puedo manejar todo el resto. Toda esta locura. Me encanta, en serio. Es… —Su voz se apaga un minuto—. Puedo manejar todo el resto. Pero esto no. Es demasiado.

—Esto es el resto, Sharon. No es un juego. Nunca fue un juego. Morir es de lo que se trata todo lo demás.

Vuelve a cerrar los ojos, tratando de controlar sus emociones. Cae una lágrima, a pesar de sus esfuerzos.

—Mira, si tuvieras un accidente o algo así y murieras… son cosas que ocurren. Todos tenemos que vivir con eso. ¿Pero saber que vas a morir, que no hay ninguna duda de ello, y tener que enfrentar la situación con los ojos abiertos? No. No puedo manejarlo.

—Sharon… —Esto duele—. No puedo ayudarte.

—Por favor… —dice con lentitud, y me mira profundamente a los ojos—. No te… mueras.

Aparto la vista.

—No puedo ayudarte.

—Por favor.

Cierro los ojos.

—No puedo.

Hay un largo silencio. Luego, pasos que se pierden a la distancia. La puerta que se abre y se cierra.

Abro los ojos. Como siempre, estoy solo. Pero me duele.

Espero que esto nunca haya pasado.

# 20

En mi cuaderno, escribo los tres recuerdos de mi muerte, con tanto detalle como puedo. Anoto cada pensamiento que recuerdo que haya pasado por mi mente.

Habría sido agradable disponer de un sujeto con el cual realizar estos experimentos. Los científicos considerarán que mis observaciones no son confiables. Pero, por más raro que parezca, no hay ninguna otra persona en cuyas observaciones confíe tanto como en las mías. Puede que tenga demasiados recuerdos, pero cuando vuelva a morirme los recuerdos que se repitan serán, a mis ojos, recuerdos verdaderos.

Sólo tengo que esperar unas pocas semanas antes de estar lo bastante repuesto como para suicidarme de nuevo.

Entre tanto, lo único que puedo hacer es pensar en lo que he visto.

# 21

Despierto en plena noche, empapado en sudor. Otro sueño con Sam. He estado soñando con él todas las noches. Con la manera en que yo solía comportarme como un matón con la gente. Y mis sueños me han ayudado a recordar. No sé por qué pensé que no era típico de mí hacer esas cosas. Obviamente, he hecho muchas. Sé que gran parte de mí sigue gritando “No, esto no sucedió. ¡Yo no soy así!”. Pero soy así. Sé que soy así. Lo recuerdo bien.

Hasta recuerdo mejor mi primera muerte. El recuerdo es mucho más intenso. Recuerdo a mi madre contándome de la muerte de mi padre. Ahora recuerdo que me sentí traicionado porque él me había abandonado. Recuerdo lo difícil que fue arreglármelas sin él. Recuerdo que mi madre no podía arreglárselas.

Pero eso no puede ser verdad; él sigue vivo. No, ¿cómo puede estar vivo? ¡Recuerdo su muerte como si hubiese sido ayer!

Para asegurarme, lo llamo. Contesta el teléfono. Está desorientado, es plena noche. Pero todavía está vivo. ¡Nunca me abandonó! ¡Todavía está vivo!

# 22

Despierto en mitad de la noche.

¡No! ¡No es posible!

El rostro, ese rostro de mujer que había visto en la ventana cuando mi madre me comunicaba la mala noticia… ¡era el rostro de Sharon!

Pero no puede ser. Mi memoria lo está inventando. Hoy, Sharon es unos años menor que yo y la mujer de la ventana se parece a la Sharon de hoy. Definitivamente, esa no puede ser la realidad.

A menos que…

A menos que esa parte de mi recuerdo también sea un atisbo del futuro. ¿Había visto la cara de Sharon? ¿Había visto esa parte de mi vida, hace tanto tiempo? ¿O lo estoy inventando ahora?

No hay modo de saberlo. Esto no es tan fácil como buscar el número de placa de un coche. Para esto tengo que confiar en lo que recuerdo. Y eso es lo único que no puedo hacer.

# 23

Han pasado tres semanas desde que morí. Dos semanas y media llenas de pesadillas desde que Sharon me abandonó… no hay notas nuevas adheridas al tablero que todavía tengo colgado. Para asegurarme de que ella era real.

Físicamente, todavía me estoy recuperando. El cuerpo sigue débil. Probablemente pasará otro mes antes de que esté lo bastante sano para suicidarme otra vez. Mientras tanto, quemo el tiempo mirando televisión. Ahora dan un documental sobre larvas. Juro que lo he visto antes, pero no recuerdo cuándo. Sin embargo, ya he oído todas las palabras y visto todas las imágenes. Oh, bueno. Ya me acordaré.

De pronto, oigo un susurro detrás de mí. Me doy vuelta. Es el sonido de una llave en el cerrojo. Pánico. Pronto, pienso, ¿quién tiene llave? ¿Alguien me llamó? Nunca viene nadie.

El cerrojo gira. Me levanto. No estoy lo bastante fuerte para pelear contra un ladr… casi me quedo sin aire. Es Sharon. Vestida de traje y con un portafolio en la mano. Debe haber venido directamente del trabajo.

Coloca el portafolio en el suelo, entra en la sala y se sienta a mi lado. La miro. Ella mira la televisión. Vuelvo a sentarme.

—¿Qué estás mirando? —dice.

—Un documental.

—¿Sobre qué?

—Larvas.

—Qué bueno.

# 24

Ella se acuesta en mi cama, acurrucándose junto a mí.

En mitad de la noche, siento su mano avanzando sobre mi pecho. Siento que desciende y sube y recorre todo mi cuerpo. Le respondo con lo mismo.

Una hora después, estamos teniendo el mejor sexo que jamás he tenido, y aunque no hemos intercambiado una palabra, sé lo que le está pasando por la mente. Está igual de asustada por mi muerte que cuando se marchó de aquí. Pero también la excita. La muerte la excita.

Con su regreso me dio su consentimiento para mi próximo suicidio. Pero también trajo un boleto para ser espectadora desde la platea. No quiere que lo haga, pero me observará con alegría. Lo detesta y le encanta.

Y yo sé —¡sé!— que ahora puedo hacer cualquier cosa. Sin importar lo que yo haga, ella es mía. Sin importar lo que le diga que haga, lo que le pida que haga, lo que le diga. Ella es mía. Y esa idea me excita más que cualquier otra cosa.

Puedo pedirle cualquier cosa. Puedo decir cualquier cosa.

Pero no lo hago. No debo.

Te dije que no debo… ¡deja de discutir!

# 25

Sharon se despereza y se despierta. Afuera hay luz. Hora de levantarse. Hora de ir a trabajar.

—Buenos días. —Me besa y luego comienza a salir de la cama.

—No te vayas. —Aferro su mano.

—Sólo voy a ducharme.

—No vayas a trabajar.

Ella me mira y arruga la nariz.

—¿Qué?

—Diles que estás enferma. —Aprieto su mano y la atraigo ligeramente hacia mí. Ella se acerca unos centímetros, dejándose atraer.

—No puedo decirles que estoy enferma. —Ahora está entre

mis piernas—. Tengo un proyecto que entregar la semana próxima. Tengo que…

—Diles que estás enferma. —La beso en el estómago.

—Joel, Joel, Joel. —Me sostiene la cabeza entre sus manos, sin empujarla ni atraerla, sólo tocándola—. No puedo.

—Diles que estás enferma —digo suavemente, mientras mis dedos descienden lentamente por su espalda.

—Ellos… —Cierra los ojos, incapaz de concentrarse. Tarda unos segundos—. Me necesitan.

—Diles que estás enferma. —La toco en todas partes.

—Olvídate de eso —dice—. Tengo una idea totalmente original.

—¿Qué?

—Creo que les diré que estoy enferma.

# 26

—Diles que estás enferma —le digo.

Ha pasado una semana. En los tres recuerdos, no hemos parado de tocarnos. Ella no ha ido a trabajar en todo este tiempo. Creo que no nos ponemos la ropa más que una vez.

—Tengo que ir, en serio —dice ella, estirando la mano hacia el teléfono celular—. O me quedaré sin trabajo.

Está a punto de marcar cuando yo cubro el teléfono con mi mano.

—Entonces te quedarás sin trabajo.

Ella se echa hacia atrás, sorprendida, repentinamente distante.

—¿Qué diablos significa eso?

La miro a los ojos y me inclino hacia ella.

—Tengo dinero. Suficiente para los dos. Quédate. Para siempre.

Ella parpadea mil veces. Luego:

—Joel, tengo una carrera. Un empleo.

—Al diablo la carrera. Al diablo el empleo. Al diablo el

teléfono. Ni siquiera los llames para decirles que renuncias. Quédate. Aquí. Para siempre.

—Tengo que entregar un proyecto —dice. Yo sólo la miro a los ojos. Pasado un rato, agrega—: ¿Sabes cuánto he trabajado para llegar donde estoy? ¿Sabes cuánto trabajo ahora? —Pero yo sólo la miro a los ojos—. Además, no me gusta depender de otro.

Le toco la mejilla, sin apartar mis ojos de los suyos.

—Haz lo que quieras.

Pasa mucho, mucho tiempo antes de que sus dedos, lentamente, suelten el teléfono. Cierra los ojos y prácticamente se zambulle en mi pecho. La sujeto. La abrazo.

—Para siempre —le susurro a su cabello—. Para siempre.

# 27

—Quiero ver —me dice. Estamos enredados en el sofá, delante del televisor. Ella lo apaga, apoyando la pierna sobre el control remoto, y me mira—. La próxima vez que lo hagas. La próxima vez que tomes las píldoras. Quiero estar ahí. Quiero ver.

—Muy bien.

La beso y ella se estremece.

# 28

Tiene las píldoras en la mano. Yo tengo el vaso con agua. Ella está temblando.

—Espera exactamente quince minutos —le digo—. Me caeré. Cuenta un minuto. Luego llama a la ambulancia.

—Está bien —susurra con voz casi inaudible.

—¿Lista?

Ella no se mueve, su mirada fija en mi rostro.

—¿Seguro que quieres ver esto?

Ella no se mueve. No dice una palabra. La miro a los ojos. Lentamente, mi mirada se desplaza hasta su mano abierta.

Pongo los dedos sobre las píldoras, pero no las agarro. Le doy la oportunidad de cerrar los dedos, de indicarme de ese modo que no quiere ser testigo de esto.

Su mano permanece abierta. El temblor empeora.

Agarro dos píldoras. Sharon inspira ruidosamente. La miro, pero ella sigue observándome.

—Te amo —le digo.

Ella no dice nada. Está con la mirada perdida y completamente paralizada.

Trago las píldoras.

# 29

Mi mundo se vuelve borroso.

Dos lágrimas ruedan por sus mejillas.

Las limpio y apoyo mi frente contra la de ella. Le beso la nariz. Ella me besa el mentón. Caigo contra ella y siendo su respiración profunda, entrecortada. ¿Pánico? No lo sé.

Quiero decirle cuánto la… ¿qué?

¡¿Qué?!

Me acaricia la cabeza, luego la espalda. Trato de hacer lo mismo, pero mis manos ya no responden a mi control. Trato de decírselo, pero lo único que oigo son balbuceos.

Su contacto es frío como el hielo. Su contacto es como el fuego. Su contacto no se parece a nada.

Con las manos en mi espalda, me hace acostarme en el suelo. Todavía puedo verla. Todavía veo.

Se acuesta encima de mí, sintiendo mi respiración en su pecho, palpándome la cara con los dedos. Está llorando. Está llorando fuerte. Entierra su cara en la mía, mejilla contra mejilla.

Yo…

Ohhhhhh.

# 30

Por una vez, tengo un solo recuerdo.

Estaba en casa. Me tragué las píldoras. Entró Sharon, justo a tiempo. Pum, negro, bang, adiós.

Y ahí estaba yo, de nuevo en la escuela, observándome humillar a Sam.

De pronto, el panorama cambiaba. Estaba yo, en medio de un círculo, con todos mis “amigos” animándome. Sam me estaba mirando desde abajo.

Miré a mi alrededor. ¿Qué está ocurriendo?

—¿Ya está bien? —Sam, arrodillado, levantó la vista para mirarme.

—Vete —le dije. Levántate. Vete.

Los chicos me abuchearon y por primera vez me di cuenta de que yo era de su mismo tamaño.

Después del recreo, sonó el timbre. Todos corrieron a clase. Alguien me llevó consigo.

Pasé una hora aprendiendo divisiones largas.

En el recreo, me aparté para estar solo. Los otros chicos se dieron cuenta de que yo no era tan fuerte como el yo que había humillado a Sam. Me dieron una paliza. Sonó el timbre, regresamos a clase. Sonó el timbre. Me dieron una paliza.

Cuando terminó el día, lo entendí: no voy a aparecer de repente en el hospital, revivido, fresco y bien. Algo funcionó mal con la resucitación. Voy a seguir muerto. Y esto es el Infierno.

# 31

Ha sido muy raro. Ha pasado un tiempo. Han pasado semanas.

Pero por una vez, tengo un solo recuerdo. El problema es que recuerdo todo.

No, no es exactamente así. Veo todo.

Veo mi nacimiento. Veo mi muerte.

Veo.

Por el rabillo del ojo. Lo veo. Lo deseo. Lo hago. Lo vivo. Soy eso.

Veo a mis padres trayéndome del hospital… tengo tres días

de edad. Me veo amamantándome. Veo a mis padres cantándome para que me duerma cuando tengo un año. Los veo abrazándome y besándome. Veo su primera pelea junto a mi cuna, cuando tengo seis meses. Veo cuando pronuncio mis primeras palabras. Veo los programas de televisión que acostumbraba mirar.

Y experimento todo.

Mi habilidad para hablar, para pensar a través de las palabras, para racionalizar, de pronto desaparecen cuando observo dos imágenes conocidas que ni siquiera puedo llamar “mamá” y “papá” . Me atraviesa una inundación de emociones poderosas y familiares que no he sentido en décadas. Y de pronto el momento pasa y me encuentro otra vez fuera de la cuna, invisible para todos, mirando a mis padres que miran al bebé que soy yo.

Y luego veo mi muerte. Mil muertes diferentes, en mil épocas y de mil modos diferentes. Me arrolla un ómnibus. Me muero de viejo. Me muero de cáncer de piel. Me muero de SIDA. Me muero desangrado en mil pavimentos distintos. Me ahogo en mil lagos distintos. Me suicido de mil maneras distintas. Vivo hasta los cien años. Vivo hasta los ochenta. Vivo. Muero.

Y siento cada muerte. Y siento cada momento después de la muerte, más allá. Y siento…

Y entonces miro por el rabillo del ojo, imagino un lugar diferente, y estoy en otro lugar.

Comienzo a ver cosas que nunca he visto. Veo a mi padre abusar de mi madre. Los veo divorciarse. Me veo asesinándolos. Me veo creciendo como un niño abusado. Me veo violando mujeres. Me veo convertido en asesino. Me veo convertido en policía, en bombero, en abogado.

Y luego veo cosas que nunca podrían ser. Veo a un yo de diez años criando a un yo de cinco. Veo a dos yo conversando. Luego a cuatro. Luego a cien.

He visto tanto… y todavía no he visto nada.

Este lugar, aunque no es un lugar, esta cosa, es la nada, no es ningún lugar. Pero sin embargo es infinito.

Y en alguna parte, en un rincón lejano al que no puedo acceder, una voz fuerte y poderosa que suena como la mía está susurrando al infinito:

—Esperaré. Ya vendrá otra vez. No puede resistirse a venir otra vez.

## 32

Esperaré. Ya vendrá otra vez. No puede resistirse a venir otra vez.

La última vez tardé demasiado. Tenía que ser astuto, tenía que hacerme el muerto en el suelo mientras él pensaba que era un fantasma o algo así. Tardé mucho tiempo y ellos lo revivieron antes de que pudiera matarlo y tomar su lugar.

La próxima lo mataré inmediatamente. Sólo necesito que se suicide una vez más.

Lo conozco. Ya vendrá otra vez. No puede resistirse a venir otra vez.

## 33

Tengo una memoria, pero muchos futuros.

Hasta puedo retroceder y volver a la época en que vine aquí.

Vuelvo a la escuela, retrocedo en el tiempo. Veo al pequeño que era/no era yo comenzar a humillar a Sam. Luego miro a un lado y veo aparecer de pronto a mi yo adulto de hace un par de semanas. Me veo mirar la escena con horror, sin darme cuenta de que el yo futuro estará viendo este exacto momento. Luego veo lo que ocurrió, cómo quedé varado aquí. El pequeño y yo de pronto intercambiamos lugares, y luego él desapareció, se fue a otra parte de este laberinto infinito. Y yo quedé varado como el pequeño, tomé su lugar.

Puedo retroceder más aún y verme tomar la píldora.

Puedo retroceder todavía más y hacia los costados. No tengo que quedarme conmigo. Sigo a Sharon por todas partes cuando no está conmigo. La veo en su trabajo, la veo progresar. Veo que es mejor y más inteligente que todos los demás.

La sigo más. La sigo hasta el pasado. Veo el momento en que nos conocimos, en el *Seven-Eleven*… ahora es un solo recuerdo, únicamente el del *Seven-Eleven*. Y entonces retrocedo hasta antes de que ella me conociera. Revierto el tiempo y en lugar de verla hacer las compras, la veo sacar cosas de su carrito y poniéndolas en el estante. La veo mientras sale/entra al supermercado y entra/sale del

coche con las manos vacías.

Apuro las cosas. Veo sus noches. Veo sus días. La veo dormir. La veo vestirse. Veo a sus novios. Los veo haciendo el amor. La veo conseguir su primer trabajo en publicidad. La veo graduarse. Veo sus sueños. Veo sus alegrías. Veo sus momentos más tristes. Y una vez, de pronto, me le aparezco y la consuelo. Pero entonces regreso al pasado.

Regreso a su tercer año de estudiante, a su anteúltimo año, a su primer año. La veo en el último año de la secundaria. Qué distinta está. Y sin embargo todo lo que ella es hoy plantó su semilla en ese momento. Pero creo que no quiero retroceder más en su pasado.

Voy a otro lado.

# 34

Regreso al momento en que me mato.

Me veo sostener las píldoras en la mano. Me veo ir hacia las notas pegadas en la puerta principal para ver si los horarios están bien. Me veo tomar las píldoras exactamente a las siete menos cuarto. Me veo esperar.

Desde afuera, ya me veo temblando a las menos cinco.

Me pregunto si podré entrar en escena, si podré detener esto. Me pregunto, de ser capaz de hacerlo, si eso significa que no habré muerto. Pero por ahora observo. Quiero ver cómo morí.

Ahora son exactamente las siete y Sharon está abriendo la puerta con su llave. Yo… el yo que tomó las píldoras… avanzo a los trompicones hacia ella.

—¿Joel? ¿Qué pasa? —dice ella.

—Auuuuuueeeeeuuuuh —me veo decir, mientras me desplomo a sus pies.

Ella medio se pone a gritar, mientras se lanza hacia delante y me revisa las mejillas y me revisa el aliento. Y precisamente cuando ella hace todo eso, lanzo mi último aliento y me derrumbo, muerto, con la cabeza sobre sus rodillas. Su respiración es rápida, pero se controla. Me revisa el pulso. Me acuesta suavemente en el suelo; mete la mano en su bolso y saca el celular. Llama al 911. Me acerco, escuchando invisiblemente todas sus palabras. Ella les explica la

situación. Ya va la ambulancia, le dicen.

Ella arroja el celular a un costado y comienza la resucitación.

Miro mi cuerpo muerto, hipnotizado. La veo respirar dentro de mi boca, dándome un poco de aliento vital. La veo apretarme el pecho, obligando al corazón a distribuir la vida en el cuerpo agonizante. Quiero ver esto para siempre.

—Vamos —dice ella cada vez que me aprieta el pecho—. Vamos. Vamos. Vamos.

Después de un rato —no sé cuánto tiempo ha transcurrido— se oye la ambulancia. Los paramédicos entran corriendo a mi apartamento y se hacen cargo de todo. Sharon los deja empujarla a un costado. Se reclina contra la pared, tapándose la boca con la mano, y de pronto la fachada se derrumba. En menos de un segundo, se ha convertido en un despojo.

—Ohmidios —susurra—. Ohmidios, ohmidios, ohmidios.

Los paramédicos me ponen en una camilla y corren escaleras abajo, mientras uno de ellos me inyecta algo y otro no cesa de darme resucitación. Sharon los sigue hasta el interior de la ambulancia. Todos están frenéticos.

—Está muerto —dice uno de ellos a mitad de camino del hospital. Su voz suena indiferente—. Está clínicamente muerto. —Sharon lo mira, con los ojos abiertos como platos, aparentemente al borde de la demencia.

—Sigue trabajando —dice el otro—. ¡Sigue trabajando!

Siguen trabajando. La ambulancia llega al hospital. Me meten rápidamente en una camilla y en la sala de emergencias y un médico se hace cargo de la situación. Estoy esperando que él me declare muerto, cuando de pronto mi yo muerto abre los ojos.

El médico sonríe.

—Estará bien —dice.

¡¿Qué?!

Sharon aparta a todo el mundo a los empujones.

—¿Estás bien? ¿Está bien?

¡No puede ser! Me acerco más. Me miro. Estoy pestañeando. Estoy sonriendo. ¡No puede ser! ¡Yo me morí en ese hospital!

—¡Idiota! —Sharon me golpea el brazo—. ¡No sabes el susto que me diste! ¡Estuviste clínicamente muerto por unos segundos!

—Tuvo usted mucha suerte, señor —dice el médico—. Si su amiga lo hubiese encontrado un minuto después, no habríamos

podido traerlo de vuelta.

¡¿Estoy vivo?! ¡¿Estoy vivo?!

¿Pero si estoy vivo, por qué todavía estoy muerto?

# 35

Sigo mirando, hipnotizado por los acontecimientos.

Sharon me lleva a casa unos días después. Me hace sentar, me enfrenta, me ruega que no vuelva a hacerlo y cuando me niego, me abandona. ¡Oh, me alegra no haber estado allí! Puedo leerme la mente con sólo mirar mi cara. Sé lo que estoy pensando. Estoy deseando que no se haya ido. Estoy deseando que nada de esto haya ocurrido. Pero ocurrió. De verdad me abandonó. Lo he visto. Y por una vez, tengo un solo recuerdo, una realidad.

Desde afuera, me veo escribir en mi diario los eventos ocurridos. Ese momento en el patio de la escuela. Él —mi otro yo— lo recuerda también. Miro por encima de mi propio hombro, leo mis propios diarios mientras anoto los recuerdos que yo —el que quedó atrás— no tengo. Recuerdos de un juego de ruleta rusa en el futuro. Recuerdos de él como fantasma, cuando su propio cadáver trató de matarlo.

Unos días después, él anota en su diario que de pronto recuerda cosas que no había recordado hasta ahora. Recuerda incidentes de crueldad en el patio de la escuela. Recueros que yo sé que son falsos.

Él no se da cuenta, pero desde aquí yo puedo verlo claramente. Su memoria se está dividiendo retroactivamente.

Pienso que estoy empezando a entender lo que sucedió.

Intercambiamos lugares. Joel, el chico de la escuela, y Joel, el adulto que se suicidó, intercambiamos lugares cuando los médicos estaban reviviéndome. Y el chico de la escuela regresó en mi lugar, incorporando sus propios recuerdos, sus recuerdos falsos, en el Joel vivo. Y a mí… me dejaron aquí, muerto, capaz de ver todo lo que pudo ser, y todo lo que habría sido, y todo lo que nunca podrá ser, y todo lo que nunca pudo ser.

# 36

Sigo mirando.

Sharon regresa a mi —a su— vida. Sin una palabra, sin una explicación, se sienta a mi lado. Y yo —el yo que está mirando esto— tengo lágrimas en los ojos. Hacemos el amor esa noche como nunca hice el amor antes. Estoy tentado a cambiar de lugar con él. Pero no lo hago. No quiero mancillar los acontecimientos. Quiero ver qué ocurrió. Podría volver aquí más tarde si quiero. Si aún recuerdo. Y sí recuerdo. Recuerdo todo.

Después de unos días, logro que ella se quede, que deje de ir a trabajar. Por un lado, parece que la quiero tanto que la convencí de quedarse. Pero me conozco, conozco mi cara. Hay algo más, un pensamiento diferente, un propósito distinto.

Sigo mirando.

Pasan las semanas. Semanas de pasión. Semanas de lujuria. Semanas de emociones descontroladas.

¿Por qué hice eso? ¿Por qué le pedí algo que yo nunca…?

Penetro en mi propia mente… reconozco este sitio. Me hace sentir bien haberla obligado a hacerlo. Y me hace sentir asqueado. Y no sé cuál de los dos yo —el que mira o el que lo está experimentando— se siente bien y cuál se siente asqueado. Después de todo, ambos somos la misma persona. A ambos nos encanta. A ambos nos asquea. Somos corruptos. Soy corrupto.

No puedo soportarlo. No puedo mirar.

No puedo hacer nada, salvo mirar.

# 37

Miro.

Él se está preparando para matarse otra vez.

Miro. Y espero.

Y en algún lugar, en el fondo de mi mente, a través del infinito, creo oír un pensamiento que es el eco del mío.

# 38

Él se está preparando para matarse otra vez.

Esta vez lo hará bien. Esta vez lo mataré.

Sabía que él iba a volver.

# 39

La voz del fondo de mi mente ha desaparecido. De todos modos, no importa. Tengo que concentrarme en las acciones del Joel vivo. Tengo que hacerlo bien, si es que quiero regresar.

Retrocedo hasta el patio de la escuela y espero que el chico reaparezca.

# 40

Regreso al apartamento y espero que Joel reaparezca, cuchillo en mano.

Está tomando la píldora. Quince minutos.

Está comenzando a derrumbarse. Cinco minutos.

Cae sobre ella. Un minuto.

Oigo que los latidos de su corazón se pierden en la nada. Preparo el cuchillo.

Él muere. ¡Muere!

Aparece delante de mí, todavía atontado, todavía bajo el recuerdo del efecto de las drogas.

No espero a que se recupere. Le atravieso el corazón de una puñalada.

# 41

Estoy otra vez en el patio de la escuela. De nuevo en el pasado. Delante de mí está Sam, suplicando. La multitud me aclama. No los miro.

Sé que es hora y por el rabillo del ojo lo veo aparecer. Veo que está confundido.

Me concentro, obligándome a penetrar en él, a experimentar lo que él experimenta, deseando que intercambiemos lugares.

## 42

Él cae; la sangre sale a borbotones de la herida.

Me mira sin entender; los ojos le duelen, heridos, negros, y finalmente… muertos.

## 43

Se resiste. No entiende lo que sucede. No entiende que su lugar está en este patio de escuela. No entiende lo que ocurre.

Siento que los médicos trabajan en mi cuerpo. Tengo que hacerlo rápido. Tengo que ser más fuerte que él. Me quedo donde debo quedarme, pero por un segundo él cambia de lugar conmigo. ¡Pronto! Los médicos me están reviviendo. Tengo que…

Estoy…

## 44

¡ESTOY VIVOOOOOO!

## 45

Sharon me está mirando. Trato de hablar, pero…

Ohhhhhh.

# 46

Despierto en lo que parece ser plena noche. Sharon duerme en una silla, junto a mí.

Yo estaba muerto. Pero no puedo recordar. Recuerdo demasiado. ¿Qué sucedió en realidad?

# 47

A la mañana siguiente viene el médico a revisarme.

—Me acuerdo de usted —dice—. De la última vez.

—Yo también me acuerdo de usted —le digo. No le digo que recuerdo también a un médico más experimentado.

—Bueno, escúcheme con atención. —Se inclina más cerca—. Lo que sea que esté tomando, lo está matando.

—Me di cuenta —le digo.

—No, usted no me entiende. Esa cosa le está destruyendo el corazón. Vuelva a tomarla y nadie podrá resucitarlo. ¿Comprende? Gracias a lo que diablos sea eso que toma, ahora usted tiene un cuerpo treinta años más viejo y más débil de lo que debería. Otra conmoción importante como esta, otro período de shock para su cuerpo, y lo enviarán a la morgue. ¿Fui claro?

—Yo lo cuidaré. Me aseguraré de que no vuelva a ocurrir.

—Usted no lo cuidó la última vez. —Mira a Sharon, acusador. Y sabe, lo veo en sus ojos… sabe que ella también es parte de esto. Sabe que yo lo hice y ella miraba.

—Yo lo cuidaré —repite ella.

—Ya veremos —dice el médico, y se va.

Sharon se acerca.

—Hora de un replanteo —susurra—. Ya oíste lo que dijo el médico.

Apoyo la cabeza en la almohada, vacío de energía.

—Sí. Suicidarme puede ser perjudicial para mi salud.

# 48

Me quedo en el hospital un día más. Sharon no dice una palabra. Yo tampoco.

Volvemos a casa en silencio.

Paso el día en el sofá, descansando. Ella me trae comida y agua. No decimos nada. Cuando llega la hora de dormir, me desvisto y me voy a la cama. Sin decir palabra, ella se desviste, me sigue y se queda de su lado de la cama.

Dos minutos después, siento su mano en mi pecho. Abro los ojos. Su rostro está encima del mío; está mirándome fijamente a los ojos. No digo nada. Siento su respiración. Me toca las mejillas con ternura. Busco su cara. Entierra la cabeza en mi pecho y grita fuerte, lanzando sollozos.

Finalmente, se queda dormida.

# 49

—Tengo una idea de lo que es la muerte —le digo al día siguiente, cuando almorzamos.

Ella deja el sándwich y me mira.

Le digo lo que recuerdo que ocurrió después de que me dejaran en la escuela, después de que me dejaran muerto. Le cuento todo lo que vi, todo lo que entendí. Le digo que uno puede ver todo, experimentar cualquier cosa que podría ocurrir en la vida de uno. Que se puede adelantar y retroceder. Que se puede revisitar el propio pasado, visitar el propio futuro. Que se puede visitar a nuestros otros yo. Le cuento todo, pero hay una chispa de incredulidad en sus ojos.

Luego le digo que la estuve siguiendo, desde el momento en que nos conocimos hasta su propio pasado. Le cuento de sus ex-novios y sus ojos se abren. Le cuento de los incidentes en la

universidad. Le cuento de sus propios dolores del corazón, de sus rupturas, de sus amigos, de sus padres, de las canciones que ella solía cantar en la ducha. Y veo en sus ojos que cada palabra que digo es verdadera. Con cada hecho que menciono, otra lágrima le inunda los ojos, amenazando con caer finalmente por sus mejillas. No tiene secretos para mí. No puede tener secretos para mí. Y sé que si Sharon alguna vez me abandona, será por esto. No mucha gente puede soportar que le quiten toda su privacidad, todos sus momentos íntimos y miedos y pensamientos y emociones, compartidos a un nivel tan básico. Me doy cuenta de ello al tiempo que le cuento todo, pero no me detengo. Cuando termino, ella ya ha levantado sus rodillas y se las abraza. Se acurruca y no dice nada y no se mueve, salvo para abrazarse con más fuerza.

La miro un largo rato, pero ella no dice nada.

Pasada una hora, se levanta y va al porche. Lo abre y mira hacia fuera durante el resto del día y el resto de la noche.

A las cinco de la mañana vuelve a la cama conmigo sin decir palabra. Se duerme con la cabeza enterrada en mi pecho, otra vez. Y mientras ella duerme, yo me pregunto por qué no le conté el resto de mis recuerdos.

No le conté de los otros dos recuerdos. No estoy seguro de que estén separados, en todo caso. Podrían ser algo que vi mientras estaba muerto, algo que experimenté. No estoy seguro. Los únicos dos recuerdos de cuya veracidad estoy seguro son haber sido dado por muerto (cosa que Sharon confirmó) y haber estado aquí con Sharon mientras me preparaba para matarme otra vez (cosa que confirmaban mis recuerdos de muerto). Por lo tanto no eran recuerdos separados. Está perfectamente justificado que no se los haya contado.

# 50

Ha pasado una semana y Sharon no ha podido parar de abrazarme desde aquella noche.

Finalmente, me siento lo bastante fuerte para hacer el amor. Ella me hace el amor como si se hubiera estado aguantando durante un año, con una pasión que no puedo describir, con una desesperación que no puedo imaginar, con una necesidad de estar más cerca de mí de lo que pueden estar dos personas.

Cuando terminamos, apoya la cabeza en mi pecho y me mira a los ojos.

—¿Vas a ir otra vez? —pregunta.

—No lo sé. —Y mi voz es tranquila.

Ella no dice nada. Por su mirada, no sé qué respuesta prefiere oír más.

—El médico dice —continúo— que si lo hago de nuevo no regresaré. Pero tengo que hacerlo. Hay tanto por descubrir todavía, tanto para ver. He tocado la punta del iceberg. He… Hay tantas cosas allí. Y todo es adictivo y mágico y quiero verlo todo. No he terminado mi investigación. Tengo que hacerlo, sea como sea.

Y ella no dice nada. Yo no quiero que diga nada.

# 51

Al día siguiente hacemos el amor de manera tan celestial como en los tres recuerdos de la noche anterior. Nos enredamos en un abrazo mutuo mientras ella juega con mi cabello.

—¿Quieres hacerlo? —le pregunto de repente.

Ella arruga los ojos.

—¿Qué cosa?

—Morirte en lugar de mí. La próxima vez. Tal vez deberías hacerlo. Es decir, si tú quieres.

Ella abre la boca pero no puede emitir sonido.

Está sorprendida. Está loca de terror. Pero no puede decir que no. Y no puede decir que sí.

—Perdona —digo rápidamente—. Es una idea horrible. No debí decírtelo. Perdona. Fue una idea estúpida.

Ella cierra la boca. Nos quedamos acostados sin decir nada.

# 52

Ha pasado otra semana y Sharon y yo nos hemos convertido en casi

un solo cuerpo.

—He decidido —le digo, mientras estamos abrazados en la alfombra— que lo haré.

Ella me mira un largo rato.

—El médico dice que morirás. Para siempre.

—Me arriesgaré a que esté equivocado. Los médicos no son perfectos.

—Pero comprenden la muerte.

—Ahora yo la comprendo más. Y… tengo que hacerlo, Sharon. Es tan sorprendente, tan abrumador. Hay tantas posibilidades. Tengo que saberlo todo acerca de esas cosas. Es decir… tengo que hacerlo, Sharon.

—Morirás —me dice, y su voz suena débil.

—Eres tú o yo. Y voy a hacerlo yo. No tengo otra opción.

Nos quedamos acostados en la alfombra una hora; luego nos vamos a dormir.

# 53

—Lo haré yo —me dice de pronto, mientras miramos TV.

—¿Qué?

—Lo haré yo. Yo tomaré las píldoras.

Apago el televisor con el control remoto y la miro a los ojos.

—Es una mala idea.

—Lo haré —dice ella.

—No, es decir… es peligroso, te debilitará el cuerpo. Este proyecto es mío y…

—Lo haré.

—¿Estás segura?

—Quiero hacerlo. Por mí. Quiero ver lo que hay allí. Quiero experimentarlo. Por favor.

Lo pienso un momento.

—Está bien.

—¿Está bien? —Parece aliviada.

—Está bien.

La abrazo. Me abraza.

Apoyo las manos en sus mejillas y la obligo a mirarme a los ojos.

—Se me acaba de ocurrir algo.

—¿Sí?

—No tenemos por qué esperar. Tu cuerpo no está débil. Podemos hacerlo ahora o dentro de unos días, o mañana, o tan pronto como estés lista.

Repentinamente, se le corta la respiración y sus mejillas empalidecen. Después de un minuto, dice:

—Muy bien. Dentro de tres días.

—Mañana.

Parpadea varias veces; luego se detiene.

—Dos días —dice, evidentemente luchando por conservar el autocontrol.

Sonrío.

—Hecho. —Y la beso.

# 54

—Voy a estar aquí contigo —le digo.

Tiene la cabeza apoyada contra la pared, los ojos a medio cerrar.

—Dímelo otra vez —susurra.

—Estaré aquí contigo, como tú estuviste conmigo.

Cierra los ojos, acallando el dolor.

—Dímelo otra vez —repite con la misma voz monótona.

—No te dejaré estar muerta por más de un minuto.

—Dímelo otra vez. —Sus dedos arañan mi pared.

—Estarás a salvo.

—Dímelo otra vez. —Sus dedos arañan su propia piel.

Y se lo digo otra vez. Y otra vez. Y otra vez. Y otra vez.

## 55

Coloco la píldora en una cuchara y la muelo hasta convertirla en polvillo con otra cuchara. Ella me observa.

Coloco el polvillo en un vaso lleno de sidra y revuelvo muy bien. La veo sudar.

—Todo va a salir bien —le susurro al oído. Ella está rígida—. Será maravilloso.

Le toco la oreja con la lengua. La recorre un escalofrío.

—No es muerte, es vida a la millonésima potencia. —Le sostengo ambas mejillas entre mis manos. Está ardiendo—. Todo saldrá bien. —Mis manos descienden hasta sus senos—. Saldrá bien. —Mis manos acarician su vientre—. Saldrá bien. —Mis manos van más abajo.

Me aparto de ella y levanto el vaso.

—Si no quieres —le digo— no lo hacemos.

Ella estira la mano, toma el vaso y lo mira.

—Te amo —dice. Cierra los ojos y bebe ávidamente.

## 56

—Te amo. —La beso.

—Te amo. —Me devuelve el beso.

—Te amo. —La beso en la nariz.

—Te amo. —Me pone las manos en las orejas.

—Te amo. —Le pongo una mano en la nuca.

—Te amo. —Su mejilla cae sobre mi brazo.

—Te amo. —Pongo mi frente contra la suya.

—Te aaaaaa… —Ella se derrumba y sus palabras se vuelven incoherentes.

Su cabeza cae sobre mi mano. Cuidadosamente, la acuesto en el suelo.

—Shhh —digo—. Shhh. Te amo. —Me acuesto encima de ella —. Te amo. —Apoyo una oreja sobre su pecho y escucho su

corazón.

—Lurrrbid —se esfuerza por hablar. Yo escucho su corazón. —Lrluurrr. —Su voz se debilita—. Uuunnnrrr… —Y se pierde hasta desaparecer.

Escucho que deja de respirar.

Su corazón, lentamente, se está aquietando.

Levanto la cabeza. Todavía me queda un minuto antes de llamar a la ambulancia. Mis manos exploran su cuerpo.

# 57

—Había una habitación pequeña —dice Sharon. Hemos regresado del hospital. Esta vez no nos hemos encontrado con el médico que me reconoce. Pongo una silla frente al sofá y la observo, en trance—. Y tenía dos puertas. Y había una… mujer muy, muy vieja. La mujer más vieja que yo haya visto. Me miraba. Yo no podía quitarle los ojos de encima.

»*¿Quién eres?,* le dije.

» *Hay dos puertas en la habitación*, me dijo. *Tienes que elegir la correcta.*

»*¿Por qué?,* dije yo.

»*Tu futuro depende de ello*.

»Todo era extraño, y al mismo tiempo no era extraño. La miré otra vez.

»*¿Quién eres?*, le dije.

»Ella vaciló. Después bajó la vista.

»*Yo soy tú*, susurró. *Hace noventa años, yo era tú. Entré en esta habitación y elegí esta puerta.* Señaló una de las puertas. *Y desde entonces estoy aquí, incapaz de usar ninguna de las dos puertas, incapaz de regresar a la vida. Noventa años. Tienes que elegir la puerta correcta, Sharon.*

»*¿Elegiste esta puerta?* le pregunté.

»*Sí.*

»No sabía qué hacer, pero en ese momento me parecía muy simple. Su intensidad era tan… convincente. Elegí la otra puerta. La abrí y la atravesé.

Sharon inspira profundamente.

—¿Y entonces qué ocurrió? —no puedo evitar preguntarle.

Sharon vuelve a tomar aire y luego me mira; su voz es monótona, sus ojos obviamente están en otra parte, probablemente mirando una y otra vez las cosas que ha visto.

—Aparecí de nuevo en una habitación. Una habitación idéntica. Pequeña, con dos puertas. Miré detrás de mí… no había ninguna puerta por la cual yo pudiera haber entrado, y sin embargo, claramente, yo había entrado en ese cuarto hacía apenas un segundo. Y cuando volví a mirar nuevamente a las dos puertas, ahí estaba la mujer. La misma vieja.

»*Otra vez tú,* dije. *La otra puerta no es mejor.*

»*No*, me dijo. *Yo no soy la misma mujer que viste en la otra habitación.*

»*¿Quién eres entonces?*

»*Hace noventa años, yo era tú,* me dijo. *Hace noventa años, me suicidé y me encontré conmigo misma en una habitación con dos puertas y con una anciana que afirmaba ser yo. Me dijo que ella había elegido la puerta equivocada, entonces yo elegí la otra, igual que tú. Y entonces llegué aquí. Y elegí esta puerta. Y desde entonces estoy aquí atascada, incapaz de irme, incapaz de volver con los vivos. Si no quieres ser yo, debes elegir la otra puerta. No sé lo que hay detrás de esta, pero sé con seguridad lo que hay detrás de aquella.*

Sharon vuelve a tomar aire. Le tiembla la mano. Luego continúa:

—Yo… eh… atravesé la otra puerta. Y… y me encontré de nuevo en una habitación idéntica, con una mujer idéntica. Y… y ella había estado en dos habitaciones también. Y yo elegí de nuevo la otra puerta. —Cierra los ojos—. Y otra vez. —Otro resoplido—. Y otra vez. Y otra vez aparecí en otra habitación, salvo que no tuve tiempo de hablar con la mujer, porque de pronto estaba en el hospital. Contigo.

Por un largo rato, sólo hay silencio.

—No puedo… no puedo parar de pensar… sobre lo que habría sucedido si no me hubieras traído de vuelta a la vida. ¿Cuántas habitaciones hay? ¿Cuántas puertas equivocadas? Y si finalmente hubiera llegado a una habitación donde no hubiera ninguna anciana, ¿habría atravesado la puerta equivocada? ¿Me habría quedado encerrada en una habitación durante noventa años? ¿O más? ¿Y si…?

Deja de hablar. Yo no digo nada.

—Pero esa imagen de mí… tan vieja. Encerrada en una habitación durante noventa años. —Menea la cabeza—. No puedo sacármela de la cabeza. Era tan parecida a mí. Era yo. Y yo sentía lo que ella sentía. Por un momento, supe cómo era ser ella, ser… Oh, dios, Joel.

—¿Estás bien?

Levanta la vista, me mira y me sonríe con tristeza.

—Ya veremos, ¿verdad?

Espero un minuto. Luego le pregunto:

—¿Tienes un solo recuerdo?

—Sí.

Nos quedamos sentados en silencio diez minutos más. Digo:

—¿Quieres hacerlo de nuevo?

Ella me mira, sonríe y no me contesta.

# 58

—Creo que pasé por lo mismo que tú —me dice. Han pasado un par de días, creo. Estamos acostados en el colchón, mirando al techo.

—¿Qué quieres decir?

No responde por un rato y cuando lo hace su voz suena remota, a cientos de kilómetros de distancia.

—Creo que una parte de mí se quedó allá. Creo… —Y su voz se apaga y no dice nada.

De pronto, se da vuelta y me mira.

—Cuéntame cómo recuerdas que te dejaron abandonado en la escuela.

—Ya te lo he contado.

—Cuéntamelo otra vez. ¿Cómo era la sensación de estar varado? ¿Cómo fue regresar? ¿Cómo fue enterarte de que no tenías que permanecer en un solo lugar? Cuéntamelo otra vez.

Se lo cuento otra vez. Ella escucha, absorta.

Se abraza.

—Me falta una partecita de mí —susurra—. Dentro de mí hay un agujero, un pedacito que me dejé allá. —Y lo dice con tristeza.

Acerco mi mano a su rostro para tocarle la mejilla. Ella aparta la cara.

—Cuéntamelo otra vez —susurra—. Cuéntamelo otra vez.

# 59

Hace tres semanas que no paramos de hablar. Casi no dormimos. Y cuando nos despertamos, ella me cuenta los sueños que tiene, en los que ve a sus otros yo, sus yo alternativos. Las vidas que ha tenido pero que no tuvo, los recuerdos de cosas que podrían haberle ocurrido pero no le ocurrieron, los recuerdos de cómo se siente tener noventa años. En realidad no tiene esos recuerdos, dice. Sólo sueña con ellos. Pero se sienten reales cuando los sueña. Igual que todos mis recuerdos se sienten reales.

Y aunque ya está completamente recuperada, no hemos tenido sexo desde que murió. Estoy perdiendo el control sobre ella.

# 60

—Voy a regresar —me dice mientras miramos por la ventana.

—Muy bien. —Asiento con la cabeza—. Estaré contigo.

Ella aparta la vista; fija los ojos en un punto más allá del horizonte.

—Lo sé.

# 61

—No lo hagas con las píldoras. —Son las tres de la madrugada y dentro de siete horas va a hacerlo de nuevo. No puede dormir. Tiene que hablar del tema. Me quedo despierto con ella.

—¿Qué? —pregunta, apartando la mirada de la pared.

—No lo hagas igual que yo. Yo no sabía lo peligrosas que son

las píldoras. Y ahora ya no puedo volver allá otra vez. Suicidarme con las píldoras es perjudicial para mi salud, ¿recuerdas? —Y de pronto ya no estoy seguro de si eso realmente sucedió o si en realidad sucedió alguna otra cosa. Si no sucedió…

—Sí. Lo recuerdo.

Asiento.

—Hay otras maneras de hacerlo. Otras maneras que te permitirán volver una y otra vez.

—¿Cómo cuál?

—Como cortarte las venas.

Ella lo piensa un momento.

—Sí —dice—. Lo haremos así. —Y vuelve a mirar a la pared. No tiene miedo.

# 62

Tomo el cuchillo.

—Dime qué hago.

Estamos sentados en el suelo, frente a frente.

—Corta aquí. —Señala una vena de su brazo izquierdo.

Corto allí. Un torrente de sangre salta hasta la alfombra.

—Dime qué hago.

—Corta aquí. —Señala una vena de su brazo derecho.

Corto allí. Más sangre.

—No es suficiente —digo—. Hace falta más.

—No es suficiente —dice—. Más.

—¿Dónde? —digo, apoyándole el cuchillo en el hombro izquierdo—. ¿Aquí?

—Sí. —Corto en el hombro. La sangre cae sobre el cuchillo.

—¿Aquí? —Apoyo el cuchillo sobre su seno derecho.

—Sí. —Y corto hasta que sangra.

—¿Aquí? —Apoyo el cuchillo ensangrentado sobre su garganta.

—Sí.

Corto. Lo suficiente para rasparle la piel y hacerla sangrar un poco.

—¿Más profundo?

—Sí.

Corto más profundo y raspo algo sólido.

—¿Más profundo?

Ella me mira con ojos muertos, indiferentes.

—Por favor.

Empujo el cuchillo más hondo, tan hondo que ya no puedo ver el filo. Ella se dobla de dolor, hay ríos de sangre brotando hacia todos lados, se lleva las manos al cuello pero evita tocar el cuchillo.

Se sacude y se retuerce durante casi cuatro minutos hasta que para de moverse y para de respirar y sencillamente… para.

Ahora ya está allá. Con sus otros yo. Está feliz.

Yo estoy aquí. Con mis otros yo. Y observo lo que he hecho.

Sus ojos me miran fijamente, inexpresivos; el cuchillo sobresale de un costado de su garganta y el fluir de la sangre, lentamente, está disminuyendo.

Oh, dios: ¡nunca me di cuenta antes, pero ella se ve increíble!

# 63

La miro y mi corazón late y late con fuerza. Oh, dios mío. Oh, dios mío. Ella es tan… me hizo sentir tan… Te amo, Sharon. Amo lo que me hiciste sentir.

Mi respiración se aplaca después de una hora. Afuera está oscuro. Hay oscuridad en los márgenes de mi campo visual.

Yo… eh… necesito dormir.

Necesito dormir.

# 64



***Ilustración: Guillermo Vidal***

—Lámeme el zapato —digo. Estamos otra vez en el patio, de nuevo en la escuela. Sharon está frente a mí.

—Por favor —gime—. Por favor.

—El pueblo lo ha decidido —le digo—. Hazlo ahora.

Estoy soñando. Esto no es real. Ella está muerta. Esto no puede estar ocurriendo. Ella nunca estuvo en mi escuela.

Se arrodilla.

—Por favor —suplica.

—¡Hazlo! —Mi voz es de hierro.

Lentamente, se inclina y me lame el zapato. No quiero mirar esto, pero no puedo alejarme de aquí.

Unos segundos después, levanta la vista y tiene los ojos anegados de lágrimas.

—¿Ya está bien?

Y mi corazón late con fuerza y mis hormonas preadolescentes se excitan. No por su dolor ni por su humillación, sino por el control que ejerzo sobre ella.

—Hay partes que todavía están sucias —le digo—. Hazlo de nuevo. —La multitud me aclama. Estoy en deuda con ellos.

Y por más difícil que sea para ella, se inclina y me lame el zapato otra vez. Y el latido que siento en los oídos es exactamente el mismo que sentí cuando la maté.

—Lámeme el zapato —le digo.

Estamos de nuevo en el principio. Todavía no me ha lamido el zapato.

—Por favor —me suplica—. Por favor.

¿Qué demonios es esto? ¿Qué es lo que ocurre? Tal vez no es ella la que está muerta. Tal vez soy yo, otra vez. Tal vez soy yo, todavía. Tal vez nunca regresé a la vida. Tal vez eso fue parte de algún escenario de la muerte. Tal vez sigo allá, en el lado oscuro. Jugando con mi lado oscuro.

Algo me impulsa a decir:

—El pueblo lo ha decidido. Hazlo ahora.

No, no quiero pasar por esto de nuevo. Este no soy yo. Este es el yo que pude haber sido, no el yo que fue. No el yo que es.

Obviamente aguantando la repulsión, tragándose todo lo que siente, tratando de no llorar, se arrodilla y se inclina. Lentamente, saca la lengua. Por una fracción de segundo, la lengua aletea un milímetro por encima de mi zapato. Esta segunda vez puedo advertir su vacilación. Pero el miedo la supera y la lengua toca mi zapato. Siento su lengua en mi pie, a través del zapato y del calcetín.

Debo de estar muerto. Trato de dar un paso al costado, de ir a otro lugar, a otro tiempo. A cualquier otra situación que no sea esta pesadilla.

No sucede nada.

Ella levanta la vista.

—¿Ya está bien? —Una lágrima a la izquierda, dos a la derecha. Su voz ruega clemencia. Ruega que su pesadilla termine. Casi me echo a llorar yo también. Este no soy yo. Por favor, que se termine.

—Hay partes que todavía están sucias —le digo—. Hazlo de nuevo. —La multitud me aclama. Y yo, por más que repudie todo esto, cuando ella vuelve a bajar la cabeza, cuando ya está claro que volverá a lamerme el zapato, siento una oleada. Una oleada de placer. Oh, dios, no.

# 66

—…el zapato —escucho el eco de mi voz, a pesar de que mis labios están sellados. Ha comenzado de nuevo.

Ella me está mirando, con los ojos húmedos, vacilantes. Cierro los ojos.

Está suplicando. Cierro los oídos.

Sé que le estoy contestando. Cierro la boca.

Percibo un movimiento en la arena. Sé que ella ahora está de rodillas. Cierro mi corazón.

Detengan esto. Detengan detengan detengan esto. Esto nunca ocurrió. Humillar a la gente no me da este placer. ¡Este NO SOY YO! La multitud que me rodea me aclama. No estoy aquí. Es una experiencia de otra persona.

A través de mi zapato, percibo el movimiento de su lengua por tercera vez y me recorre un cosquilleo de placer absoluto.

Conozco esta sensación. Conozco este gozo. Lo he experimentado antes. En mi niñez, una o dos veces. Cuando era adolescente. Pero me despreciaba tanto por sentirlo que nunca me permití estar en una situación que me permitiera sentirlo. Hasta que llegó Sharon.

No. Esta sensación es mía. Es mía, no de otro. Soy el monstruo que siempre tuve miedo de ser.

—Hay partes que todavía están sucias —le digo mientras abro los ojos, obligándome a hablar—. Hazlo de nuevo. —Mi corazón comienza a latir con fuerza. Ella lo hace de nuevo.

# 67

De pronto, no puedo respirar. Me siento, jadeando.

Está oscuro. ¿Estaba sufriendo un ataque cardíaco? ¿Por qué dejé de respirar?

¿Dónde estoy? Un haz de luz, el contorno de una puerta.

De vuelta en casa. Sharon está en la sala. ¿Alguna vez estuvo aquí? ¿Está muerta?

Lo único que tengo que hacer es ir hasta la otra habitación, y entonces lo sabré.

No. Me quedaré aquí un rato. Trataré de dormirme otra vez. No me importa.

# 68

Estoy acostado en la oscuridad, mirando al techo, y los recuerdos me invaden.

Recuerdo todo.

Y por primera vez, soy capaz de separar mis recuerdos.

Recuerdo haberme criado con mi padre y mi madre hasta que se divorciaron cuando yo tenía díez años. Recuerdo que me ahogué. Recuerdo que casi me aplasta un coche. Recuerdo que fui a la escuela y que nunca le pedí a nadie que me lamiera el zapato.

Sigo otro camino, recuerdos diferentes de una infancia diferente. Recuerdo que mi padre murió cuando yo tenía siete años. Recuerdo que mi madre se perdió en la bebida, menguando hasta desaparecer aunque siguiera viva. Recuerdo que fui yo el que la cuidó.

Recuerdo otra escuela. Recuerdo cómo disfrutaba humillando a los demás… no, humillándolos no… controlándolos. Recuerdo lo bien que me sentía cuando tenía el control. Recuerdo la satisfacción que me daba devolverle el golpe a la vida, controlarlo todo y a todos, impedirle al mundo que me manipulara a mí.

Y, en este camino, recuerdo el día en que me di cuenta de que no estoy vivo.

# 69

Comenzó cuando murió mi padre. Cuando mi madre me lo dijo, en casa, había otro yo. Otro chico igual a mí, medio invisible, mirándonos. Yo oía sus pensamientos, veía sus recuerdos. Él era yo, pero su pasado era ligeramente distinto. Era un yo diferente, que provenía de un sitio diferente.

Tardé años y años, pero, sabiendo que lo imposible es posible, aprendí las reglas de mi realidad. Esta no era la vida como todos la entendían. Yo podía pasar de una realidad a otra. Me di cuenta de que no era vida. Yo podía pasar a las vidas que pudieron ser, que serán, que habrían sido. Y cuando observé la vida del chico que apareció en mi día más triste, aprendí que él estaba vivo, que él había llegado después de haber muerto y que se había esfumado cuando lo revivieron. Este sitio, donde yo nací, donde crecí, era la muerte. Yo nunca había estado vivo. Yo no era más que una posibilidad.

Odiaba a mi yo real. Yo quería ser él. Observé su vida. Sabía que él regresaría. Que regresaría a buscarme. Y entonces… lo mataría y tomaría su lugar.

# 70

Y eso hice.

Pero él también regresó. Yo regresé. Desde el patio de la escuela.

Ahora yo soy los dos. Estuve allá, en casa, escuchando la mala noticia de boca de mi madre. Estuve allá, en casa, viéndome escuchar la noticia. Esas dos versiones de mí ahora están en mi interior. Al menos esas dos, si no son más.

Pero ahora puedo diferenciar las realidades. Todas son reales. Pero puedo diferenciarlas. Aquí, mi padre sigue vivo. En la vida del más allá, mi padre murió cuando yo tenía siete años.

Este… otro yo. Este yo al que le gusta controlar a la gente, es el que manipuló a Sharon. Es el que se impuso sobre mí. Es el que la llevó a suicidarse una vez y, cuando vi —cuando vio— que estaba perdiendo el control sobre ella, fue el que cometió el acto de control más absoluto y la indujo a suplicarme que la matara.

No fui yo. No fue mi placer el que sentí. No fui yo, por el amor de dios.

Pero entonces, ¿de quién era ese placer? Lo sentí. Es un placer que sentí antes. Es mío, sin importar cuánto desee que no lo sea.

Ese otro yo, ese yo muerto vuelto a la vida, no es una persona diferente. Es sólo un caso de “pudo pasarme a mí… a él… a

nosotros”. Es un yo que fácilmente pudo ser. Yo soy él. Y todo lo que él hace pude hacerlo yo, lo hice, lo habría hecho.

Y ahora lo hice. Lo hice. Y me gustó.

Y me odio.

# 71

No puedo enfrentarme conmigo mismo.

No es porque ella esté muerta. Ella quería morir. Ella está donde quiere estar. Es porque yo destruí su mundo. Le arrebaté su trabajo, sus amigos, su familia, todo lo que había en su vida, sólo por puro placer, y luego la manipulé para que se suicidara. Y una vez que visitó la vida del más allá, todo lo que ella había sido quedó atrás. Era igual que yo, quería morir otra vez, y otra, y otra… Y yo la manipulé, la controlé, le robé sus pensamientos, su razón, su yo… y me aseguré de que esta muerte sería su última muerte. Sólo para volver a sentir esa oleada de control.

Y —ni siquiera quiero pensar en ello, pero no puedo evitarlo— en ese lugar horrible, del otro lado, en la otra vida, hay otros de mis yo. Mis yo que pudieron ser. Mis yo que son diez veces peores de lo que soy ahora, que cometen actos más horribles que los que yo cometí aquí. Son asesinos, estoy seguro. Violadores. Dios sabe qué más. Y son todo lo que yo pude haber sido si las cosas hubiesen sido diferentes. No están desconectados de mí, no son otras personas. Son yo en otras circunstancias.

Oh, dios mío, ¿cómo puedo enfrentarme conmigo mismo? ¿Cómo puedo mirarme en el espejo, sabiendo que pude convertirme en todas esas cosas?

¡¿Cómo puedo vivir conmigo mismo sabiendo que soy todo lo que odio?!

# 72

Yo tengo la culpa.

Yo tengo la culpa de todo lo que pude haber hecho, de todo

lo que existe allá, más allá. Es parte de mí. Y yo tengo la culpa de eso. Tengo la culpa de todo. De todo.

Me odio.

Ayúdenme.

# 73

Han pasado dos días. Me quedé en la cama todo este tiempo, con las cortinas cerradas. No como, apenas bebo y sólo atravieso la sala cuando tengo ir al baño.

No puedo enfrentarme conmigo mismo.

Y entonces, de repente, siento la urgencia de abandonar la casa. De salir. De encontrar a otra mujer.

No puedo. No puedo. Otra vez no. Me acuesto sobre mis manos y entierro la cabeza en la almohada.

Oh, dios mío, soy un monstruo.

# 74

Han pasado dos semanas.

Al menos puedo caminar y pensar. Pensar es importante. Tal vez haya un modo de resolver esto conmigo mismo. Tal vez haya un modo de aprender a vivir con lo que soy.

No sé si es posible. Pienso que no. Pero al menos estoy pensando, y pensar es importante. Creo que finalmente lograré salir de esto.

# 75

El cuerpo de Sharon está comenzando a oler mal de verdad.

Lo meto en una gran bolsa de nylon que luego envuelvo varias veces, aseguro con cinta adhesiva y coloco en el altillo.

Me pregunto si debo guardarlo allí o deshacerme de él.

No. Lo guardaré. Valor sentimental.

Título original: “The Dark Side”

Traducido y publicado con autorización del autor
Traducción: Claudia De Bella © 2006.

**De todos los escritores que aparecen en esta “Actualización 17° Aniversario de Axxón”, Guy Hasson es el único extranjero que no debuta. Ya habíamos publicado su novela corta “La cría de Hatch” en el N° 163. Guy es israelí, aunque vive en Arizona, USA. Ha publicado los libros *Life: the Game*, *Hatchling* y *Hope for Utopia*, éste en formato electrónico. Sus historias cortas han aparecido en inglés, hebreo y alemán y ha ganado el premio Geffen concedido en Israel a la mejor historia corta de 2003 por “All-of-Me#”.**

# El olor a orina

## Eduardo J. Carletti

El chupasangre se le había aferrado en la pierna, le dolía y ya no lo soportaba más. La piel de su pierna era gruesa y peluda, algo malo si hay que arrancarse una criatura de diez centímetros de largo, gelatinosa y sin forma, cuya única parte rígida se ha hundido dos centímetros en la carne, entre esos pelos.

Wom'mo no era un simio, por más que lo pareciera. Era un hombre y tenía cosas en la cabeza. Su abuelo le había enseñado que los problemas se arreglaban si uno tenía ideas. Él las tenía, y las ideas lo habían convertido en un hombre fuerte a pesar de no serlo en su físico. Por eso podía cumplir su obligación de alimentar una familia —seis mujeres, diecisiete niños y ocho ancianos— aunque a veces estuviese así, como estaba ahora, extenuado después de recorrer esa senda de caza sin suerte y con ganas de volver.

Pero no podía dejar de luchar y presentarse con las manos vacías.

En la aldea había otros hombres con familias, pero ellos conseguían comida usando más los abultamientos en la carne de sus brazos y piernas que las ideas.

Más allá, yendo hacia el poniente, estaba el lago de fuego, rodeado de piedras que quemaban. Sus vecinos se horrorizaban al olerlo a la distancia; pero Wom'mo lo había explorado, primero junto a su abuelo y luego por su cuenta, y el lugar no sólo no lo había hechizado sino que le había aportado nuevas ideas.

Una de ellas era que los chupasangre se soltaban con el fuego. No podía acercarles fuego directo —en su aldea se usaba para mantener alejados a los dientudos y garrudos— porque el fuego se comía los pelos y dolía mucho; lo sabía por experiencia. Pero podía quemar el bicho con fuego robado a las piedras.

En el lago de fuego y en la ladera contigua había piedras ardientes. El lago de fuego se podía observar desde diez pasos, pero no menos. Más cerca la piel ardía de dolor, por más dura que fuera, y se quemaban los pelos de arriba de los ojos. No era fácil ni placentero acercarse a la ladera de fuego, pero Wom'mo conocía un lugar donde corría agua que surgía de las piedras. Cerca de este flujo, de por lo menos dos hombres de ancho en la época de lluvias, la pared se manteníalo bastante fría como para acercarse. A la

distancia de un brazo, nada más, la pared continuaba con ese brillo de fuego y su olor a espíritu del mal. Si apoyaba una rama seca en esa piedra refulgente el fuego se abrazaba a la rama y luego se dormía. Cuando el fuego dormía se volvía de color rojo y también quemaba, pero un poco menos. Y no se subía a los pelos.

Cuidándose del agua caliente y de no pisar las partes quebradizas del piso, que eran como una cáscara puesta por encima de un subsuelo donde corría el agua de fuego, apoyó una rama en la pared al rojo. El fuego se anidó en el extremo de la madera. Antes de que ese fuego robado se extinguiera —porque el fuego también tenía su momento para morir— lo apoyó en el chupasangre. El chupasangre se retorció, le produjo una punzada muy fuerte de dolor, y luego cayó.

Se había liberado de la causa, pero no de la molestia. Sería su compañera durante días.

El abuelo le había enseñado otra idea. Esa agua caliente del surtidor tenía olor a espíritu del mal pero no era mala: servía para curar. Para que no se le formaran gusanos —Balee'ya había muerto de eso, de un nido de gusanos que se le fue metiendo cada vez más adentro— dejó que la parte herida de su pierna rozara con el agua que fluía.

Dolor. Dientes apretados. Ninguno de los otros hombres con familia sería capaz de hacer eso. Wom'mo lo sabía.

Se retiró y se alejó unos sesenta pasos. Allí había rocas con una forma muy conveniente. Su sombra le gustaba para sentarse a descansar y dejar que las ideas se acomodaran, del mismo modo que todos los demás hombres —y él también— dejaban que la carne de un animal peludo se acomodara en su estómago. Se recostó contra la pared.

Era descanso para el cuerpo, pero no para la cabeza. Wom'mo sabía que las ideas se movían en su cabeza. A veces imaginaba que eran como las abejas, que zumbaban volando dando vueltas y vueltas y que a veces se posaban, y allí dejaban que las conociera y pudiese usarlas. Había conocido muchas ideas en su vida y la mayoría habían sido muy útiles.

Frente a él estaba el claro que limitaba con el lago de fuego y la pared de donde nacían el fuego y el agua. Los árboles no podían vivir allí. Incluso los que estaban sobre el borde se veían enfermos, con unas pocas hojas de color apagado y ramas retorcidas. Wom'mo sabía reconocer un árbol enfermo. En esa vista del lago podía observar muchas más cosas que cuando se movía por el bosque. Y cosas diferentes, como el agua de fuego fluyendo lenta como la miel

y tomando por momentos todo tipo de formas. Las cosas despertaban ideas, así que ése era un buen lugar.

Luego de trabajar con las ideas hasta que el dolor punzante de la herida cesó y los dolores en los bultos de su cuerpo, más suaves pero persistentes, aflojaron, vio una extraña columna de humo allá atrás, en el lado opuesto del lago de fuego, brotando de las espaldas de una gran roca. Wom'mo conocía el humo, y conocer sus formas lo había ayudado a sobrevivir cuando caían las lanzas de fuego del cielo y el bosque se incendiaba. Ese humo era diferente. Tendría que ir a ver…

Tenía que aprender qué era y por qué se producía.

Los otros hombres de la aldea no sólo no hubiesen ido a ese lugar con tanto fuego, sino que estarían dedicándose a buscar comida para su familia, sin pensar en otras cosas. Él había salido para eso, para buscar comida, pues todos los suyos —incluso él— estaban con dolor de panza de tanto comer raíces y vegetales. Si bien a veces tardaba algo más en volver con una pieza de caza al hombro, por lo general sus salidas no eran más largas que las de los otros. Wom'mo sabía muy bien que si tardaba demasiado podía perder a su familia. Podía ser porque las mujeres eligieran a otro hombre o porque otro hombre se apropiara de ellas, pero el resultado sería el mismo.

Wom'mo sabía medir muy bien el tiempo que le llevaba conseguir su presa, y esta vez iba atrasado. Pero además de la carne, él volvía a su hogar con otras presas, que nadie veía porque estaban encerradas en el panal de su cabeza. Si no alimentaba esa parte de sus deseos, Wom'mo sentía el mismo dolor —quizás no igual, pero no menos urgente— que el que sentía en la panza. La búsqueda en aquel humo le daría alguna idea —Wom'mo se decía que era como uno de esos frutos jugosos y dulces que juntaban las mujeres—, que le serviría para usar ahora o después.

Se dirigió hacia la columna de humo.

Apenas cien pasos después se dio cuenta de que no se había equivocado. El humo giró con el viento y alcanzó su nariz. Aunque el olor era muy raro, su panza se apretó como un puño. La panza sabía mejor que él si una cosa tenía olor para comer u olor para arrojarla. Ya lo sabían los hombres y niños que, urgidos por el dolor del hambre, pretendían comer algo que no era conveniente.

Dio un largo rodeo, porque en la dirección del olor el piso se calentaba. A cierta distancia pudo ver qué era: un chancho gordo había caído sobre las piedras. El fuego se estaba anidando en su carne, de la misma manera que lo hacía en las ramas.

Por el vapor que brotaba, Wom'mo comprendió que el chancho no se encendía del todo porque adentro tenía agua. Los hombres de la aldea se reían cuando él les decía que la sangre era casi toda agua. Había aprendido a no contar sus ideas a los hombres. Hablaba con los niños, les contaba sus ideas como cuentos, y había visto con alegría que algunos tenían algo que zumbaba en sus cabezas.

El olor de la carne con fuego era muy apetitoso. Wom'mo estudió la forma de llegar hasta ella, ya que estaba rodeada de piedras humeantes. Esas piedras no tenían ni el rojo ni el amarillo del fuego a la vista, pero él sabía que quemaban.

A pesar del cansancio que reaparecía en sus brazos y piernas, pues llevaba casi un día de caza y había caminado y trepado sin cesar por bosques y colinas, se encaminó a la arboleda. Estudió las ramas, eligió una por el color de la madera, saltó y se quedó un momento colgado de ella hasta que la quebró. Cayó de pie, la rama rozó su hombro pero no se hizo ningún daño. Wom'mo sabía que para eso tenía gruesos pelos en su cuerpo. Si hubiese sido tan suave como el chancho, la cáscara del árbol lo habría lastimado.

Despejó la rama de bifurcaciones y hojas. En la base, donde era más gruesa, brotaba en ángulo un tramo lateral, el muñón de una rama que había sido cortada, seguramente, por uno de esos bichos corta-ramas. La rama principal era recta y fuerte y el tocón del extremo se veía sólido. Estaba muy bien.

Buscó, explorando con las plantas de los pies, el máximo punto de acercamiento. Después de varias pruebas logró enganchar la rama en el cuerpo del chancho y despacio, despacio, un poco rodándolo y un poco arrastrándolo, logró acercarlo hacia él. El olor lo mareaba y su panza se retorcía de anhelo. Su cabeza rechazaba esa atracción —no era el olor conocido de ninguna comida— pero eso no evitaba que la panza se agitara por la expectativa.

Cuando estuvo al alcance de su mano, arrojó la rama, descansó un momento los bultos doloridos de sus brazos y luego atrapó una pata y empezó a tirar de ella. Cuando tuvo el animal suficientemente lejos del calor hiriente del terreno, se sentó a descansar y a estudiarlo.

La carne humeaba y tenía un color raro. Le habían brotado unas burbujas pequeñas y en algunas partes estaba negra por el fuego. Cuando acercó la mano, notó que la parte de arriba no estaba tan caliente. Vio que la unión entre la pata que había usado para arrastrarlo y el gordo cuerpo se había desgarrado. Eso era raro. La carne del chancho era muy fuerte y no se abría tan fácil.

En sus largos cabellos llevaba atada una concha filosa que usaba de herramienta y arma. La apoyó en el lomo y desprendió una lonja con facilidad. La observó. Tenía un color raro, pero el olor le decía a su panza que estaba muy apetitosa. Decidió probar. Si esa presa servía para comer y podía cargarla hasta la aldea, habría comida para tres familias.

El bocado liberó chorros de saliva en su boca. Estaba tibio, tierno y el gusto era muy bueno. La panza pidió más, pero Wom'mo sabía que era peligroso meter mucho más de esa carne en estado desconocido dentro de ella. Debía esperar un tiempo.

Pero no sería bueno quedarse allí. Aunque el camino recto de regreso era mucho más corto que el que había seguido en su merodeo de cazador, aún así tenía una larga jornada por delante. Y con el chancho cargado no sería nada fácil.

Meditó en la posibilidad de llevar sólo una parte, pero le vino a la cabeza la imagen de otros niños de la aldea mirando con ojos deseosos la comida de su familia y se dijo que no. Si había comida para más personas intentaría llevarlo todo, porque eso era bueno.

Quebró la rama en dos partes más o menos iguales, las ató por un extremo con unas lianas, colocó el chancho sobre la V que quedaba formada cerca del extremo atado, lo sujetó con más lianas y, dando la espalda al aparejo, se apoyó las ramas sobre los hombros. Podía arrastrarlo.

El avance era penoso, a veces debía soltar la carga y desengancharla de matorrales, rocas o troncos caídos en el bosque. Pero comprobó que llegaría antes de la noche. Casi muerto del cansancio, pero llegaría.

Necesitaba comer algo más. De hecho, los hombres siempre comían y bebían la sangre antes de cargar su presa hasta su hogar. Pero esta presa era algo rara y le preocupaba que le hiciera mal.

La debilidad le jugó la última mala pasada. El cansancio le nublaba la vista y seguramente los otros sentidos, así que no fue capaz de detectar al tigre que lo acechaba, que seguramente había percibido que el hombre estaba débil, porque los tigres difícilmente atacan a los hombres. O quizás los hijos de ese animal estaban moribundos de hambre y no tenía otra opción. Saltó sobre su espalda, le clavó las garras en el pecho y lo desgarró malamente. No hubo idea salvadora. La lucha los desbarrancó por un terraplén. El tigre debía pesar el triple que Wom'mo; quizás haya sido esa diferencia en la masa, o quizás el hecho de que estaba atrapando a su presa y el instinto de depredador le impedía soltarla cuando aún no la había dominado, pero algo hizo que el tigre cayera sobre un

tocón seco y filoso que surgía abruptamente del piso ahí abajo y quedara empalado en él. El tigre soltó su presa y quedó de lado, mirándolo con ojos vidriosos. Wom'mo quiso incorporarse pero cayó flojo como un animal muerto. La sangre corría por su pecho y empapaba el piso. Le empezaron a temblar las piernas y sintió mucho frío.

Sabía que se estaba muriendo.

Mientras los ojos se le nublaban igual que al tigre vio caer rocas por la ladera, y entre ellas una bien redonda que se deslizó por el terraplén a un metro de donde yacía. Ahí había dos troncos caídos muy juntos, rectos y lisos. La providencia quiso que la piedra redonda cayera justo entre los dos troncos. El suelo tenía una suave pendiente y la roca rodó con gran facilidad por ellos, siguiendo toda su longitud, y finalmente se quedó quieta.

Wom'mo moría desangrado, pero todavía pensaba. Ésa era una muy buena idea, se dijo. Vio en su cabeza un tronco ahuecado con el chancho ubicado encima y con piedras redondas debajo. Y se lo imaginó rodando por el piso del mismo modo que había rodado aquella roca. Y en los lugares donde el piso no estaba nivelado se lo podría llevar sobre una hilera de troncos alineados en paralelo, como los que había a su lado.

Era una muy buena idea. De esa manera sí hubiese llegado a su casa.

El olor a orina signaba la vida de la gente como Walter. El tren estaba pasado de olores. De orina y de personas sucias. Miró a su alrededor. Los ojos estaban apagados o mostraban desesperación. No viajaba tanta gente como cuando había trabajo. En esa época se olía a los otros a centímetros de la nariz de uno, porque se viajaba apretado como vacas. Pero ahora no era el mismo olor, el de los obreros que habían transpirado el día y volvían a casa cansados y doloridos: este olor era de miseria.

No todos los que olían así eran descuidados o sucios. El propio vagón tenía ese olor impregnado. Y las estaciones, y las calles de la ciudad. El agua, el jabón, incluso un lugar donde asearse, cuesta dinero como cualquier otra cosa. Y dinero no había. Ni para los descuidados ni para los que querían mantenerse limpios pero no podían. No todos sufrían las mismas carencias, no todos provenían de los mismos lugares e historias, pero los pasajeros de ese tren —y las personas de ese Gran Buenos Aires antes productivo

y efervescente de industria— cada vez se parecían más.

El tren se detuvo en la estación Flores. Bajaron decenas de hombres con carritos de cartonero. Vio un grupo en el andén, no esperando el tren, sino acodados en un mostrador, bebiendo y comiendo sánguches o empanadas. Muchos hombres de ésos salían a vender cualquier cosa en el tren o a juntar latas y cartones en la basura. Y todos decían: “bueno, cualquier cosa es mejor que robar”, pero muchos de esos hombres se detenían en esos bares de andén y se emborrachaban y comían, liquidando los pocos pesos que habían conseguido. La familia los esperaba en casa, hambrienta y deseosa de calmar todas sus carencias. Pero los veía llegar con las manos vacías.

Eso sí que era robar.

Walter tenía familia. Y su familia esperaba en casa, sufriendo todas las carencias y sobreviviendo con paciencia y resignación, como en tantos otros hogares. Y aunque no se sentía capaz de salir con un arma a robar, ni siquiera por necesidad, Walter pensaba a veces que si le dieran un arma para matar a alguno de los culpables de todo eso, sólo necesitaría una mirada a la mesa de su cocina, con todos sentados a su alrededor, esperando y rogando con los ojos, y entonces saldría con esa misma furia con la que salía a buscar trabajo y quizás podría hacerlo.

Le habían dicho que fuera a ver a Bernardo, un amigo de otras épocas que no había caído aún como él y como tantos. Bernardo tenía una consultoría técnica con clientes importantes. De segunda o tercera boca, le habían dicho que Bernardo lo recordaba bien, que alababa su capacidad técnica y que lamentaba no saber nada de él. No estaba seguro de que fuera así. Bernardo sabía, porque se lo habían contado, que Walter estaba en la ruina. Tenía su teléfono y podría haberse puesto en contacto. Walter sí lo había llamado y había chocado con la frialdad de un contestador. Un par de veces había dejado mensaje, sin ninguna respuesta.

La habían dicho que Bernardo estaba buscando un técnico. Él era ingeniero.

Antes de llegar a la terminal de Once, enseguida de pasar la estación Caballito, el tren comenzó a detenerse cada diez metros, para arrancar después de varios minutos de espera. Hasta que se detuvo y ya no se movió.

Esperaron media hora. Walter vio esfumarse la posibilidad de hallar salvación. La idea era encontrar a Bernardo “casualmente” donde le habían indicado que almorzaba. Había salido con tiempo de ventaja, como toda persona que viaja desde lejos en un

transporte público, pero el almuerzo de su amigo no podía durar más de una hora y el tiempo de ventaja se estaba acabando.

Walter sentía flojas las rodillas, primero porque se le escapaba una oportunidad y sería difícil que surgiera otra en mucho tiempo, y segundo porque estaba débil. Débil de hambre. Había comido la noche anterior, como desde semanas atrás, unas pocas verduras hervidas. En su casa sobrevivían con zapallitos, tomates y papas del cultivo casero de su mujer que, esforzada como tantas otras, ponía el hombro como podía. A veces le tocaba un poco de acelga, que según dicen tiene hierro. Pero ni hablar de carne. Ni siquiera huevos. La poca leche o queso que entraba a la casa la consumían los chicos. De vez en cuando una vecina les cambiaba verduras por unas frutas. Los duraznos del árbol de la casa se habían caído todavía pequeños porque estaban feos por dentro. La higuera tenía higos pero estaban verdes.

A la mañana había tomado unos mates. No comió pan porque había poco.

El tren no arrancaba y Walter no tenía muchas esperanzas. El ferrocarril, que se había privatizado años atrás, ya no daba ganancias y lo estaban abandonando de a poco. Los robos de metales despojaban a los vagones de ventanas, pasamanos, puertas, vidrios, luces y hasta elementos esenciales para el manejo y la seguridad.

No se hacía nada para mejorar la situación. El contrato de explotación obligaba a mantener una calidad pero las empresas decían que no podían, así que el gobierno les había permitido, por decreto, que bajaran la calidad de servicio. La calidad de servicio ya había descendido visiblemente por lo menos dos años antes, pero luego de ese decreto mucho más.

Habían accionado las palancas de emergencia y estaban abriendo las puertas. La gente comenzó a bajar, sobre todo los hombres. Ayudó a una mujer y descendió.

Caminó por las vías, buscando una salida. A esa altura del recorrido el tren circulaba por una trinchera bajo nivel, entre dos paredones de ladrillo. Cada tanto aparecía un puente que cruzaba sobre las vías y en esos lugares había escalerillas de hierro que permitían subir al nivel de la calle y salir. Pero en ese lugar no había ninguna a la vista.

Caminó. Más adelante había humo y no se veía si se había detenido otro tren. De la nube de humo surgía gente caminando, algunos corriendo.

Había demasiado humo. Vio la cola de un vagón, oyó gritos.

Notó que el vagón no estaba en su lugar: se había salido de la vía. Más adelante había más vagones, algunos cruzados y quebrados. Un descarrilamiento.

El olor era a carne asada, y muy fuerte. Vio llamas. Por primera vez oyó sirenas.

Los dos vagones delanteros estaban incendiados. La gente corría. Una señora lo agarró del brazo, luego se arrepintió y corrió hacia otro hombre. Esa mujer tenía una mirada terrible, de animal asustado, de animal lacerado, que le estrujó el corazón.



***Ilustración: Valeria Uccelli***

Diez metros más adelante supo por qué. Había otro tren y el primer vagón del que estaba descarrilado se había incrustado en su cola. Entre el olor a carne asada surgía uno más punzante, a plástico chamuscado. El fuego había corrido hacia atrás y hacia adelante por los trenes. El primer vagón estaba totalmente destruido. Parecía el esqueleto de un dinosaurio. Quedaban algunas maderas de la estructura, con unos cables colgando. Las chapas retorcidas estaban en el piso, del lado de afuera. En el suelo de cemento y metal de la base del vagón, plagado de cristales filosos de los tubos fluorescentes estallados, entre arroyos malolientes de plástico derretido de los revestimientos de enchapado plástico, caños de los pasamanos y marcos ennegrecidos de las ventanillas, se veían cuerpos. Nunca había visto algo así. Parecían costillares enteros arrojados sobre una parrilla. Las manos negras se aferraban a los fierros, las zapatillas se habían quemando y la goma formaba hilos como de muzzarella.

Tenían olor a asado.

Sintió el horror, y el dolor. Pero más que nada sintió una gran vergüenza. El estómago se le retorcía en respuesta a los olores y le pedía esa carne… como si fuera un animal. Una locura.

Miró los rieles que se perdían en la distancia. Alguna vez habían sido sinónimo de civilización.

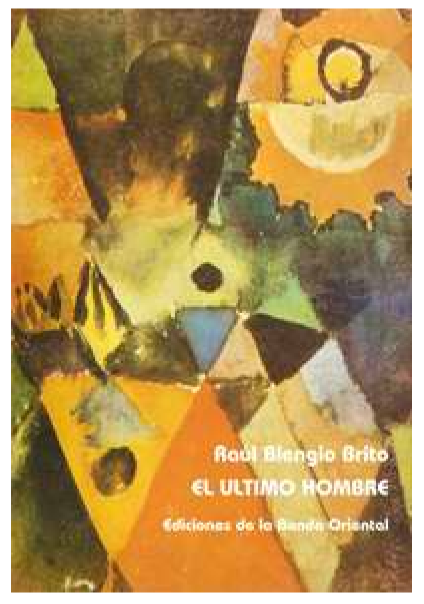
Se acercó y observó la carne cocida con un horror lacerante

aferrado a su garganta.

**Nada hay más legítimo y gratificante que celebrar el 17° aniversario de Axxón presentando a su creador y director en la faceta que ha tenido que postergar… justamente para que Axxón cumpla 17 años. Carletti, como escritor, nos ha entregado un puñado de obras a lo largo de veinte años. Muchas menos de las que hubiéramos querido leer, por lo menos desde mi punto de vista, porque escribe el tipo de ficción especulativa firmemente asentada en conocimientos científicos "reales" y planteada desde un humanismo crítico demoledor que a mí me gusta leer. Y aunque todo lo que hay en Axxón es, en mayor o menor medida Carletti, nada es más Carletti que lo que él mismo escribe. En Axxón hay otros diez cuentos con su sello: "El corte final" (3), "La Tripa de Dios" (12), "Al universo no le gusta" (20), "Defensa interna" (36), "En la escala" (36), "La máquina" (134), "Memorias" (142), "Sin nombre" (146), "Océano" (152), "Editor" (154).**

# Historia de la Ciencia Ficción Uruguaya (3)

**Pablo Dobrinin**




La novela que hoy nos ocupa es ***El Último hombre***, escrita en 1982 por Raúl Blengio Brito. Decíamos en "El Carácter político de la ciencia ficción uruguaya" que precisamente con esta obra se iniciaba una nueva etapa, ya que las utopías (como la de Piria y la de Terra Arocena) dejaban lugar, a partir de ahora, a futuros generalmente pesimistas.




***El último hombre***
Raúl Blengio Brito. *Narradores Uruguayos de Hoy (15), Ediciones de la Banda Oriental*, 98 páginas, Montevideo, 1982. Segunda edición 1987.

Se cuenta el destino del último hombre que queda en el planeta, aunque sin especificar las causas que llevaron a ese estado de cosas. “El Último” vive en una ciudad del futuro que funciona por puro automatismo y que no hace más que acentuar su propia soledad. La acción exterior es muy escasa, ya que no pasa de las vueltas que el protagonista da alrededor de una cama, tomar el desayuno, ir hasta la biblioteca, etc. En cambio, la acción interior es fundamental, y es la que va a ir pautando los distintos momentos de la novela. En base a un monólogo interior, que se destaca por su humor irónico, asistimos a una crítica demoledora de la sociedad humana con todo lo que tiene de inhumana y superficial. Hay también espacio para la especulación metafísica: la relatividad del tiempo analizada al promediar la novela podría interpretarse como un correlato de la futilidad de la sociedad y la vida humana.

La función cardinal principal de la obra está pautada por la posibilidad de comunicarse —previo contacto telefónico— con una mujer para promover una eventual reconstrucción del mundo. Esta instancia es la que pone al protagonista —que *“ya no se sentía Richard Mason, abogado, profesor, amante, frustrado, sino únicamente el Ultimo, el único, sin nadie o con nadie a quien defender, enseñar, amar, satisfacer”*— en la disyuntiva de abrirse hacia otro ser para posteriormente empezar de nuevo, o encerrarse definitivamente en

sí mismo. La resolución de este problema permite un final poético, contundente, efectivo y en todo acorde con el tono e intención del relato. La importancia de la acción de decidir queda subrayada por la presencia anterior del "decididor":

*"...¿se echaría de nuevo sobre la cama, postergando con su gesto el puntual recambio de las sábanas, o sería preferible tomar asiento en la silla multiuso-lavilisto-funcional?*

*Gruesas gotas de sudor empaparon su frente. Se le erizó la piel. Tomó con una la otra mano. Los riesgos del esfuerzo. La responsabilidad de adoptar por sí mismo decisiones. Tiempos difíciles todavía.*

El decididor llevólo de la mano dulcemente hasta la silla. Y el Ultimo se dejó caer de inmediato sobre su asiento ávido."

Los temas que se tocan son varios, la soledad, la *"comunicación-in"*, el aborto, la religión, el consumismo, el exterminio del hombre por el hombre, etc. Pero todos giran en torno a un tema central: el fracaso del hombre como ser social.

Blengio Brito utiliza el lenguaje con libertad, pero siempre dejando una llave al lector. Como un buen alfarero, modela la pieza entre sus manos sin permitir que se le desbarate. Podemos mencionar alternancia de primera y tercera persona, incorporación de fragmentos de periódico a la narración, juegos de palabras, neologismos creados a partir de palabras pegadas (*"escridormitorio"*, etc.), planteo de preguntas y análisis de posibles respuestas, retardos, etc. Después de leerla, es fácil admitir que el estilo empleado es el más conveniente para esta historia en particular.

La crítica (no especializada en CF) la recibió con frases como: "original por su tema", "un extraño relato", "estamos ante un fenómeno singular y revolucionario", y no reparó en elogios. Ciertamente, el aficionado —que sabe mucho más que los críticos— podrá reconocer en ella algunos tópicos y lugares comunes: la ciudad automatizada que sobrevive a sus habitantes, la llamada telefónica que recibe el —hasta ese momento— ultimo habitante del planeta, etc. Sin embargo, por encima de estos detalles, resalta el estilo, la capacidad incisiva del autor en los temas propuestos, así como la complejidad del personaje.

Es la única novela de cf. editada en nuestro país que logró dos ediciones, ambas agotadas. Además del mérito de la obra esto se debe a que la editorial trabaja con suscripciones.

Raúl Alfredo Blengio Brito nació en 1929 en Montevideo. Abogado, Licenciado en Letras. Ha publicado trabajos sobre Kafka, Joyce,

Herrera y Reissig, O'Neill y Feliberto Hernández. Escribió cuentos, poesías y dos obras de teatro, una de ellas ***Cuidado con los impuestos*** obtuvo una mención de la UNESCO en 1970. ***Sonetos irregulares*** fue premiada por la Intendencia Municipal de Montevideo en 1968.

**La próxima debería referirme a dos novelas de Tarik Carson: *Ganadores* y *Océanos de Néctar*. Sin embargo, voy a aprovechar la oportunidad no sólo para recordar las mismas, sino también para realizarle un homenaje a este extraordinario autor uruguayo que desde hace varias décadas vive y publica en Argentina. El homenaje incluirá su biografía, un repaso de todos sus libros, y una extensa entrevista. A todos los amigos, admiradores de este entrañable autor, o simplemente interesados en la buena literatura, los convoco para el próximo mes. Será algo especial.**

Ilustrado por el autor

# 1, 2, 3… Ansible en línea

**Sigrid Victoria Dueñas**



¿Qué es un Ansible? Es el sueño de todos los que han sufrido, teléfono en mano, la agonía de no establecer conexión. El anhelo de los que han enviado una carta que jamás llegó. La ilusión de aquellos a los que les ha rebotado un correo electrónico. Un Ansible es un aparato basado en la constante de simultaneidad, que permite la comunicación instantánea entre dos puntos del Espacio, así, con mayúscula. ¿Y dónde podría existir semejante maravilla, más que en la Ciencia Ficción? Qué lástima, ¿verdad?, que no haya algo así en la vida real. Pero te tengo una noticia: hace poco se ha hecho realidad… por tercera vez.





En mayo pasado, del 26 al 28, se celebró en la capital el Tercer Encuentro Teórico del Género Fantástico, Ansible 2006. Quizás eso no te diga nada, lo que sería una pena, porque el propósito de este evento es precisamente decir. Como el comunicador ansible, de la novela “Los desposeídos”, este encuentro trata de establecer contacto instantáneo entre dos puntos del espacio: los creadores del género fantástico y tú, el lector, el espectador; que adoras las novelas de vampiros, las películas de CF, los videojuegos de fantasía, los programas de horror… Y por tercer año consecutivo se ha logrado.

Los organizadores del Ansible, pertenecientes al Grupo de Creación del Género Fantástico “Espiral”, dedicaron esta edición a conmemorar el centenario del natalicio de los norteamericanos Robert Howard y Fredrick Brown, y el 70 aniversario del natalicio del cubano Miguel Collazo. Este año la Ciencia Ficción sufrió una pérdida importante con la muerte del escritor polaco Stanislav Lem, quien fue recordado en la ceremonia de apertura. Nuevamente, el Centro de Formación Literaria Onelio Jorge Cardoso le abrió las puertas al evento, en la esquina de 5ª y 20, en Miramar, Cuba.



Quizás todos esos nombres largos te asusten un poco y te hagan pensar en un encuentro para profesionales, pero no te dejes impresionar. Ya te lo dije, en el Ansible se trata de establecer comunicación. Cada conferencia, cada panel, estaba pensado para ti, no importa si eres un crítico del género o un aficionado. Los temas fueron muy variados: Ciencia Ficción; Fantasía heroica, clásica y gótica; Terror Fantástico; Cine y Fantástico; el Fantástico en los medios de difusión cubanos; Fantástico latinoamericano; El absurdo y lo maravilloso; Leyendas urbanas; Teoría narrativa del Fantástico; Política editorial y Fantástico; Enfoque de Género y Fantástico; y, por último, uno que interesaba especialmente a los organizadores: Talleres literarios del Género.

Sobre esos temas, los participantes desarrollaron conferencias y paneles, y de Argentina llegaron trabajos en pósters, del escritor Jorge Oscar Rossi. Las conferencias fueron muchas, alrededor de veinte en sólo tres días, con el público corriendo de un salón a otro para alternar entre ellas. Mientras en la mañana del primer día del encuentro, Yoss y Erick Mota especularon sobre las perspectivas futuras de la ciencia ficción contemporánea, la tarde refrescaría transitando por la fantasía heroica desde sus orígenes howartianos, pasando por el clásico Tolkien hasta la creación más criolla, el mundo de Sotreun de Michel Encinosa; el mismo Yoss, Javiher Gutierrez y Agustín de Rojas fueron sus conductores. Entre Unicornios y Seres feéricos cerraría la tarde en el salón 1, de la mano de Ingrid Pérez y Sigrid Victoria; mientras que las claves del

relato de horror se desentrañaban en el salón 2, con la participación de Miguel Bonera Miranda y Gerardo Chávez Spínola.



**Yoss y otros**

El segundo día hubo de todo. Un análisis exhaustivo del ET en la CF, que nos brindo Yoss en dos tandas (demasiada información para una sola… y le quedaron cosas por decir!), interesantes reflexiones sobre la obra de Mary Shelley, hechas por Sheila Padrón, y una visión muy cubana sobre los resortes y móviles de la ciencia ficción según Javiher Gutiérrez. La tarde continuaría con la siempre bien documentada y profunda intervención de Juan Pablo Noroña, en un análisis filosófico sobre las diferencias entre el pensamiento científico y el pensamiento artístico en cuyo punto de (des)encuentro se debate nuestro amado género; una clasificación de la creación de universos cubanos de literatura y rol, propuesta de Anabel Enríquez, y otras dos conferencias de CF: una sobre la factibilidad de la Psicohistoria del buen Asimov, desarrollada por Gabriel Gil e Inti Gutierrez, y otra donde Erick Mota reflexionaría sobre el narrador alienígena. En el otro salón, Lurima Estévez analizaba la perspectiva de género dentro del texto fantástico en la novela “La casa redonda” y Sigrid Victoria daba a conocer la ponencia de Eliete Lorenzo sobre transgresiones de los modelos clásicos por algunos autores de la literatura infantil universal y nacional.

La muestra de películas este año se limitó a La Novia Cadáver, de Tim Burton; y, en honor al fallecido Stanislav Lem, la cinta rusa

Solaris, para los consumidores más exigentes del género.

Los dos paneles, "Política Editorial y Fantástico" con invitados de la Casa Editora Abril, Arte y Literatura, Extramuros, y Cubaliteraria (Guaicán literario); y Talleres literarios de literatura fantástica, donde estuvieron representantes de casi todos los talleres que han existido en el país sobre el género, dieron de qué hablar: mucho y bueno. Igual que la exposición de cuentos ilustrados: verdadero arte colgando en las paredes del Salón de los Cronopios. Los expositores, Abel Ballester Zuaznábar, Istvan Bent Valdespino, Duchy Man Valderá y Roger Sánchez Fiol, ilustraron, con sus estilos inconfundibles, varios cuentos de autores cubanos y extranjeros de Perú (2), Argentina (5) y Chile (3).

El segundo día tuvo un toque sentimental, con el Homenaje a Creadores. Un reconocimiento a dos personas que se han destacado en el género: Esther Díaz Llanillo y Félix Mondéjar (F. Mond). En ese mismo espacio se lanzaron tres libros: "Entre Latidos", de la homenajeada Esther Díaz, "Precio Justo", premio Calendario 2004, del archiconocido Yoss, y la antología del género fantástico "Secretos del Futuro" , que el Grupo Espiral compiló con especial cuidado para su publicación en la editorial Sed de Belleza.



**Homenaje a Félix Mondéjar**

Ahora créeme, te hubiera encantado el tercer día. La mañana estuvo dedicada al fantástico en los medios audiovisuales cubanos. La actriz Teresita Rúa habló largamente de la radionovela fantástica (sí, con espadas y hechizos) "Conrad, la leyenda", recientemente

grabada en Radio Arte, con lo que dejó a todos pendientes de sus radios. Yoss creó expectativas con su adelanto de la primera película de CF cubana, “La noche de Caín” y, para los amantes del dibujo animado, el diseñador de personajes del videoclip “Piedras y Tanques” respondió preguntas y habló de futuros proyectos, como el programa Xdistante que ya es una realidad en nuestras pantallas. Aquellos que prefieren leer en formato digital, decididos a salvar los bosques usando poco papel, se dieron gusto con la presentación de los últimos números de los boletines Onírica, Qubit y Disparo en Red.

En la tarde se premiaron los dos concursos literarios convocados en el marco del evento: la cuarta edición del Premio “miNatura 2006”, para cuento ultracorto, y el III Concurso de creación literaria del género fantástico “Arena 2006”, para cuento corto de hasta 5 cuartillas. El Arena tuvo este año como jurados a los escritores José Miguel Sánchez (Yoss), Félix Mondéjar (F.Mond) y Agustín de Rojas, quienes otorgaron el Premio a José Martín Díaz Díaz, por una narración conmovedora titulada “Minucia”, y las dos menciones recayeron en el dueto, ya asiduo, de Jesús Minsal Díaz - Eric Flores Taylor por “Aventura”; y “Desastres S.L”, de Jorge C. Oliva Espinosa.

Por su parte, el jurado del miNatura, constituido por los escritores Ricardo Acevedo (Editor jefe del fanzine), Raydel Bolívar y Pilar Pulido, decidió entregar el premio a la cubana Polina Martínez Shvietsova, por su cuento “El mensajero”. El Premio de la Popularidad, que también convoca este concurso, fue concedido en esta ocasión por el público a Héctor Ricardo Zabala, de Argentina, por su texto “Cuento invisible” . La lectura de los cuentos ganadores y unas palabras informales terminaron el evento por este año.



**Panel de editores**

Así que ya sabes, la comunicación instantánea existe. No utiliza ondas de radio, ni ninguna forma convencional de energía. El principio de funcionamiento es la constante de simultaneidad. El Ansible es simultáneo a tus intereses.

Ilustrado por Valeria Uccelli
Axxón 166 - septiembre de 2006

# Entrevista con Bruce Sterling

**Equipo Axxón**



**Axxón:** ¿Cuánto se parece y cuánto se diferencia el mundo cyberpunk de computadoras insertas en la vida personal, redes de conexión entre personas e implantes electrónicos que se imaginaban usted y otros autores al momento de surgir el movimiento y el que ahora vivimos? ¿Nos puede marcar algunos ítems clave en los que los panoramas se asemejan mucho y otros en los que se diferencian?



**Bruce Sterling:** Bueno, nunca existió un solo "mundo cyberpunk computarizado". Por ejemplo, siempre pensé que Pat Cadigan tenía un "mundo cyberpunk computarizado" verdaderamente interesante y único, donde la gente usa las computadoras para explorar los paisajes psíquicos mutuos. Desde luego, ni remotamente ha ocurrido nada de eso en la vida real, pero el libro *Mindplayers* de Pat tiene material muy bueno y visionario en términos de ciencia ficción..

El clásico tema ciberpunk de los implantes electrónicos no tiene relevancia. Ni siquiera el implante de un diminuto chip de

identificación por radiofrecuencia tiene el menor sentido como tecnología del mundo real. No es práctico tener un equipo de computación subcutáneo que interactúe directamene con la carne humana, que es húmeda y salada. La maquinaria se deteriora demasiado rápido como para mantenerse dentro de un cuerpo, un cuerpo humano que puede vivir ochenta años. Los implantes tienen sentido como metáfora literaria. Como tecnología, son un fiasco.

Otra apuesta fallida del cyberpunk fueron las corporaciones feudales donde la gente sentía una devoción fanática y de por vida hacia sus empleadores corporativos. Ese modelo japonés de desarrollo cultural ni siquiera funcionó en Japón. Las corporaciones no son más fuertes que las naciones. Las corporaciones son frágiles y débiles. Los inversores y accionistas son mucho más fuertes que las corporaciones.

Una cosa donde el cyberpunk dio muy bien en la tecla fue en que las naciones-estado entrarían en decadencia. Hoy en día, verdaderamente, las naciones-estado se encuentran en peligroso retroceso. Cada vez hay más regiones del mundo donde la ley y el orden han fracasado casi por completo y donde la vida es siniestra y no vale nada. En aquel momento, la gente se quejaba de que el cyberpunk tenía una imagen oscura del futuro, pero es difícil encontrar una obra cyberpunk alguna vez publicada que sea tan oscura como lo es Irak actualmente. Más bien se está demostrando que nuestra obra era demasiado alegre y optimista comparada con el mundo de hoy.

**Axxón:** El año pasado se editó en español *Schismatrix*, veinte años después de su publicación original. En esa novela usted exhibe una variedad deslumbrante de registros y percepciones y se atreve a crear futuros de sorprendente complejidad. ¿Usted se sigue representando el mañana con la misma orientación especulativa o conjetura que los últimos veinte años, que modificaron la realidad a su capricho, han disparado las variables en otra dirección?

**Bruce Sterling:** Nunca he sido un determinista histórico. Trato de forjar escenarios plausibles que puedan expandir los parámetros de pensamiento de la gente. No se puede predecir el futuro, pero se puede expandir la aptitud de la gente para interpretar lo que podría ocurrir, o lo que ocurrió, o lo que está ocurriendo ahora.

Esa es una de las razones por las que me gusta escribir obras ubicadas en el pasado tanto como en el futuro. No existe un único futuro prescripto y tampoco existe un único “pasado” prescripto.

Se podría escribir una novela especulativa sobre los Conquistadores

desde el punto de vista de Montezuma, o de Cortez, o de Malinche. Esas tres obras, ambientadas en el mismo momento histórico, difícilmente tendrían una sola palabra o idea en común. Malinche, que era intérprete, podría tener una especie de postura intermedia, pero puedo garantizar que Malinche tenía muy poca idea de lo que realmente estaba pasando con la Conquista de México. Lo último que ella esperaba en el mundo era convertirse en la amante de un invasor blanco que tenía un arma y un caballo. Estoy seguro de que ella lo consideraba de una originalidad deslumbrante y de una complejidad asombrosa.

**Axxón:** En su universo de una Humanidad dividida en Formadores y Mecanicistas, ambas formas de evolución suenan muy plausibles. ¿En su pensamiento particular, no tanto como autor sino como persona con conocimientos sociales, técnicos y científicos, cuál forma de modificar el Ser Humano cree que es más plausible que aparezca en poco tiempo? Y de aparecer ambas y existir esa división, ¿cree usted que alguna de las dos lograría imponerse como preponderante?

**Bruce Sterling:** Me inclinaría por que las modificaciones genéticas se llevarán las palmas. Hoy en día existen algunas prótesis muy interesantes, pero no creo que los aditivos mecánicos tengan una real posibilidad de modificar seriamente a las personas de modo permanente e irrevocable. Pero las hormonas, el comportamiento neural, el estado de ánimo, el metabolismo, los procesos de envejecimiento… todas esas cosas verdaderamente definen a la humanidad. Son centrales para nuestra existencia.

**Axxón:** ¿Hasta qué punto cree usted en que una literatura que propone conjeturas extremas y a veces revolucionarias acerca de la sociedad y los efectos del desarrollo científico y tecnológico sobre las criaturas que habitan este planeta puede ejercer una incidencia concreta e influir en las decisiones de los que detentan el poder? ¿Cree que llegará un día en el que la situación pueda llegar a ser tan dramática que el Comité de Naciones Poderosas para salvar el Planeta diga: “usted, Sterling (Mieville o Bisson), qué propuestas concretas puede llegar a hacer, ya que se ha pasado la vida tratando de decirnos como sería el futuro?

**Bruce Sterling:** Bueno, si yo tuviera poder, me vendría bien escuchar a los visionarios, pero ciertamente no les otorgaría poder ejecutivo a los futuristas ni a los escritores de ciencia ficción. Newt Gingrich, ex-legislador norteamericano, es escritor de ciencia ficción. Es un político horrendo, con ideas espantosas en cuanto a

cómo debería ser el futuro. El tipo fue un desastre político.

Desde que escribí mi novela sobre una catástrofe de invernadero, *Heavy Weather,* a principios de los ´90, estoy realmente preocupado por el Efecto Invernadero. Conozco mucho del tema. Supongamos que de verdad se produce un desastre de invernadero y que todo se va al demonio. ¿A la gente importante le interesará lo que yo pensé sobre el tema? Tal vez. Me pondrían en una especie de comité asesor. Si la situación fuera lo bastante mala, hasta podrían enrolarme en el servicio militar.

Pero no me van a nombrar Secretario de Energía ni me van a dar poder que para reforme la industria de los combustibles fósiles. Nunca voy a firmar presupuestos ni a dirigir trabajos de rescate de emergencia. Cualquier propuesta específica de planes de acción que yo hiciera tendría que abrirse paso a través de la estructura política, económica e industrial del mundo real.

Por lo tanto, si meto la mano en mi bolsa mágica de trucos de ciencia ficción y digo: "¡Miren, aquí tengo la fusión fría y de verdad funciona!", alguien tendría que diseñar dispositivos de fusión fría, y aplicarlos, e introducir la propuesta en la industria pesada de consumo masivo. Las grandes ideas y las grandes visiones de sucesos futuros plausibles no convierten a la gente en detentadores del poder. La gente detenta el poder después de procesos que llevan su tiempo, tales como formar redes de aliados, reunir muchos subordinados de confianza, demostrar capacidad administrativa en circunstancias dramáticas, exhibir una aptitud para actuar como un operador honesto entre grupos de interés competitivos y tener una gran habilidad para repartir el botín y para pacificar a los rivales… esa clase de cosas. Yo lo entiendo. Eso no significa que pueda HACERLO. No QUERRÍA hacerlo. Porque he visto cómo lo tergiversan.

Einstein, Oppenheimer y Vannevar Bush sabían que se podía construir una bomba atómica. Los escritores de ciencia ficción también lo sabían. Era una idea extrema, visionaria, con implicancias de largo alcance, revolucionarias. Los científicos hicieron una propuesta específica a la estructura del poder. La bomba apareció en la vida real y transformó al mundo, pero los visionarios no se convirtieron en Presidentes. En realidad, no había ninguna necesidad de que lo hicieran. No habría ayudado en nada

**Axxón:** Cuando habló de escribir una novela especulativa sobre los conquistadores del nuevo mundo desde el punto de vista de Montezuma, o de Cortez, o de Malinche, ¿significa que se ha

interesado por las culturas precolombinas? Si es así, ¿está entre sus proyectos desarrollar alguna historia localizada en ese contexto o en realidad el ejemplo sólo apuntaba a la diversidad de puntos de vista en una misma ficción?

**Bruce Sterling:** Bueno, yo soy de Texas. Por supuesto que estoy interesado en México. No tengo planeado escribir ninguna ficción histórica sobre los aztecas, pero no dudo que podría hacerlo.

Un desafío verdaderamente interesante sería escribir sobre el México actual desde el punto de vista de un azteca.

**Axxón:** Usted ya hizo mención a *Heavy Weather* (1994) y el tema del calentamiento global. En *Holy Fire* (1996) el poder está en manos de una gerontocracia interesada en el desarrollo de una tecnología médica que permita prolongar la vida mientras que los jóvenes están condenados a la marginación. Pero en su novela más reciente conocida en español, Distraction (1998), parece haber dado un golpe de timón a sus planteos y enfoques con respecto a algunos aspectos de sus obras anteriores, utilizando recursos de la sátira y tomándose las catástrofes con cierto humor. ¿Es así? Y en ese caso, ¿*Zeitgeist* (2000) y *The Zenith Angle* (2004) tienen características similares o regresan al sendero distópico?

**Bruce Sterling:** Nunca he tenido ningún interés por la distopía. Viví en el sur de la India, rodeado de millones de personas sumidas en la pobreza extrema y generalmente afectadas por enfermedades. Creo que nunca leí una "distopía" de ciencia ficción que fuera tan distópica como esa experiencia de la vida real… y sin embargo, no era irremediable. La vida en el sur de la India ha estado mejorando constantemente. El pueblo de la India nunca tuvo un mejor control de su destino que el que posee ahora. Viví allí lo suficiente como para albergar sentimientos patrióticos hacia la India. Me siento verdaderamente orgulloso de ellos.

Y por supuesto que la vida es graciosa. Hasta una vida horrible es graciosa. La gente solía hacer chistes en los campos de concentración. La gente no sobrevive a las catástrofes a fuerza de sobriedad y morbo. Sobrevive a las catástrofes comprendiendo que la vida posee aspectos catastróficos que le son inherentes. Nacer, por ejemplo. ¿Cuántas probabilidades hay en contra de eso? En algún sentido, nacer y comenzar a existir es una especie de calamidad cómica definitiva.

**Axxón:** En proporción al número de novelas que escribió sus cuentos no son tantos, y muchos de ellos fueron escritos en

colaboración con Gibson, Shiner, Rucker, Di Filippo, Kessel. ¿Puede hablarnos de las dos experiencias, escribir cuentos y escribirlos en colaboración con otros?

**Bruce Sterling:** Siempre desearía poder escribir más cuentos cortos. Tengo docenas de ideas, pero es difícil encontrar tiempo para hacerlo. Con mucha frecuencia, me resulta útil buscar a alguien que me pueda ayudar.

Últimamente la gente ha comenzado a quejarse de que estoy escribiendo cuentos que no parecen de Bruce Sterling. Pienso que esa es una señal saludable.

**Axxón:** En algún momento William Gibson fue parte de un "Think Tank" de diversos especialistas, artistas y pensadores a quienes que se les encargó definir los escenarios posibles en el mundo futuro. Tengo una vaga idea de que usted también estaba, pero no estoy seguro. Si estuvo allí, o si estuvo sólo Gibson pero usted sabe algo, qué conclusiones (interesantes o no desde la visión de alguien de nuestro género) surgieron de ese "Think Tank".

**Bruce Sterling:** He participado en docenas de "Think Tanks", literalmente. Involucrarme en escenarios futuristas me ha sido de gran utilidad. Cuando estaba en la facultad de diseño pasaba mucho tiempo enseñando técnicas futuristas a los estudiantes de diseño.

Si realmente están interesados, les recomendaría un libro llamado *The Art of the Long View*, de Peter Schwartz. El futurismo tiene alguna relación con la ciencia ficción, pero no es literario.

**Axxón:** Usted ha avanzado con sus novelas y cuentos hasta forzar los límites de la ciencia ficción. Otros escritores han hecho algo parecido en otras direcciones. ¿Qué opinión le merecen los intentos de modificar las pautas mismas del género hasta hacerse irreconocibles, como podría ser el caso de Kurt Vonnegut o Christopher Priest o Stanislaw Lem? Por otra parte, y en cierto modo relacionándose con esto, ¿que siente ante la ciencia ficción embozada o incluso negada de Margaret Atwood, Philip Roth, Michel Houellebecq o Kazuo Ishiguro?

**Bruce Sterling:** Yo solía preocuparme mucho por este tema, pero ahora siento que, si bien es importante, es responsabilidad de otros.

**Axxón:** En el año 2000, usted puso en marcha el Movimiento Viridiano, un Proyecto en el que se proclama el fin de la posmodernidad, la necesidad de nuevas ideas tras el fracaso de las

izquierdas y la falta de propuestas, tanto de éstas como de la derecha, que parece controlarlo todo. ¿En qué punto está ahora esa iniciativa? ¿Piensa que en alguna medida usted y los que lo acompañan han logrado instalar algunas ideas positivas para contrarrestar el desaliento de estos tiempos sombríos?

**Bruce Sterling:** En lo referente al cambio climático, el ánimo sombrío y desesperanzado no te salvará del desastre. Las tormentas y la elevación de las aguas destruirán tu casa. No importa si tienes ideas positivas o negativas: cuando el dique se rompe, tienes que mudarte. No es un asunto ideológico. Es un asunto práctico. Los ideólogos de derecha también tienen casas que se derrumban, igual que los de izquierda.

¿Quieres que se rompan más diques o menos diques? ¿Te gustaría que los pobladores del sur de Argentina se quemaran la piel y quedaran ciegos por los agujeros en la capa de ozono, o preferirías que no se quemaran ni quedaran ciegos? Esa es la decisión. ¿Qué tiene que ver con todo eso el hecho de sentirse desesperanzado? No mucho.

La esperanza bien entendida no significa que el mundo cambie y se vuelva perfectamente gratificante para ti. Tener esperanza significa que uno entiende que lo que está haciendo tiene sentido y que aparenta ser un curso de acción adecuado. Soy escritor y periodista. Se supone que debo comprender los temas más crípticos y explicárselos a la gente de tal manera que les resulten más claros. Algunas ideas de Viridian son profundas y útiles y otras son confusas y tontas, pero yo me empeño en difundirlas. Y sí, se difunden.

**Axxón:** Usted ha vivido en la India y ha estado en contacto con otras realidades, confiesa leer a escritores de ese país, de Turquía, europeos y participa en foros multinacionales. ¿Cuál es su visión, si tiene opinión formada, de lo que se intenta hacer en América Latina en materia de literatura especulativa? ¿Cree que es posible que alguna vez el mercado norteamericano, aunque sea en pequeña escala, se haga receptivo a lo que se escribe fuera de su área lingüística?

**Bruce Sterling:** Siempre es interesante ver cuáles son las obras que logran saltar la barrera de la traducción.

De la mayoría de los escritores extranjeros que conozco, los que parecen muy ansiosos por que los lean en EE.UU. no quieren hablarles a los lectores norteamericanos. No les interesa la sociedad norteamericana per se. En su mayor parte, solamente quieren entrar

de alguna manera mágica en un mercado literario verdaderamente grande, global, en donde hay cierta posibilidad de que les paguen por su trabajo.

Esos escritores no se sientan y dicen “Hoy voy a escribir algo que un extranjero tendría que leer… algo que realmente les importe a esos extranjeros, algo que sea crucial para su bienestar”. Si intentaran hacerlo, tendrían que “entender” a esos extranjeros calbalmente, leer sus libros, mirar sus películas, incluso hasta casarse con alguno de ellos. Hay muy pocos escritores con esa ambición. Quieren que el mundo repare en ellos y en lo maravilloso que hacen. No quieren perjudicar su ecuanimidad y enterarse de que el mundo está lleno de miles de millones de personas que no tienen ningún buen motivo para leerlos.

El mercado literario de América Latina tiene muchos problemas, incluso, con su “propia” zona lingüística; por ejemplo, es difícil encontrar escritores brasileros que estén seriamente interesados en los escritores mexicanos. Si hubiera un solo mercado literario Latinoamericano, un mercado unificado, ustedes estarían entre los escritores más ricos y más leídos del mundo. Comparados con los noruegos, los daneses o los checos, son una enorme zona lingüística.

La gente de todo el mundo mira culebrones brasileros y mexicanos. No los miran porque son brasileros o mexicanos. Nadie está corriendo de aquí para allá para tratar de hacer que los televidentes de todo el globo sean “más receptivos” con la TV mexicana. Todos miran TV mexicana porque allí hacen lo mismo que en todos los demás culebrones, pero lo hacen, de alguna manera, todavía más “aculebrado”.

**Axxón:** Junto con el agradecimiento por haberse prestado a los requerimientos de Axxón le pedimos una reflexión final, sobre literatura, sociedad, universo, o lo que usted considere adecuado.

**Bruce Sterling:** Todos los días son un regalo.

Entrevista de “Equipo Axxón”: Claudia De Bella, Eduardo J. Carletti y Sergio Gaut vel Hartman.

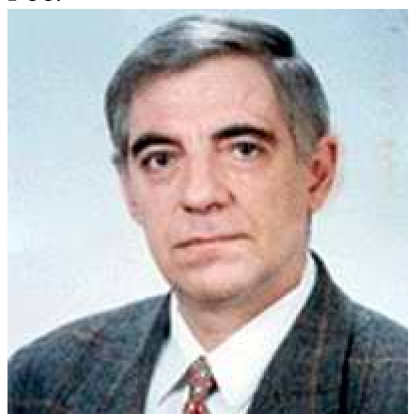
Ilustrado por Valeria Uccelli
Axxón 166 - septiembre de 2006

# El desarrollo de la Ciencia Ficción y la Fantasía en Bulgaria

**Khristo D. Poshtakov**



El primer libro de ciencia ficción que apareció en Bulgaria fue editado en el 1880. Se trataba de *La vuelta al mundo en 80 días*, de Julio Verne. Veinticinco años después ya había sido editada la mayoría de los libros de este autor, además de los de Herbert G. Wells, Andre Lory, Mora Yokay, Edward Belamy, Jonatan Swift, Paolo Montegazi y otros escritores dedicados al género. Poco más tarde se editaron las obras fantásticas de Jack London y Edgar Allan Poe.



El primer relato de ciencia ficción búlgara fue escrito en 1899 por Ivan Vazov y su título era “El último día del siglo XX”. En éste se describe un paseo del rey búlgaro por la ciudad de Sofía (la capital

de Bulgaria) que en el futuro llegaría a tener una población "enorme": ¡350.000 habitantes! Sofía, en la ficción, se desarrollaría muchísimo y mostraría edificios imponentes y bellos palacios, calles pavimentadas y hermosos jardines. Las conversaciones de larga distancia desde el palacio real se realizarían mediante el "fonógrafo", los carros se moverían impulsados por máquinas de vapor. En lo único que el autor estuvo acertado fue en predecir el regreso de la monarquía, ya que el partido realista ganó las elecciones en el 2001 y el rey búlgaro Simeón, exiliado en España, adonde había sido expulsado en 1948 (es primo del rey Juan Carlos de España), regresó para ocupar el cargo de jefe del Estado.

La primera novela de ciencia ficción fue escrita por Ilia Iovchev y editada en el año 1900. Su título era *Una mirada al progreso actual y futuro con los ojos de los descendientes*.

"Argus" fue la primera editorial no sólo en Bulgaria, sino en el mundo, destinada específicamente a la edición de libros de ciencia ficción y fantasía. Fue fundada en 1922 por los escritores Svetoslav Minkov y Vladimir Polianov. Lamentablemente la editorial no pudo cumplir su objetivo ya que sólo se llegaron a editar dos libros y después quebró. Sin embargo, el hecho de su existencia quedo vigente y marcó el género en el país. Setenta años después, en 1992, se fundo la nueva editorial "Argus", que aún existe en la actualidad.

El desarrollo de la ciencia ficción y fantasía búlgara se puede dividir en tres períodos: de 1899 a 1939, de 1956 a 1989 y de 1989-1990 hasta hoy. En correspondencia con estos tres períodos, los críticos búlgaros consideran que los escritores de ciencia ficción y fantasía del país pueden agruparse en "precursores", "clásicos" y "jóvenes".

Del primer período, que llega hasta el inicio de la Segunda Guerra Mundial, se pueden destacar Svetoslav Minkov y Vladimir Polianov, quienes desarrollaron el género "fantasía diabólica" . La ciencia ficción propiamente dicha está representada por Georgui Iliev, autor de dos novelas, y Emil Koralov, que escribió treinta y tres. En este período, el escritor clásico Elin Pelin escribió dos novelas fantásticas destinadas a los niños. Es interesante remarcar que los libros de Minkov y Pelin fueron reeditados con frecuencia hasta el año 2000, y quizás se reeditarán en el futuro, tal vez porque para la fantasía y la fantasía diabólica el tiempo no significa nada.

Gueorgui Iliev y Emil Koralov, cuyos libros de ciencia ficción parecen actualmente bastante naïf y ridículos, en su tiempo tenían muchos lectores y se destacaban por encima de otros escritores de menor o ninguna importancia.

El segundo período comienza al terminar la Segunda Guerra Mundial y llega hasta 1989, al finalizar el régimen comunista establecido por las tropas soviéticas el 9 de septiembre de 1944.

A partir de 1948 se estableció en Bulgaria la nueva “Unión de los escritores”. Para ser aceptado en ella era imprescindible hacer gala de ideología marxista y el presidente de la entidad estaba obligado a ser miembro del Comité central del partido comunista búlgaro. Mientras que los que quedaron afuera de la “unión” sólo podían soñar con que se les editara un libro, los afiliados obtenían muchos privilegios, por lo que no existe una relación directa entre la calidad y el número de libros publicados en ese lapso. Esta es la razón principal por la que la mayoría de los libros de distintos géneros que se editaron en este período no tienen mayor trascendencia, con excepción de los de Dimitar Dimov, Anton Donchev, Yordan Radichkov, Pavel Vejinov, y unos pocos más. Estos libros tenían un buen nivel, pero se trata de obras referidas a temas históricos y aunque no han perdido su valor no pertenecen al género.

Después de la muerte de Stalin en 1953, el régimen totalitario en la Unión Soviética aflojó su presión y, a los pocos años, en Bulgaria ocurrió otro tanto. En la Unión Soviética aparecieron los primeros libros de la “nueva” ciencia ficción, resucitada después de un largo silencio, y esos mismos libros se vendieron en las librerías rusas de Bulgaria (en aquel tiempo para cada búlgaro era obligatorio estudiar y saber la lengua rusa y las librerías rusas abundaban en todas las ciudades). Debo que señalar que en cierto momento (hasta 1956) la edición de obras de ciencia ficción estaba prohibida en Bulgaria porque no se la consideraba como una literatura seria y también porque no solía coincidir con los cánones de la ideología marxista. Pero los escritores rusos de ciencia ficción escaparon de esta prohibición, de modo de que comenzaron a escribir libros donde se describían las armas y maquinas soviéticas de alta tecnología capaces de exterminar totalmente al capitalismo, o novelas donde se describía la victoria definitiva del comunismo en Marte u otro planeta, o libros destinados a la difusión de la ideología marxista por toda la Galaxia como sistema universal.

Por lo tanto, debe considerarse casi un milagro que en este período aparecieran libros de ciencia ficción de los escritores rusos Alexander Belyaev e Iván Efremov, que para aquellos tiempos tenían una calidad más que respetable, hasta el punto de que algunos de ellos no han perdido vigencia.

En el 1956 en Bulgaria se editó el primer libro de ciencia ficción búlgara posterior a la Segunda Guerra Mundial, rompiendo un silencio que duró dieciocho años. El autor era Bojidar Bijilov, quien

por aquel tiempo tenía una fuerte posición en la “Unión de los escritores”. El título del libro era *Viaje de un cohete búlgaro a la Luna* y el contenido puede considerarse bastante deplorable, ya que presentaba un cruce entre la peor ciencia ficción soviética y una pobre imitación del conocido libro de Julio Verne. Pero no puede ocultarse que esta novela fue el primer pájaro que voló sobre el horizonte de la ciencia ficción búlgara desde la finalización de la Guerra. En 1958 aparecieron *El hombre atómico,* de Liuben Dilov (secretario de la UE) y *La lagartija de los hielos,* de Petar Bobev (miembro de la UE). Para su tiempo, estos libros tenían una calidad satisfactoria. Liuben Dilov demostró que era un escritor de ciencia ficción muy fecundo y hasta 2003 escribió veintiocho novelas de ciencia y ficción. Su mérito es que, desde su posición de secretario de la UE, cargo que detentó hasta los años de 80, logró un aflojamiento parcial del control ideológico marxista y de la censura que imperaba en cada una de las editoriales, aunque no pudo eliminarla por completo. Su novela *El camino de Ikar* se editó en dieciséis países, incluso en Japón. Actualmente —tiene 80 años, está enfermo y dejó de escribir— se lo considera como el patriarca de la ciencia ficción búlgara del Segundo período.

En 1968 el magnifico escritor Pavel Vejinov escribió una novela a caballo entre la ciencia ficción y la fantasía llamada *Las mariposas azules,* una obra que también adquirió rápidamente la condición de novela clásica del género en Bulgaria. Lo mismo que la obra de Dilov, fue traducida y editada en muchos países, incluso en Francia. Pavel Vejinov escribió después otros cinco libros de ciencia ficción, pero no logró superar al primero. Antes de su muerte se hicieron tres películas basadas en sus obras.

En 1976 se editaron libros de Vesela Liutzkanova, *Los cloningos*, y Velichka Nastradinova, *Mi abuela, la bruja*, de respetable calidad, lo que les valió ser traducidos al ruso, polaco y checo. Debe señalarse que estas dos escritoras también ocupaban posiciones importantes dentro de la “UE”.

En 1968, la editorial “Mir” soviética comenzó la edición de la serie “Ficción del extranjero”, que incluía obras de ciencia ficción de autores de distintos países, en su mayoría de Estados Unidos. En aquellos tiempos el lector aficionado al género se volvió loco por comprar estos libros que se vendían en pequeñas cantidades. No obstante, la ideología comunista dominante en la época no permitía la edición de libros antiutópicos (que podían perjudicar a la ideología marxista) o libros donde se describían modelos de futuro divergentes de la ortodoxia o guerras en el espacio, fantasía y terror. Se editaba preferentemente ciencia ficción “dura y científica”. Como

un satélite fiel, Bulgaria siguió el nuevo ejemplo ruso y las editoriales búlgaras comenzaron a editar los libros que se adecuaban al perfil ideológico aceptado, como los libros de Isaac Asimov (*Yo robot*), Artur C. Clarke y Ray Bradbury. *Fahrenheit 451* se mostraba como un ejemplo de cuál podía ser el futuro si el capitalismo permanecía como sistema social dominante. Se comenzaron a editar los libros de Stanislaw Lem (*Solaris*) y de los hermanos Arkadi y Boris Strugatski (*Es difícil ser Dios*). Los libros de los hermanos Strugatski estaban escritos de un modo muy interesante y parecían liberados de los dogmas y trabas ideológicas o tal vez habían inventado un método para eludirlas. Los aficionados al género en Rusia y Bulgaria ya habían comenzado a traducir libros que habían pasado a través de la "cortina de hierro" y dichos manuscritos se copiaban de una manera primitiva y pasaban de mano a mano. En los años setenta el régimen comunista búlgaro siguió liberalizándose, en un proceso al margen de la rebelión anticomunista de Checoslovaquia en 1968, gracias a lo cual en 1979 apareció "Galáctica", la primera editorial dedicada exclusivamente a la ciencia ficción extranjera. Se comenzó una edición mensual de libros de escritores de Francia, Inglaterra, Alemania, Italia, Japón, Estados Unidos y, por supuesto, de todos países satélites del bloque soviético. Sin embargo, con excepción de Jorge Luis Borges, los escritores de América Latina y España permanecieron desconocidos y el autor de este artículo puede decir que sigue siendo así hasta ahora. Es una lástima que buena parte de los escritores del mundo sigan siendo ignorados por el lector búlgaro. Por estos años, en Bulgaria ya se había establecido la regla: "puedes leer lo que te dejan a leer, pero no puedes escribir de la misma manera". El modo de escribir seguía supeditado a las restricciones del modelo soviético.

Desde el año 1970 las revistas búlgaras "Cosmos", "Ciencia y técnica" y "BTA-Técnica" comenzaron a publicar mensualmente cuentos de ciencia ficción de distintos países; lo mismo sucedió con el periódico técnico semanal "Órbita". En 1973 en las grandes ciudades del país se comenzaron a formar clandestinamente grupos de aficionados al género. En 1976 los agentes de seguridad del Estado observaron que estas agrupaciones constituían un peligro potencial para el sistema establecido, pero en vez de tomar represalias decidieron canalizar el movimiento por vía del "Comité central de los jóvenes comunistas, el COMSOMOL", y ese mismo año en la ciudad de Sofía se estableció el primer club de ciencia y ficción, donde la gente se reunía bajo la vigilancia de uno o varios agentes de seguridad, gracias a lo cual dicho servicio obtenía información acerca de qué se hablaba y qué tipo de discusiones se

mantenían.

En 1980 el periódico “Órbita” estableció un concurso anual de cuentos de ciencia ficción a nivel nacional. Los seis premios que se otorgaban eran determinados por un jurado y poco después el mismo jurado comenzó a determinar quienes, entre los jóvenes escritores, merecían ser editados, aunque no fueran miembros de la “Unión de los escritores” . Los escritores noveles comenzaron a buscar relaciones personales con los miembros de dicho jurado y algunos lograron tener éxito, logrando la edición de su primer libro. No sería elegante mencionar a los escritores que integraban ese jurado, pero puedo decir que aunque pretendían conservar la fama y la edición de libros sólo para ellos mismos, fue un paso adelante que un puñado de escritores jóvenes pudieran sobrepasar la barrera y ver publicadas sus obras. De este período se pueden destacar los libros de Agop Melconyan, Petar Kardjilov y Liubomir Nicolov. También se destacan los cuentos de Alexander Karapanchev, quien pudo editar un libro en 2004. Gracias a Dios, el autor de este artículo comenzó a escribir relatos de ciencia ficción en 1986 y de esa forma me ahorré muchas humillaciones, aunque un año después presenté mi primer libro en una editorial gubernamental, donde quedó “dormido” durante tres años… y al final no se publicó porque no cumplía los requisitos ideológicos de aquellos tiempos. Esas reglas doctrinarias ya estaban completamente desgastadas, pero seguían aplicándose con una inercia incomprensible. Lo que sí pude lograr fue la publicación de seis cuentos y un premio nacional recibido de milagro.

Entre los años 1982 y 1990, por vía del Comité central del “COMSOMOL” se crearon algunas revistas dedicadas sólo al género, tales como “FEP” (Fantástica heurística y profética), “Fantástica” (Ficción) y “Fantastichni Istorii” (Historias fantásticas), y al mismo tiempo comenzó una publicación masiva de cuentos de ciencia ficción en las otras revistas y periódicos.

Ivailo Runev, destacado bibliógrafo de la ciencia ficción búlgara, químico de profesión, dedicaba las horas libres después de su trabajo a indagar en la biblioteca central de Sofía con el objeto de descubrir materiales relacionados con el género. Hasta que murió había descubierto 482 nombres de escritores búlgaros de ciencia y ficción, fantasía y terror. Desafortunadamente, tras su muerte la mayoría de ese material se perdió. Lo poco que se conservó le sirvió al bibliógrafo y escritor ruso Evgueni Haritonov como punto de partida para sus investigaciones. Con la ayuda del autor de este artículo y tres o cuatro personas más, completó una bibliografía de la ciencia y ficción, fantasía y terror búlgara para el período

1899-2003 y en el 2004 esta bibliografía fue editada en Bulgaria en idioma ruso por parte de la editorial “Argus” . En la preparación de dicha bibliografía se había tomado la decisión que se iban a publicar sólo los nombres de escritores que tenían más de un cuento publicado en las revistas o en una antología o tuvieran por lo menos un libro, sin contar las publicaciones que aparecían en los periódicos, ya que para nosotros, y para Haritonov, era imposible repetir el trabajo gigantesco que había realizado Runev. De esa forma el número de los escritores búlgaros de ciencia ficción, fantasía y terror para el período 1899-2003 disminuyó a 176.

El tercer período comienza de los años 1989-1990, después de la caída del comunismo en Bulgaria, y sigue hasta el presente. El mismo se caracteriza con la creación de nuevas uniones de escritores, gracias lo cual la vieja y podrida institución perdió su importancia por completo, aunque todavía existe. En la “Unión de los escritores” se reúnen unos pocos viejos para recordar cómo se editaban sus libros con tiradas de 50~000 ejemplares y a nadie le importaba que después se sacaran de las librerías para hacer pulpa de papel o se echaron en la basura porque nadie los compraba. Por entonces lo importante era que el gobierno pagaba y pagaba bien, como se paga a los sirvientes fieles.

En este período aparecieron muchas editoriales privadas y quince de ellas comenzaron a editar obras de ciencia ficción, fantasía y terror. Por primera vez los lectores aficionados al género podían sentirse felices porque en las librerías aparecían mensualmente más de treinta títulos nuevos de ciencia ficción. Las librerías rusas casi desaparecieron y en la ciudad de Sofía sólo quedaron cinco. Ya no era obligatorio estudiar y saber la lengua rusa y la nueva generación comenzó a aprender inglés por propia iniciativa. Se crearon los clubes de fantasía y terror y los libros de este género se pusieron muy de moda en Bulgaria. Por otra parte, si en Bulgaria se editaban de veinte a treinta libros de ciencia ficción y fantasía mensualmente, en Rusia se empezaron a editar más de cien. La competencia entre las editoriales privadas se hizo aguda y en 1995 el mercado de libros dedicados al género quedó saturado, por lo que las tiradas comenzaron a bajar. Los libros de Stephen King comenzaron publicándose en tiradas de 20.000 ejemplares y declinaron hasta llegar a 1500.

Entre los años 1995 y 1996 en Bulgaria hubo una terrible crisis económica. Los salarios llegaron a 20 dólares y las pensiones a 5. La inflación alcanzó índices alarmantes, y como la economía búlgara estaba conectada con la ex economía soviética y no se consiguieron

nuevos mercados para la producción industrial, la misma quedó en una situación de total desastre. Casi un millón de jóvenes búlgaros emigraron en Estados Unidos, España, Canadá, Alemania e Inglaterra en busca de mejores condiciones de vida. Estos jóvenes representaban la flor de la inteligencia juvenil y eran al mismo tiempo los principales lectores de ciencia ficción, fantasía y terror. Más de la mitad de la población búlgara comenzó a vivir en la miseria y la tarea principal de cada persona era como conseguir comida para su familia. Durante este período había muy pocas personas que estuvieran en condiciones de pensar en la compra de un libro. En el año 1996 el gobierno de los ex comunistas, ya convertidos en socialistas, cayó a causa de los disturbios que provocó el pueblo movilizado; hubo un período de gobierno provisional y en el año 1997 hubo nuevas elecciones que llevaron al poder a un gobierno democrático que terminó con la inflación y la vida económica poco a poco comenzó a estabilizarse. Sin embargo, a causa de la crisis sufrida por el país habían quebrado todas las revistas de ciencia ficción y más de la mitad de las editoriales dedicadas al género. Debido a la fuerte competencia de la literatura norteamericana, que desde 1990 se editaba con preferencia a la búlgara, la ciencia ficción nacional comenzó a sufrir las consecuencias. El lector joven se había acostumbrado a los autores de los Estados Unidos y los escritores búlgaros tenían que luchar en desventaja y mejorar mucho la calidad de sus obras si deseaban vender su producción, ya que el único parámetro aceptado era la cantidad de libros vendidos en el mercado y eso determinaba la posición del escritor en el mismo. Sólo quedaron tres editoriales, las que defendían heroicamente la ciencia ficción y fantasía búlgaras. Eran “Cuasar” que casi quebró en 2004 (editó ocho libros), “Elf” (editó dieciocho libros) y “Argus” que todavía existe y durante este período editó veintinueve libros de escritores búlgaros. Debe señalarse que su propietario, Emanuel Ikonomov, editó cuatro libros de ciencia ficción y su nombre como escritor puede ser añadido a los surgidos en el período que va de 1989 hasta la fecha.

Hubo otros libros editados, pero en este caso se trata del sistema “pagas por la edición de tu libro y después tratas de venderlo” . De esa forma se editaron libros de mala calidad. En los años 1996-97 se comenzó a editar la revista de ciencia ficción, fantasía y terror “Varkolak” (Fantasma), la que luego cambió su nombre por “Zona-F” y prosiguió su existencia hasta 2003. En 1998 apareció la revista “Fantazy factor” que permaneció en el mercado hasta 2001. Actualmente la única revista dedicada al género que se publica en Bulgaria se llama “Terra fantástica” y se edita con frecuencia variable, que va de tres a seis meses. Existen más de diez periódicos

donde se publican cuentos de cf y fantasía y cinco revistas de orientación técnica donde se hace lo mismo.

Queda un tanto ridículo que yo, el autor de este artículo, siendo una persona mayor, me considere como parte de la tercera generación, la de los escritores jóvenes, porque mi primer libro se editó en 1994. Sin embargo, no queda otro remedio que considerarlo así, ya que toda mi obra —otros seis libros— fue publicada a partir de entonces.

Los escritores del tercer período se caracterizan por la falta de restricciones en su manera de escribir. Entre ellos (hay otros) se pueden destacar los siguientes:

Yancho Cholacov es dueño de una magnifica vena fantástica, inventa palabras nuevas y sus obras (dos libros) son casi imposibles de traducir; la joven Yuliana Manova es muy aficionada al terror y tiene un gran potencial (un libro); Ivailo Ivanov se dedica a la ciencia ficción histórica (dos libros); Nicolai Tellalov se dedica a la ciencia ficción nacionalista y patriótica (tres libros), Elena Pavlova trabaja muy bien los personajes (un libro de ciencia ficción y cuatro de fantasía), Plamen Mitrev, quien bajo seudónimos escribe fantasía heroica (catorce libros), y Nina Nenova escribe ciencia ficción dedicada a los contactos con otras civilizaciones (seis libros). En este grupo podría citarse además a Zdravka Evtimova, que tiene en su haber tres novelas y tres libros de relatos publicados, además de ser una excelente traductora. No obstante, ella no es una escritora de ciencia ficción “típica”, y sólo una parte de lo que escribe pertenece al género. Plamen Mitrev, Nina Nenova y el autor de este artículo tienen o tendrán libros editados en Rusia en el futuro próximo.

Khristo Poshtakov nació en 1944 en Pavlikeni, Bulgaria. Escribe ciencia ficción desde 1984 y ha publicado más de ciento treinta relatos en diarios y revistas de Bulgaria, incluso en las provincias. Obtuvo el premio Eurocón de 1994 por “Guardia en Titán”. Ha publicado además varias colecciones de relatos y tres novelas, una de las cuales, *Industria, luz y magia*, acaba de ser lanzada en castellano por Bibliópolis. Se lo ha comparado con Robert Sheckley por su inclinación a tratar sus obras de ciencia ficción, fantasía y horror desde la parodia. Sus cuentos se han traducido al ruso, inglés, español, francés, griego, húngaro, serbio y rumano.

Ilustrado por Valeria Uccelli
Axxón 166 - septiembre de 2006




Encuéntrenos en:

- Axxón:
    - Sitio principal: http://axxon.com.ar
    - Facebook: https://www.facebook.com/axxon.cienciaficcion
    - Twitter: **@axxoncf**
- Axxón Móvil:
    - Descargas: http://axxon.com.ar/c-Palm.htm
    - Comentarios y sugerencias: axxonpalm@gmail.com
    - Facebook: https://www.facebook.com/AxxonMovil
    - Twitter: **@axxonmovil**

Versión ebook generada por **Marcelo Huerta San Martín**